

Agitación política



Lenin

Recopilación propia de artículos de Lenin escritos entre 1900 y 1903 y publicados, en su gran mayoría, en la revista *Iskra*.

Imagen de la portada: *Mujer con rastrillo* (Kazimir Malevich, 1928-32) [retocada digitalmente].

Edición a cargo de Ediciones Extáticas. Agradecemos a quienes han hecho posible la publicación de este libro.

ISBN: 978-84-317-0610-4

Ediciones Extáticas

edextaticas@riseup.net / edicionesextaticas.noblogs.org

Ni copyright, ni copyleft, ni propiedad intelectual.

De todos para todos.

Los editores alientan la reproducción y difusión de este texto bajo los medios necesarios.

Este texto fue maquetado en algún rincón de lo que se conoce como Madrid, en marzo de 2025.

Nota editorial

El presente libro nace de una inexplicable ausencia en las colecciones de escritos de Lenin. Cuando editamos la obra magna de Lars Lih, *Lenin redescubierto*, nos llamó la atención cómo dedicaba un epígrafe entero del tercer capítulo a cubrir esta ausencia. La recopilación de artículos que hacía el autor, agrupados bajo el rótulo «Agitación política», comprendían el grueso de la actividad literaria de Lenin entre 1901 y 1903, un libro imaginario que no solo superaría en volumen a muchas de sus obras más célebres, sino que además daría a conocer la faceta más representativa del revolucionario ruso. Como se señalaba en aquella sección, la compilación «constituye un conjunto notable que pinta un vívido retrato de la sociedad rusa, analiza con astucia los dilemas políticos de la autocracia y construye una defensa ardua de la libertad política».

Así que nos propusimos materializar este libro aún desconocido. Por suerte ha sido una labor muy sencilla: los veintisiete artículos que conforman la recopilación han sido extraídos de la edición de las *Obras Completas* de Lenin publicada por Progreso, a la que solo se le han añadido algunas notas al pie aclaratorias y contadas mejoras de estilo o traducción. Por ende, cualquier referencia a lo largo del texto a las *OC* se entiende hecha a dicha edición, la cual puede consultarse en el apartado de Lenin de marxists.org.

En cuanto a la estructura interna de los diferentes capítulos, no hace falta aclarar mucho. Cada uno se corresponde con uno de los artículos de Lenin, ordenados cronológicamente y acompañados de la fecha y el lugar de publicación —mayoritariamente, la revista *Iskra*—. La lectora se encontrará con dos tipos de notas al pie: las que siguen la numeración arábica habitual corresponden a las notas de edición tanto de Progreso como nuestras, que aclaran conceptos relevantes o aportan contexto histórico de interés; las señaladas por un asterisco, en cambio, son las que el propio Lenin utiliza para complementar el cuerpo del texto.

Se verá a veces, cuando se mencionan fechas, que a continuación aparece otra distinta entre corchetes. Esta segunda es la que corresponde a nuestro calendario gregoriano actual, que todavía no operaba en la Rusia de 1900.

Por último, hemos añadido un pequeño Glosario, justo a continuación de esta nota editorial, para facilitar la consulta de términos específicos del contexto ruso de principios del siglo XX, los cuales saldrán con menor o mayor frecuencia en distintos artículos.

Glosario

Artel: Un artel es, en Rusia y en los antiguos Imperio ruso y Unión Soviética, una asociación voluntaria de personas para la colaboración u otra actividad colectiva, a menudo con participación en los ingresos generales y responsabilidad general con base en la caución solidaria. Este tipo de cooperativas predominaron desde la reforma emancipadora de los siervos de 1861 a la década de 1950.

Deciatina: Medida de volumen de tipo agraria empleada en la antigua Unión Soviética, así como en la Rusia zarista, que equivale en promedio a una hectárea, aproximadamente. Se volvió muy común durante la época de la revolución.

Eseristas: Conocidos comúnmente como socialrevolucionarios. Constituyeron un partido pequeñoburgués entre finales de 1901 y comienzos de 1902 mediante la unificación de diversos grupos y círculos populistas (Unión de Socialistas-Revolucionarios, Partido Social-Revolucionario y otros). Sus órganos oficiales eran el periódico *Revoliutsiónnaya Rossiia* [*La Rusia revolucionaria*] (1900-1905) y la revista *Véstnik Russkoi Revolutsii* [*El mensajero de la revolución rusa*] (1901-1905). Los eseristas no veían diferencias de clase entre el proletariado y el campesinado, velaban la diferenciación y las contradicciones de clase dentro de este último y rechazaban el papel dirigente del proletariado en la revolución.

Jenízaros: Infantería regular en la Turquía de los sultanes, creada en el siglo XIV. Era la fuerza policíaca principal de aquel régimen y se distinguía por su extraordinaria crueldad. Los regimientos de jenízaros fueron disueltos en 1826. Lenin llamaba jenízaros a los policías zaristas.

Kulak: Campesino rico que explota trabajo ajeno bien contratando brazos, bien prestando dinero con usura, entre otros procedimientos semejantes.

Kustar: Artesano dedicado a la industria artesanal [*kustarnaya promyshlennost*], que trabajaba en un establecimiento muy pequeño y para un mercado muy restringido. La producción tipo kustar es el punto de partida de un proceso que conduce al crecimiento primero de un mercado nacional y luego internacional.

Nadiel: Tierra parcelaria que se dejó en usufructo a los campesinos al abolirse la servidumbre en Rusia en 1861; estaba en posesión comunal y se distribuía en usufructo a los campesinos mediante repartos periódicos.

Opríchnik: Esbirro, hombre de armas de la mesnada [*opríchnina*] organizada por el zar ruso Iván IV para combatir a la oposición. Los esbirros se distinguían por su saña excepcional. La palabra *opríchnina* pasó a ser sinónimo de fuerzas militares policíacas.

Pud: El pud es una unidad de masa igual a 40 funts [libras rusas]. Desde 1899 se ha estandarizado su equivalencia en 16,38 kilogramos.

Sarpinka: Tejido liviano de hilo fino de algodón teñido generando una trama de colores formando líneas y cuadrados. Debe su nombre a que fue desarrollado por primera vez en la colonia morava de Sarepta, cerca de Volgogrado, a fines de la década de 1770.

Vedró: Medida rusa equivalente a 12,29 litros.

Versta: Unidad de medida rusa obsoleta, equivalente a unos 500 *sazhen* (2,13 metros). Esto hace que la versta sea igual a unos 1065 metros, y que 7 verstas equivalgan a una milla rusa. Aunque no se hace referencia a ella en el texto, también era usada la *mezhevaya verstá*, o doble versta, para medir terrenos y distancias entre localidades.

Ukase o ukaz: Proclamación del zar, del gobierno o de un líder religioso, habitual en la Rusia imperial, que gozaba de fuerza de ley.

Zemstvo: Así se llamaba la administración autónoma local encabezada por la nobleza en las provincias centrales de la Rusia zarista. Fue instituida en 1864. Sus atribuciones estaban limitadas a los asuntos económicos puramente locales —construcción de hospitales y caminos, estadística, seguros, etc.—. Controlaban su actividad los gobernadores y el ministro del Interior, que podían anular cualquier acuerdo indeseable para el Gobierno.

La agitación política, en todas sus formas, es precisamente un foco en el que coinciden los intereses esenciales de la educación política del proletariado y los intereses esenciales de todo el desarrollo social.

Lenin, 1902



La guerra con China¹

Iskra, n.º 1 (septiembre-octubre de 1900)

Rusia está finalizando la guerra con China: se movilizó toda una serie de regiones militares; se gastaron centenares de millones de rublos; decenas de miles de soldados fueron enviados a China; se libraron batallas; se obtuvieron victorias no tanto, por cierto, sobre las tropas regulares del enemigo como sobre los rebeldes chinos y, más aún, sobre chinos inermes a quienes se ahogó y apaleó, sin detenerse ante la matanza de niños y mujeres, sin hablar ya de saqueos de palacios, casas y tiendas. Y el Gobierno ruso, junto con los periódicos serviles, festeja la victoria, se regocija de las nuevas hazañas de la brava hueste, se regocija de la derrota infligida al salvajismo chino por la cultura europea, de los nuevos éxitos de la «misión civilizadora» rusa en el Extremo Oriente.

La única voz ausente, entre tanto júbilo, es la de los obreros conscientes, representantes de vanguardia del multitudinario pueblo trabajador. Mientras tanto, es precisamente el pueblo trabajador el que soporta todo el peso de las nuevas campañas victoriosas: le quitan trabajadores para enviarlos al otro confín del mundo, le imponen tributos extraordinarios para cubrir los millones gastados. Tratemos, pues, de aclarar la cuestión: ¿qué actitud deben mantener los socialistas ante esta guerra? ¿A quién beneficia? ¿Cuál es el verdadero significado de la política seguida por el Gobierno ruso?

Nuestro Gobierno asevera ante todo que ni siquiera está en guerra con China; solo reprime un levantamiento, apacigua a los rebeldes, ayuda al legítimo Gobierno chino a restablecer el orden legal. La guerra no fue declarada, pero la esencia del problema no cambia por eso ni lo más mínimo, puesto que de todos modos la guerra se hace. ¿Qué provocó, pues, el ataque de los chinos contra los europeos, la rebelión que con tanto empeño reprimen ingleses, franceses, alemanes, rusos, japoneses y otros? «La enemistad de la raza amarilla hacia la raza blanca», «el odio de los chinos a la cultura y la civilización europeas», aseguran los partidarios de la guerra. Sí, los chinos realmente odian a los europeos, pero

1. *La guerra con China*: guerra que sostuvieron contra China en 1900 Alemania, Rusia, Inglaterra, EE. UU., Japón, Francia, Italia y Austria-Hungría con el fin de sofocar la rebelión antimperialista del pueblo chino conocida como *El levantamiento de los bóxers*.

¿a qué europeos odian y por qué? Los chinos no odian a los pueblos europeos —nunca tuvieron conflictos con ellos—, sino a los capitalistas europeos y a los gobiernos europeos sometidos a los capitalistas. ¿Cómo no iban a odiar los chinos a quienes llegaban a China solo para lucrarse, a quienes se valieron de su tan elogiada civilización solo para el engaño, el pillaje y la violencia; a quienes desencadenaron guerras contra China para obtener el derecho de comerciar con el opio que embrutece al pueblo (la guerra de Inglaterra y Francia contra China en 1856);² a quienes hipócritamente disimularon su política de pillaje con la propagación del cristianismo? Hace ya mucho tiempo que los gobiernos burgueses de Europa siguen respecto a China esta política de pillaje, y ahora se les ha sumado también el Gobierno autocrático ruso. Se da en llamar a esta política de pillaje «política colonial». Todo país en que la industria capitalista avanza con gran rapidez muy pronto empieza a buscar colonias, es decir, países de débil desarrollo industrial, que se distinguen por un régimen de vida más o menos patriarcal, a los cuales es posible vender los productos industriales y ganar así un dineral. Y para enriquecer a un puñado de capitalistas, los gobiernos burgueses llevaron a cabo guerras interminables, sacrificaron regimientos en malsanos países tropicales, dilapidaron millones exprimidos al pueblo, arrastraron la población a desesperados levantamientos y a la muerte por hambre. Recuérdense los levantamientos de los nativos de la India contra Inglaterra³ y el hambre en este país o la guerra actual de los ingleses contra los bóeres.⁴

Y ahora, las garras codiciosas de los capitalistas europeos se tienden hacia China. Y uno de los primeros fue el Gobierno ruso, que hoy se desvive tanto por mostrar su «desinterés». «Desinteresadamente» le quitó Port-Arthur a China y se puso a construir un ferrocarril en Manchuria bajo la protección de las tropas rusas. Uno tras otro, los gobiernos europeos empezaron a saquear con tanto empeño —o, según ellos, a «arrendar»— tierras chinas que no sin razón circularon rumores acerca del reparto de China. Y si se quiere llamar a las cosas por su verdadero

2. Se refiere a la llamada II Guerra del opio (1856-60).

3. Se trata de la insurrección por la liberación nacional en India contra los colonias ingleses (1857-9), que fue brutalmente aplastada.

4. *Guerra anglo-bóer* (octubre de 1899-mayo de 1902): guerra colonial anexionista de Inglaterra contra dos repúblicas sudafricanas —Transvaal y Orange—, pobladas por los bóeres, descendientes de los colonos holandeses. Como resultado de la guerra, estas repúblicas pasaron a ser colonias de Gran Bretaña.

nombre, habrá que decir que los gobiernos europeos —y el Gobierno ruso fue de los primeros— ya comenzaron el reparto de China. Pero no lo comenzaron abiertamente, sino a hurtadillas, como ladrones. Se pusieron a despojar a China como se despoja a un cadáver, y cuando el presunto cadáver trató de ofrecer resistencia, se le arrojaron encima como fieras salvajes, quemando aldeas enteras, ahogando en el Amur, fusilando y pasando a bayoneta a habitantes inermes, a sus mujeres y niños. Y estas cristianas hazañas son acompañadas de gritos contra los salvajes chinos que osaron levantar la mano a los civilizados europeos. La ocupación de Niuchuang y la introducción de tropas rusas en territorio de Manchuria son medidas transitorias, declara el Gobierno autocrático ruso en su nota circular del 12 de agosto de 1900 a las potencias; estas medidas «se deben exclusivamente a la necesidad de rechazar las agresiones de los rebeldes chinos», pero «de ningún modo pueden ser testimonio de planes interesados, ajenos por completo a la política del Gobierno Imperial».

¡Pobre Gobierno Imperial! ¡Es tan cristianamente desinteresado y lo ofenden tan injustamente! Hace unos años ocupó desinteresadamente Port-Arthur, y ahora ocupa con desinterés Manchuria; ha infestado desinteresadamente regiones de China fronterizas con Rusia con una jauría de contratistas, ingenieros y oficiales, quienes, con su comportamiento, llevaron a la indignación hasta a los chinos, famosos por su docilidad. En la construcción del ferrocarril chino, a los obreros chinos les pagaban 10 kopeks por día para su manutención. ¿No es esto desinterés por parte de Rusia?

¿Pero cómo explicar que nuestro Gobierno siga en China esa política demencial? ¿A quién conviene esa política? Conviene a un puñado de magnates capitalistas que tienen negocios comerciales con China, a un puñado de fabricantes que producen mercancías para el mercado asiático, a un puñado de contratistas que actualmente amasan dinero a montones, cumpliendo pedidos militares urgentes (algunas fábricas que producen armamentos, pertrechos para el ejército, etc., trabajan ahora a todo vapor y contratan adicionalmente a centenares de nuevos jornaleros). Esta política conviene a un puñado de nobles que ocupan altos cargos en el servicio civil y militar. Ellos necesitan una política aventurera, porque merced a ella pueden ascender, hacer carrera, cubrirse de gloria con sus «proezas». Nuestro Gobierno sacrifica sin vacilar los intereses de todo el pueblo a los de este puñado de capitalistas y funcionarios bribones. En esta ocasión, como siempre, el Gobierno autocrático zarista también

resulta ser un gobierno de funcionarios irresponsables, lacayos de los magnates capitalistas y los nobles.

¿Qué provecho reportan a la clase obrera rusa y a todo el pueblo trabajador las conquistas en China? Miles de familias arruinadas, a las cuales se les quitó los trabajadores para enviarlos a la guerra; un enorme incremento de las deudas y gastos del Estado; la elevación de los impuestos; el reforzamiento del poder de los capitalistas, explotadores de los obreros; el empeoramiento de la situación de los obreros; una creciente extinción del campesinado; hambre en Siberia: todo esto es lo que promete traer y lo que ya trae la guerra con China. Toda la prensa rusa, todos los periódicos y revistas están esclavizados, no se atreven a publicar nada sin autorización de los funcionarios del Gobierno, y por eso no tenemos informaciones exactas de cuánto cuesta al pueblo la guerra con China, pero es indudable que demanda gastos de *muchos centenares de millones de rublos*. Existen datos de que el Gobierno de una sola vez asignó para la guerra 150 millones de rublos, en virtud de un ukaz no publicado; además, los gastos corrientes de guerra se tragan *un millón de rublos* cada tres o cuatro días. ¡Y ese dineral lo dilapida un Gobierno que reduce incesantemente los subsidios a los campesinos hambrientos, regateando cada kopek; que no encuentra dinero para la instrucción pública; que, como cualquier kulak, exprime el jugo a los obreros en las fábricas del fisco, a los empleados subalternos de las instituciones de correos, etc.!

El ministro de Hacienda Witte declaró que, el 1 de enero de 1900, el Tesoro nacional poseía un superávit de 250 millones de rublos —este dinero ya no existe, se lo llevó la guerra—; el Gobierno busca empréstitos, aumenta los impuestos, por falta de dinero renuncia a los gastos indispensables, suspende la construcción de ferrocarriles. Al Gobierno del zar lo amenaza una bancarrota, pero se aventura a una política de conquistas, que no solo exige enormes sumas de dinero, sino también amenaza con arrastrarlo a guerras aún más peligrosas. Las potencias europeas que se arrojaron sobre China ya comienzan a reñir por el reparto del botín, y nadie puede predecir cómo terminarán estas riñas.

Pero la política del Gobierno zarista en China no solo constituye un escarnio de los intereses del pueblo, sino que tiende a corromper la conciencia política de las masas populares. Los gobiernos que solo se sostienen con la fuerza de las bayonetas y se ven obligados a contener o aplastar continuamente la indignación del pueblo han comprendido

hace tiempo ya esa verdad de que no hay nada que sea capaz de poner fin al descontento popular; hay que intentar desviar hacia otro lado ese descontento con el Gobierno. Y así, por ejemplo, se atiza el odio a los judíos. Periodicuchos de baja estofa azuzan contra los judíos, como si el obrero judío no sufriese exactamente igual que el obrero ruso la opresión del capital y del Gobierno policíaco. En la actualidad, la prensa ha iniciado una campaña contra los chinos, grita sobre la salvaje raza amarilla, sobre su hostilidad a la civilización, sobre la misión civilizadora de Rusia, sobre el entusiasmo con que se lanzan al combate los soldados rusos, etc., etc. Los periodistas que se arrastran servilmente ante el Gobierno y ante el poder del dinero se desviven por encender en el pueblo el odio a China. Pero el pueblo chino jamás ha vejado en nada al pueblo ruso. Él mismo es víctima de males análogos a los que agobian al pueblo ruso: el Gobierno asiático que abrumba con tributos a los campesinos hambrientos y aplasta por la fuerza de las armas cualquier anhelo de libertad, y el yugo del capital, que también ha penetrado en el Celeste Imperio.

La clase obrera rusa empieza a salir del atraso político y del estado de ignorancia en que se encuentra sumida la masa del pueblo. Por eso incumbe a todos los obreros conscientes el deber de alzarse con todas sus fuerzas contra quienes atizan el odio a otras naciones y desvían la atención del pueblo trabajador de sus verdaderos enemigos. La política del Gobierno zarista en China es una política criminal que arruina, corrompe y oprime aún más al pueblo. El Gobierno zarista no solo mantiene a nuestro pueblo en la esclavitud, sino que, además, lo envía a reprimir a otros pueblos que se rebelan contra su esclavitud (como ocurrió en 1849, cuando el ejército ruso sofocó la revolución en Hungría). No solo ayuda a los capitalistas rusos a explotar a sus obreros, maniatándolos a fin de que no osen unirse y defenderse, sino que también envía a los soldados a despojar a otros pueblos en beneficio de un puñado de ricachones y nobles. Para sacudirse el nuevo yugo que la guerra impone al pueblo trabajador, solo hay un medio: la convocación de representantes del pueblo, que pongan fin al despotismo del Gobierno y lo obliguen a considerar no únicamente los intereses de la camarilla de la Corte.

El alistamiento forzoso de 183 estudiantes

Iskra, n.º 2 (enero de 1901)

Los periódicos han publicado el 11 de enero un comunicado gubernamental del Ministerio de Instrucción Pública acerca del alistamiento forzoso como soldados rasos de 183 estudiantes de la Universidad de Kiev «por causar desórdenes colectivamente». El Reglamento Provisional del 29 de julio de 1899 —esa amenaza a los estudiantes y a la sociedad— es aplicado a menos de año y medio de su promulgación, y se diría que el Gobierno se apresura a justificarse por el uso de este castigo inaudito, presentando toda un acta de acusación, sin escatimar colores para pintar las atrocidades cometidas por los estudiantes.

Las atrocidades son a cada cual más terrible. En el verano se celebró en Odesa un congreso estudiantil general con el fin de organizar a todos los estudiantes de Rusia para expresar protestas de todo género con motivo de los fenómenos de la vida académica, social y política. Por esos criminales fines políticos fueron detenidos y despojados de sus documentos todos los delegados estudiantiles. Pero la efervescencia, lejos de cesar, crece y se manifiesta tenazmente en *muchos* establecimientos de enseñanza superior. Los estudiantes quieren discutir y regir libre e independientemente sus asuntos comunes. Sus superiores —con ese formalismo desalmado que distingue tradicionalmente a la burocracia rusa— responden con ruindades mezquinas, hacen llegar el descontento a límites extremos y sugieren involuntariamente a la juventud, que no se ha hundido aún en el lodo de la inercia burguesa, la idea de protestar contra todo el sistema de absolutismo policiaco y burocrático.

Los estudiantes de Kiev reclaman la destitución de un profesor, que ha ocupado el puesto de un colega que se ha marchado. La superioridad se opone, empuja a la juventud a celebrar «reuniones y manifestaciones» y... cede. Los estudiantes se reúnen en asamblea para discutir por qué son posibles hechos tan abominables como la violación de una muchacha por dos del forro blanco⁵ (según dice el rumor). La superioridad condena al calabozo a los «culpables» principales de la asamblea. Estos se

5. *Los del forro blanco*: así llamaban en la Rusia zarista a los estudiantes monárquicos de los medios aristocráticos y burgueses que luchaban contra los sectores del estudiantado trabajador que apoyaban el movimiento revolucionario. El mote se debía a que usaban uniformes con forro de seda blanca.

niegan a someterse. Se los expulsa. La multitud los acompaña en manifestación hasta la estación. Se reúne una nueva asamblea, los estudiantes permanecen en ella hasta el atardecer, negándose a marcharse en tanto no se presente el rector. Se presentan el vicegobernador y el jefe de la Dirección de Gendarmería —con un destacamento de soldados, que rodean la Universidad y penetran en el aula— y llaman al rector. Los estudiantes exigen... ¿quizá una constitución?, pensaréis. No, piden que no se aplique la pena de calabozo y que sean readmitidos los expulsados. Se anotan los nombres de los asistentes a la asamblea y se los envía a sus casas.

Reflexionad sobre esta pasmosa desproporción entre las modestas e inofensivas reivindicaciones de los estudiantes y el sobresalto del Gobierno, que procede como si el hacha pendiera ya sobre los puntales de su poder. Nada delata tanto a nuestro «omnipotente» Gobierno como este sobresalto. Mejor que cualquier «proclama criminal», el Gobierno muestra así —muestra a cuantos tienen ojos para ver y oídos para oír— que se siente absolutamente inestable y confía solo en la fuerza de la bayoneta y del látigo, que le protegen de la indignación popular. Instruido por decenios de experiencia, el Gobierno se ha convencido firmemente de que está rodeado de material inflamable, de que basta la más pequeña chispa, de que basta la protesta contra el calabozo para que estalle el incendio. Y si es así, se comprende que el castigo deba ser ejemplar: ¡alistar como soldados a centenares de estudiantes! «¡Sustituir a Voltaire con un sargento!»;⁶ esta fórmula no ha envejecido lo más mínimo. Al contrario, el siglo XX está llamado a verla realizada de verdad.

Esta nueva medida represiva, novedosa por su intento de resucitar un pasado hace ya mucho caduco, sugiere multitud de pensamientos y comparaciones. Hace unas tres generaciones, en tiempos de Nicolás I, el alistamiento forzoso en el ejército era un castigo natural, que correspondía plenamente a todo el régimen de la sociedad feudal rusa. Los noblecitos eran enviados como soldados al ejército para obligarles a servir y ganarse el grado de oficial, con lo que se suprimía un privilegio de la nobleza. Los campesinos eran enviados al ejército como a largos años de presidio, donde les esperaban las torturas inhumanas de «la calle verde»,⁷ etc. Pero

6. Lenin cita una exclamación del coronel Skalozub, soldadote grosero e ignorante de la comedia del escritor ruso A. S. Griboedov *La desgracia de ser inteligente*.

7. *Las torturas de «la calle verde»*: castigo corporal que se aplicaba en el ejército de la Rusia feudal. Al condenado, atado a un fusil, se le obligaba a recorrer la calle formada por los soldados que lo golpeaban con palos o varas verdes.

desde hace ya más de un cuarto de siglo existe en nuestro país el servicio militar obligatorio «general», cuya implantación fue exaltada en su tiempo como una gran reforma democrática. Un servicio militar obligatorio general —no solo sobre el papel, sino también en la realidad— es indudablemente una reforma democrática: rompe con el espíritu de casta y establece la igualdad de derechos de los ciudadanos. Mas si fuera así de verdad, ¿podría servir como castigo el alistamiento en el ejército? Y si el Gobierno transforma el servicio militar en un castigo, ¿no demuestra con ello que estamos mucho más cerca del antiguo sistema de reclutamiento⁸ que del servicio militar obligatorio *general*?

El Reglamento Provisional de 1899 arranca la máscara farisaica y revela el carácter asiático incluso de las instituciones nuestras que más se asemejan a las europeas. En realidad, el servicio militar obligatorio general no ha existido ni existe en nuestro país, pues los privilegios del origen aristocrático y de la riqueza crean un sinnúmero de excepciones. En realidad, en nuestro país no ha existido ni existe nada que se parezca a la igualdad de los ciudadanos en el servicio militar. Antes al contrario, el cuartel está impregnado hasta la médula del más indignante espíritu de arbitrariedad. Para el soldado de origen obrero o campesino, indefensión absoluta, desprecio de la dignidad humana, exacción, golpes, golpes y más golpes. Pero ventajas y excepciones para los que tienen relaciones influyentes y dinero. No es sorprendente que el alistamiento forzoso en esta escuela de arbitrariedad y violencia pueda ser un castigo, incluso un castigo muy riguroso, que se acerca a la privación de derechos. El Gobierno confía en enseñar disciplina a los «rebeldes» en esta escuela. ¿No se equivocará en sus cálculos? ¿No será la escuela del servicio militar ruso una escuela militar para la revolución? Es claro que no todos los estudiantes tendrán fuerzas suficientes para cursar esta escuela hasta el fin. Unos serán aplastados por la dura carga, les perderá el choque con las autoridades militares; otros, débiles y faltos de firmeza, se sentirán intimidados por el cuartel; pero el cuartel templará a los demás, ensanchará sus horizontes y les obligará a examinar y sentir profundamente sus aspiraciones de liberación. Percibirán, por experiencia propia, toda la fuerza de la arbitrariedad y de la opresión cuando su dignidad humana

8. *Sistema de reclutamiento*: procedimiento para completar las tropas regulares en Rusia, implantado en 1705, que consistía en la entrega forzosa de reclutas al ejército por los estamentos tributarios —hasta 1834 el servicio militar duraba 25 años—. En 1874 el reclutamiento fue sustituido por el servicio militar obligatorio.

dependa por completo del capricho de un sargento, capaz con frecuencia de mofarse premeditadamente de los «instruidos». Verán cuál es en realidad la situación del pueblo sencillo, se afligirán por los ultrajes y las violencias de que se les obligará a ser testigos cada día y comprenderán que las injusticias y ruindades que sufren los estudiantes no son más que una gota de agua en el océano de la opresión del pueblo. Quien comprenda esto, saldrá del servicio militar con el juramento de Aníbal,⁹ de luchar al lado de la clase más avanzada del pueblo para liberar al pueblo del despotismo.

Ahora bien, el carácter humillante de este nuevo castigo no es menos indignante que su crueldad. El Gobierno lanza un reto a cuantos conservan aún un sentimiento de honestidad, presentando como simples escandalizadores a los estudiantes que han protestado contra la arbitrariedad, de la misma manera que declaró hombres de mala conducta a los obreros huelguistas deportados. Repasad el comunicado gubernamental y veréis que está salpicado de palabras como desorden, alboroto, excesos, desvergüenza y desenfreno. De una parte, reconocimiento de fines políticos criminales y de inclinación a las protestas políticas; de otra, trato despectivo a los estudiantes como simples escandalizadores que necesitan lecciones de disciplina. Es una bofetada a la opinión pública rusa, cuyas simpatías por los estudiantes conoce muy bien el Gobierno, y la única respuesta digna por parte de los estudiantes debería ser llevar a la práctica la amenaza de los de Kiev, organizar una huelga firme y persistente de todos los estudiantes de todos los establecimientos de enseñanza superior, exigiendo la derogación del Reglamento Provisional del 29 de julio de 1899.

Pero los estudiantes no son los únicos que deben responder al Gobierno. El propio Gobierno se ha preocupado de hacer de este acontecimiento algo mucho más importante que un asunto puramente estudiantil. Se dirige a la opinión pública como jactándose de la energía de su represión, como mofándose de todas las aspiraciones de libertad. Y todos los elementos conscientes de todos los sectores del pueblo están en el deber de responder a este reto, si no quieren caer en la situación de esclavos mudos que soportan en silencio los ultrajes. Al frente de estos elementos conscientes se encuentran los obreros de vanguardia y las organizaciones

9. *El juramento de Aníbal*: metáfora que significa decisión inflexible de luchar hasta el fin. Procede del nombre de Aníbal, general cartaginés que juró luchar hasta el fin de su vida contra Roma.

socialdemócratas indisolublemente ligadas a ello. La clase obrera sufre sin cesar opresión y ultrajes mucho mayores de ese mismo despotismo policiaco con el que se han chocado ahora tan bruscamente los estudiantes. La clase obrera ha emprendido ya la lucha por su emancipación. Y ha de tener presente que esta gran lucha le impone grandes obligaciones, que no podrá liberarse sin liberar a todo el pueblo del despotismo, que tiene el deber, ante todo y sobre todo, de hacerse eco de todas las protestas políticas y apoyarlas por todos los medios. Los mejores representantes de nuestras clases instruidas han demostrado y sellado con la sangre de miles de revolucionarios torturados por el Gobierno su capacidad y su decisión de sacudirse de los pies el polvo de la sociedad burguesa y sumarse a las filas socialistas. Y es indigno del nombre de socialista el obrero que pueda contemplar indiferente cómo lanza el Gobierno las tropas contra la juventud estudiantil. El estudiante ha acudido en ayuda del obrero; el obrero debe acudir en ayuda del estudiante. El Gobierno quiere embaucar al pueblo declarando que la aspiración a las protestas políticas es un simple exceso. Los obreros deben declarar públicamente y explicar a las grandes masas que eso es una mentira, que el verdadero foco de la violencia, del exceso y del desenfreno son el Gobierno autocrático ruso y el despotismo de la policía y de la burocracia.

Cómo organizar esta protesta es cuestión que deben decidir las organizaciones socialdemócratas y grupos obreros locales. Las formas más accesibles de protesta son la distribución, el lanzamiento y la fijación de octavillas, así como la organización de reuniones a las que deberán ser invitadas, a ser posible, todas las clases de la sociedad. Pero sería deseable que donde existan organizaciones fuertes y firmemente asentadas se intentara protestar en mayor escala y más abiertamente por medio de manifestaciones públicas. La manifestación celebrada en Járkov el 1 de diciembre del año pasado ante la Redacción de *Yuzhni Krai*¹⁰ brinda un buen ejemplo. Se conmemoraba un aniversario de este repugnante periódico, que combate toda aspiración a la luz y a la libertad y elogia todas las atrocidades de nuestro Gobierno. La multitud se congregó frente a la Redacción y se dedicó a romper solemnemente ejemplares de *Yuzhni Krai*, a atarlos a la cola de los caballos, a envolver perros en ellos y a tirar contra las ventanas piedras y frascos con sulfuro de hidrógeno, al mismo tiempo que gritaba: «¡Abajo la prensa venal!». Tales son los honores que

10. *Yuzhni Krai* [*El Territorio del Sur*]: diario social, político y literario de orientación monárquica que se publicó en Járkov desde 1880.

realmente se merecen no solo redacciones de la prensa venal, sino todas nuestras instituciones gubernamentales. Ciertamente que festejan solo de tarde en tarde los aniversarios de los favores recibidos de las autoridades, pero es menester que el pueblo siempre les haga justicia. Todo acto de arbitrariedad y violencia gubernamentales es un motivo legítimo para celebrar manifestaciones análogas. ¡Que esta franca declaración del Gobierno sobre el castigo de los estudiantes no quede sin la franca respuesta del pueblo!

Sueltos ocasionales¹¹

Zariá, n.º 1 (enero-febrero de 1901)

I. GOLPEA DURO, PERO NO MATES

El 23 de enero en Nizhni Nóvgorod, en una audiencia especial del tribunal de Moscú, *con participación de representantes de los estamentos*, se juzgó el caso del asesinato del campesino Timofei Vasiliévich Vózdujov, quien había sido conducido a la comisaría de policía «para que se le pasase la borrachera», y allí fue golpeado por cuatro agentes de policía —Shelemétiev, Shulpin, Shibaev y Oljovin— y el inspector interino de la comisaría Panov hasta tal punto que al día siguiente moriría en un hospital.

Este es el relato sucinto de un hecho simple, que proyecta viva luz sobre lo que ocurre continua y habitualmente en nuestras comisarías de policía.

Según las brevísimas informaciones de los diarios, el incidente se desarrolló así: el 20 de abril, Vózdujov llegó en un coche de punto a la casa del gobernador. Salió el conserje de la casa del gobernador; ese conserje declaró en el tribunal que Vózdujov no llevaba gorra, que había bebido, pero no estaba borracho, y que se quejaba de la oficina de un embarcadero donde se negaron a venderle el pasaje para una travesía (?). El conserje ordenó al agente de facción Shelemétiev que llevase a Vózdujov a la comisaría de policía. Vózdujov estaba tan poco bebido que conversó tranquilamente con Shelemétiev y, al llegar a la comisaría, dio con toda claridad su nombre y condición al inspector Panov. A pesar de esto, Shelemétiev —sin duda con conocimiento de Panov, quien acababa de interrogar a Vózdujov— «empujó» a este no al calabozo donde había varios borrachos, sino «*al local de guardia*», situado al lado. Al empujarlo, enganchó su sable en la manija de la puerta, se hirió ligeramente la mano y se imaginó que era Vózdujov quien retenía su sable; se arrojó entonces sobre él y comenzó a golpearlo, gritando que le había cortado

11. Artículo publicado en abril bajo la firma «T. J.». Lenin se basó en noticias de la prensa para escribir los artículos «Golpea duro, pero no mates», «¿Para qué apresurar las vicisitudes de los tiempos? y «Una estadística objetiva», unidos con el título general de «Sueltos ocasionales».

la mano. Lo golpeó con toda su fuerza en la cara, en el pecho, en los costados; lo golpeó de tal manera que Vózdujov cayó de espaldas, dando con la cabeza contra el suelo, mientras pedía clemencia. «¿Por qué me golpean? —decía, según declaró un testigo que se encontraba en el calabozo (Semajin)—. No soy culpable. ¡Perdónenme, por amor de Dios!». Según la declaración del mismo testigo, Vózdujov no estaba borracho; más bien, parecía estarlo Shelemétiev. El hecho de que Shelemétiev le estaba dando una «lección» (jes la expresión que recoge el acta de la acusación!) a Vózdujov llegó a oídos de los compañeros de aquel, Shulpin y Shibaev, que bebían en la comisaría desde el primer día de Pascua (el 20 de abril era martes, tercer día de Pascua). Estos se presentaron en el local de guardia junto con Oljovin, quien venía de otra comisaría, y agredieron a Vózdujov a puñetazos y puntapiés. Luego apareció también el inspector Panov y golpeó a su vez a Vózdujov en la cabeza con un libro y con los puños. «Lo golpearon tanto, tanto —dice una mujer que estaba detenida— que a mí se me revolvía el estómago de espanto». Cuando la «lección» hubo terminado, el inspector ordenó con toda tranquilidad a Shibaev que limpiara la sangre de la cara del castigado —¡así estará más presentable, si acaso llegasen a verlo las autoridades!— y que lo arrojara al calabozo. «¡Hermanitos! —les dijo Vózdujov a los otros detenidos—, ¿ven cómo golpea la policía? ¡Sean mis testigos, los demandaré!». Pero no pudo demandarlos: al día siguiente por la mañana lo encontraron inconsciente y lo enviaron al hospital, donde murió ocho horas después, sin haber vuelto en sí. La autopsia reveló diez costillas rotas, equimosis en todo el cuerpo y un derrame cerebral.

El tribunal condenó a Shelemétiev, Shulpin y Shibaev a cuatro años de trabajos forzados, y a Oljovin y Panov *a un mes de arresto*, reconociéndolos culpables únicamente de «conducta injuriosa»...

Comenzaremos nuestro examen por dicha sentencia. Los condenados a trabajos forzados eran acusados en virtud de los artículos 346 y 1490, 2ª parte, del Código Penal. El primero de estos artículos establece que un funcionario que cause heridas o lesiones en ejercicio de sus funciones merece la pena máxima «prevista para ese delito». Y el artículo 1490, 2ª parte, establece para las torturas, cuando produzcan la muerte, de 8 a 10 años de trabajos forzados. En lugar de aplicar la *pena máxima*, el tribunal de representantes de estamentos y jueces de la Corona *redujo* el castigo *en dos grados* —sexto grado: de 8 a 10 años de trabajos forzados; séptimo grado, de 4 a 6 años—, es decir, efectuó la máxima reducción

permitida por la ley para el caso de circunstancias atenuantes y, además, prescribió la pena mínima del grado inferior. En una palabra, el tribunal hizo lo que pudo para suavizar la pena de los inculpados; y aun más de lo que podía, ya que la ley de «pena máxima» fue eludida. No queremos, por cierto, decir que la «estricta justicia» exigía precisamente 10, y no 4 años de trabajos forzados; lo importante aquí es que los asesinos hayan sido reconocidos como tales y condenados a trabajos forzados. Pero es imposible dejar de señalar la tendencia singularmente característica del tribunal formado por jueces de la Corona y representantes de los estamentos: cuando juzgan a funcionarios policiales, están predispuestos a demostrar la mayor condescendencia; cuando juzgan los delitos contra la policía, manifiestan, como es sabido, una severidad despiadada.*

En cuanto al, señor inspector... ¡Vamos, cómo no ser condescendiente con él! Recibió a Vózdujov cuando lo trajeron, y, es evidente, dio la orden de no llevarlo directamente al calabozo, sino primero —para darle una lección— al local de guardia; participó en el brutal castigo con sus puños y un libro (debía de ser el Código Penal), después dispuso que se hicieran desaparecer las huellas del delito —lavar la sangre—, y la noche del 20 de abril, cuando regresó el comisario Mujanov, informó que «todo va bien (*sic!*) en la comisaría». Él no tiene nada que ver con los asesinos, solo es

* A propósito, he aquí un hecho más que permite apreciar la medida de castigo que nuestros tribunales aplican por diversos delitos. Algunos días después del juicio celebrado contra los asesinos de Vózdujov, el tribunal de la región militar de Moscú juzgó a un soldado que servía en la brigada de artillería de la guarnición y que había robado 50 pantalones y unos cortes de botas mientras estaba de guardia en el depósito. Sentencia: cuatro años de *trabajos forzados*. La vida de un hombre en manos de la policía tiene el mismo valor que 50 pantalones y unos cortes de botas confiados a un centinela. En esta original «equivalencia» se refleja, como el sol en una gota de agua, todo el régimen de nuestro Estado policíaco. La persona, frente al poder del Estado, no es nada; la disciplina interna lo es todo... no, perdón: «todo» solo para los de abajo. El ratero va a trabajos forzados, pero los grandes ladrones, los magnates, los ministros, los directores de banco, los constructores de ferrocarriles, los ingenieros, los contratistas, etc., que se embolsan decenas y centenares de miles de los bienes del fisco, esos, en el peor y más raro de los casos, pagan con el confinamiento en provincias apartadas, donde pueden vivir bien gracias al dinero que han robado —por ejemplo, los banqueros confinados en Siberia Occidental—, desde donde les es fácil escapar al extranjero —por ejemplo, el coronel de gendarmería Méranville de Saint-Clair—.

culpable de acto injurioso, de simple acto injurioso, castigado con arresto. Es muy natural que este caballero, el señor Panov, no culpable de asesinato, preste todavía servicio en la policía con el grado de suboficial de la policía rural. El señor Panov solo trasladó su eficaz actividad organizadora de «lecciones» para la gente común, de la ciudad al campo. Dígame en conciencia, lector, si el inspector de policía Panov puede interpretar la sentencia del tribunal de otra manera que como un consejo: en el futuro habrá que disimular mejor las huellas del delito, dar «lecciones» de manera tal que no dejen rastros. Ordenaste lavar la sangre del rostro de un moribundo: eso está muy bien; pero dejaste morir a Vózdujov, y eso, hermanito, es una negligencia. En el futuro debes ser más cuidadoso, y métete bien en la cabeza el primer y último mandamiento del Derzhimorda¹² ruso: «¡Golpea duro, pero no mates!».

Desde el punto de vista humano, la sentencia del tribunal respecto de Panov es una simple parodia de justicia; demuestra el deseo verdaderamente servil de hacer recaer toda la responsabilidad sobre los funcionarios subalternos de la policía y librar de culpa a su jefe directo con cuyo conocimiento, asentimiento y participación se infligió la brutal paliza. Desde el punto de vista jurídico, esta sentencia es un modelo de la casuística de la que son capaces los jueces burocráticos que, personalmente, no están muy por encima del inspector de policía. La palabra fue dada al hombre para ocultar sus pensamientos, dicen los diplomáticos; la ley fue hecha para falsear el concepto de la culpa y de la responsabilidad, pueden decir nuestros juristas. En efecto, ¿qué sutil arte jurídico no se requerirá para convertir en simple acto injurioso la participación en torturas! Un hombre que en la mañana del 20 de abril hizo caer, quizá, la gorra de la cabeza de Vózdujov es culpable del mismo delito (menos que delito, «infracción») que Panov. Por el simple hecho de haber tomado parte en una riña —no en una paliza a un hombre indefenso—, si en ella se causara la muerte de una persona, corresponde un castigo más severo que el que se le aplicó al inspector de policía. Los trapaceros del tribunal aprovecharon, en primer lugar, el hecho de que por torturas en el ejercicio de un cargo la ley establece diversas penalidades, dejando libre al juez el determinar, de acuerdo con las circunstancias, si corresponden dos meses de prisión o confinamiento perpetuo en Siberia. No trabar excesivamente la acción

12. *Derzhimorda*: nombre de un policía en la comedia del escritor ruso N. V. Gogol *El inspector*. Nombre genérico para designar al opresor y tirano que es insolente y grosero.

del juez con limitaciones formales, dejarle cierta libertad de acción es, desde luego, una regla muy razonable; por ella, más de una vez nuestros profesores de derecho penal elogiaron la legislación rusa y destacaron su liberalismo. Pero al elogiarla, olvidaban solo el detalle de que para aplicar disposiciones razonables se requieren jueces que no se limiten al papel de meros funcionarios, se requiere que representantes de la sociedad formen parte del tribunal y la opinión pública participe en el examen de la causa. En segundo lugar, el fiscal sustituto acudió en este caso en ayuda del juez *al retirar* la acusación de tortura y crueldad contra Panov —y Oljovin— y pedir que se los castigara por conducta injuriosa. El fiscal sustituto se remitió, por su parte, a las conclusiones de los expertos que negaron que los golpes dados por Panov constituyeran torturas especialmente graves y prolongadas. El sofisma jurídico, como se ve, no se caracteriza por su complejidad: como Panov pegó menos que los otros, *se puede* decir que sus golpes no fueron *especialmente* graves, y si no fueron especialmente graves, *se puede* llegar a la conclusión de que no fueron «torturas y crueldades»; y si no fueron torturas y crueldades, significa que fue un simple acto injurioso. Todo se arregla a satisfacción de todos, y el señor Panov queda en las filas de los guardianes del orden y la decencia...*

* En lugar de denunciar en toda su amplitud los escándalos ante los tribunales y ante la sociedad, se prefiere en nuestro país escamotear los asuntos en el tribunal y salir del paso con órdenes y circulares plagadas de frases ampulosas, pero hue-ras. Por ejemplo, el jefe de policía de Oriol acaba de publicar una orden que, en confirmación de disposiciones anteriores, invita a los comisarios de policía a que, personalmente o por intermedio de sus ayudantes, recomienden encarecidamente a los funcionarios subalternos de la policía evitar en absoluto toda grosería o acto de violencia cuando arresten a borrachos en la vía pública y los conduzcan al calabozo para que se les pase la borrachera; que expliquen a sus subordinados que es obligación de la policía, entre otras, la protección de los borrachos, ya que no pueden quedar abandonados a su propia suerte sin correr evidentes riesgos; por eso los funcionarios subalternos de la policía, que son, según establece la ley, defensores y protectores de la población, cuando arresten y conduzcan al calabozo a los borrachos, no solo no deben recurrir a ningún tratamiento grosero o inhumano, sino que, por el contrario, tienen que tomar todas las medidas que de ellos dependen para proteger a las personas conducidas al calabozo, hasta que se les pase la borrachera. La orden previene a los funcionarios subalternos que solo si cumplen, consciente y legalmente, con sus obligaciones, tendrán derecho a contar con la confianza y el respeto de la población, y que, por el contrario, tolerar de parte de los funcionarios policiales cualquier arbitrariedad, cualquier brutalidad hacia los borrachos, así como violencias incompatibles con los deberes de los funcionarios policiales, que

Nos hemos referido al problema de la participación de representantes de la sociedad en el tribunal y al papel de la opinión pública. La causa que hemos comentado ilustra perfectamente en forma general, dicha cuestión. Ante todo, ¿por qué el asunto lo examinó un tribunal constituido por los jueces de la Corona y representantes de los estamentos y no un tribunal de jurados? Porque el Gobierno de Alejandro III, que ha declarado una lucha despiadada contra todos los esfuerzos de la sociedad por la libertad y la independencia, comprendió muy pronto que el tribunal de jurados era peligroso. La prensa reaccionaria declaró que el tribunal de jurados era un «tribunal de la calle», y desató contra él una campaña de acoso que, dicho sea de paso, continúa hasta ahora. El Gobierno adoptó un programa reaccionario: después de haber vencido el movimiento revolucionario de la década del 70, declaró impudicamente a los representantes de la sociedad que los consideraba como «de la calle», como al populacho, que no debía inmiscuirse en la legislación ni en la dirección del Estado, que debía ser expulsado de los santuarios donde se administra justicia a los ciudadanos de Rusia, según el método de los señores Panov. En 1887 se promulgó una ley según la cual los asuntos relacionados con delitos cometidos por funcionarios y contra funcionarios, son retirados de la competencia del tribunal de jurados y confiados a un tribunal formado por jueces de la Corona y por representantes de los estamentos. Como se sabe, esos representantes de los estamentos incorporados en un mismo colegio con los jueces burocráticos, son figurantes mudos que desempeñan el lamentable papel de testigos dispuestos a firmar topas las decisiones que se dignen tomar los funcionarios del Departamento de Justicia. Esta es una de las leyes integrantes de un largo cortejo que se extiende a través de toda esta última época reaccionaria de la historia rusa, y unidas entre sí por una aspiración común: restablecer un «poder firme». Bajo la presión de las circunstancias el poder se había visto obligado, en la segunda mitad del siglo XIX, a entrar en contacto con «la calle», pero la composición de esa calle cambiaba con una rapidez sorprendente, la gente ignorante era reemplazada por ciudadanos que

deben servir de modelo de honestidad y buenos modales, conllevará inevitablemente un severo castigo, como dispone la ley, y que los funcionarios subalternos de la policía culpables de haber incurrido en tales proceder seran sometidos a la justicia sin indulgencia alguna. He aquí un proyecto de caricatura para una revista satírica: ¡el inspector de policía absuelto de la acusación de asesinato lee la orden en virtud de la cual debe ser un modelo de honestidad y buenos modales!

comenzaban a tener conciencia de sus derechos y que eran capaces incluso de promover combatientes que lucharan por los derechos. Al darse cuenta de ello, el Gobierno, aterrorizado, dio un salto atrás y ahora hace esfuerzos convulsos para rodearse de una muralla china, para encerrarse en una fortaleza inaccesible a toda manifestación de iniciativa social... Pero me he desviado demasiado del tema.

Así pues, gracias a una ley reaccionaria, la calle ha sido despojada del derecho a juzgar a los representantes del poder. Los funcionarios juzgan a los funcionarios. Esto no solo se reflejó en la sentencia, sino también en todo el carácter de la instrucción previa y del proceso judicial. El tribunal de la calle es valioso precisamente porque trae una corriente de aire fresco a esa atmósfera de formalismo oficinesco de que están impregnadas hasta la médula nuestras instituciones gubernamentales. A la calle no le interesa solo e incluso no tanto saber si una acción determinada será considerada como injuria, como acto de violencia o como tortura, o qué pena se aplicará, sino también descubrir hasta la raíz y poner de manifiesto públicamente todos los hilos sociales y políticos del crimen y el significado del mismo para extraer del juicio enseñanzas de moral y de política práctica. La calle no quiere ver en el tribunal un simple «lugar de audiencias», donde los oficinistas apliquen los artículos del Código Penal que correspondan a tales o cuales casos, sino una institución pública que revele las lacras del régimen actual y proporcione material para criticarlo y, por consiguiente, para corregirlo. La calle, impulsada por las realidades prácticas de la vida social y por el crecimiento de la conciencia política, llega a descubrir por su intuición esa verdad que con tanta dificultad y timidez persigue, obstaculizada por sus trabas escolásticas, nuestra jurisprudencia académica oficial, a saber: que en la lucha contra el delito tiene mucha más importancia la modificación de las instituciones sociales y políticas que la aplicación de determinados castigos. Por esa razón, los periodistas reaccionarios y el Gobierno reaccionario odian —y no pueden dejar de odiarlo— al tribunal de la calle. Por eso la reducción de la competencia del tribunal de jurados y la restricción de la publicidad pasan como un hilo de engarce a través de toda la historia de Rusia posterior a la Reforma, con la particularidad de que el carácter reaccionario de la época «posterior a la Reforma» se revela *exactamente al día siguiente* de entrar en vigor la ley de 1864, que reformó nuestra «institución judicial».* Y precisamente

* Los liberales partidarios del tribunal de jurados, en sus polémicas con los reaccionarios en la prensa legal, niegan a menudo, de manera categórica, la importancia

en el caso que nos ocupa se siente con fuerza especial la ausencia del «tribunal de la calle». ¿Quién hubiera podido interesarse, en este juicio, por el aspecto social del problema y esforzarse por presentarlo en toda su amplitud? ¿El fiscal? ¿Un funcionario que mantiene estrechísimas relaciones con la policía, que comparte con ella la responsabilidad por el mantenimiento de los detenidos y por la manera en que se los trata, y que en algunos casos es el propio jefe de policía? Ya vimos que el fiscal sustituto había renunciado incluso a acusar a Panov de tortura. ¿El demandante civil, en el caso de que la viuda del asesinado, que compareció ante el tribunal en calidad de testigo de Vózdujov, hubiera entablado querrela contra los asesinos? ¿Pero cómo hubiera podido ella, una mujer simple, saber que existe demanda civil en el proceso judicial? Y aunque lo hubiese sabido, ¿habría podido contratar un abogado? Y de haber podido, ¿habría encontrado un abogado que pudiera y quisiera atraer la atención pública hacia los procederes desenmascarados por este asesinato? Y en caso de haber encontrado tal abogado, ¿habría podido mantener encendido su «ardor cívico» ante «delegados» de la sociedad tales como los representantes de los estamentos? He aquí un alcalde del subdistrito —me refiero al tribunal provincial—, quien se muestra turbado por su indumentaria campesina, no sabe qué hacer con sus botas engrasarlas y sus toscas manos de mujik, mira con susto a Su Excelencia, el presidente del tribunal, sentado a la misma mesa que él. He aquí un alcalde de la ciudad, un comerciante corpulento que respira penosamente dentro del uniforme, al que no está acostumbrado, con la cadena pendiendo del cuello, esforzándose por imitar a su vecino, un mariscal de la nobleza, un señor con uniforme de noble, de exterior pulcro, de maneras aristocráticas. Y junto a ellos los jueces, hombres que han pasado por la larga escuela en que los funcionarios arrastran su pesada cadena, verdaderos escribientes, encanecidos en sus oficinas, conscientes de la importancia política de tal tribunal y se esfuerzan por probar que en modo alguno defienden la participación en él de elementos sociales por motivos políticos. Indudablemente, esto puede depender, en parte, de esa incapacidad de reflexión política que tan a menudo padecen precisamente los juristas, aunque se especialicen en ciencias «políticas». Pero sobre todo se explica por la necesidad de expresarse en lenguaje esópico,¹³ ante la imposibilidad de declarar abiertamente sus simpatías por una constitución.

13. *Esopo*: fabulista semilegendario de la antigua Grecia; su manera alegórica de expresar los pensamientos en sentido figurado recibió el nombre de lenguaje esópico.

de la tarea que deben realizar, es decir, juzgar a los representantes del poder, a quienes el tribunal de la calle es indigno de juzgar. ¿Acaso este ambiente no quitaría las ganas de hablar al abogado más elocuente, no le recordaría el viejo proverbio: «no arrojéis margaritas...»?

Y por todo eso el asunto se tramitó a toda carrera, como si hubieran deseado desembarazarse de él lo antes posible,* como si se temiera remover a fondo toda esa inmundicia: se puede vivir al lado de una letrina, acostumbrarse, no darse cuenta, habituarse, pero basta empezar a limpiarla para que el hedor sea indefectiblemente percibido por todos los habitantes, no solo de la casa en cuestión, sino aun por los de las casas vecinas.

He aquí las preguntas que se imponían por lógica, y que nadie se tomó el trabajo ni siquiera de aclarar. ¿Por qué se dirigió Vózdujov en coche a casa del gobernador? El acta de acusación —ese documento que encarna el esfuerzo de la acusación por descubrir el delito en su totalidad—, lejos de responder a esa pregunta, incluso la elude directamente, diciendo que Vózdujov «fue arrestado en estado de ebriedad, en el patio de la casa del gobernador, por el agente de policía Shelemétiev». Esto da lugar a suponer incluso que Vózdujov se dedicaba a armar escándalos. ¿Y dónde?! ¿En el patio de la casa del gobernador! Pero en realidad Vózdujov *había ido en coche de punto a casa del gobernador para presentar una queja*; esto es un hecho establecido. ¿Por qué motivo se quejaba? El conserje de la casa del gobernador, Ptitsin, dice que Vózdujov se quejaba de la oficina de un embarcadero donde le habían negado la venta del pasaje para un viaje (?). El testigo Mujánov, excomisario de la comisaría donde se golpeó a Vózdujov (ahora director de la prisión provincial en la ciudad de Vladimir), dice haber oído de la mujer de Vózdujov que ella y su marido habían estado bebiendo, y que *habían sido golpeados en Nizhni Nóvgorod —en la comisaría del puerto fluvial y en la de Rozhdéstvenski—, y que precisamente a causa de esos golpes Vózdujov quería elevar una queja al gobernador*. A pesar de la evidente contradicción que surge de las declaraciones de esos testigos, el tribunal no toma ninguna medida para poner en claro la cuestión. Por el contrario, cualquiera tendría pleno derecho a suponer que el tribunal *no quería* aclarar esta cuestión. La mujer de Vózdujov fue testigo ante el tribunal, pero nadie se preocupó por preguntarle si efectivamente

* Nadie había pensado siquiera en llevar prontamente el caso al tribunal. A pesar de la notable simplicidad y claridad del asunto, el incidente del 20 de abril de 1899 solo fue examinado en el tribunal el 23 de enero de 1901. ¡He aquí una justicia *rápida*, equitativa y benévola!

ella y su marido habían sido golpeados en varias comisarías policiales de Nizhni Nóvgorod; en qué circunstancias fueron detenidos, en qué locales se lo golpeó y quiénes lo hicieron; si efectivamente su marido quería presentar una queja ante el gobernador o si su marido había hecho saber a alguien más esa intención. El testigo Ptitsin que, en calidad de funcionario de la oficina del gobernador, podía no estar dispuesto a escuchar las quejas que Vózdujov —a quien sin estar borracho había que hacerle pasar la borrachera— quería formular contra la policía, encargó al policía *borracho* Shelemétiev llevar al quejoso a la comisaria hasta que se le pasara la borrachera; sin embargo, este interesante testigo no fue sometido a careo. El cochero Krainov, que había llevado a Vózdujov a la casa del gobernador y luego la comisaría, tampoco fue interrogado a su vez, para saber si Vózdujov le había informado del motivo por el cual iba a casa del gobernador. ¿Qué le dijo exactamente a Ptitsin? ¿Nadie más había oído esa conversación? El tribunal se limitó a dar lectura a la breve declaración de Krainov, quien no se presentó —y quien afirmó que Vózdujov no estaba ebrio, solo un poco bebido—, y el fiscal sustituto no se preocupó lo más mínimo por obtener la comparecencia de este importante testigo. Si se tiene en cuenta que Vózdujov era suboficial de la reserva, y que por lo tanto no le faltaba experiencia, que debía conocer un poco las leyes y las órdenes, que incluso después de la última paliza que le causó la muerte dijo a sus compañeros de calabozo «los demandaré», resulta más que evidente que se dirigía a la casa del gobernador llevando, precisamente, una queja contra la policía, que el testigo Ptitsin mintió para proteger a la policía y que esos jueces y fiscal serviles no querían que esta molesta historia surgiera a la luz.

Prosigamos. ¿Por qué y a raíz de qué se golpea a Vózdujov? El acta de acusación presenta, una vez más, el caso de la manera lo *más* ventajosa posible... para los acusados. «El motivo del castigo», se aduce, habría sido el corte que se produjo en la mano de Shelemétiev en el momento en que empujaba a Vózdujov al local de guardia. Se trataría de saber por qué se empujó a Vózdujov, quien había hablado tranquilamente con Shelemétiev y Panov (¡y admitamos que hubiera sido en verdad necesario *empujarlo!*), no al calabozo, sino primero al local de guardia. Había sido conducido a la comisaría hasta que se le pasara la borrachera, en el calabozo se encontraban ya varios borrachos y allí fue a parar más tarde también Vózdujov: ¿por qué entonces Shelemétiev, después de haberlo «presentado» a Panov, lo empujó hacia *el local de guardia*? Es evidente

que precisamente para darle una paliza. En el calabozo había gente, pero en el local de guardia Vózdujov estaría solo, y en ayuda de Shelemétiev vendrían sus compañeros y el señor Panov, a quien en ese momento le estaba «confiada» la comisaría número 1. El brutal castigo fue provocado, en consecuencia, no por un motivo casual, sino con premeditación. No puede admitirse más que una de estas dos hipótesis: o bien todos los que son llevados a la comisaría para que se desemborrachen —aunque se comporten de manera perfectamente tranquila y decente—, son enviados primero al local de guardia para «recibir una lección», o bien Vózdujov fue llevado para darle una paliza *precisamente porque había ido a casa del gobernador para quejarse contra la policía*. Las informaciones de los diarios sobre el caso son tan breves que resulta difícil pronunciarse categóricamente en favor de la segunda hipótesis —que no es de ninguna manera inverosímil—; pero la instrucción preliminar y la judicial habrían podido sin duda aclarar por completo esta cuestión. El tribunal, se sobrentiende, no prestó la menor atención a este aspecto. Digo «se sobrentiende», porque la indiferencia de los jueces refleja, en este caso, no solo el formalismo burocrático, sino también el concepto habitual del hombre común ruso: «¡Y qué tiene eso de sorprendente! ¡En una comisaría de policía han matado a un mujik borracho! ¡Cosas peores pasan entre nosotros!». Y nuestro hombre común nos citará decenas de casos mucho más indignantes, y que además han pasado sin que fueran castigados los culpables. Los ejemplos que cite nuestro hombre serán absolutamente justos; sin embargo, está totalmente equivocado y su razonamiento no revela más que la extrema miopía del filisteo. ¿No será porque esas brutalidades constituyen una práctica cotidiana y habitual en cualquier comisaría de policía que son posibles en nuestro país casos incomparablemente más indignantes de brutalidades policiales? ¿Y no resultará impotente nuestra indignación ante casos excepcionales porque contemplamos los casos «normales» con esa indiferencia que nos ha dado la costumbre? ¿Porque nuestra indiferencia no se perturba, ni aun cuando un hecho tan corriente y tan trivial como una paliza a un «mujik» borracho —o presuntamente borracho— en una comisaría de policía, suscita protestas de parte de ese mismo mujik (que ya debería haberse acostumbrado), quien paga con su vida la atrevida tentativa de quejarse humildemente al gobernador?

Hay otra razón que impide soslayar este caso tan común. Se ha dicho, hace ya mucho tiempo, que la significación preventiva del castigo no

reside en su severidad, sino en su inminencia. Lo importante no es que por un delito se haya fijado una pena dura, sino que *ni un solo* delito quede impune. También en este sentido reviste interés el caso que examinamos. Las palizas ilegales y brutales que propina la policía tienen lugar en el Imperio Ruso, puede decirse sin exageración, todos los días y a todas horas.* Pero los culpables solo comparecen ante el tribunal en casos excepcionales y muy de tarde en tarde. Esto no puede sorprendemos en absoluto, ya que el criminal es esa misma policía a la cual se ha confiado en Rusia el descubrimiento de los crímenes. Pero esto nos obliga a dedicar una atención tanto mayor, aunque poco común, a los casos en que el tribunal se ve obligado a descorrer el velo que cubre los hechos corrientes.

Prestemos atención, por ejemplo, a la forma en que los policías administran una paliza. Son cinco o seis, actúan con una crueldad de bestias, muchos de ellos están bebidos y todos tienen sable. Pero ninguno de ellos golpea jamás a su víctima con el sable. Son personas de experiencia y saben muy bien cómo se debe golpear. Un sablazo es una prueba, pero te zurren a puñetazos y veremos cómo pruebas luego que te han golpeado en la policía. «Fue zurrado durante una riña, nosotros detuvimos a un

* Estas líneas ya habían sido escritas cuando los diarios confirmaban una vez más este aserto. En el otro extremo de Rusia, en Odesa, una ciudad con categoría de capital, el juez de paz absolvió a un tal M. Klinkov, acusado de promover un escándalo durante su detención en la comisaría de policía, según el acta del inspector de policía Sadukov. Ante el tribunal, el acusado, así como sus cuatro testigos, declararon lo siguiente: Sadukov había arrestado y conducido a la comisaría a M. Klinkov en estado de embriaguez. Una vez sobrio, Klinkov reclamó su libertad. En respuesta, un policía lo agarró del cuello y comenzó a golpearlo; llegaron tres policías más y entre los cuatro lo golpearon en la cara, la cabeza, el pecho y los costados. Bajo la lluvia de golpes que caían sobre él, Klinkov rodó ensangrentado al suelo, y allí siguieron pegándole con más furor aún. Como declararon Klinkov y sus testigos, los torturadores eran dirigidos por Sadukov quien alentaba a los policías. Klinkov perdió el conocimiento, y cuando volvió en sí, lo dejaron salir de la comisaría. Sin tardanza Klinkov acudió a un médico para que lo examinara. El juez de paz aconsejó a Klinkov que iniciara demanda contra Sadukov y los policías ante el fiscal, a lo que Klinkov respondió que tal demanda había sido ya presentada y que veinte personas se presentarían como testigos de las torturas que había sufrido.

No es necesario ser profeta para predecir que M. Klinkov no logrará que los policías sean procesados y condenados por torturas. Ellos no lo mataron a golpes; y si, contra toda suposición, son condenados, la condena será leve.

hombre molido a golpes», ¡ni visto ni oído! Aun en el presente caso, en el cual por casualidad el hombre fue muerto a golpes («qué mala idea tuvo de morirse; era un mujik robusto, ¿quién podía suponer que eso ocurriera?»), la acusación debió probar, con las declaraciones de los testigos, que «Vózdujov, antes de ser llevado a la comisaría, gozaba de perfecta salud». Evidentemente, los asesinos, que siempre negaron que lo golpearan, dijeron que lo habían traído ya molido a golpes. Y encontrar testigos para un caso de este género es cosa increíblemente dificultosa. Por una feliz casualidad, la ventanilla del calabozo que da al local de guardia no estaba cerrada del todo; la verdad es que en lugar de vidrios se había colocado en la ventanilla una chapa de hojalata con agujeros, y del lado del local de guardia esos agujeros estaban tapados con un cuero; pero con el dedo se podía levantar el cuero y entonces, desde el calabozo, se veía lo que pasaba en el local de guardia. Solo por esta circunstancia se logró reconstituir totalmente en el tribunal la escena de la «lección». Pero una anomalía como esa de la ventana mal tapada solo pudo ocurrir en el siglo pasado; en el siglo XX, con toda seguridad, la ventanita del calabozo que da al local de guardia en la comisaría de la fortaleza de Nizhni Nóvgorod está herméticamente cerrada... Y como no hay testigos, ¡ay del que caiga en el local de guardia!

En ningún país existen tantas leyes como en Rusia. Hay entre nosotros leyes para todo. Existe también un reglamento especial para casos de detención, en el que se establece con pormenores que la detención es legal solo en locales especiales, sometidos a una vigilancia especial. Como se advierte, la ley se cumple: en la comisaría existe un «calabozo» especial. Pero *antes* de entrar al calabozo «es costumbre» que a uno lo «empujen» «al local de guardia». Y aunque la función del local de guardia, como verdadera cámara de torturas, aparezca de manera absolutamente evidente a lo largo de todo el proceso, la autoridad judicial no pensó siquiera en fijar su atención sobre este hecho. En efecto, ¡no podemos esperar que los fiscales denuncien las barbaridades de nuestra autocracia policial, ni que tomen medidas contra ella!

Ya nos hemos referido al problema de los testigos en asuntos de esta índole. En el mejor de los casos, solo pueden ser testigos personas que se encuentran en manos de la policía; solo como excepción sería posible que un extraño lograra presenciar una «lección» dada en una comisaría. Y en cuanto a los testigos que se encuentran en manos de la policía, son presionables por esta. Así fue en el caso que examinamos. El testigo

Frolov, que en el momento del asesinato se hallaba en el calabozo, afirmó, en el curso de la instrucción previa, que Vózdujov había sido golpeado por los agentes y por el inspector de policía; luego retiró su denuncia contra el inspector Panov y ante el tribunal ya declaró que ningún policía había golpeado a Vózdujov, que fueron Semajin y Bárinov —otros dos detenidos que fueron los principales testigos de cargo— quienes lo habían instigado a declarar contra la policía, que no había sido instigado ni aleccionado por esta. Los testigos Fadéev y Antónova declararon que en el local de guardia nadie le había puesto un dedo encima a Vózdujov: todos estaban tranquilos y pacíficos, y no hubo disputa alguna.

Como se ve, un hecho de lo más corriente. Y las autoridades judiciales lo admitieron con su acostumbrada indiferencia. Existe una ley que castiga con bastante severidad el falso testimonio; la iniciación de un juicio contra esos dos falsos testigos habría arrojado más luz sobre los abusos de la policía, contra los cuales están prácticamente indefensos quienes tienen la desgracia de caer en sus garras (y esta desgracia le ocurre regular y constantemente a centenares de miles de personas «comunes»); pero el tribunal solo piensa en la aplicación de tal artículo del código y jamás en esa falta de protección. Y ese detalle del proceso, como todos los demás, demuestra con claridad cuál es esa sólida red que lo abarca todo, esa lacra tan arraigada, para librarse de la cual es necesario abolir todo el sistema de autocracia policial y de absoluta carencia de derechos para el pueblo.

Hace unos treinta y cinco años, el célebre escritor ruso F. M. Reshétnikov tuvo un percance desagradable. Se dirigía, en San Petersburgo, a la Asamblea de la Nobleza, creyendo equivocadamente que allí se daba un concierto. Los policías no lo dejaron entrar y le gritaron: «¿Adónde vas? ¿Quién eres?». «Un obrero», respondió en tono grosero F. M. Reshétnikov, enojado. El resultado de esta respuesta —cuenta Gleb Uspenski— fue que Reshétnikov pasó la noche en la comisaría, de la cual salió golpeado, despojado de su dinero y «sin anillo». «Pongo en conocimiento de este hecho a Vuestra Excelencia —escribía Reshétnikov en una solicitud al director de policía de San Petersburgo—. Nada reclamo. Solo me permito importunarlos para solicitar que los comisarios de policía, inspectores y agentes de policía *no golpeen a la gente del pueblo...* Aun sin ello ya este pueblo tiene que soportar mucho».¹⁴

14. Lenin cita el artículo de Gleb Uspenski *Fiódor Mijáilovich Reshétnikov (Ensayo biográfico)*.

El modesto ruego con que hace ya tanto tiempo un escritor ruso osó importunar al jefe de policía de la capital, ha quedado hasta ahora sin cumplir, y *no puede cumplirse* en tanto persista nuestro régimen político. Pero en el momento actual la atención de todo hombre honesto, atormentado por el espectáculo de la brutalidad y la violencia, es atraída por el nuevo y vigoroso movimiento popular, que concentra fuerzas para barrer de la faz de la tierra rusa toda manifestación de salvajismo y para realizar los más nobles ideales de la humanidad. Durante estas últimas décadas, el odio hacia la policía ha crecido y se ha arraigado profundamente en las masas de gente sencilla. El desarrollo de la vida urbana, el incremento de la industria, la difusión de la instrucción; todo eso ha sembrado, aun en las masas ignorantes, la aspiración a una vida mejor y la conciencia de la dignidad humana; la policía, empero, sigue siendo tan arbitraria y brutal como siempre. A su brutalidad se ha agregado, simplemente, un mayor refinamiento en la búsqueda y el acoso de un nuevo enemigo, el más temible: todo lo que aporta a las masas populares un rayo de conciencia de sus derechos y de fe en sus fuerzas. Fecundado por esta conciencia y por esta fe, el odio popular encontrará una salida no en una venganza salvaje, sino en la lucha por la libertad.

II. ¿PARA QUÉ APRESURAR LAS VICISITUDES DE LOS TIEMPOS?

La Asamblea de la Nobleza de la provincia de Oriol acaba de aprobar un interesante proyecto, y los debates realizados con ese motivo han sido más interesantes aún.

He aquí la esencia del asunto. El mariscal de la nobleza de la provincia,¹⁵ M. A. Stajóvich, presentó un informe en el que proponía llegar a un acuerdo con el Departamento de Hacienda a fin de reservar a los nobles de Oriol los cargos de recaudadores. Con la implantación del monopolio del Estado sobre las bebidas alcohólicas, se instituyen en la provincia cuarenta cargos de recaudadores de dinero proveniente de las bodegas fiscales. La remuneración de los recaudadores es de 2.180 rublos anuales

15. *Mariscal de la nobleza*: representante de la nobleza de una provincia o distrito de la Rusia zarista, elegido por la respectiva asamblea de la nobleza. El mariscal de la nobleza entendía en los asuntos de esta, ocupaba una posición influyente en la administración y presidía las reuniones de los zemstvos.

(900 rublos de sueldo, 600 de viáticos y 680 para un guardia). Por esa razón será ventajoso para los nobles ocupar esas plazas, formar para ello un artel y entrar en tratos con el fisco. En lugar de la caución exigida —de 3.000 a 5.000 rublos— habría que hacer, al comienzo, una retención de 300 rublos por año para cada recaudador y constituir con esas sumas un capital de la nobleza, como garantía para el Departamento de Bebidas.

El proyecto, como se ve, se distingue por su carácter eminentemente práctico y demuestra que nuestro estamento superior posee un perfecto olfato que le permite arrancar un trozo del pastel ofrecido por el Tesoro. Pero es precisamente ese sentido práctico lo que muchos terratenientes no encontraron excesivo, indecente e indigno de un noble. Se produjeron acalorados debates que revelaron con particular claridad tres puntos de vista sobre el problema.

El primero es el punto de vista práctico. Hay que alimentarse, el estamento pasa necesidades... a pesar de todo es un sueldo... ¿se puede entonces negar esa ayuda a los nobles sin fortuna? ¡Y, además, los recaudadores pueden contribuir a que el pueblo deje de emborracharse! El segundo punto de vista es el de los románticos. ¿¡Servir en el Departamento de Bebidas, apenas por encima de los taberneros!? ¿¡Estar sometidos a los simples administradores de almacenes, «a menudo personas de estamentos inferiores»!? Así fluían inflamados discursos sobre la gran misión de la nobleza. Tenemos la intención de analizar precisamente estos discursos, pero antes expondremos el tercer punto de vista, el de los hombres de Estado. Por una parte, no se puede dejar de reconocer que parece hasta vergonzoso, pero, por la otra, se debe reconocer que es lucrativo. Sin embargo, se puede, al mismo tiempo, procurarse un capital y conservar la inocencia: el director de la recaudación de impuestos sobre el consumo puede efectuar nombramientos aun sin caución, y esos 40 nobles pueden obtener las plazas a petición del mariscal de la nobleza de la provincia, sin formar un artel, sin celebrar un contrato, porque de lo contrario podría suceder que «el ministro del Interior suspendiese la ordenanza, para resguardar la normalidad del régimen estatal». Esta sabia opinión habría triunfado, probablemente, si el mariscal de la nobleza no hubiera hecho dos declaraciones de importancia fundamental: en primer lugar, que el contrato había sido ya sometido al Consejo del ministro de Hacienda, que lo había calificado de factible y, en principio, había dado su consentimiento; en segundo lugar, que «no podían adjudicarse esas plazas por

la sola petición del mariscal de la nobleza de la provincia». Y el informe fue aceptado.

¡Pobres románticos! Sufrieron una derrota. ¡Y qué bien habían hablado!

«Hasta ahora la nobleza solo proporcionó dirigentes. El informe propone la creación de algo llamado artel! ¿Es esto compatible con el pasado, el presente o el futuro de la nobleza? En virtud de la ley sobre los recaudadores, en caso de que hubiese malversación por parte del empleado, el noble debe ponerse detrás del mostrador. ¡Antes morir que ocupar un cargo semejante!».

¡Dios mío, cuánta nobleza hay en el hombre! ¡Antes morir que vender vodka! Comerciar con trigo, esa sí es una ocupación noble, sobre todo en los años de mala cosecha, cuando uno puede enriquecerse a costa de los hambrientos. Y una ocupación más noble aún es ejercer la usura sobre el trigo: prestarlo en invierno a los campesinos hambrientos, a cambio del trabajo en verano, y valorar ese trabajo tres veces por debajo de los precios libremente convenidos. Justamente en esta zona central de tierras negras, de la cual forma parte la provincia de Oriol, nuestros terratenientes se han ocupado siempre y se ocupan todavía, con celo especial, de esta noble forma de usura. Pues bien, para distinguir con claridad la usura noble de la que no lo es, hay que gritar lo más alto posible que el oficio de tabernero es indigno de un noble.

«Debemos proteger rigurosamente nuestra vocación, expresada en el célebre manifiesto de Su Alteza Imperial: servir con desinterés al pueblo. Un servicio interesado es incompatible con esta [...]. Un estamento que cuenta en su haber con méritos tales como el servicio de sus antepasados, que soportó sobre sus hombros todo el peso de las magnas reformas del emperador Alejandro II,¹⁶ es elemento que está en condiciones de cumplir también en el futuro sus obligaciones para con el Estado». ¡Sí, un servicio desinteresado! La distribución de haciendas, la entrega de dominios poblados, es decir, el regalo de millares de deciatinas de tierra y de millares de siervos, la formación de una clase de grandes terratenientes, poseedores de centenares, miles y decenas de miles de deciatinas, y que con su explotación llevan a millones de campesinos a una completa miseria: he ahí la demostración de ese desinterés. Pero lo más encantador

16. Se alude a la Reforma de 1861 que abolió la servidumbre en Rusia (véase la siguiente nota) y a las reformas de los zemstvos (1864), judicial (1864), urbana (1870) y militar (1862-74) que la siguieron.

es la alusión a las «magnas» reformas de Alejandro II. Por ejemplo, la liberación de los campesinos: ¡con qué desinterés los desplumaron nuestros generosos nobles: los obligaron a rescatar sus propias tierras, los obligaron a pagar por ellas el triple de su precio real, se apropiaron de tierras campesinas en forma de recortes de todo tipo,¹⁷ cambiaron sus tierras arenosas, barrancosas e incultivables, por las buenas tierras de los campesinos, y ahora tienen la impudicia de jactarse de semejantes hazañas!

«El negocio de la bebida nada tiene de patriótico [...]. Nuestras tradiciones no se basan en los rublos, sino en los servicios al Estado. La nobleza no debe convertirse en Bolsa».

¡Las uvas están verdes! La nobleza «no debe» convertirse en Bolsa porque para la Bolsa hacen falta capitales considerables, y los señores esclavistas de ayer despilfarraron sus fortunas totalmente. Para la gran mayoría de ellos no se trata de transformarse en corredores de Bolsa, sino de someterse a la Bolsa, someterse al rublo, como es evidente desde hace tiempo.

17. En Rusia la servidumbre fue abolida en 1861. El Gobierno zarista implantó esta Reforma de modo que asegurase en máximo grado los intereses de los terratenientes feudales: se conservó la posesión agraria de los terratenientes y las tierras de los campesinos fueron declaradas propiedad de aquellos. El campesino podía recibir un nadiel únicamente según la norma establecida por la ley, y con el consentimiento del terrateniente, pagando un rescate. Más de $\frac{1}{5}$ de la tierra que usufructuaban los campesinos bajo el régimen de la servidumbre les fue recortado en favor de los terratenientes al efectuarse la Reforma. Estas tierras arrebatadas, o «recortes», como las llamaban, eran la parte mejor de las parcelas campesinas —prados, abrevaderos, pastos, etc.—, sin la cual los campesinos no podían dedicarse a una actividad agropecuaria independiente.

El rescate que los campesinos debían pagar al Gobierno zarista —el Gobierno abonó a los terratenientes el dinero que les correspondía por la «operación del rescate»— era una verdadera expoliación. Para amortizar la «deuda» de los campesinos se les concedió una prórroga de 49 años, al 6% de interés anual. Los atrasos en el pago del rescate aumentaban año tras año. La Reforma provocó la depauperación masiva de los campesinos y la ruina de sus haciendas. Los exsiervos pagaron al Gobierno, en concepto de rescate, un total de 1.900 millones de rublos, mientras que el valor de esas tierras en el mercado no pasaba de 544 millones. En la práctica, los campesinos fueron obligados a pagar no solo por la tierra, sino también por su «libertad» personal.

Lenin calificó la Reforma de 1861 como el primer acto de violencia masiva contra el campesinado, en beneficio del capitalismo naciente en la agricultura; «desbroce del campo» por los terratenientes para el capitalismo.

Y en esta carrera tras el rublo, el «estamento superior» se dedica, desde hace ya mucho tiempo, a ocupaciones tan sublimes y patrióticas como fabricar aguardiente no refinado, instalar ingenios de azúcar y otras plantas, participar en toda clase de empresas comerciales e industriales dudosas, a llamar a las puertas de representantes de las altas esferas de la Corte, de los grandes duques, de los ministros, etc., etc., a fin de obtener concesiones y garantías oficiales para tales empresas, mendigar dádivas bajo la forma de privilegios para el Banco de la nobleza, primas para la exportación de azúcar, parcelitas (¡de millares de deciatinas!) de tierra en Bashkiria o en otra región, puestecitos cómodos y lucrativos, etc.

«La ética de los nobles lleva impreso el sello de la historia, de su posición social...», y también el sello de la caballeriza que enseñó a los nobles a ser brutales e injuriar a los mujiks. Además, el hábito secular de gobernar fue creando entre los nobles también algo más sutil: el arte de disimular sus intereses de explotadores con frases rimbombantes, destinadas para engañar al «ignorante populacho». Escúchese la continuación:

¿Para qué apresurar las vicisitudes de los tiempos? Admitamos que esto sea un prejuicio, pero las viejas tradiciones no permiten que se ayude a estas vicisitudes...

En estas palabras del señor Narishkin —uno de los sesudos del Consejo que defendieron el punto de vista gubernamental— se advierte un seguro instinto de clase. Por supuesto, el temor de aceptar el cargo de recaudador, o aun el de tabernero, es, en «los tiempos que corren, un prejuicio; pero ¿acaso no es gracias a los prejuicios de las masas ignorantes del campesinado que se mantiene en nuestro campo la explotación inconcebiblemente impúdica de los campesinos por parte de los terratenientes? Pero si los prejuicios mueren de todos modos, ¿para qué apresurar su muerte aproximando abiertamente el noble al tabernero, facilitando al campesino, con esta confrontación, el proceso —que ha comenzado ya por sí mismo— de comprensión de una verdad tan simple como la de que el terrateniente noble es tan usurero, ladrón y pirata, como cualquier sanguijuela de la aldea, solo que inmensamente más poderoso; poderoso por su propiedad agraria, por sus privilegios acumulados durante siglos, por su proximidad al poder zarista, por su costumbre de dominar y por

su habilidad para disimular su naturaleza de Judasito¹⁸ con toda una doctrina de romanticismo y generosidad?

Sí, el señor Narishkin es, sin duda alguna, un hombre sesudo del Consejo, por cuya boca habla la sabiduría del Estado. No me sorprende que el mariscal de la nobleza de Oriol le haya respondido —con expresiones tan refinadas que hubieran honrado a un lord inglés— lo siguiente:

Hacer objeciones a personas tan prestigiosas como las que acabamos de escuchar sería un atrevimiento de mi parte, si no estuviese seguro de que al objetar sus opiniones no objeto sus convicciones.

Esto es cierto y, además, en un sentido mucho más amplio de lo que imaginó el señor Stajóvich, quien de hecho dijo una verdad sin querer. Desde los prácticos hasta los románticos, todos los señores de la nobleza albergan las mismas convicciones. Todos creen firmemente en su «sagrado derecho» a la posesión de centenares o millares de deciatinas de tierra, robadas por sus antepasados o donadas por otros ladrones; creen en su derecho a explotar a los campesinos y desempeñar un papel predominante en el Estado; creen tener el derecho de que les den los pedazos más suculentos —y en caso de necesidad, también los menos suculentos— del pastel del Tesoro, es decir, del dinero del pueblo. Sus opiniones divergen solo respecto de la conveniencia de ciertas medidas, y sus debates en torno a dichas opiniones son tan aleccionadores para el proletariado como cualquier otra querella doméstica en el campo de los explotadores. En esas querellas aparece a plena luz la diferencia existente entre los intereses comunes a toda la clase de los capitalistas o de los terratenientes, y los intereses de individuos o grupos particulares; en esas querellas se les escapa a menudo lo que disimulan muy cuidadosamente, por lo general.

Pero además de eso, el episodio de Oriol proyecta también cierta luz sobre el carácter del cacareado monopolio de las bebidas. ¡Cuántos beneficios esperaba obtener de él nuestra prensa oficial y oficiosa: el aumento de los ingresos del fisco, el mejoramiento del producto y la disminución del alcoholismo! Pero en la práctica, en lugar del aumento de los ingresos solo se ha obtenido hasta ahora el encarecimiento de las bebidas alcohólicas, complicaciones en el presupuesto, la imposibilidad de determinar con precisión los resultados financieros de toda la operación; en lugar de

18. Lenin alude al protagonista de la novela *Los señores Golovliov*, del satírico ruso M. E. Saltikov-Schedrín; era un tipo de terrateniente feudal apodado Judasito por su santurronería e hipocresía. El nombre de Judasito se hizo genérico en la prensa rusa.

mejorar el producto, su calidad disminuyó, y es difícil que el Gobierno llegue a persuadir al público de lo contrario con ese comunicado que recientemente ha recorrido todos los diarios, informando sobre los felices resultados logrados en la «degustación» del nuevo «vodka del fisco». En lugar de disminuir el alcoholismo, aumentó el número de despachos clandestinos de bebidas alcohólicas, aumentaron los ingresos que la policía obtiene de ellos, aparecieron nuevos despachos de bebidas en contra de la voluntad de la población que solicitaba lo opuesto* y se multiplicaron los casos de ebriedad en la vía pública.** ¡Pero lo principal es el nuevo y gigantesco campo de acción que abre al despotismo y a la arbitrariedad de los funcionarios, a su obsequiosidad y a su pillaje esta creación de una nueva rama de la multimillonaria economía del fisco y la formación de todo un ejército de nuevos funcionarios! Esto es una verdadera invasión de toda una nube de langostas de la burocracia, que adula, intriga, roba y despilfarra mares de tinta y montañas de papel. El proyecto de Oriol no es sino una tentativa de revestir con formas legales esta ansiedad por arrancar pedazos más o menos suculentos al pastel ofrecido por el Tesoro, ansiedad que se propaga por nuestras provincias y amenaza inevitablemente al país —dado el despotismo de los funcionarios y la falta de información de la sociedad— con un nuevo recrudecimiento de la arbitrariedad y la rapiña. He aquí un pequeño ejemplo: en el otoño se deslizó en los diarios un comentario sobre «una anécdota concerniente a la construcción en la esfera del monopolio de las bebidas alcohólicas». En Moscú se construyen tres depósitos de bebidas alcohólicas destinados a proveer a toda la provincia. Para la construcción de dichos depósitos, el ministerio había asignado 1.637.000 rublos. Y he aquí que «se estableció la necesidad de un crédito suplementario de *dos millones quinientos mil rublos*».¹⁹

¡Según parece, los funcionarios a quienes se había confiado los bienes del Tesoro se alzaron con algo más que 50 pantalones y unos cortes de botas!

* Recientemente, por ejemplo, los periódicos informaron que en la provincia de Arjánguels algunas aldeas vienen solicitando desde 1899 que no se establezcan despachos de bebidas en ellas. El Gobierno, que en ese preciso momento implantaba allí el monopolio de las bebidas, respondió, naturalmente, con una negativa: ¡se advierte cómo le preocupaba la sobriedad de la población!

** Por no hablar de la cantidad de dinero que han perdido las comunidades campesinas a causa del monopolio establecido por el fisco. Antes percibían una tasa de los bodegueros. ¡El fisco les quitó esa fuente de ingreso, sin abonarles ni un kopek

19. Cursiva en el original (*S.-Peterbúrskie Vedomosti*, n.º 239, 1 de sept. de 1900).

III. UNA ESTADÍSTICA OBJETIVA

Nuestro Gobierno tiene por costumbre acusar a sus adversarios de tendenciosos, y no solo a los revolucionarios, sino también a los liberales. ¿No han leído ustedes, por ejemplo, las apreciaciones que hace la prensa oficial respecto de los órganos liberales (legales, por supuesto)? En el órgano del Ministerio de Hacienda, *Véstnik Finánsou*,²⁰ se publicaban a veces resúmenes de prensa, y toda vez que el funcionario encargado de esos resúmenes se refería a las opiniones que sobre el presupuesto, el hambre o una medida gubernamental cualquiera se exponían en nuestras revistas liberales —las voluminosas—, señalaba siempre con indignación el carácter «tendencioso» de esas opiniones, y les oponía una indicación «objetiva», no solo de los «aspectos sombríos», sino también de los «fenómenos satisfactorios». Se sobreentiende que esto no es más que un pequeño ejemplo, pero ilustra la actitud habitual del Gobierno, su habitual afán de envanecerse de su «objetividad».

Tratemos de complacer a estos jueces rigurosos e imparciales. Tratemos de referirnos a la estadística. No tomaremos, por supuesto, la estadística de tales o cuales hechos de la vida social: se sabe que son registrados por hombres parciales y sintetizados por instituciones que son decididamente «tendenciosas», como los zemstvos. No, tomaremos la estadística... de las leyes. Nos atrevemos a suponer que ni el más ferviente adepto del Gobierno se decidirá a sostener que puede haber algo más objetivo e imparcial que la estadística de las leyes, simple cálculo de lo que el propio Gobierno dispone, totalmente prescindente de cualquier consideración sobre discrepancias entre las palabras y los hechos, entre la promulgación y el cumplimiento.

de indemnización! En su interesante libro *Das hungemde Russland* (Reiseeindrücke, Beobachtungen und Untersuchungen. Von C. Lehmann und Parvus. Stuttgart. Dietz Verlag. 1900 [C. Lehmann y Parvus. *Rusia hambrienta: Impresiones de un viaje, observaciones y estudios*. Stuttgart. Editorial Dietz. 1900]), Parvus tiene razón en llamar a eso *un robo a las cajas comunales*. Informa que, según los cálculos realizados por el zemstvo de la provincia de Samara, las pérdidas de todas las comunidades campesinas de la provincia, provocadas por la implantación del monopolio de las bebidas alcohólicas, sumaron en tres años —de 1895 a 1897— ¡3.150.000 rublos!

20. *Véstnik Finánsou, Promíshennosti y Torgovli* [Boletín de las Finanzas, la Industria y el Comercio]: semanario del Ministerio de Hacienda; apareció en Petersburgo de 1883 a 1917. En la revista se publicaban disposiciones del Gobierno, artículos y sinopsis económicas.

Entonces, al grano.

El Senado²¹ gubernamental publica, como es sabido, la *Recopilación de leyes y ordenanzas del Estado*, que informa periódicamente sobre todas las medidas adoptadas por el Gobierno. Estos serán los datos que examinaremos y veremos *sobre qué* legisla y dicta ordenanzas el Gobierno. Decimos bien: sobre qué. No nos tomaremos la libertad de criticar las ordenanzas de las autoridades; solo calcularemos el número de las emitidas sobre uno u otro tema. En enero los periódicos reprodujeron, de acuerdo con la publicación oficial que hemos mencionado, el contenido de los números 2.905 al 2.929 correspondientes al año pasado, y de los números 1 al 06 del año en curso. En total, 91 leyes y ordenanzas del período comprendido entre el 29 de diciembre de 1900 y el 12 enero de 1901, exactamente la divisoria entre dos siglos. Por su carácter, esas 91 leyes ofrecen una facilidad especial para su análisis «estadístico»; no hay entre ellas ninguna ley particularmente notable, ninguna que pueda dejar en un segundo plano a las restantes e imprima un sello particular al período de la administración interna que consideramos. Todas estas leyes son relativamente poco importantes y responden a problemas corrientes, que surgen en forma regular y constante. Sorprendemos así al Gobierno con su aspecto cotidiano y esto nos garantiza una vez más la objetividad de la «estadística».

De 91 leyes, 34 —es decir, más de un tercio— tratan de un solo y único tema: la prolongación de los plazos para el pago de un capital por acciones o para el pago por la compra de acciones de diferentes sociedades anónimas, comerciales e industriales. La lectura de estas leyes puede ser recomendada a los lectores de periódicos que deseen refrescar en la memoria la lista de nuestras empresas industriales y la denominación de diversas firmas. El contenido del segundo grupo de leyes es absolutamente análogo: trata de las modificaciones realizadas en los estatutos de sociedades comerciales e industriales. A este grupo pertenecen 15 leyes que reforman los estatutos de la empresa comercial de té de los Hermanos K. y S. Popov, de la empresa de fabricación de cartón y papel alquitranado de A. Nauman y Cía., de la empresa de curtido y de comercio de marroquinería y telas de cáñamo y lino de la firma I. A. Osipov y Cía., etc., etc. Por último, a leyes de este tipo hay que agregar aún 11, de las cuales 6 están destinadas a satisfacer tal o cual necesidad del comercio y

21. *Senado*: órgano administrativo y ejecutivo supremo de la Rusia zarista. Los senadores eran designados por el zar de entre los altos funcionarios.

de la industria —fundación de un Banco público y de una sociedad de crédito mutuo, fijación de precios para valores aceptados como prenda en los contratos del fisco, reglamento para la circulación de vagones pertenecientes a particulares, instrucciones a los corredores de la Bolsa de Cereales de Borisoglebsk—, y las otras 5 establecen, para cuatro fábricas y una mina, seis nuevos cargos de guardias municipales y dos cargos de sargentos de policía montada.

Así pues, 60 leyes de 91 —dos tercios— están destinadas a satisfacer en forma directa diferentes necesidades prácticas de nuestros capitalistas y, en parte, a protegerlos contra los disturbios obreros. El lenguaje imparcial de las cifras atestigua que, de acuerdo con el carácter que predomina en estas leyes y ordenanzas habituales, nuestro Gobierno es el fiel servidor de los capitalistas, que respecto de toda la clase de los capitalistas desempeña exactamente el mismo papel que, digamos, la oficina central del trust del hierro o la secretaría del consorcio de azucareros respecto de los capitalistas de las diversas ramas de la industria. Es evidente que el hecho de que una insignificante modificación de los estatutos de una sociedad cualquiera o una prolongación de los plazos de pago de sus acciones sean objeto de leyes especiales, se debe simplemente a la pesadez de nuestra máquina estatal; bastaría un pequeño «ajuste del mecanismo» para que todo esto pasara a la jurisdicción de las instituciones locales. Pero, por otra parte, la pesadez del mecanismo, la excesiva centralización y la necesidad que tiene el propio Gobierno de meter la nariz en todas partes son fenómenos comunes que se extienden a toda nuestra vida social, y no solo a los dominios de la industria y del comercio, ni mucho menos. De este modo, la confrontación del número de leyes de tal o cual tipo puede servir perfectamente de índice aproximado para determinar qué piensa nuestro Gobierno, de qué se preocupa, por qué se interesa.

Tomemos, por ejemplo, las sociedades privadas; si estas no persiguen una finalidad tan honorable desde el punto de vista moral y políticamente tan poco peligrosa como el lucro, nuestro Gobierno se interesa muchísimo menos —si no se considera como una manifestación de interés el afán de frenar, prohibir, clausurar, etc.—. Para el «ejercicio» en curso (el autor de estas líneas ocupa un cargo público y, por lo tanto, espera que el lector le perdone el empleo de términos burocráticos), se aprobó los estatutos de dos sociedades —la sociedad de ayuda a los alumnos indigentes del liceo de varones de Vladikavkaz y la sociedad de excursiones y viajes instructivos y educativos de Vladikavkaz— y se autorizó graciosamente

la modificación de los estatutos de tres sociedades —las mutualidades de los empleados y obreros en las fábricas de Liudínovo y Sukreml y el ferrocarril de Máltsev; la primera sociedad para el cultivo del lúpulo; la sociedad de beneficencia para estímulo del trabajo femenino—, 55 leyes para las sociedades comerciales e industriales y 5 para todas las demás. En el dominio de los intereses comerciales e industriales, «nosotros» aspiramos a estar a la altura de la misión, aspiramos a hacer todo lo posible para facilitar las uniones concertadas entre comerciantes e industriales (aspiramos, pero no hacemos nada, porque la pesadez de la máquina y los interminables trámites burocráticos imponen muy estrechos límites a lo «posible» en un Estado policíaco). En el dominio de las uniones no comerciales, nos atenemos, por principie, a la homeopatía. Veamos: una sociedad para el cultivo del lúpulo o para el estímulo del trabajo femenino, esto todavía pasa. Pero las excursiones instructivo-educativas... ¡sabe Dios de qué se hablará en esas excursiones, y si no se hará más dificultosa aún la vigilancia regular ejercida por la inspección! No, realmente, no hay que jugar con fuego.

Escuelas. Se han fundado tres escuelas, ni más ni menos. ¡Y qué escuelas! Una escuela elemental de cuidadores de ganado en la propiedad de Su Alteza Imperial, el Gran Duque Piotr Nikoláevich, en la aldea de Blagodátnoe [NdT: bienaventurado]. Hace ya tiempo que no me cabe la menor duda de que todas las aldeas de los grandes duques deben de ser bienaventuradas. Pero ahora tampoco dudo de que hasta los más altos personajes pueden sinceramente, y de todo corazón, interesarse por la instrucción de los «hermanos menores» y entusiasmarse con ella. Prosigamos: se aprobó el reglamento del taller-escuela de oficios rurales de Dergachí y la escuela elemental de agricultura de Asánovo. Lástima que no tengamos a mano una guía para averiguar si no pertenecen también a algún alto personaje estas aldeas bienaventuradas donde se interesan con tal energía por la instrucción popular y... por la hacienda de los terratenientes. Sin embargo, me consuelo pensando que tales informaciones no figuran entre las obligaciones de un estadístico.

Y estas son todas las leyes que expresan la «solicitud del Gobierno por el pueblo». He establecido mi clasificación, como se puede ver, según los principios más ventajosos. ¿Por qué, por ejemplo, la sociedad para el cultivo del lúpulo no es una sociedad comercial? ¿Tal vez porque allí se habla a veces de algo más que de comercio? O la escuela de cuidadores

de ganado: ¿quién, hablando con propiedad, podría decidir si realmente es una escuela o solo un establo perfeccionado?

Queda el último grupo de leyes, el que traduce la preocupación del Gobierno por sí mismo. Componen este grupo un número tres veces mayor de leyes (22) que las que habíamos incluido en los dos rubros anteriores. Allí figura una serie de reformas administrativas, a cual más radical: cambio de nombre de la aldea Platónovskoe que se convierte en Nikoláevskoe; modificación de estatutos, de plantillas, de reglamentos, de nóminas, fechas de apertura de sesiones —en algunas asambleas de distrito—, etc.; el aumento de la asignación a las comadronas afectadas al servicio de las unidades del ejército de la región militar del Cáucaso; determinación de las sumas que se conceden para herrar y curar los caballos de la división de cosacos; modificación de los estatutos de una escuela privada de comercio de Moscú; reglamento concerniente a la beca que lleva el nombre del consejero de la Corte Daniil Samuílovich Poliakov, en la escuela de comercio de Kozlov. No sé, empero, si he clasificado correctamente estas últimas leyes: ¿expresan de veras la preocupación del Gobierno por sí mismo o su preocupación por los intereses comerciales e industriales? Ruego al lector que sea indulgente: es este el primer ensayo de una estadística de las leyes; hasta el presente, nadie había intentado aún elevar esa esfera del conocimiento al grado de ciencia rigurosa; nadie, sin exceptuar siquiera a los profesores de derecho estatal ruso.

Por último, una de las leyes debe ser destacada en un grupo aparte, tanto por su contenido como por tratarse de la primera medida adoptada por el Gobierno en el nuevo siglo: la ley sobre «aumento de la superficie de los bosques destinados a desarrollar y mejorar la caza imperial». ¡He aquí un gran debut, digno de una gran potencia!

Ahora hay que hacer un balance de comprobación.

En toda estadística es inevitable. Unas cincuenta leyes y ordenanzas están dedicadas a diversas compañías y empresas comerciales e industriales; una veintena, a cambios de nombre y otras modificaciones administrativas; dos, a la creación de sociedades privadas y tres a las reformas de otras; tres, a escuelas que preparan servidores para los terratenientes; seis nombramientos de guardias y dos de sargentos de policía montada destinados a fábricas. ¿Puede dudarse de que una actividad legislativa y administrativa tan profusa y variada garantizará a nuestra patria un progreso rápido y sostenido en el siglo XX?

Una nueva masacre

Iskra, n.º 5 (junio de 1901)

Por lo visto, estamos atravesando un momento en que nuestro movimiento obrero conduce de nuevo con fuerza incontenible a choques agudos que tanto asustan al Gobierno y a las clases poseedoras y que tanto alientan y alegran a los socialistas. Sí, nos alientan y alegran estos choques, a pesar del enorme número de víctimas de la represión armada, porque la clase obrera demuestra con su resistencia que no se resigna con su situación, no quiere seguir siendo esclava, no se somete en silencio a la violencia y a la arbitrariedad. El régimen contemporáneo impone siempre y de manera inevitable a la clase obrera, aun con la más pacífica marcha de las cosas, sacrificios sin cuento. Miles y decenas de miles de hombres que trabajan toda su vida para crear riquezas ajenas, perecen a causa del hambre y de la subalimentación constante, mueren prematuramente por efecto de las enfermedades debidas a las insostenibles condiciones de trabajo, a las viviendas miserables y a la falta de descanso. Merece cien veces el nombre de héroe quien prefiere sucumbir en lucha franca contra los defensores y guardianes de este régimen abominable a perecer de muerte lenta como una bestia de carga sumida en el embrutecimiento, extenuada y sumisa. No queremos decir de ningún modo que el combate cuerpo a cuerpo con la policía sea la mejor forma de lucha. Al contrario, siempre hemos indicado a los obreros que lo que a ellos les debe interesar es hacer que la lucha sea más serena y comedida, esforzarse por orientar todo descontento a apoyar la lucha organizada del Partido revolucionario. Pero la fuente principal que nutre a la socialdemocracia revolucionaria es cabalmente ese espíritu de protesta de las masas obreras que, dada la opresión y la violencia que rodean a los obreros, no puede por menos de desembocar de vez en cuando en explosiones desesperadas. Estas explosiones despiertan a la vida consciente a las capas más extensas de obreros atenazados por la miseria y la ignorancia, propagan entre ellos el espíritu de un noble odio a los opresores y a los enemigos de la libertad. Por eso, la noticia de una matanza como la habida, por ejemplo, el 7 de mayo en la fábrica de Obújov, nos obliga a exclamar: «¡La insurrección obrera ha sido reprimida, viva la insurrección obrera!».

Hubo una época, relativamente reciente, en que las insurrecciones obreras constituían una rara excepción y se debían exclusivamente a determinadas condiciones especiales. Ahora no es así. Hace unos años

atravesábamos un período de prosperidad de la industria, en que el comercio era activo y se registraba una gran demanda de mano de obra. Y sin embargo, los obreros declararon adversas huelgas, tratando de conseguir mejores condiciones de trabajo: los obreros comprendieron que no debían dejar pasar la ocasión, que debían aprovechar el momento en que las ganancias de los patronos eran muy elevadas y se les podía obligar más fácilmente a hacer concesiones. Pero a la prosperidad ha seguido la crisis: las mercancías de los patronos no encuentran salida, sus ganancias disminuyen, aumenta el número de quiebras, las fábricas reducen la producción y despiden a obreros que son arrojados en masa a la calle, quedando privados del pedazo de pan. Los obreros se ven precisados a luchar desesperadamente no ya por mejorar su situación, sino por mantener la anterior, por disminuir las pérdidas que cargan sobre ellos los patronos. Por tanto, el movimiento obrero cobra profundidad y amplitud: al principio es una lucha en determinados casos excepcionales, después una lucha tesonera e ininterrumpida: durante la reanimación de la industria y la activación del comercio, y, por último, esa misma ininterrumpida y tesonera lucha durante la crisis. Ahora podemos decir ya que el movimiento obrero ha pasado a ser un fenómeno constante de nuestra vida y que ha de crecer cualesquiera que sean las circunstancias.

Pero la sustitución de la reanimación de la industria por la crisis no solo enseñará a los obreros que la lucha unida es para ellos una necesidad permanente. Esta sustitución disipará también las nocivas ilusiones que hablan comenzada ya a forjarse en el período de prosperidad de la industria. En algunos sitios, los obreros consiguieron con relativa facilidad arrancar a los patronos concesiones por medio de huelgas y comenzaron a exagerar la importancia de esta lucha «económica», comenzaron a olvidar que con las asociaciones profesionales (gremiales) de los obreros y con las huelgas se consigue únicamente, en el mejor de los casos, alcanzar condiciones algo más ventajosas para la venta de la mercancía llamada fuerza de trabajo. Las asociaciones gremiales y las huelgas no pueden ayudar cuando esta «mercancía» no tiene demanda en virtud de la crisis, no pueden modificar las condiciones que convierten la fuerza de trabajo en una mercancía y condenan a las masas trabajadoras a las más duras privaciones y al paro forzoso. Para modificar estas condiciones se hace necesaria la lucha revolucionaria contra todo el régimen social y político contemporáneo, y la crisis industrial obligará a muchos obreros a persuadirse de lo justo de esta verdad.

Volvamos a la masacre del 7 de mayo. Más abajo citaremos los datos de que disponemos acerca de las huelgas y agitaciones de los obreros de Petersburgo en ocasión del Primero de Mayo.²² Aquí analizaremos el comunicado de la policía sobre la matanza del 7 de mayo. En estos últimos tiempos nos hemos habituado ya un poco a los comunicados gubernamentales —o policíacos, que es lo mismo— sobre las huelgas, manifestaciones y choques con las tropas; ahora ya disponemos de una documentación considerable para juzgar acerca del grado de veracidad de tales comunicados; a veces, a través del humo de las falsedades de la policía podemos adivinar el fuego de la indignación popular.

«El 7 de mayo —dice el comunicado oficial—, después de la hora de la comida, en las fundiciones de acero de Obújov, situadas en el pueblo Alexánarovskoe, en la carretera de Shlisselburgo, cerca de 200 obreros de distintos talleres de la fábrica interrumpieron el trabajo y, en la entrevista sostenida con el teniente coronel Ivanov, subdirector de la empresa, presentaron diversas exigencias inmotivadas».

Si los obreros suspendieron el trabajo sin avisar para ello con dos semanas de antelación —suponiendo que el cese del trabajo no fuese motivado por desafueros de los patronos, como acontece muy a menudo—, esto, incluso según la legislación rusa —que en el último tiempo se ha completado y reforzado de manera sistemática contra los obreros—, constituye un simple acto de alteración de las normas policíacas que entra dentro de la jurisdicción del juez de paz. Pero el Gobierno ruso se coloca cada vez más en una situación grotesca con sus rigores: por una parte, se dictan leyes que establecen nuevos delitos —por ejemplo, el abandono no autorizado del trabajo o la participación en un disturbio del que se derivan daños para los bienes ajenos o que representa una reacción violenta frente a la fuerza armada—, se agravan las penas por participación en huelgas, etc., y, por otra parte, se pierde la posibilidad física y política de aplicar estas leyes y de imponer sanciones conforme a la ley. No hay posibilidad física de exigir responsabilidad a miles y decenas de miles de personas por abandonar el trabajo, por declararse en huelga y por promover «disturbios». No hay posibilidad política de incoar en cada uno de estos casos un proceso judicial, pues, por muy amañado que esté el tribunal y por mucho que se evite la publicidad, siempre quedará una sombra de juicio y, naturalmente, de un «juicio» no contra los obreros,

22. Se refiere a la crónica «El Primero de Mayo en Rusia», publicada en el n.º 5 de *Iskra* (junio de 1901).

sino contra el Gobierno. Pues bien, las leyes penales promulgadas con la finalidad directa de facilitar la lucha *política* del Gobierno contra el proletariado (y de *encubrir*, al mismo tiempo, el carácter político de esa lucha por medio de consideraciones «de Estado» sobre el «orden público», etc.) quedan irremisiblemente, relegadas a un segundo plano por la lucha política *directa*, por los choques callejeros abiertos. La «justicia» se quita la careta de imparcialidad y solemnidad y se da a la fuga, dejando el campo de acción a la policía, a los gendarmes y a los cosacos, que son recibidos a pedradas.

Recordad, en efecto, esa alusión del Gobierno a las «exigencias» de los obreros. Desde el punto de vista de la ley, el cese del trabajo es un delito independientemente de las demandas que presenten los obreros. Pero el Gobierno ha perdido ya precisamente la posibilidad de situarse en el terreno de la ley que él mismo promulgó en fecha tan reciente, y trata de justificar la represión hecha «con sus propios medios» afirmando que las exigencias de los obreros eran inmotivadas. Pero ¿quién ha sido árbitro en este asunto? El teniente coronel Ivanov, subdirector de la fábrica, ¡es decir, el jefe mismo del que se quejaban los obreros! ¡No es extraño que los obreros respondan a pedrada limpia a tales explicaciones de los poderosos!

Y cuando los obreros salieron todos a la calle, paralizando el movimiento de los tranvías de caballos, se entabló una verdadera batalla. Por lo que se ve, los obreros se batieron con todas sus fuerzas, pues consiguieron *por dos veces* rechazar el ataque de la policía, de los gendarmes, de la guardia montada y de la escolta armada de la fábrica,* y esto a pesar de que las piedras eran la única arma de los obreros. Ciertamente, de la multitud partieron «algunos disparos» —de dar crédito al comunicado de la policía—, pero nadie resultó herido. En cambio, hubo una «lluvia» de piedras, con la particularidad de que los obreros no solo manifestaron tenacidad en la resistencia, sino ingenio y capacidad para adaptarse inme-

* A propósito. El comunicado del Gobierno afirma que la «escolta armada de la fábrica» «se encontraba ya *preparada* en el patio de la fábrica», mientras que los gendarmes, la guardia de a caballo y los guardias municipales fueron llamados más tarde. «¿Desde cuándo y por qué tenían preparada en el patio de la fábrica a la escolta *armada*? ¿No la tenían desde el 1 de mayo? ¿No esperaban que hubiera manifestación obrera? No lo sabemos, pero es indudable que el Gobierno oculta intencionadamente los datos de que dispone acerca de lo que originó e hizo aumentar el descontento y la efervescencia de los obreros.

diatamente a las condiciones y elegir la mejor forma de lucha. Ocuparon los patios vecinos y apedrearón a los jenízaros zaristas *desde las empalizadas*, de modo que incluso *después* de tres descargas, a consecuencia de las cuales resultó muerto un obrero (¿uno solo?) y ocho (?) heridos —uno murió al día siguiente—, incluso después de esto, a pesar de que la multitud se dispersó, aún continuó la batalla y las compañías del regimiento de infantería de Omsk llamadas al efecto tuvieron que «desalojar a los obreros» de los patios próximos.

El Gobierno ha vencido. Pero cada victoria de esta naturaleza acercará inevitablemente su derrota definitiva. Cada batalla contra el pueblo multiplicará el número de obreros indignados y dispuestos al combate, promoverá jefes más expertos, mejor armados y más decididos. En cuanto al plana que deben procurar atenerse en su actuación estos jefes, ya hemos tenido ocasión de expresar nuestro criterio antes de ahora. Hemos indicado ya más de una vez la necesidad absoluta de una vigorosa organización revolucionaria. Pero a propósito de sucesos como los del 7 de mayo, también es preciso no perder de vista lo siguiente.

Últimamente se ha hablado mucho de que la lucha de calles contra el ejército moderno es imposible y carece de perspectivas de éxito; en esto han insistido sobre todo los avispados «críticos» que han tratado de hacer pasar el viejo fárrago de la sabiduría burguesa por nuevas deducciones de una ciencia imparcial, tergiversando así las palabras de Engels, el cual se refería, y además con reservas, solo a una táctica temporal de los socialdemócratas alemanes.²³ Incluso en el ejemplo de una escaramuza aislada vemos que todas estas divagaciones son puro desatino. La lucha de calles es posible; carece de perspectiva no la situación de los luchadores, sino la del Gobierno, si tiene que vérselas no solo con la población ligada a una fábrica. En la escaramuza del 7 de mayo los obreros no tenían más que piedras, pero, naturalmente, no será la prohibición del gobernador de la ciudad lo que les impida la próxima vez procurarse otras armas. Los obreros no estaban preparados y eran solo 3.500, pero rechazaron

23. Se trata de la «Introducción» de F. Engels a la obra de Marx *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850*, que el periódico *Vowärts* [Adelante] publicó en 1895 omitiendo, sin autorización de su autor, todas las importantes formulaciones sobre la lucha de clase del proletariado, y con tergiversaciones. Los líderes oportunistas de la socialdemocracia alemana utilizaron el documento para justificar su política de renuncia a la revolución, para negar la necesidad de la insurrección armada y de la lucha de barricadas del proletariado y para defender su táctica conciliadora.

a varios centenares de hombres de la guardia de a caballo, de la gendarmería, de la guardia municipal y de unidades regulares de infantería. Como recordaréis, ¡no le fue fácil a la policía tomar por asalto *una sola* casa, la casa número 63, de la carretera de Shlisselburgo!²⁴ ¿Creéis que será fácil «*desalojar a los obreros*» no ya de dos o tres patios y casas, sino de barriadas obreras enteras de Petersburgo? Cuando las cosas lleguen a la lucha decisiva, ¿no tendrán que «*desalojar*» de las casas y los patios de la capital no solo a los obreros, sino a todos los que no han olvidado la infame matanza del 4 de marzo,²⁵ a los que no se han resignado con la existencia de un gobierno policíaco y que solo están intimidados, sin fe aún en sus propias fuerzas?

¡Camaradas! ¡Procurad reunir los nombres de todos los muertos y heridos del 7 de mayo! ¡Que todos los obreros de la capital honren su memoria y se preparen para la nueva y decidida lucha contra el Gobierno policíaco, por la libertad del pueblo!

24. Se menciona el choque que se produjo entre los obreros de la fábrica Maxwell y la policía en Névskaya Zastava de Petersburgo, durante la huelga de diciembre de 1898. Para romperla, la policía habla resuelto detener a los obreros más activos, organizadores del paro. Con ese objeto, la noche del 15 al 16 de diciembre, destacamentos de policía a pie y a caballo rodearon la casa número 63 de la carretera de Shlisselburgo, donde vivían los trabajadores, y al pretender entrar chocaron con la tenaz resistencia de los obreros inermes y de las esposas e hijos de estos, que se defendieron heroicamente durante varias horas.

25. El 4 [17] de marzo de 1901, en la plaza situada junto a la catedral de Kazán en Petersburgo, tuvo lugar una manifestación de protesta contra la incorporación forzosa al ejército de 183 estudiantes de la Universidad de Kiev por haber participado en el movimiento revolucionario. La manifestación, a la que concurrieron varios miles de estudiantes y obreros, fue disuelta por el Gobierno zarista. Cosacos, policías y gendarmes apalearon brutalmente a centenares de manifestantes, hubo varios muertos y numerosos, heridos y mutilados.

Una confesión valiosa

Iskra, n.º 6 (julio de 1901)

En los últimos tiempos las agitaciones obreras han obligado de nuevo a hablar de ellas con insistencia. Se han alarmado también las esferas gobernantes, y se han alarmado muy seriamente. Lo prueba el hecho de que han considerado necesario «castigar» con la suspensión por una semana a un diario tan archileal, siempre tan servil ante las autoridades, como *Nóvoe Vremia*,²⁶ por insertar en el n.º 9051 (del 11 de mayo) un artículo titulado «Con motivo de los disturbios obreros». La causa del castigo, claro está, no es el contenido del artículo, rebosante de los mejores sentimientos para con el Gobierno y de la más sincera solicitud por sus intereses. Se juzgó peligrosa toda discusión de estos acontecimientos que «preocupan a la sociedad», toda mención de su alcance y su importancia. La circular secreta (también del 11 de mayo), que citamos más adelante, prescribe que los artículos sobre los disturbios en nuestras fábricas y factorías y sobre la actitud de los obreros hacia los patronos se publiquen *solo con autorización del Departamento de Policía*, y demuestra mejor que todo razonamiento hasta qué punto el propio Gobierno se inclina a considerar las agitaciones obreras como un acontecimiento de importancia estatal. Y el artículo de *Nóvoe Vremia* presenta particular intereses precisamente porque esboza todo un programa estatal, que en el fondo se reduce a mitigar el descontento mediante algunas dádivas pequeñas y a menudo falsas, decoradas con grandilocuentes rótulos de solicitud, cordialidad, etc., y que ofrecen un motivo para reforzar la vigilancia de los funcionarios. Pero este programa, que no es nuevo, plasma, puede decirse, la sabiduría «máxima» de los hombres de Estado contemporáneos, y hasta no solo en Rusia, sino también en Occidente: en una sociedad que se apoya en la propiedad privada y en el sojuzgamiento de millones de desposeídos y trabajadores por un puñado de ricachones, es imposible que el Gobierno no sea el más leal amigo y aliado de los explotadores, el más seguro guardián de su dominación. Mas para poder ser un guardián seguro, en nuestro tiempo no bastan los cañones, las bayonetas y los látigos: hay que tratar de convencer a los explotados de que el Gobierno

26. *Nóvoe Vremia* [*Tiempo Nuevo*]: diario que se publicó en Petersburgo de 1868 a 1917; perteneció a diferentes editores y cambió repetidas veces su orientación política. Liberal moderado al principio, desde 1876 se transformó en vocero de la nobleza y la burocracia oficialista reaccionarias.

está por encima de las clases, no sirve a los intereses de los nobles y de la burguesía, sino los de la justicia, se preocupa de la defensa de los débiles y los pobres contra los ricos y los poderosos, etc. Napoleón III en Francia, Bismarck y Guillermo II en Alemania pusieron no poco empeño en semejante coqueteo con los obreros. Mas en Europa, con una prensa más o menos libre y representación popular, con lucha electoral y partidos políticos formados, todas esas maniobras hipócritas fueron desenmascaradas muy pronto. En Asia, comprendida también Rusia, las masas populares están tan sumidas en la ignorancia y el embrutecimiento, los prejuicios que sostienen la fe en el padrecito zar son tan fuertes, que semejantes maniobras tienen gran éxito. Y un síntoma muy característico de que el espíritu europeo penetra también en Rusia es *el fracaso* de semejante política en los últimos diez o veinte años. Esta política se aplicó muchísimas veces y siempre resultó que al cabo de unos cuantos años de promulgada alguna ley de «solicitud» —de supuesta solicitud— por los obreros, las cosas volvían a su punto de partida: aumentaba el número de obreros descontentos, cundía la efervescencia, se multiplicaban los disturbios, y de nuevo, en medio de gran estruendo y alharaca salía a relucir la política de «solicitud», resonaban frases pomposas acerca de la cordial solicitud por los obreros, se promulgaba alguna ley en la que había un gramo de beneficio para los obreros y una libra de palabras vacuas y embusteras, y años después se repetía la misma vieja historia. El Gobierno da más vueltas que una ardilla en su jaula, se desvive por tapar acá y allá con algún trapito el descontento de los obreros, pero el descontento estalla en otro lugar, y con mayor fuerza aún.

En efecto, recuerden los más importantes hitos que marcan la historia de la «legislación obrera» de Rusia. A fines de los años 70 se desencadenan en Petersburgo grandes huelgas; los socialistas tratan de aprovechar el momento para intensificar la labor de agitación. Alejandro III incluye en su denominada política «popular» —en realidad, política de la nobleza y de la policía— la legislación fabril. En 1882 se instituye la inspección de trabajo, que al principio incluso publicaba sus informes. Naturalmente, dichos informes no le gustaron al Gobierno, que *cesó su publicación*. Las leyes sobre la inspección de trabajo resultaron ser precisamente un trapito. Llegan los años 1884 y 1885. La crisis en la industria provoca un colosal movimiento de los obreros y una serie de huelgas muy turbulentas en la región central (la más significativa es la que estalló en la fábrica

de Morózov).²⁷ Vuelve a promoverse la política de «solicitud», esta vez es Katkov quien la propugna con particular fuerza en *Moskovskie Vedomosti*.²⁸ Katkov lanza rayos y truenos porque se ha hecho comparecer a huelguistas de la fábrica de Morózov ante un tribunal de jurados, y califica las ciento una preguntas formuladas por el tribunal de «ciento una salvajes de artillería en honor al problema obrero aparecido en Rusia», pero al mismo tiempo exige que el «Estado» asuma la defensa de los obreros y prohíba la imposición de indignantes multas, que fueron las que colmaron la paciencia de los tejedores de Morózov. Aparece la ley de 1886, que refuerza considerablemente el control fabril y prohíbe las multas arbitrarias en favor del fabricante. Pasan diez años y se produce un nuevo estallido de agitaciones obreras. Las huelgas de 1895, y en especial la grandiosa huelga de 1896,²⁹ hacen temblar al Gobierno —sobre todo porque entonces los

27. El movimiento huelguístico de 1885 abarcó a numerosas empresas textiles de varias provincias de la zona central industrial. La huelga más importante y de mayor envergadura fue la que estalló en enero en la fábrica Nikólskoe, propiedad de Morózov, situada en las proximidades de Oréjovo-Zúevo. Las reivindicaciones fundamentales de los huelguistas eran la reducción de las multas y la reglamentación de las condiciones de contratación. Participaron en la huelga, reprimida por las tropas zaristas, unos 8.000 obreros, de los cuales más de 600 fueron detenidos. Presionado por las huelgas que se desarrollaron entre 1885 y 1886, el Gobierno zarista promulgó la Ley del 3 de junio de 1886 (Ley de multas), según la cual el dinero de las multas cobradas por ese concepto no debía ingresar en las arcas del fabricante, sino ser empleado para remediar las necesidades de los obreros.

28. *Moskovskie Vedomosti* [*Anales de Moscú*]: decano de la prensa rusa; inició su publicación en 1756 en la Universidad de Moscú. A partir de la década del 60 del siglo XIX siguió una línea monárquico-nacionalista, convirtiéndose en vocero de los sectores terratenientes y clericales, más reaccionarios. Apareció hasta la Gran Revolución Socialista de Octubre de 1917.

29. Lenin se refiere a las huelgas que tuvieron lugar en Petersburgo en 1895 y sobre todo en 1896, en particular a las de los obreros textiles. La de 1896 se inició el 23 de mayo en la fábrica de Kalinkin, a raíz de que los propietarios se negaron a pagar el total de los salarios correspondientes a los días feriados con motivo de la coronación de Nicolás II. El movimiento se extendió muy pronto a las tejedurías e hilanderías de la ciudad, para pasar en seguida a las grandes fábricas de maquinaria, caucho, papel y azúcar. Era la primera vez que el proletariado de Petersburgo se lanzaba a la lucha contra los explotadores en un frente tan amplio. Abandonaron el trabajo más de 30.000 obreros. Dirigió la huelga la Unión de Lucha por la Emancipación de la Clase Obrera, de Petersburgo, que publicó volantes y proclamas exhortando a los obreros a defender unidos y firmes sus derechos, así como volantes en los que

socialdemócratas marchaban ya sistemáticamente codo a codo con las obreras— y este, con una rapidez sin precedente, promulga la ley de «solicitud» (del 2 de junio de 1897) sobre la reducción de la jornada de trabajo. En la comisión que discute dicha ley, los funcionarios del Ministerio del Interior, entre ellos el director del Departamento de Policía, gritan a voz en cuello que es necesario procurar que los obreros fabriles vean en el Gobierno a su defensor permanente, a su protector justo y misericordioso (véase el folleto *Documentos secretos relativos a la Ley del 2 de junio de 1897*). Entretanto, las circulares de ese mismo Gobierno cercenan y anulan por todos los medios, a la chita callando, la ley protectora. Sobreviene una nueva crisis industrial; los obreros se persuaden por centésima vez de que ninguna «solicitud» del Gobierno policíaco puede proporcionarles un alivio sustancial ni la libertad de ocuparse ellos mismos de su propio destino; sobrevienen nuevas agitaciones y combates callejeros, nueva inquietud del Gobierno, nuevos discursos policiales sobre la «solicitud del Estado», esta vez proferidos en el periódico *Nóvoe Vremia*. ¿No están hartos, señores, de machacar agua con un mortero?

No, está claro que el Gobierno jamás se cansará de repetir sus intentos de intimidar a los obreros irreductibles y de atraer, con alguna dádiva, a los que son menos fuertes, menos inteligentes o menos valientes. Pero tampoco nosotros nos cansaremos de denunciar el auténtico sentido de estos intentos, ni de desenmascarar a los sesudos «estadistas» que hoy gritan sobre la solicitud, después de haber ordenado ayer a los soldados disparar contra los obreros, que ayer declaraban su equidad y solicitud para con los obreros y hoy atrapan a los mejores hombres de entre los obreros y los intelectuales para que la policía se ensañe con ellos sin formación de causa. Por eso estimamos necesario referimos de antemano al «programa estatal» de *Nóvoe Vremia*, antes de que aparezca alguna nueva ley de solicitud». Además, merecen atención las confesiones de un órgano tan «prestigioso» en materia de nuestra política interior.

Nóvoe Vremia se ve obligado a reconocer que «los lamentables fenómenos aparecidos en el ámbito del problema obrero» no son casuales.

se exponían las principales reivindicaciones de los huelguistas —jornada laboral no mayor de 10 horas y media, aumento de las tarifas, pago puntual de los salarios, etc.—. Estas huelgas contribuyeron a impulsar el movimiento obrero en Moscú y otras ciudades de Rusia, obligaron al Gobierno a acelerar la revisión de las leyes fabriles y a promulgar la Ley del 2 de junio de 1897 [del antiguo calendario], que reducía a 11 horas y media la jornada laboral en las empresas.

Naturalmente, la culpa es también de los socialistas (el periódico evita esta terrible palabra, prefiriendo hablar más vagamente de «seudodoctrinas perniciosas», de la «propaganda de ideas antiestatales y antisociales»), pero... pero ¿por qué san precisamente los socialistas los que tienen éxito en los medios obreros? *Nóvoe Vremia*, por supuesto, no deja escapar la ocasión de injuriar a los obreros: «son tan incultos e ignorantes» que escuchan con mayor gana la prédica de los socialistas, perjudicial para la prosperidad policial. Son, pues, culpables tanto los socialistas como los obreros, y contra estos culpables los gendarmes libran hace muchísimo tiempo una guerra encarnizada, llenando con ellos las cárceles y los lugares de confinamiento. Pero de nada sirve. Es indudable que existen *en la situación de los obreros fabriles condiciones* que «provocan y mantienen un descontento de su situación actual» y, de este modo, «favorecen el éxito» del socialismo. «El pesado trabajo del obrero fabril, siendo desfavorables en extremo las condiciones de vida, no le proporciona más de lo indispensable para alimentarse mientras alcanzan las fuerzas para trabajar, pero basta que un hecho fortuito le deje sin empleo por un tiempo más o menos prolongado para que caiga en un estado de desamparo, como es el caso, por ejemplo, de los obreros de las explotaciones petrolíferas de Bakú, del que han informado hace unos días los periódicos». Así pues, los partidarios del Gobierno deben reconocer que el éxito del socialismo se explica por la situación realmente penosa de los obreros. Pero eso se reconoce de manera muy indefinida y evasiva, con tales reservas que muestran bien claro que semejantes gentes no tienen la menor intención de afectar la «sacrosanta propiedad» de los capitalistas, que oprime a los obreros. «Lamentablemente —dice *Nóvoe Vremia*— conocemos demasiado poco el verdadero estado de cosas en la esfera del problema obrero en Rusia». Sí, ¡por desgracia! Y «nosotros» conocemos poco precisamente porque permitimos que el Gobierno policial mantenga esclavizada a toda la prensa, que tape la boca a toda denuncia honesta de las infamias que se cometen en nuestro país. Pero, en cambio, «nosotros» nos esforzamos por orientar el odio del obrero no contra ese Gobierno de tipo asiático, sino contra los «alienígenas»: *Nóvoe Vremia* alude a las «administraciones fabriles integradas por alienígenas» y las llama «groseras y ávidas». Con semejante carnada solo se podrá pescar a los obreros más atrasados e incultos, quienes piensan que todos los males provienen del «alemán» o del «judío», e ignoran que los obreros tanto alemanes como judíos se unen para luchar contra sus explotadores alemanes y judíos. Pero aun los obreros que lo ignoran, ven en miles de ocasiones que no hay capitalistas

más «ávidos» y poco escrupulosos que los rusos, que no hay policía y gobierno más «groseros» que los rusos.

Es interesante también ver a *Nóvoe Vremia* lamentarse de que el obrero no sea ya tan ignorante y tan sumiso como el campesino. *Nóvoe Vremia* deplora que el obrero «se separa de su hogar aldeano», que «en las zonas fabriles se aglomeran masas heterogéneas», que «el aldeano se separa de la aldea con sus modestos —ese es el quid del asunto—, pero independientes, intereses y relaciones económico-sociales». En efecto, ¿cómo no deplorar? El «aldeano» está atado a su hogar y por miedo a perderlo no se atreve a presentar reclamaciones a su terrateniente, a amenazarle con una huelga, etc.; el aldeano no conoce la situación existente en otros lugares, solo se interesa por su aldehuela (eso es lo que entienden los partidarios del Gobierno cuando hablan de los «intereses independientes» del aldeano; zapatero a tus zapatos y no te metas en política: ¿puede haber algo más grato para las autoridades?), pero en esa aldehuela la sanguijuela del lugar —el terrateniente o el kulak— conoce al dedillo del primero al último de sus habitantes; todos han heredado de sus padres y de sus abuelos la ciencia servil de la sumisión, y no hay quien les despierte su conciencia. Mientras que en la fábrica la gente es «heterogénea», no está atada a un lugar determinado —le da igual dónde trabajar—, ha pasado por todo en la vida, es audaz y se interesa por todo.

A pesar de esta lamentable transformación del modesto mujik en obrero consciente, nuestros sabios policías confían aún engañar a la masa obrera con frases sobre la «solicitud del Estado por el mejoramiento de las condiciones de vida de los obreros». *Nóvoe Vremia* confirma esta esperanza con este trillado razonamiento: «El capitalismo, soberbio y todopoderoso en Occidente, en Rusia es por ahora una criatura débil, que solo puede caminar con andaderas, y es el Gobierno quien lo lleva con andaderas»... Bueno, ¿en esa vieja cantilena acerca de la omnipotencia del poder podrá creer, tal vez, un modesto campesino! Pero el obrero ve con harta frecuencia cómo los capitalistas «llevan con andaderas a los funcionarios policiales y eclesiásticos, militares y civiles. Y así —continúa *Nóvoe Vremia*— el quid del asunto consiste en que el Gobierno «insista» en el mejoramiento de las condiciones de vida de los obreros, es decir, exija de los fabricantes ese mejoramiento. Ven qué sencillo: no hay más que ordenar, y asunto concluido. Pero es sencillo solo de palabra, porque de hecho las órdenes impartidas por las autoridades, aun las más «modestas», tales como la instalación de hospitales fabriles, no se cumplen por los capitalistas

durante décadas enteras. Además, el Gobierno no se atreverá a exigir nada serio a los capitalistas, sin atentar contra la «sacrosanta» propiedad privada. Tampoco querrá el Gobierno un mejoramiento sustancial de las condiciones de vida de los obreros, porque en miles de casos él mismo es patrono, roba y oprime tanto a los obreros de la fábrica de Obújov y a los de centenares de fábricas más, como a decenas de miles de empleados de correos, ferroviarios, etcétera, etcétera. *Nóvoe Vremia* intuye que nadie creará en las órdenes de nuestro Gobierno, y trata de encontrar un apoyo en eminentes ejemplos históricos. Hay que hacerlo —dice refiriéndose al mejoramiento de las condiciones de vida de los obreros— «de manera análoga a como hace medio siglo el Gobierno tomó en sus manos el problema campesino, guiándose por la sabia convicción de que más vale realizar las transformaciones desde arriba para prevenir su exigencia desde abajo, que esperar esto último».

¡Esta sí que es una confesión verdaderamente valiosa! En vísperas de la liberación de los campesinos, el zar dejaba entrever a los nobles la posibilidad de un levantamiento popular, diciendo: mejor es proceder a liberar desde arriba que esperar a que comiencen a liberarse por sí mismos desde abajo. Y he aquí que ahora un periódico lacayo del Gobierno confiesa que el estado de ánimo de los obreros le inspira no menos miedo que el de los campesinos «en vísperas de la liberación». ¡«Más vale desde arriba que desde abajo»! Los periodistas lacayos de la autocracia se equivocan profundamente cuando buscan una «analogía» entre aquella exigencia de transformaciones y la actual. Los campesinos reclamaban la abolición del régimen de servidumbre, pero nada tenían contra el poder zarista y creían en el zar. Los obreros repudian ante todo y más que nada al Gobierno, ven que la falta de derechos ante la autocracia policiaca los ata de pies y manos en la lucha contra los capitalistas, y por ello exigen que se los libere del autoritarismo gubernamental y de los desmanes del Gobierno. Los obreros se agitan también «en vísperas de la emancipación», pero esta será la emancipación de todo el pueblo, que arrancará su libertad política al despotismo.

* * *

¿Saben cuál es la grandiosa reforma con que se quiere calmar el descontento de los obreros y manifestarles la «solicitud del Estado»? Si se da crédito a los rumores bastante insistentes, se libra una lucha entre el Ministerio de Hacienda y el del Interior: este último exige que la inspección

de trabajo sea transferida bajo su competencia, aseverando que en este caso la inspección será menos indulgente con los capitalistas, se preocupará más de los obreros y prevendrá así los desórdenes. Que los obreros se preparen para recibir una nueva merced del zar: los inspectores de trabajo se pondrán un nuevo uniforme y figurarán en las plantillas de otro departamento, probablemente con un aumento de sueldo. El mismo departamento que, cabe decir, desde hace tanto tiempo y con tanto amor —sobre todo el Departamento de Policía— se desvela por los obreros.

Las enseñanzas de la crisis

Iskra, n.º 7 (agosto de 1901)

Hace ya casi dos años que se prolonga la crisis comercial e industrial. Por lo visto, se amplía más y más, englobando nuevas ramas de la industria, se extiende a nuevas regiones y se agrava con nuevas quiebras bancarias. A partir de diciembre del año pasado, nuestro periódico ha venido señalando en cada uno de sus números, en una u otra forma, la evolución de la crisis y sus desastrosos efectos. Es hora ya de plantear el problema general de las causas y el significado de este fenómeno. Para Rusia es relativamente nuevo, como lo es todo nuestro capitalismo. En cambio, en los viejos países capitalistas, o sea, en aquellos donde la mayoría de los productos se fabrican para la venta, donde la mayoría de los obreros no poseen tierra ni instrumentos de labor y venden su fuerza de trabajo, contratándose en empresas ajenas, contratándose a los propietarios de tierras, fábricas, máquinas, etc., la crisis es un fenómeno antiguo que se repite de tiempo en tiempo, como los accesos de una enfermedad crónica. Por lo tanto, se puede predecir las crisis, y, cuando el capitalismo comenzó a desarrollarse en Rusia con particular rapidez, en las publicaciones socialdemócratas se predijo también la crisis actual. En el folleto *Las tareas de los socialdemócratas rusos*, escrito a finales de 1897, se decía: «Hoy estamos viviendo, por lo visto, el período del ciclo capitalista en que la industria “prospera”, el comercio es intenso, las fábricas funcionan a pleno rendimiento y surgen en número infinito, como setas, nuevas fábricas, empresas, sociedades anónimas, líneas férreas, etc., etc. No hace falta ser profeta para predecir la bancarrota ineluctable (más o menos violenta) que debe seguir a esta “prosperidad” de la industria. Esa bancarrota arruinará a gran número de pequeños patronos, dejará sin trabajo a muchísimos obreros...» [Lenin, *Obras Completas*, tomo 2, p. 484]. La bancarrota se produjo y es tan violenta como Rusia jamás conoció hasta el presente. ¿Cuál es la causa de esta terrible enfermedad crónica de la sociedad capitalista, que se repite con tanta regularidad que se puede predecir su aparición?

La producción capitalista no puede desarrollarse de otro modo que a saltos: dos pasos adelante y un paso —algunas veces dos— atrás. Como hemos observado ya, la producción capitalista es producción para la venta, producción de mercancías para el mercado. Quienes disponen de esa producción son los capitalistas individuales, cada uno de los cuales

obra por su cuenta, de manera que nadie puede saber con exactitud la cantidad y la clase de productos que demanda el mercado. Producen al azar, y solo se preocupan por aventajarse unos a otros. Es completamente natural que la cantidad de lo producido pueda no corresponder a las necesidades del mercado. Y esta posibilidad resulta particularmente grande cuando un mercado enorme abarca de repente nuevas y vastas regiones aún inexploradas. Tal era precisamente el estado de cosas, cuando comenzó la «prosperidad» de la industria, que hemos sobrevivido hace poco. Los capitalistas de toda Europa extendieron sus garras hacia una parte del mundo, Asia, poblada por centenares de millones de seres, y donde hasta entonces solo la India y una pequeña parte de la periferia estaban estrechamente ligadas al mercado mundial. El ferrocarril del Trascaspio comenzó a «abrir» Asia Central para el capital; el «Gran Ferrocarril Siberiano» (grande no solo por su longitud, sino también por el escandaloso robo de fondos públicos que sus constructores perpetraron y por la inhumana explotación de que fueron objeto los obreros que lo construyeron) despejó el camino a Siberia; Japón comenzó a convertirse en una nación industrial e intentó abrir una brecha en la muralla china, con lo que puso al descubierto un bocado apetitoso en el que los capitalistas de Inglaterra, Alemania, Francia, Rusia e incluso Italia se apresuraron a hincar los dientes. Todo esto —la construcción de gigantescas líneas férreas, el ensanchamiento del mercado mundial y el incremento del comercio— originó una inesperada animación de la industria, el crecimiento de las nuevas empresas; la búsqueda desenfrenada de mercados para la venta, la carrera tras la ganancia, la fundación de nuevas sociedades, la afluencia a la producción de una masa de nuevos capitales, formados en parte, también, por los escasos ahorros de los pequeños capitalistas. No es sorprendente, pues, que esta frenética carrera mundial tras nuevos e inexplorados mercados haya conducido a una colosal bancarrota.

Para formarse una idea clara de la naturaleza de tal carrera, es preciso tener en cuenta qué colosos participaron en ella. Cuando se dice «empresas por separado», «capitalistas individuales», se olvida a menudo que, en esencia, estas expresiones son inexactas. En realidad, lo único separado e individual es solo la apropiación de la ganancia, pues la producción en sí se ha vuelto social. Las gigantescas quiebras se hicieron posibles e inevitables solo, porque poderosas fuerzas productivas *sociales* fueron dominadas por una camarilla de potentados cuya única preocupación es el lucro. Aclaremos esto con un ejemplo tomado de la industria rusa.

En los últimos tiempos la crisis afectó también a la producción petrolera. En esta industria capitanean empresas tales como la Compañía de Petróleos de los Hermanos Nobel. En 1899, la compañía vendió 163 millones de puds de productos petroleros por la suma de 53.500.000 rublos, mientras que en 1900 vendió 192 millones de puds por la suma de 72.000.000 de rublos. ¡En un año una sola empresa aumentó la producción en 18.500.000 rublos! Esta «empresa tomada por separado» es mantenida por el trabajo en común de decenas y centenares de miles de obreros, ocupados en la extracción de petróleo, en su elaboración y en su transporte por oleoductos, ferrocarriles, mares y ríos, en la construcción de maquinarias, depósitos, materiales, balsas, barcos, etc., necesarios para ello. Esas decenas de miles de obreros trabajan para toda la sociedad, pero en su trabajo manda un puñado de millonarios, el cual se apropia de toda la ganancia que rinde ese trabajo organizado de las masas (la Compañía Nobel obtuvo en 1899 la ganancia neta de 4 millones de rublos, y en 1900 de 6 millones, de los cuales los accionistas percibieron un dividendo de 1.300 rublos por cada acción de 5.000, mientras que cinco miembros de la directiva recibieron, en calidad de *gratificación*, la suma de ¡528.000 rublos!). Cuando varias de estas empresas se lanzan a una frenética carrera para apoderarse de un lugar en un mercado desconocido, ¿puede sorprendernos el advenimiento de la crisis?

Es más. Para que la empresa dé ganancia, es preciso vender las mercancías, encontrar los compradores. Ahora bien, el comprador debe ser toda la población, porque las enormes empresas lanzan montañas de productos. Pero en todos los países capitalistas, las nueve décimas partes de la población se compone de gente pobre: obreros que perciben el salario más exiguo, campesinos que en general viven peor aún que los obreros. Y cuando, en el período de prosperidad, la gran industria se lanza a producir el máximo posible, inunda el mercado con una cantidad de mercancías tal que la mayoría desposeída del pueblo no está en condiciones de pagarlas. La cantidad de máquinas, instrumentos, depósitos, ferrocarriles, etc., sigue creciendo, pero este crecimiento se interrumpe de tiempo en tiempo porque el pueblo, al cual, en definitiva, van destinados esos medios de producción perfeccionados, continúa en una situación de pobreza rayana en la miseria. La crisis demuestra que la sociedad actual podría lanzar incomparablemente más productos, los cuales servirían para mejorar el nivel de vida de todo el pueblo trabajador, si la tierra, las fábricas, las máquinas, etc., no hubieran sido usurpadas por un puñado

de propietarios privados, quienes extraen sus millones de la miseria del pueblo. La crisis demuestra que los obreros no pueden limitarse a luchar por obtener de los capitalistas concesiones parciales: durante el periodo de animación industrial, tales concesiones pueden ser conquistadas (los obreros rusos, con su enérgica lucha, las conquistaron más de una vez en los años que van de 1894 a 1898), pero cuando se produce el crac los capitalistas no solo arrebatan a los obreros las concesiones otorgadas, sino que se aprovechan de su situación de impotencia para reducirles aún más el salario. Y así continuará sucediendo inevitablemente, mientras los ejércitos del proletariado socialista no derroquen el dominio del capital y de la propiedad privada. La crisis demuestra cuán miopes eran los socialistas —quienes se autotitulan «críticos», tal vez porque hacen suyas, sin crítica alguna, las teorías de los economistas burgueses—, que dos años atrás anunciaban ruidosamente que las quiebras se hacen actualmente menos probables.

Las enseñanzas de la crisis, que revela lo absurdo del sometimiento de la producción social a la propiedad privada, resultan tan aleccionadoras, que ahora la propia prensa burguesa reclama que se refuerce el control, por ejemplo, sobre los bancos. Pero ningún control podrá impedir que los capitalistas funden durante los períodos de animación empresas que luego quebrarán inevitablemente. Alchevski, fundador de los bancos Agrario y Comercial de Járkov, ambos ahora en quiebra, obtuvo, por medios lícitos e ilícitos, los millones de rublos necesarios para fundar y sostener empresas mineras que prometían montañas de oro. Una depresión en la industria provocó la ruina de esos bancos y esas empresas mineras (Sociedad del Donéts-Yúriev). Pero ¿qué significa esta «ruina» de empresas en la sociedad capitalista? Significa que los capitalistas débiles, los de «segunda magnitud», son desplazados por los grandes millonarios. Alchevski, millonario de Járkov, es suplantado por el millonario moscovita Riabushinski, quien, como dispone de un capital mayor, oprimirá con más fuerza a los obreros. El desplazamiento de ricachones de segunda magnitud por los de primera magnitud, el aumento de la fuerza del capital, la ruina de gran número de pequeños propietarios —por ejemplo, los pequeños inversores, que con la quiebra de los bancos pierden toda su fortuna—, el terrible empobrecimiento de los obreros: esto es lo que trae consigo la crisis. Recordemos, además, los casos publicados por *Iskra*, en los que se describe cómo los capitalistas alargan la jornada de

trabajo y procuran, al despedir, reemplazar a los obreros conscientes por otros más dóciles y sumisos.

En general los efectos de la crisis son infinitamente más graves en Rusia que en cualquier otro país. A la paralización de la industria se agrega el hambre entre los campesinos. A los obreros desocupados se los arroja de las ciudades al campo, pero ¿adónde enviar a los campesinos sin trabajo? Con la expulsión de los obreros al campo se pretende limpiar las ciudades de gente intranquila, pero puede ocurrir que los expulsados logren despertar de su secular sumisión aunque sea a una parte de los campesinos y la induzcan no solo a solicitar, sino también a *exigir*. A los obreros y campesinos los acercan mutuamente hoy no solo la desocupación y el hambre, sino también el yugo policíaco, que priva a los obreros de la posibilidad de unirse y de defenderse, y a los campesinos de la ayuda que les envían donantes de buena voluntad. La pesada garra policíaca se vuelve cien veces más pesada para los millones de personas que han perdido todo medio de subsistencia. Los gendarmes y la policía en las ciudades, los jefes de los zemstvos³⁰ y los policías en las aldeas perciben claramente que crece el odio hacia ellos, y empiezan a temer no solo los comedores aldeanos, sino hasta los anuncios sobre la colecta de donativos que aparecen en los diarios. ¡Miedo a las donaciones! Cree el ladrón que todos son de su condición. Cuando el ladrón ve que un transeúnte da una limosna a la persona a quien él ha despojado, se imagina que ambos se estrechan la mano para mancomunar sus esfuerzos y acabar con él.

30. *Jefes de los zemstvos*: cargo administrativo instituido por el Gobierno zarista en 1889 con el propósito de reforzar el poder de los terratenientes sobre los campesinos. Los jefes de los zemstvos eran designados entre los terratenientes de la nobleza de cada lugar y gozaban de inmensas atribuciones administrativas y judiciales sobre los campesinos, incluido el derecho a encarcelarlos y someterlos a castigos corporales.

Los señores feudales en acción

Iskra, n.º 8 (10 de septiembre de 1901)

Se ha publicado la nueva ley del 8 de junio de 1901 sobre la adjudicación a particulares de tierras fiscales en Siberia. Cómo será aplicada, nos lo dirá el futuro. Pero su carácter es ya de por sí tan ilustrativo, revela de manera tan evidente la descamada naturaleza y las verdaderas aspiraciones del Gobierno zarista, que vale la pena examinarla detenidamente y procurarle la más amplia divulgación entre la clase obrera y el campesinado.

Hace ya mucho que nuestro Gobierno favorece con prebendas a los nobles terratenientes: fundó para ellos el Banco de la Nobleza, les otorgó miles de facilidades para la obtención de créditos y prórrogas en el pago de los impuestos atrasados, ayudó a los millonarios fabricantes de azúcar a organizar un *lock-out* para lograr el alza de precios y aumentar sus ganancias, se preocupó de crear cargos de jefes de los zemstvos para los hijos de la aristocracia que han despilfarrado sus fortunas, y ahora toma medidas para asegurar a los nobles propietarios de destilerías una venta provechosa de vodka al fisco. Pero con la mencionada adjudicación de tierras, el Gobierno ya no beneficia solo a los explotadores más ricos, a los de mayor abolengo, sino que crea una *nueva* clase de explotadores y condena a millones de campesinos y obreros al yugo perpetuo de nuevos terratenientes.

Examinemos las principales bases de la nueva ley. Es preciso señalar, ante todo, que fue discutida —antes de que el ministro de Agricultura y Bienes del Estado la presentara al Consejo de Estado³¹— en la *Conferencia especial para los asuntos de la nobleza*. Como es de dominio público, quienes sufren mayores penurias hoy en Rusia no son los obreros y los campesinos, sino los nobles terratenientes; de ahí que la «conferencia especial» se apresurase a buscar el medio de socorrerlos en su desgracia. Las tierras fiscales en Siberia serán vendidas o arrendadas a «personas particulares», a título de «haciendas de propiedad privada», con la salvedad de que a los súbditos extranjeros y a los alienígenas —entre ellos los judíos— les

31. *Consejo de Estado*: uno de los órganos administrativos superiores de la Rusia zarista. Se constituyó en 1810 como institución consultivo-legislativa; sus miembros eran designados y confirmados por el zar. El Consejo de Estado era una institución reaccionaria.

está prohibido adquirir, *jamás* y bajo ningún concepto, cualquiera de estas tierras. En cuanto al arriendo de las mismas (esta, como veremos, es la operación más ventajosa para los futuros terratenientes), se permitirá exclusivamente a los nobles, «quienes —dice la ley—, por la garantía que ofrecen en el aspecto económico, son preferibles, desde el punto de vista de los objetivos del Gobierno, como propietarios de tierras en Siberia». Así pues, el punto de vista del Gobierno consiste precisamente en que la población trabajadora sea sojuzgada por los grandes terratenientes de la nobleza. Y hasta qué punto son grandes, se puede apreciar por el hecho de que, según la ley, la superficie de la parcela vendida no debe sobrepasar las 3.000 *deciatinas*; no se fija en general el límite para la del arriendo, y en cuanto al plazo de arriendo, es de *hasta 99 años*! El pobre terrateniente, de acuerdo con los cálculos de nuestro Gobierno, necesita *doscientas veces* más tierra que el campesino, a quien se concede en Siberia 15 *deciatinas* por familia.

Además, ¡cuántas facilidades y excepciones para los terratenientes ha previsto esta ley! Durante los cinco primeros años, el arrendatario no efectúa pago alguno. Si llega a adquirir en propiedad la tierra que ha arrendado (la nueva ley le otorga ese *derecho*), podrá gozar de un plazo de 37 años para su pago total. Por una disposición especial se autoriza la venta de parcelas mayores de 3.000 *deciatinas*, a precios convenidos y no en subasta pública, y hay prórrogas de uno y de hasta tres años para los pagos atrasados. No hay que olvidar que con la nueva ley solo se beneficiarán los altos dignatarios, las personas vinculadas con la Corte, etc., a quienes esos favores y excepciones se les otorgan, por lo común, con toda facilidad, después de intercambiar en algún salón un par de palabras con un gobernador o un ministro.

Pero, y he aquí la desgracia, ¿qué provecho podrán extraer de estos trocitos de tierra, aunque sean de 3.000 *deciatinas*, todos estos generales propietarios, si no encuentran «mujiks» obligados a trabajar para ellos? Por muy rápidamente que aumente la miseria del pueblo en Siberia, el campesino siberiano es muchísimo más independiente que el de «Rusia» y está poco habituado a trabajar bajo el látigo. La nueva ley se esfuerza por habituarlo. «Las tierras destinadas a haciendas de propiedad privada, *estarán, en la medida de lo posible, enclavadas* entre las parcelas asignadas a los campesinos», especifica el artículo 4° de la ley. Al Gobierno zarista le preocupa el problema de cómo ganarán su «sustento» los pobres campesinos. Diez años atrás, el mismo señor Ermólov que ahora, en su

condición de ministro de Agricultura y Bienes del Estado, presentó a la consideración del Consejo de Estado la nueva ley sobre adjudicación de tierras fiscales en Siberia a particulares, publicó —sin firma— un libro titulado: *Las malas cosechas y las calamidades del pueblo*. En ese libro declaraba con franqueza que no existía razón alguna para permitir la emigración a Siberia de campesinos que pueden «ganarse el pan» trabajando para los terratenientes locales. Los hombres de Estado rusos no tienen empacho en expresar concepciones netamente feudales: los campesinos han sido creados para trabajar para los terratenientes y por eso no se le debe «permitir» ni siquiera que se trasladen adonde deseen, si con ello los terratenientes se ven privados de mano de obra barata. Y cuando los campesinos, a pesar de todas las trabas, de los trámites burocráticos y aun de prohibiciones formales, siguieron emigrando a Siberia por centenares de miles, el Gobierno zarista, como si fuera un mayordomo de los señores de antes, se apresuró a perseguirlos para acosarlos también en su nuevo lugar de residencia. Si los escasos nadieles y las tierras de los campesinos —las mejores de las cuales ya están ocupadas— se «enclavan» entre los lotes de 3.000 deciatinas de los nobles terratenientes, tal vez muy pronto Siberia deje de ser una atracción para los campesinos de otras partes de Rusia. Y el precio de las tierras de los nuevos terratenientes se elevará con tanta más rapidez, cuanto más difícil sea la vida para los campesinos de los alrededores: estos tendrán que resignarse a contratarse a vil precio en las fincas de otros, y a pagar precios exorbitantes por el arriendo de la tierra de los terratenientes, tal como en «Rusia». El objetivo primordial de la nueva ley es crear cuanto antes un nuevo paraíso para los terratenientes y un nuevo infierno para los campesinos; a ese fin tiende la reserva especial que establece el arriendo de la tierra para *una* cosecha. Por regla general, para poder ceder una tierra fiscal tomada en arriendo se exige una autorización especial, pero su cesión para una cosecha es completamente libre. La única preocupación del terrateniente será designar a un administrador que se encargue de arrendar la tierra, deciatina por deciatina, a los campesinos «enclavados» en el dominio de aquel, y enviar después a su señor, contante y sonante, el dinero obtenido.

Sin embargo, no siempre querrán los nobles ocuparse ni siquiera en este tipo de «hacienda». En ese caso pueden obtener de inmediato un dineral si revenden las tierras fiscales a quienes verdaderamente las cultivan. No es casual que la nueva ley se promulgue precisamente ahora, cuando el ferrocarril ha llegado a Siberia, cuando las deportaciones a esa región han

quedado suprimidas³² y la emigración a Siberia ha adquirido proporciones gigantescas: es inevitable que todo esto dé como resultado, como está ocurriendo ya, la elevación del precio de la tierra. De ahí que hoy la adjudicación de tierras fiscales a particulares constituye, en realidad, un saqueo al fisco por parte de la nobleza: las tierras fiscales sumen de precio, pero se las arrienda y vende en condiciones altamente ventajosas a toda suerte de generales que se aprovecharán de esta elevación del precio. En la provincia de Ufá, por ejemplo, en un solo distrito los nobles y funcionarios realizaron la siguiente operación con las tierras que les fueron vendidas —en virtud de una ley similar—: pagaron al fisco 60.000 rublos, y dos años más tarde las vendieron por 580.000 rublos, ¡vale decir que, simplemente con la reventa, obtuvieron *más de medio millón de rublos*! Resulta fácil imaginar, sobre la base de este ejemplo, cuántos millones irán a parar a los bolsillos de los pobrecitos terratenientes con la adjudicación de tierras en todo el territorio de Siberia.

Con el fin de encubrir este pillaje descarado, el Gobierno y sus partidarios formulan todo género de elevadas consideraciones. Hablan del progreso de la cultura en Siberia, de la trascendental importancia de las fincas modelo. En realidad, los grandes dominios, que colocan en una situación desesperada a los campesinos vecinos, en la actualidad solo pueden intensificar los métodos de cultivo más atrasados. Las fincas modelo no se crean mediante la dilapidación de fondos públicos, y la adjudicación de tierras llevará simplemente a que los nobles y funcionarios especulen con ellas, o a que prosperen los métodos de avasallamiento y de usura en la agricultura. Por eso, los nobles terratenientes, junto al Gobierno, descartaron de las tierras fiscales siberianas a los judíos y demás alienígenas —a quienes intentan presentar ante la gente ignorante como explotadores particularmente desaprensivos—, para poder dedicarse *ellos mismos*, sin traba alguna, a una explotación de la peor especie, a la explotación de tipo kulak.

Se habla también de la significación política de la nobleza terrateniente en Siberia: se dice que allí, entre la intelectualidad, hay muchos exconfinados,

32. El ukase del Gobierno zarista por el que se suprimía el confinamiento y se confirmaban las reglas temporales sobre la sustitución del destierro y confinamiento por otros castigos fue firmado por el zar el 10 [23] de junio de 1900. Por este ukase se suprimía el destierro de los condenados a Siberia —excepto sus provincias más apartadas— y Transcaucasia, sustituyéndolo por su entrega a las secciones de detenidos o la deportación a la isla de Sajalín.

gente poco segura, y para contrarrestarlos se trataría de crear un sólido baluarte para el poder del Estado, un seguro elemento «de los zemstvos». Y estos comentarios encierran una verdad mucho más grande y profunda de lo que suponen *Grazhdanín*³³ y *Moskovskie Vedomosti*. El Estado policíaco inspira tanta hostilidad a la masa de la población que necesita crear artificialmente grupos de personas capaces de servir de puntales a la patria. Necesita crear una clase de grandes explotadores que le deban todo a él, que dependan de su magnanimidad, que obtengan enormes ganancias por los procedimientos más abyectos —los de los especuladores y los kulaks— y que, por tal causa, sean siempre firmes partidarios de toda arbitrariedad y toda opresión. Un gobierno de tipo asiático necesita el apoyo de la gran propiedad terrateniente de características asiáticas, de un sistema feudal de «distribución de fincas». Y si ahora no es posible distribuir «fincas habitadas», por lo menos se puede distribuir propiedades *enclavadas* entre las tierras de los campesinos reducidos a la indigencia; si resulta embarazoso regalar abiertamente miles de deciatinas a los cortesanos obsecuentes, la entrega puede disimularse presentándola en forma de venta y de «arriendo» (por 99 años), con miles de facilidades. ¿Cómo, pues, no calificar de feudal esta política agraria, si se la compara con la que rige hoy en los países avanzados de nuestro tiempo, como por ejemplo Norteamérica? Allí nadie *osaría* hablar de permitir o no las migraciones, puesto que todo ciudadano goza del derecho a fijar su residencia donde le plazca. Toda persona que desea dedicarse a la agricultura tiene, *por ley*, el derecho de ocupar las tierras disponibles de la periferia del país. No se está creando allí una clase de sátrapas asiáticos, sino una clase de enérgicos *farmers*, que han desarrollado todas las fuerzas productivas del país. Gracias a la abundancia de tierras disponibles, la clase obrera ocupa el primer lugar por su nivel de vida.

¡Y qué momento ha escogido nuestro Gobierno para promulgar su ley feudal! El momento de la crisis industrial más fuerte, cuando decenas y centenas de miles de personas no encuentran trabajo, cuando el hambre acosa de nuevo a millones de campesinos. Toda la preocupación del Gobierno consiste en evitar que se «dé publicidad» a las calamidades. Por eso obligó a los obreros sin trabajo a regresar a sus pueblos; por eso quitó de manos de los zemstvos el abastecimiento y lo puso en las de los

33. *Grazhdanín* [*El Ciudadano*]: revista reaccionaria publicada de 1872 a 1914 en Petersburgo. A partir de la década del 80 del siglo XIX, vocero de los ultramonárquicos; estaba financiada por el Gobierno.

funcionarios de la policía; por eso prohibió que los particulares organizaran comedores para las víctimas del hambre, y por eso amordazó los periódicos. Y cuando cesó la «publicidad» acerca del hambre, desagradable para los oídos de los satisfechos, el padrecito zar se puso a prestar ayuda a los pobres terratenientes y a los desgraciados generales cortesianos. Repetimos: ahora nuestra tarea consiste sencillamente en divulgar los datos acerca de la nueva ley. Cuando la conozcan las capas más atrasadas de los obreros, los campesinos más ignorantes y oprimidos, comprenderán a quiénes sirve el Gobierno y qué gobierno necesita el pueblo.

La lucha contra los hambrientos

Iskra, n.º 9 (octubre de 1901)

¡Qué asombrosa solicitud manifiesta nuestro Gobierno hacia los hambrientos! ¡Qué larguísima circular (del 17 de agosto) ha dirigido el ministro del Interior a los gobernadores de las provincias afectadas! Es toda una obra literaria de más de un pliego de imprenta ordinario, que explica por boca del señor Sipiaguin toda la política del Gobierno en el asunto del abastecimiento. Es evidente que con la publicación de esta obra se perseguía el objetivo de impresionar a la «sociedad»: vean cuán solícitos somos, parece decir, cómo nos apresuramos a adoptar las medidas de ayuda necesarias, cómo tratamos de prever la organización de los servicios de abastos y todas las formas y detalles de su funcionamiento. Es preciso reconocer que la circular del Ministerio del Interior impresiona, en efecto, no solo por su magnitud, sino también —si se tiene la paciencia de leerla hasta el final— por su contenido. La franca exposición del programa gubernamental es siempre el mejor instrumento para la agitación contra el Gobierno zarista; por eso, al mismo tiempo que hacemos llegar al señor Sipiaguin nuestro más respetuoso agradecimiento, nos permitimos recomendar a los demás señores ministros que procuren exponer más a menudo su programa por medio de circulares, y que éstas se publiquen para conocimiento de todos.

Hemos especificado: si se tiene la paciencia de leer hasta el final la circular del señor Sipiaguin. Para ello, es preciso armarse de no poca paciencia, ya que en sus tres cartas... ¡qué digo!, en sus nueve décimas partes, rebosa de la palabrería burocrática habitual. Refrito de cosas conocidas desde tiempos inmemoriales y repetidas centenares de veces en el «Código»,³⁴ rodeos y evasivas, descripción detallada del ceremonial chino en las relaciones entre mandarines, magnífico estilo oficinesco con períodos de 36 líneas y una «jerga» que nos hace padecer por nuestra lengua materna; cuando uno se sumerge en ese encanto, le parece estar en un puesto policíaco ruso, donde las paredes huelen a rancio, donde se siente por doquier un hedor específico, los funcionarios —por su solo aspecto y su proceder— son la imagen misma del más insoportable burocratismo, y las lúgubres dependencias que se alcanza a percibir a través de las ventanas recuerdan vivamente la mazmorra.

34. El *Código de Leyes del Imperio Ruso* entró en vigor en 1835.

El nuevo programa del Gobierno contiene tres puntos esenciales que llaman particularmente la atención: primero, el reforzamiento del poder unipersonal de los funcionarios, la preocupación por afianzar y proteger el espíritu burocrático y la disciplina jerárquica contra el menor soplo de aire fresco; segundo, la fijación de una escala de ayuda a los hambrientos, es decir, reglamentaciones sobre las proporciones y el modo de cálculo de la cantidad de pan por cada familia «necesitada»; tercero, la expresión del más terrible espanto ante la idea de que se lancen a prestar ayuda a los hambrientos personas «sospechosas», capaces de levantar al pueblo contra el Gobierno, y la adopción de medidas preventivas contra esa «agitación». Examinemos con detenimiento cada uno de estos puntos.

Ha transcurrido tan solo un año desde que el Gobierno quitó la dirección del abastecimiento a los zemstvos, para ponerla en manos de los jefes de los zemstvos y de las asambleas de distrito (Ley del 12 de junio de 1900). Pero he aquí que esta ley, aun antes de que tuviera tiempo de entrar en vigor, es abolida por medio de una simple circular. ¡Bastaron unos cuantos informes de los gobernadores de provincia para que se perdiera la fe en la eficacia de dicha ley! Nada mejor para mostrar la inutilidad de las leyes que se fabrican por hornadas en los apartamentos de Petersburgo, sin una discusión seria entre personas realmente competentes y capaces de dar una opinión independiente, sin la intención seria de crear un orden de cosas más acorde con el objetivo propuesto; esas leyes son dictadas solo por la ambición de algún ministro intrigante, deseoso de distinguirse y de evidenciar cuanto antes su lealtad. Puesto que los zemstvos no son bastante leales, ¡hay que quitarles la gestión del abastecimiento! Pero apenas se la han quitado cuando ya resulta que los jefes de los zemstvos y las asambleas de distrito, aunque están compuestas únicamente de funcionarios, al parecer todavía razonan demasiado: entre los jefes de los zemstvos hubo quizás algunos que cometieron la tontería de llamar hambre al hambre, y tuvieron la ingenuidad de pensar que se debía combatir a esta y no a quienes deseaban socorrer de veras a los hambrientos; en las asambleas de distrito, algunos funcionarios que no pertenecen al personal del Ministerio del Interior dieron muestras de igual incompreensión ante los verdaderos objetivos de la «política interna». Así pues, mediante una simple circular del ministro, se crea una nueva «dirección central del distrito...». ¡No, no! No se trata de un error de imprenta, dice «dirección central del distrito para el abastecimiento», cuya única misión consiste en impedir que se filtren personas malintencionadas, ideas sospechosas y

actitudes imprudentes en cuanto al abastecimiento. Por ejemplo, el ministro halla imprudente, y por ello la prohíbe, la confección «prematura» —es decir, que no se efectúe inmediatamente antes de la distribución de pan— de las listas de necesitados: ¡esto, dice, despierta en la población «esperanzas exageradas»! La «dirección central del distrito para el abastecimiento» se concentra en manos de *una sola persona*, y el Ministerio recomienda para ese cargo al *mariscal de la nobleza del distrito*. En efecto, este se halla tan estrechamente vinculado al gobernador, ejerce tantas funciones policíacas, que sin duda sabrá captar el verdadero espíritu de la política de abastecimiento. Además, es un gran terrateniente local, distinguido con la confianza de todos los terratenientes. Una persona así, con toda seguridad entenderá mejor que nadie el profundo pensamiento del ministro sobre la acción «desmoralizadora» del subsidio cuando es entregado a personas que «podrían prescindir» de él. Respecto de los poderes del gobernador, el ministro la dice desde el comienzo y lo repite con frecuencia: el gobernador responde de todo, todos deben obedecerle, él debe saber adoptar las medidas «especiales», etc. Si hasta el presente, en una provincia rusa, el gobernador ha sido un verdadero sátrapa, de cuya buena voluntad dependía la existencia de cualquier institución, y aun de cualquier persona dentro de las límites de la provincia «a él confiada», ahora, en tal sentido, se establece un verdadero «estado de guerra». ¡Un reforzamiento inusitado de las medidas de rigor, a raíz de la campaña de ayuda a los hambrientos! ¡Esto sí que es verdaderamente ruso!

Pero la intensificación de las medidas de rigor y la acentuación de la vigilancia exigen el aumento de los gastos para el aparato burocrático. Y el ministro no lo olvida; los señores mariscales de la nobleza de distritos o las otras personas que tomen a su cargo una «dirección central del distrito para el abastecimiento», recibirán en compensación de sus gastos «una suma especial», «con respecto a cuyo monto —añade la circular con su “particular” jerga— Vuestra Excelencia se dignará presentarme la correspondiente proposición». Además, para los «gastos de tramitación de los asuntos» de los consejos de distrito se concederán 1.000 rublos por una sola vez, para cada uno; para los gastos de oficina de las audiencias provinciales, de 1.000 a 1.500 rublos para cada una. Las oficinas son las que van a trabajar más, todo el trabajo consistirá en tramitaciones oficinescas; ¿cómo no preocuparse, pues, de los gastos de oficina? Antes que nada, las oficinas. Después, con lo que resta, atender a los hambrientos.

El señor Sipiaguin revela una perseverancia y un ingenio asombrosos para encontrar los medios de *reducir* los subsidios a los hambrientos. Ante todo, exige que los gobernadores analicen cuáles son los distritos «afectados por la mala cosecha» (la resolución definitiva estará a cargo del propio Ministerio, pues ni en los gobernadores se puede confiar: ¿sabrán ellos evitar las «exageraciones»?). Siguen luego las instrucciones para los casos en que *no corresponde* considerar un distrito como zona afectada: 1) cuando la proporción de los subdistritos damnificados no pasa de un tercio; 2) cuando la insuficiencia de cereal es habitual y es comprado todos los años con los ingresos suplementarios; 3) cuando los recursos locales no alcanzan para pagar los subsidios. Ya tenemos aquí un pequeño ejemplo de lo que son las resoluciones autocráticas sobre los problemas de abastecimiento: ¡la misma medida para todos! ¿En cuánto se calcula la población de una tercera parte de los subdistritos? ¿En qué grado han sufrido? ¿No habrán disminuido los «ingresos auxiliares» habituales, en este año de gravísima crisis industrial? ¿Preguntas ociosas, después de las categóricas «directrices» del Ministerio! ¿Pero todavía falta lo peor! Lo esencial es saber a quién hay que considerar como necesitado y cuál es el monto del subsidio que debe recibir. El señor Sipiaguin recomienda el siguiente «cálculo aproximado», que «rara vez resulta sensiblemente exagerado» (¡lo que más tememos es la exageración; tememos las esperanzas exageradas, los créditos exagerados! El hambre y la desocupación son puras «exageraciones»: tal es el claro sentido de todos los razonamientos ministeriales). Primero, mediante una molienda de prueba se establece el «promedio de la cosecha por deciatina, en cada aldea», y después, la superficie sembrada de cada propietario. ¿Por qué no determinar también el volumen de la cosecha entre propietarios de diferente situación económica? La cosecha de los campesinos pobres es más baja, y el cálculo del «promedio» resulta desventajoso precisamente para los necesitados. Segundo, se considera como no necesitado a quien recoge no menos de 48 puds de cereal por año para toda la familia (calculando 12 puds por cada 3 adultos y 6 por cada 2 niños). Se trata de una estimación digna del más mezquino de los kulaks: durante los años normales, aun los campesinos más pobres consumen no 48, sino 80 puds anuales para una familia de 5 a 6 personas, como lo certifican las descripciones de la economía campesina; en cuanto al campesino medio, consume en un año normal hasta 110 puds de cereal para una familia de 5 personas. Esto significa que el Gobierno del zar reduce *a la mitad* la cantidad de cereal realmente indispensable para el consumo. Tercero, «esta cantidad» (es

decir; 48 puds por familia) —dice la circular— «se reduce a la mitad, en virtud de que el elemento obrero constituye cerca del 50 por ciento de la población». El Gobierno insiste obstinadamente en su norma de que la población obrera no debe recibir subsidios, por cuanto —dice— puede obtener los medios necesarios con su trabajo. Pero ya una vez el ministro señaló que no se debía considerar como damnificados los distritos que de ordinario poseen fuentes de trabajo auxiliares. ¿Por qué, entonces, excluir del subsidio, por segunda vez, a la población obrera? Todos saben que este año no solo no hay ingresos especiales, sino que todos los ingresos auxiliares habituales han declinado a consecuencia de la crisis. ¡El mismo Gobierno desterró a decenas de miles de obreros desocupados de las ciudades a las aldeas! ¡La experiencia de otros años de hambre enseña que la exclusión de la población obrera solo conduce a distribuir entre los niños y los adultos un subsidio de por sí insuficiente! ¡No, el refrán «no se puede sacar dos cueros del mismo buey» sería demasiado lisonjero para el Ministerio del Interior, que por dos veces excluye del número de necesitados a todos los que estén en condiciones de trabajar! Cuarto, este subsidio, insuficiente en absoluto y ya reducido a la mitad, es reducido una vez más en $\frac{1}{3}$, $\frac{1}{5}$, $\frac{1}{10}$, «en proporción al número aproximado de campesinos acomodados que tienen reservas del año anterior, o «que viven más o menos holgadamente». ¡Esto es sacar un tercer cuero del mismo buey! ¿Qué «holgura» o «reservas» puede tener un campesino que ha podido juntar apenas 48 puds de cereal para su familia? Los demás ingresos ya han sido contabilizados dos veces; por añadidura, de pan solo no puede vivir ni siquiera un campesino ruso, con toda la miseria en que lo ha sumido la política del Gobierno, el yugo del capital y de los terratenientes. Se imponen también otros gastos: el combustible, la reparación de la casa, la ropa, otros alimentos, además del pan. En años normales, como se sabe por las obras científicas en que se describe la economía campesina, hasta los campesinos más pobres gastan *más de la mitad* de sus ingresos en otras necesidades, además del pan. Si se toma en cuenta todo eso, se verá que el ministro calcula la ayuda necesaria *en cuatro o cinco veces por debajo* de la necesidad real. Esto es la lucha no contra el hambre, sino contra aquellos que desean de veras socorrer a los hambrientos.

La circular termina con un ataque directo contra los benefactores privados. Suele observarse —truenan el señor Sipiaguin— que ciertos filántropos tratan de despertar en la población «el descontento contra el

orden existente y la incitan a presentar al Gobierno exigencias que no se justifican en absoluto», desarrollan «una campaña de agitación contra el Gobierno», etc. En rigor, estas acusaciones son *falsas* a todas luces. Bien se sabe que en 1891 se hicieron circular proclamas de los «amigos de los campesinos»³⁵ en las que señalaban al pueblo, con acierto, quién era su verdadero enemigo; quizás hubo otras tentativas de encender la agitación con motivo del hambre. ¡Pero ni un solo hecho demuestra que los revolucionarios hayan realizado propaganda encubriéndose con la beneficencia! Un sinnúmero de benefactores, y esto es indudable, eran *solo* benefactores; y si el señor Sipiaguin afirma que muchos de ellos son «personas cuyo pasado político no es irreprochable», cabe preguntar: ¿quién puede hoy jactarse en Rusia de tener un «pasado irreprochable»? ¡Incluso «personas de elevado rango» pagaron a menudo tributo al movimiento democrático general en su juventud! Por supuesto, no queremos decir que la agitación contra el Gobierno, con motivo del hambre, sea inadmisible o aun indeseable. Al contrario, la agitación es siempre necesaria, y particularmente en época de hambre. Solo queremos decir que el señor Sipiaguin *inventa fantasías*, e intenta hacer creer que su propio miedo y sus aprensiones son resultado de la experiencia. Queremos decir que las palabras del señor, Sipiaguin solo prueban una vieja verdad: el Gobierno policial teme el menor contacto de los intelectuales más o menos independientes y honestos con el pueblo, teme cualquier palabra veraz y valiente dirigida al propio pueblo, sospecha —con toda razón— que la sola preocupación de ayudar a satisfacer de verdad, y no en apariencia, una necesidad equivale a la agitación contra el Gobierno. Es que el pueblo ve que los benefactores privados desean ayudarlo con sinceridad, mientras que los funcionarios del zar tratan de impedirlo, cercenan la ayuda, minimizan la verdadera magnitud de la miseria, entorpecen la organización de comedores, etc. Ahora la nueva circular exige sin rodeos que se sometan al control de las autoridades» todas las donaciones y las exhortaciones

35. Lenin se refiere a la proclama *Primera carta a los campesinos hambrientos*, editada por el grupo La Voluntad del Pueblo [*Naródnaya Volia*] en 1892 con la firma «Unos mujiks bienintencionados». Se hicieron tiradas de la proclama en una imprenta clandestina organizada por adeptos de La Voluntad del Pueblo en Petersburgo. Esta era una organización revolucionaria secreta de populistas terroristas, conformada en agosto de 1879, cuyo objetivo inmediato era el derrocamiento de la autocracia zarista y la instauración de una república democrática. Por primera vez en la historia del populismo los adeptos de La Voluntad del Pueblo plantearon la necesidad de la lucha política, pero la redujeron a la conspiración y al terrorismo individual.

a hacer otras nuevas, así como la organización de los comedores; ¡¡exige que todos los que llegan de afuera «se presenten» al gobernador, elijan sus ayudantes solo con consentimiento de este y le informen de su actuación!! ¡El que quiera ayudar, deberá someterse a los funcionarios policiales y al sistema policíaco, que recurre a todos los medios para cercenar la ayuda y reducir los subsidios de manera desvergonzada! Quien no quiera someterse a esta infamia no será autorizado a ayudar: tal es la esencia de la política del Gobierno. El señor Sipiaguin vocifera que el hambre «es aprovechada can gusto para sus fines criminales, por gente sospechosa en el sentido político, que se cubre con la máscara de la ayuda al prójimo»; y toda la prensa reaccionaria, haciendo coro al señor Sipiaguin, repite este clamor —por ejemplo, *Moskovskie Vedomosti*—. ¡Qué horror! ¡Aprovechar los sufrimientos del pueblo para fines «políticos»! Pero en realidad, lo horrible es, por el contrario, que en Rusia toda actividad, *aun* la más alejada de la política como lo es la actividad filantrópica, lleva inevitablemente a que las personas independientes choquen con la arbitrariedad policial y con las medidas de «represión», «prohibición», «restricción», etc., etc. ¡Lo horrible es que el Gobierno disimule con consideraciones de alta política su vocación de Judasito:³⁶ quitar un pedazo de pan de la boca del hambriento, reducir a un quinto el subsidio, prohibir a todos —salvo a los funcionarios policiales— acercarse a quienes mueren de hambre! Por nuestra parte, repetimos una vez más el llamamiento lanzado por *Iskra*: ¡Organizar una campaña de denuncias contra el plan de abastecimiento del Gobierno policíaco, desenmascarar en la prensa libre, no sometida a la censura, la villanía de los sátrapas locales, la táctica interesada y voraz de reducción de los subsidios, las misérrimas e insuficientes proporciones de la ayuda, la subestimación mezquina del hambre y la lucha bochornosa contra quienes quieren ayudar a los hambrientos! Aconsejamos a todos los que abrigan un poco de compasión sincera por quienes sufren las consecuencias de la calamidad que hagan conocer al pueblo el verdadero sentido y significación de la circular ministerial. Pues solo por la infinita ignorancia del pueblo puede explicarse que *semejantes* circulares no logren provocar la inmediata indignación general. ¡Los obreros conscientes, los que más cerca se encuentran del campesinado y de las masas urbanas poro desarrolladas, deben tomar la iniciativa en esta tarea de desenmascarar al Gobierno!

36. NdE: ver nota al pie 18, p. 40.

Un reglamento de presidios y condenas a trabajos forzados

Iskra, n.º 10 (noviembre de 1901)

¡Un «reglamento provisional» más!

Solo que esta vez no se trata de estudiantes culpables de desobediencia, sino de campesinos culpables de padecer hambre.

El 15 de septiembre fue ratificado por el soberano, y promulgado seguida, el «Reglamento Provisional relativo a la participación de los habitantes de los lugares afectados por la mala cosecha en los trabajos que se ejecutan por mandato de los departamentos de Vías de Comunicación, Agricultura y Bienes del Estado». Cuando el mujik ruso conozca este reglamento (desde luego, no por las publicaciones en los periódicos, sino por su propia experiencia), verá una nueva confirmación de la verdad que le ha inculcado la secular represión de los terratenientes y los funcionarios: cuando las autoridades anuncian solemnemente que al mujik se le «concede la posibilidad de participar» en cualquier asunto, grande o pequeño, ya sea en el pago del rescate de tierras del terrateniente o en los trabajos públicos en caso de hambre, eso significa que le aguarda una nueva plaga de Egipto.

En efecto, el reglamento provisional del 15 de septiembre da la impresión, por todo su contenido, de ser una nueva ley punitiva, una disposición complementaria del Código Penal. En primer lugar, la organización misma y la ejecución de los trabajos son rodeadas de tal cúmulo de «precauciones» y de complicaciones burocráticas, como si se tratara de insurrectos o de presidiarios a quienes se envía a trabajos forzados, y no de campesinos que padecen hambre. Cualquiera creería que nada hay más simple que organizar esos trabajos: las instituciones de los zemstvos y otras reciben los recursos necesarios y contratan a los obreros para construir carreteras, desbrozar bosques, etc. En circunstancias corrientes así se organizan los trabajos de esa índole. Pero esta vez se establece un procedimiento especial: el jefe del zemstvo indica los trabajos y el gobernador da su opinión, que se envía a San Petersburgo, a la «Conferencia para asuntos del abastecimiento» creada al efecto e integrada por representantes de diversos ministerios con la presidencia del viceministro del Interior. Además, la dirección general es confiada al ministro, quien está facultado para designar sus representantes especiales. La Conferencia de

San Petersburgo deberá fijar incluso los límites de la remuneración de los obreros, es decir, al parecer ¡deberá velar para impedir que se «corrompa» al mujik con un salario demasiado elevado! Es evidente que el reglamento provisional del 15 de septiembre tiene por objeto *dificultar* la ejecución de obras públicas en amplia escala, del mismo modo que la circular de Sipiaguin del 17 de agosto *dificultó* la entrega de subsidios a los hambrientos.

Pero aún más importantes y nocivas son las disposiciones especiales relativas al orden de contratación de los campesinos para dichos trabajos. Si los trabajos se realizan «fuera del lugar de su residencia» (así ocurrirá, como es natural, en la gran mayoría de los casos), los obreros formarán arteles especiales *bajo la vigilancia del jefe del zemstvo*, quien designará al encargado de cuidar del orden. Los campesinos hambrientos no tienen siquiera derecho a elegir al encargado, como suelen hacerlo los obreros. ¡A ellos se los coloca bajo el mando de un funcionario del zemstvo, armado de un azote! Los miembros del artel son inscritos en un registro especial que sustituye para ellos *el certificado de domicilio* exigido por la ley... Así, en lugar de pasaportes individuales habrá registros por cartel. ¿Para qué esta sustitución? Para ponerle *una traba más* al mujik, pues con un pasaporte individual podría instalarse con mayor libertad y como le convenga más, dentro de la nueva localidad, y si se sintiera descontento, podría abandonar el trabajo más fácilmente.

Pero sigamos: «El mantenimiento del orden debido durante el traslado y la entrega de las cuadrillas remitidas de obreros a los directores de los trabajos son confiados a funcionarios designados especialmente por el Ministerio del Interior». Los obreros libres reciben un anticipo para el pasaje, los siervos son «remitidos» *«por cuadrillas»* conforme a listas y son «entregados» a funcionarios especiales. ¿No tienen razón los campesinos cuando piensan que los trabajos «públicos» y del Estado son una nueva forma de servidumbre?

La ley del 15 de septiembre equipara, por cierto, la situación de los campesinos hambrientos a la de los siervos, y no solo porque los priva de la libertad de desplazarse. Concede a los funcionarios el derecho de *retener una parte del salario*, para remitirla a las familias de los obreros, cuando así lo crean necesario «las autoridades provinciales de las localidades donde han quedado las familias». ¡Se dispondrá de los salarios de los obreros, sin su consentimiento! El mujik es tonto: no es capaz por sí mismo

de cuidar de su familia. Las autoridades harán todo eso mucho mejor: ¿quién ignora, en efecto, cómo cuidaron a las familias de los mujiks en las colonias militares?³⁷

Pero por desgracia, los mujiks de hoy ya no son quizá tan sumisos como en la época de las colonias militares. ¿No vendrán a exigir que se les entregue el pasaporte ordinario y que nadie retenga sin su consentimiento el dinero que han ganado? Para tal eventualidad, hay que redoblar la severidad de las medidas, y entonces la ley, mediante un artículo especial, establece que «el mantenimiento del orden debido entre los obreros, en los lugares donde se efectúan los trabajos, se recomienda, por disposición del ministro del Interior, a los jefes de los zemstvos locales, a los oficiales del cuerpo especial de gendarmería, a los funcionarios policiales o bien a personas designadas especialmente para ello». ¡Es evidente que el Gobierno, *de antemano*, considera «sediciosos» a los campesinos hambrientos, pues además de la vigilancia general que toda la policía de Rusia ejerce sobre todos los obreros rusos, ejerce sobre aquellos una vigilancia particular, más rigurosa aún! *Por adelantado* se ha decidido tratar al mujik con mano de hierro, porque se atreve a «exagerar» el hambre y a presentar, según expresa Sipiaguin en su circular, «al Gobierno exigencias que no se justifican en absoluto».

Y para no tener que recurrir a los tribunales si llegara a surgir algún descontento entre los obreros, el reglamento provisional otorga a los funcionarios ¡el derecho de imponerles arrestos *hasta de tres días sin proceso judicial*, por violar el orden, por inescrupulosidad en el trabajo, por incumplimiento de las disposiciones!! Un obrero libre debe ser llevado

37. *Colonias militares*: organización especial de las tropas rusas introducida por Alejandro I. Con la creación de estas colonias el Gobierno zarista se proponía reducir los gastos de mantenimiento del ejército, tener reservas preparadas para tiempos de guerra y defenderse del movimiento revolucionario en ascenso, con el apoyo de una casta militar formada al margen del pueblo.

Todos los campesinos que residían en las zonas destinadas a las colonias militares se convertían en soldados vitalicios. Su vida se sometía a un régimen riguroso e incluso para los asuntos familiares regían severas normas. Los ejercicios militares y los diversos trabajos obligatorios para el ejército no dejaban tiempo a los campesinos para atender su finca, que gradualmente se iba arruinando.

Las condiciones carcelarias de vida y trabajo imperantes en las colonias militares provocaban con frecuencia grandes insurrecciones, que eran reprimidas con increíble crueldad por las tropas zaristas. En 1857 las colonias militares fueron suprimidas

en esos casos ante el juez de paz, ante quien puede defenderse y contra cuya sentencia puede apelar, ¡pero a un mujik hambriento se lo puede arrojar al calabozo sin juicio alguno! Si un obrero libre se niega a trabajar, solo puede ser despedido, ¡mientras que los mujiks hambrientos que «se obstinen en no querer trabajar», según la nueva ley, *deberán ser enviados bajo escolta a sus pueblos de origen*, junto con los ladrones y bandidos!

El nuevo reglamento provisional en un verdadero reglamento de presidio para los hambrientos, un reglamento por el cual son compulsivamente movilizadas para el trabajo y privados de derechos, por haberse atrevido a molestar a las autoridades con pedidos de ayuda. El Gobierno no se limita a quitar a los zemstvos la administración del abastecimiento, a prohibir a los particulares que organicen comedores sin permiso de la policía, a ordenar que se reduzcan a la quinta parte las proporciones reales de las necesidades, sino que además declara que los campesinos tienen derechos limitados y ordena castigados sin juicio. A la galera perpetua de una vida de hambre permanente y de trabajo sobrehumano, se agrega ahora la amenaza de trabajos forzados en obras públicos.

Tales son las medidas que aplica el Gobierno a los campesinos. En cuanto a los obreros, la represión de que son objeto ha sido caracterizada con toda claridad en el último número de nuestro periódico, en el artículo *Acta de Acusación*, que se refiere al proceso de los disturbios de mayo en la fábrica de Obújov. *Iskra* comentó ese suceso en sus números de junio y julio. Nuestra prensa legal guardó silencio sobre el proceso, recordando, quizá, que hasta el «bienintencionado» *Nóvoe Vremia* había «padecido» por haber intentado hablar de ese tema. En los diarios se deslizaron un par de líneas, informando de que el juicio había tenido lugar a finales de septiembre; luego, uno de los periódicos del sur de Rusia daba ocasionalmente la noticia del veredicto del tribunal: dos fueron condenados a *trabajos forzados*, ocho fueron absueltos y los demás condenados a prisión o arresto en correccionales por un período de 2 a 3 años y medio.

Así pues, en nuestro artículo «Una nueva masacre» (*Iskra*, n.º 5)³⁸ subestimamos el espíritu de venganza que anima al Gobierno ruso. Creíamos que había recurrido a la represión militar como último recurso de lucha, temiendo apelar a la justicia. Pero resulta que ha sabido combinar lo uno con lo otro: después de cargar contra la muchedumbre y de matar

38. NdE: pp. 47 y ss. de esta edición.

a tres obreros, se apoderó de 37 personas entre varios miles, y les aplicó castigos draconianos.

El acta de acusación da una idea aproximada de cómo fueron apresados y juzgados. A la cabeza de los instigadores se hace aparecer a A. I. Ermakov, E. S. Dajin y A. I. Gavrílov. En el acta de acusación se dice que en el domicilio de Ermakov se hallaron volantes (según palabras de Mijáilova, empleada en un negocio fiscal de vinos, *quien no fue citada al tribunal como testigo*); que Ermakov habló de la lucha por la libertad política, y que el 22 de abril anduvo por la avenida Nevski llevando una bandera roja. Más adelante se subraya que también Gavrílov había distribuido volantes en los que se invitaba a participar en la manifestación del 22 de abril. La acusada Yákovleva, según el acta, había asistido a ciertas reuniones clandestinas. Es, pues, indudable, que el fiscal trató de presentar como instigadores justamente a aquellos de quienes la policía secreta sospechaba que eran militantes políticos. El carácter político del asunto surge asimismo del hecho de que la muchedumbre gritaba: «¡Queremos libertad!», y de la vinculación de esos sucesos con el Primero de Mayo. Entre paréntesis, la chispa que provocó el incendio fue el despido de 26 obreros por «ausencia injustificada» el 1 de mayo; pero el fiscal, como es natural, ¡no dijo una sola palabra sobre *la ilegalidad* de tal despido!

El asunto es claro. Se quería llevar ante la justicia a aquellos de quienes se sospechaba que eran enemigos políticos. La policía secreta suministró las listas, y los agentes policiales «certificaron», como es lógico, que esas personas estaban entre la muchedumbre, arrojaban piedras y se habían destacado entre todos.

El proceso judicial encubrió el segundo acto de venganza política —después del de la masacre—. Y lo encubrió de un modo infame: para agravar la culpa se mencionó la política, pero no se permitió explicar las circunstancias políticas de los sucesos. Los acusados fueron juzgados como delincuentes comunes, en virtud del artículo 263 del Código, es decir, por «flagrante rebelión contra las autoridades designadas por el Gobierno», y además rebelión de gente armada (?). La acusación fue *amañada*: la policía ordenó a los jueces que examinaran solo un aspecto del asunto.

Señalemos que, de acuerdo con los artículos 263 a 265 del Código, se puede condenar a trabajos forzados por *cualquier* tipo de manifestación: por «flagrante rebelión para impedir el cumplimiento de disposiciones y medidas prescritas por el Gobierno», aunque los «rebeldes» no hubiesen

estado armados ni hubieran cometido evidentes actos de violencia. ¡Las leyes rusas son generosas en cuanto a la aplicación de la pena de trabajos forzados! ¡Ya es hora de que nos preocupemos de que cada uno de estos procesos *sea convertido* en un proceso político por los propios acusados, para que en el futuro el Gobierno no se atreva a encubrir su venganza política con la farsa de un proceso criminal!

¡Y qué «progreso» es el propio procedimiento judicial en comparación, por ejemplo, con el año 1885! En aquel entonces los tejedores de la fábrica de Moróзов³⁹ fueron juzgados por un tribunal de jurados, los periódicos publicaron una información completa de las audiencias y durante el juicio los testigos de los obreros denunciaron ante el tribunal los desmanes del propietario de la fábrica. En cambio, ahora, un tribunal de funcionarios asistidos por mudos representantes de estamentos; juicio a puerta cerrada; silencio absoluto de la prensa; testigos elegidos a dedo: miembros de la administración de las fábricas, guardas de las fábricas, policías que participaron en la matanza, soldados que dispararon sus armas contra los obreros. ¡Qué abominable comedia!

Compárese este «progreso» de la represión contra los obreros entre 1885 y 1901 con el «progreso» de la lucha contra los hambrientos entre 1891 y 1901, y se podrá tener una idea aproximada de la rapidez con que crece, profundizándose y extendiéndose, la indignación en el pueblo y en la sociedad, y de la furia con que comienza a moverse el Gobierno, el cual aprieta las clavijas a los filántropos particulares y a los campesinos, y trata de intimidar a los obreros con condenas a trabajos forzados. No, el presidio no intimidará a los obreros, cuyos líderes no temieron morir en las calles, en lucha abierta contra los opríchniks zaristas. El recuerdo de los heroicos camaradas muertos y martirizados en las prisiones decuplicará las fuerzas de los nuevos combatientes y atraerá la ayuda de millares de colaboradores que, como Marfa Yákovleva, esa joven de 18 años, proclamarán bien alto: «¡Estamos con nuestros hermanos!». El Gobierno está dispuesto, además de la represión policial y militar contra los manifestantes, a juzgados también por rebelión. ¡Responderemos agrupando a todas las fuerzas revolucionarias, atrayendo a nuestro lado a todos los oprimidos por la tiranía zarista y preparando sistemáticamente la insurrección de todo el pueblo!

39. NdE: ver nota al pie 27, p. 55.

La protesta del pueblo finlandés

Iskra, n.º 11 (20 de noviembre de 1901)

Trascribimos íntegramente el nuevo memorial colectivo por medio del cual el pueblo finlandés expresa su enérgica protesta por la política del Gobierno, que atentó y sigue atentando contra la Constitución de Finlandia, violando así el solemne *juramento* que prestaron todos los zares, desde Alejandro I hasta Nicolás II.

Este memorial fue presentado el 17 [30] de septiembre de 1901 al Senado finlandés para que lo transmitiera al zar. Está firmado por 473.363 finlandeses de uno y otro sexo y de todas las capas sociales, es decir, por casi *medio millón* de ciudadanos. La población de Finlandia es de 2 millones y medio de habitantes, de modo que este nuevo memorial constituye en verdad *la voz de todo el pueblo*.

He aquí el texto completo del memorial:

«Todopoderoso y magnánimo Soberano Emperador y Gran Príncipe: La modificación que Su Majestad Imperial introdujo en la ley del servicio militar obligatorio en Finlandia ha provocado en todo el país una inquietud general y el más profundo dolor.

Los mandatos, el manifiesto y la ley del servicio militar, ratificados por Su Majestad Imperial el 12 de julio [29 de junio] de este año, violan esencialmente las leyes fundamentales del Gran Principado y los más preciados derechos que corresponden al pueblo finlandés y a todos los ciudadanos del país en virtud de sus leyes.

Según las leyes fundamentales, los reglamentos sobre las obligaciones de los ciudadanos en lo que atañe a la defensa del país no pueden ser promulgados sin contar con el consentimiento de las autoridades locales. De conformidad con ello se promulgó la ley del año 1878 relativa al servicio militar, por una resolución tomada de común acuerdo por el Emperador Alejandro II y las autoridades locales. Durante el reinado del Emperador Alejandro III dicha ley fue objeto de varias modificaciones, parciales, pero en cada oportunidad se requirió el consentimiento de las autoridades locales. Sin embargo, ahora la ley de 1878 ha sido derogada prescindiendo de las autoridades locales, y las nuevas disposiciones que la sustituyen difieren por entero de la resolución de los diputados de la Dieta Extraordinaria de 1899.

Uno de los derechos más importantes de que goza todo ciudadano finlandés es el de vivir y actuar bajo el amparo de las leyes finlandesas.

Hoy, miles y miles de ciudadanos finlandeses se ven privados de este derecho, ya que la nueva ley del servicio militar los obliga a servir en el ejército ruso, y convierte el servicio militar en un sufrimiento para aquellos hijos de esta tierra que serán incorporados, por la fuerza en un ejército cuyo idioma, religión, costumbres y hábitos les son extraños.

Las nuevas disposiciones anulan toda limitación legal del contingente anual. Además, no contienen mención alguna del derecho, otorgado a las autoridades locales por las leyes fundamentales, de participar en la confección del presupuesto de guerra. Incluso la milicia, contrariando la estipulación fundamental de la ley de 1878, pasa a depender por completo del Ministerio de la Guerra.

La impresión causada por tales disposiciones no se atenúa por las facilidades que concede el manifiesto durante un período de transición aún no determinado, pues la reducción temporal del número de reclutas será seguida inmediatamente por reclutamientos ilimitados para el servicio en unidades rusas.

El pueblo finlandés no ha pedido ningún alivio en la carga militar que soporta actualmente. Las autoridades locales, expresando la opinión del pueblo, han demostrado la disposición de Finlandia a aumentar, en la medida de sus fuerzas, la parte que le corresponde en la defensa del Estado, a condición de que se conserve la situación jurídica de las tropas finesas como institución finlandesa.

Las nuevas medidas establecen, por el contrario, que las tropas finesas serán suprimidas en su mayor parte; que oficiales rusos podrán entrar a servir en las pocas unidades que subsistan; que incluso los suboficiales de esas tropas deberán dominar el idioma ruso, lo que impide que los finlandeses nativos, en su mayoría de origen campesino, ocupen esos puestos; que dichas tropas pasan a depender de las instituciones rusas, y que aun en tiempos de paz podrán ser estacionadas fuera del territorio de Finlandia.

Estos mandamientos, que no constituyen una reforma, sino que tienden solo a suprimir el ejército nacional de Finlandia, demuestran una desconfianza a la que el pueblo finés no ha dado motivo alguno durante su casi centenaria unión con Rusia.

Las nuevas disposiciones sobre el servicio militar obligatorio contienen también expresiones que niegan al pueblo finés la existencia de una patria particular y a los nacidos en este territorio el derecho de ciudadanía

finlandesa. Tales expresiones revelan objetivos incompatibles con el derecho imprescriptible del pueblo finés a conservar, en su unión con Rusia, la situación política que fue firmemente garantizada a Finlandia en el año 1809.

En estos últimos años, nuestro país ha experimentado de continuo un dolor creciente. Una y otra vez ha quedado demostrado que las cláusulas de las leyes fundamentales del territorio son sistemáticamente desatendidas, en parte por medidas legislativas y en parte por el nombramiento de oriundos de Rusia para los altos cargos. El territorio ha sido administrado como si el objetivo fuera quebrar la tranquilidad y el orden, poner obstáculos a las aspiraciones de utilidad pública y sembrar enemistad entre rusos y fineses.

Pero la mayor desgracia para el país la constituyen las nuevas disposiciones sobre el servicio militar obligatorio.

En su humilde respuesta del 27 de mayo de 1899, las autoridades locales informaban detalladamente acerca del procedimiento que se debía seguir para la promulgación de una ley sobre el servicio militar obligatorio de acuerdo con las leyes fundamentales de Finlandia. Al mismo tiempo, indicaban que, si la nueva ley sobre el servicio militar obligatorio se promulgaba de otro modo, no podría ser reconocida jurídicamente como legal, aunque estuviera vigente bajo la presión de la violencia; a los ojos del pueblo finés no sería más que algo impuesto por la fuerza.

Todo lo expuesto por las autoridades locales continúa siendo invariablemente el sentimiento de la justicia que tiene el pueblo finlandés, y ese sentimiento no puede ser modificado por medio de la violencia.

Estas disposiciones, que no concuerdan con las leyes del territorio, pueden entrañar muy graves consecuencias. En los funcionarios y las instituciones gubernamentales, crean un doloroso conflicto con su sentimiento del deber, ya que su conciencia los impulsará a no guiarse por ellas. Si las disposiciones anunciadas son puestas en vigor, aumentará aún más el número de emigrantes aptos para el trabajo que ya en el pasado se vieron obligados a expatriarse ante la amenaza de tales cambios.

Las nuevas disposiciones sobre el servicio militar obligatorio, al igual que las otras medidas dirigidas contra los derechos del pueblo finés a su propia existencia política y nacional socavarán inevitablemente la confianza entre el monarca y el pueblo, provocarán un creciente descontento, un sentimiento general de opresión e incertidumbre, y acarrearán dificultades inmensas para la sociedad y sus miembros en su labor por el bien del país. Estos males solo pueden evitarse mediante la sustitución de las

mencionadas disposiciones por una ley del servicio militar obligatoria redactada con participación de las autoridades locales; además, las autoridades gubernamentales del territorio, en general, deben seguir al pie de la letra las estipulaciones de las leyes fundamentales.

El pueblo finés no puede perder sus características propias. Unido por un destino histórico común, por sus concepciones jurídicas y la labor cultural, nuestro pueblo seguirá fiel en su amor a su patria finlandesa y a su legítima libertad. No abandonará su aspiración a ocupar con dignidad entre las naciones el modesto lugar que le ha asignado el destino.

Con la misma firmeza con que creemos en nuestro derecho y respetamos nuestras leyes, fundamento de nuestra vida social, estamos convencidos de que la unidad de la poderosa Rusia no sufrirá daño alguno si en el futuro Finlandia continúa rigiéndose de acuerdo con los principios básicos establecidos en 1809, con lo cual se sentirá feliz y tranquila en su unión con Rusia.

Los sentimientos del deber hacia la patria obligan a los habitantes de todas las comunidades y capas sociales a dirigirse a Su Majestad Imperial con una exposición verídica y sincera del estado de cosas existente.

Más arriba señalamos que las disposiciones sobre el servicio militar obligatorio recientemente promulgadas, que contradicen las leyes fundamentales del Gran Principado solemnemente garantizadas, no pueden ser aceptadas como una ley acorde con el Derecho. Es nuestro deber agregar que las obligaciones del servicio militar en sí no tienen tanta importancia para el pueblo finés como la pérdida de derechos firmemente establecidos y la tranquilidad garantizada por la ley en tan importante cuestión.

Por lo tanto, nos dirigimos con humildad a Su Majestad Imperial, para rogarle que se digne someter Los problemas abordados en este memorial a la benévola consideración que merecen por la seriedad de su naturaleza.

Quedamos, etc.».

No tenemos mucho que añadir a este memorial, verdadero juicio popular contra la banda de funcionarios rusos que infringen las leyes fundamentales.

Enumeraremos los principales hechos del «problema finés». Finlandia fue anexada a Rusia en 1809, durante la guerra con Suecia. Con el deseo de atraer a los finlandeses, exsúbditos del rey de Suecia, Alejandro I resolvió reconocer y ratificar la vieja Constitución finlandesa. Según esta

Constitución, ninguna ley fundamental puede ser promulgada, modificada, aclarada o derogada, *sin el acuerdo de la Dieta, es decir, la asamblea de representantes de todos los estamentos*. Además, Alejandro I, en varios manifiestos, confirmó «en forma solemne» *«la promesa de conservar sagradamente la Constitución propia del territorio»*.

Este juramento fue confirmado después por todos los emperadores rusos, comprendido Nicolás II en el manifiesto del 25 de octubre [6 de noviembre] de 1894, «[...] prometiendo mantenerlas [las leyes fundamentales] en su inviolable e inmutable fuerza y acción».

Y hoy, a los cinco años escasos, el zar ruso se ha convertido en *perjuro*. Tras una prolongada campaña de la prensa venal y rastrera contra Finlandia, el 3 [15] de febrero de 1899 se edita un «manifiesto» mediante el cual se establecen nuevas reglamentaciones: podrán promulgarse *sin el acuerdo de la Dieta* las leyes «que conciernan a las necesidades generales del Estado, o guarden relación con la legislación imperial».

¡Esta era una violación flagrante de la Constitución, un verdadero *golpe de Estado*, pues de todas las leyes puede decirse que conciernen a las necesidades generales del Estado!

Y este golpe de Estado se realizó *por la fuerza*: el gobernador general Bóbrikov amenazó con ocupar militarmente Finlandia si el Senado se negaba a publicar el manifiesto. Las tropas rusas acantonadas en Finlandia ya habían recibido —según informes de oficiales rusos— cartuchos de guerra y ensillado los caballos, etc.

Muchos actos de violencia siguieron al primero: los periódicos finlandeses fueron prohibidos uno tras uno, se suprimió la libertad de reunión, Finlandia fue inundada por una jauría de espías rusos y de infames provocadores que tenían por misión instigar a la insurrección, etc., etc. Por último, *sin el consentimiento de la Dieta*, el 29 de junio [12 de julio] se promulgó la ley del servicio militar obligatorio, ley suficientemente analizada en el memorial.

El manifiesto del 3 de febrero de 1899, lo mismo que la ley del 29 de junio de 1901, son *ilegales*; se trata de actos de fuerza llevados a cabo por un perjuro, con la ayuda de una camarilla de jenízaros llamada Gobierno zarista. Por supuesto, los dos millones y medio de finlandeses ni siquiera pueden pensar en una insurrección, pero nosotros, todos los ciudadanos rusos, debemos meditar acerca de esta ignominia que nos avergüenza.

Hasta tal punto somos todavía esclavos que se aprovechan de nosotros para reducir a otros pueblos a la esclavitud. ¡Toleramos todavía en nuestro país a un gobierno que no solo aplasta con la ferocidad de un verdugo cualquier anhelo de libertad en Rusia, sino que además utiliza tropas rusas para atentar por la fuerza contra la libertad ajena!

Análisis de la situación interior

Zariá, n.º 2-3 (diciembre de 1901)

I. EL HAMBRE

¡Otra vez el hambre! No es solo la ruina, sino la propia extinción del campesinado ruso lo que avanza en el último decenio con celeridad asombrosa y probablemente ninguna guerra, por prolongada y tenaz que fuera, podría causar tantas víctimas. Contra el mujik se han coligado todas las fuerzas más poderosas de nuestra época: el capitalismo mundial en vías de un desarrollo cada vez más rápido, que engendró la competencia de ultramar y proporciona a una pequeña minoría de agricultores —capaces de sobrevivir en la exasperada lucha por la existencia— los medios e instrumentos de producción más perfeccionados; el Estado militarista, que practica una política aventurera en sus posesiones coloniales de Extremo Oriente y de Asia Central y descarga sobre las masas obreras todo el peso asfixiante de los gastos fabulosos que ocasiona esta política; sin contar las nuevas baterías de la represión policial que monta sin cesar con los dineros del pueblo, para «atajar» y «enfrenar» el descontento y la indignación crecientes de esas masas.

Como el hambre se ha convertido en un fenómeno habitual en nuestro país, era natural esperar que el Gobierno trataría de formalizar y refrenar su ya clásica política en materia de abastecimiento. En 1891-2 el Gobierno fue pillado desprevenido, y al principio se encontró bastante desconcertado; ahora, en cambio, posee una rica experiencia y sabe muy bien en qué dirección —y cómo— marchar. «En estos momentos —decía *Iskra* en julio (n.º 6)—, se cierne sobre el país la negra nube de una calamidad para el pueblo, mientras el Gobierno se prepara para interpretar, otra vez, su abominable papel de fuerza desalmada que despoja a la población hambrienta del pedazo de pan que se le tiende, reprimiendo todo “acto de solicitud” por quienes padecen hambre, si es ajeno a los propósitos de las autoridades».

Los preparativos del Gobierno fueron muy rápidos, y decididos, y el espíritu que los presidió se revela con suma claridad en la historia de Elizavetgrado. El príncipe Obolenski, gobernador de la provincia de Jersón, declaró inmediatamente la guerra a todos los que osaban hablar y escribir

sobre el hambre de Elizavetgrado, a todos los que exhortaban a la opinión pública a socorrer a los hambrientos, a quienes se agrupaban en círculos privados e invitaban a personas particulares para organizar esa ayuda. Los médicos de los zemstvos escribían en los periódicos diciendo que en el distrito reina el hambre, que en la población cunden las enfermedades y la muerte, y que el «pan» que le sirve de alimento es algo inconcebible, indigno de llamarse pan. El gobernador entabla una polémica con los médicos de los zemstvos y publica mentises oficiales. Quienes conocen, aunque sea de manera superficial, las condiciones generales en que se desenvuelven nuestros órganos de prensa; quienes se tomen el trabajo de recordar las drásticas persecuciones de que en los últimos tiempos fueron objeto órganos periodísticos bastante moderados y escritores muchísimo más moderados aún, comprenderán sin falta qué era esta «polémica» entre la autoridad máxima de la provincia y unos simples médicos de los zemstvos, ¡que ni siquiera figuraban como funcionarios al servicio del Estado! Se trataba, lisa y llanamente, de amordazarlos; de manifestar, del modo más descarado y sin cumplidos, que el Gobierno no toleraría la verdad sobre el hambre. ¡Si se tratase solo de eso! El Gobierno ruso es el último a quien se le puede reprochar que se limite a las declaraciones, cuando existe la posibilidad de «hacer uso del poder». El príncipe Obolenski, en efecto, no tardó en hacer uso del poder: se presentó en persona en el teatro de la guerra —la guerra contra los hambrientos y contra aquellos que, sin pertenecer a ningún servicio oficial, querían prestar ayuda *efectiva* a los hambrientos— y *prohibió la organización de comedores públicos* por algunos particulares que habían llegado ya al lugar del hambre —entre ellos, la señora Uspénskaya—. Al igual que Julio César, el príncipe Obolenski vino, vio y venció, y los telegramas informaron en seguida de esta victoria a todo el público lector de Rusia. Solo una cosa asombra: que esta victoria, este reto insolente lanzado a todos los rusos que todavía conserven un mínimo de honestidad, una pizca de valor cívico, no provocaron la menor respuesta por parte de las personas que, si es dable expresarse así, están más interesadas en ello. En la provincia de Jersón mucha gente conocía y conoce, sin duda alguna, todo lo que hay detrás de este propósito de silenciar el hambre y la lucha contra la ayuda a los hambrientos, pero nadie publicó una denuncia de este edificante suceso, ni documentos relacionados con él, ni un mero llamamiento a protestar contra la menzurosa prohibición de organizar los comedores. Los obreros se lanzan a la huelga cuando el Gobierno pene en práctica su amenaza de despedir a quienes «faltaron al trabajo» el 1 de mayo; el

mundo intelectual guarda silencio cuando a sus representantes les prohíben... prestar ayuda a los hambrientos.

Alentado, sin duda, por el éxito de esta primera escaramuza con los «perturbadores» que se atreven a socorrer a los hambrientos, el Gobierno pasó acta seguido a la ofensiva en toda la línea. La valerosa hazaña del príncipe Obolenski se eleva a la categoría de principio rector, de ley, que de hoy en adelante guía la conducta de todos los administradores para con las personas implicadas en el asunto de abastecimiento («implicado» es, hablando con propiedad, un término jurídico correspondiente a nuestro Código Penal, pero ya hemos visto y veremos luego que ahora la ayuda no autorizada a los hambrientos entra por entero en el concepto de delito común). La ley en cuestión no se hizo esperar, esta vez en la forma simplificada de una «circular del ministro del Interior a los gobernadores de las provincias afectadas por la mala cosecha de 1901» (17 de agosto de 1901, n.º 20).

Esta circular, es de suponer, quedará por mucho tiempo como un monumento de hasta qué Columnas de Hércules⁴⁰ lleva el miedo de la policía ante el amenazador infortunio popular, ante el acercamiento entre los hambrientos y los «intelectuales» que les ayudan, unido a la firme decisión de ahogar todo «clamor» acerca del hambre y de reducir el socorro a las proporciones más insignificantes. Solo es de lamentar que la desmesurada extensión de esta circular, así como su pesado estilo burocrático, impidan quizá su divulgación entre el gran público.

Es sabido que la ley del 12 de junio de 1900 sustrajo el abastecimiento de la competencia de los zemstvos, pasándolo a la jurisdicción de los jefes de los zemstvos y de las asambleas de distrito. Al parecer, no podía haber mayor seguridad: el elemento electivo quedó eliminado, la gente más o menos independiente de las autoridades no administrará ya los asuntos relativos al abastecimiento y, por lo tanto, no se alborotará más. Pero después de la cruzada del príncipe Obolenski, aun esto pareció poco: había que subordinarlo todo del modo más estricto al Ministerio y a los funcionarios directamente a sus órdenes; había que eliminar definitivamente la posibilidad de cualquier exageración. Por eso, cuando se trate

40. La expresión «llegar hasta las Columnas de Hércules» equivale a llegar al último extremo, exageración excesiva. Según la mitología de la antigua Grecia, Hércules (Heracles) separó las dos montañas de Calpe y Abila —llamadas desde entonces las Columnas de Hércules—, que los griegos consideraban como el fin del mundo.

de *decidir* cuáles son los distritos «afectados por la mala cosecha», de hoy en adelante se ocupará de ello exclusivamente el propio Ministerio,* en el que, como es obvio, se establecerá el Estado Mayor⁴¹ encargado de las hostilidades contra los hambrientos. Por intermedio de los señores gobernadores, ese Estado Mayor dirigirá la acción de las personas —mayormente mariscales «de la nobleza del distrito— en cuyas manos se concentra la dirección central del distrito para el abastecimiento». El iniciador de las operaciones bélicas contra los hambrientos, el príncipe Obolenski, tenía que viajar él mismo al lugar de los hechos para sofocar, frenar y reducir. Ahora todo eso ya está «en orden», y bastará un simple intercambio de telegramas (menos mal que para los gastos de oficina se ha asignado un millar de rublos a cada distrito) entre la «dirección central del distrito» y la dirección central de Petersburgo, para «tomar las medidas» pertinentes. El civilizado terrateniente de Turguénev no solo no iba a las caballerizas, sino que se limitaba a transmitir una observación en voz baja a un lacayo vestido de librea y guantes blancos: «Que se tomen medidas con Fiódor».⁴² También ahora, «sin ruido», en voz baja y gentil, se «tomarán las medidas» necesarias para poner freno al inmoderado apetito de la población hambrienta.

El señor Sjiaguin está persuadido de que el mujik hambriento tiene un apetito inmoderado; se ve en la insistencia con que la circular advierte contra las «exageraciones» e inventa una reglamentación tras otra para

* Puede verse en el ejemplo de la provincia de Perm la forma en que el Ministerio resuelve el problema. Según informan los periódicos recién llegados, sigue considerándose a esa provincia como «no siniestrada», aun cuando la pérdida de la cosecha en ella —conforme a los datos de la asamblea provincial extraordinaria del zemstvo, reunida el 10 de octubre— es *mayor aún* que en 1898. La recolección de cereales llega solo al 58 por ciento del promedio habitual, y en los distritos de Shádrinsk e Irbit, solo al 36 y 34 por ciento. En 1898 el Gobierno entregó, a título de ayuda —sin contar los fondos locales—, un millón y medio de puds de cereales y más de ¼ de millón en efectivo. Pero ahora, el zemstvo no dispone de fondos, sus derechos se hallan restringidos, la pérdida de la cosecha es mucho mayor que en 1898, los precios de los cereales empezaron a subir *desde el 1 de julio*, los campesinos *están vendiendo ya su ganado*; mientras tanto, ¡el Gobierno se obstina en considerar «normal» la situación de la provincia!

41. *Estado Mayor*: órgano militar que cumple tareas de administración y logísticas dictadas por un mando superior y por cuyo cumplimiento debe velar.

42. Se trata de Arkadi Pénochkin, personaje de la novela del escritor ruso I. S. Turguénev titulada *El burgomaestre*.

eliminar toda posibilidad de exageración. No se apresuren a confeccionar las listas de necesitadas; eso despierta en la población «excesivas esperanzas», se franquea el ministro, y dispone que las listas se preparen solo inmediatamente antes de la distribución de pan. La circular estima innecesario especificar en qué caso *corresponde* considerar un distrito como damnificado por la mala cosecha, pero en cambio determina con toda exactitud cuándo *no corresponde* considerarlo como tal (por ejemplo, cuando la superficie afectada no es superior a $\frac{1}{9}$ de todos los subdistritos, cuando existen fuentes habituales de trabajo auxiliar, etc.). Por último, en cuanto a la cuota de subvención que corresponde a los hambrientos, las reglas prescritas por el ministro revelan con una claridad meridiana que el Gobierno quiere a toda costa reducir esas subvenciones a extremos imposibles y salir del paso con limosnas que de ningún modo librarán de la muerte a la población. Veamos si no: la cuota es de 48 puds de cereal por familia, calculada sobre la base de la cosecha promedio de la localidad; si alguien posee esa cantidad, no debe considerársele necesitado. ¿Cómo se obtuvo esa cifra? Eso es lo que se ignora. Solo se sabe que en años sin hambre hasta los campesinos más pobres consumen el doble de cereal (véanse los estudios estadísticos de los zemstvos sobre los presupuestos de los campesinos). Quiere decir, pues, que según la prescripción del señor ministro, la subalimentación se considera algo normal. Pero aun esa cuota se reduce: primero, a la mitad, para que no puedan percibir el préstamo los elementos obreros, que constituyen alrededor de la mitad de la población; y segundo, en un tercio, un quinto o un décimo *más*, «con arreglo al número aproximado de campesinos pudientes poseedores de reservas del año anterior, o cualquier otro (así está: ¡¡“o cualquier otro”!!) recurso material». ¿Puede deducirse de esto a qué ínfima fracción queda reducida la parte del cereal realmente necesitado por la población que el Gobierno se dispone a proporcionarle! Y como si admirara su propia insolencia, el señor Sipiaguin, después de presentar tan inverosímil método de acortar los subsidios, declara que ese cálculo aproximado, «rara vez resulta sensiblemente exagerado». Todo comentario parece superfluo.

Cuando las declaraciones oficiales del Gobierno ruso contienen, además de las instrucciones escuetas, algún intento de explicación de las mismas, encierran casi siempre —es una especie de ley mucho más estable que la mayoría de nuestras leyes— dos motivos o, más bien, dos tipos de motivos esenciales. Por un lado, es infalible hallar en ellas un par de frases generales para proclamar en estilo ampuloso la solícita preocupación que

impulsa a las autoridades, su deseo de tomar en cuenta los imperativos del momento y los anhelos de la opinión pública. Por ejemplo, se habla de «la importante obra de prevenir la penuria de alimentos entre la población rural», de la «responsabilidad moral por el bienestar de la población local», etc. Ni falta hace decir que estas generalidades nada significan en el fondo, ni obligan a nada positivo; pero en cambio, se parecen como dos gotas de agua a los sermones inmortales del inmortal Judasito Golovliov, que amonestaba a los campesinos a quienes desplumaba. Entre paréntesis, estas generalidades son siempre explotadas (en parte por ingenuidad, en parte «por exigencias del servicio») por la prensa liberal que se halla bajo censura, para demostrar que el Gobierno comparte, en principio, su punto de vista.

Pero si se presta más atención a los otros motivos de las disposiciones del Gobierno, no tan generales, ni tan hueros, se hallarán siempre explicaciones precisas que *son una repetición literal* de los argumentos tradicionales de nuestros órganos de prensa más reaccionarios —por ejemplo, *Moskovskie Vedomosti*—. Seguir y señalar cada caso particular de esta solidaridad entre el Gobierno y *Moskovskie Vedomosti* no sería, a nuestro parecer, una tarea inútil —ni tampoco muy inaccesible, aun para los hombres que actúan en la legalidad—. En la circular que nos ocupa encontramos, por ejemplo, una repetición de las acusaciones más infames lanzadas por los «más salvajes de los terratenientes»,⁴³ en las que se dice que la preparación anticipada de las listas de necesitados despierta «en algunos campesinos pudientes la tendencia a dar a sus fincas un aspecto de miseria mediante la venta de las reservas, los excedentes y los aperos de labor». El ministro afirma que esto «ha sido demostrado por la experiencia de anteriores campañas de abastecimiento». ¿Por consiguiente? Por consiguiente, el ministro extrae su experiencia política de las lecciones que le enseñan los señores feudales más empedernidos, que tanto alborotaron en los anteriores años de hambre y alborotan ahora acerca de los casos de simulación de los campesinos, y que tanto se indignan ante el «alboroto» provocado por las epidemias de tifus, consecuencia del hambre.

De esos mismos señores feudales aprendió el señor Sipiaguin a hablar de la desmoralización: «Es muy importante —escribe— que [...] las instituciones locales [...] cooperen en la economía de los fondos asignados y, sobre todo (*sic!!*), procuren impedir los casos —de tanta influencia

43. Metáfora de un cuento homónimo del satírico ruso M. E. Saltikov-Schedrín.

desmoralizadora y nociva— de asignación injustificada de subsidios gubernamentales a personas acomodadas». Esta descarada orden de cooperar en el ahorro de los fondos es reforzada con la siguiente advertencia relativa a una cuestión de principio: «[...] una amplia distribución de subsidios en alimentos a familias que pueden pasarse sin ellos» (¿las que pueden arreglarse con 24 puds de cereal al año?), «aparte de lo improductivo (!) de los gastos del fisco en estos casos, y debido a las futuras consecuencias perniciosas de un tal sistema, será no menos perjudicial, desde el punto de vista de los intereses y las necesidades del Estado, que dejar sin la ayuda pertinente a los necesitados de verdad». En la antigüedad, los monarcas enternecidos decían: «Vale más absolver a diez culpables que condenar a un inocente». Pero hoy el brazo derecho del zar declara: no es menos nocivo conceder un subsidio a una familia que puede arreglárselas también con 24 puds de cereal al año que dejar sin ayuda a un necesitado «de verdad». ¡Lástima que un «punto de vista» tan magnífico por su franqueza, sobre «los intereses y necesidades del Estado», quede disimulado a los ojos del gran público tras una larguísima y aburridísima circular! Resta una sola esperanza: que la prensa y la agitación oral socialdemócratas hagan conocer mejor al pueblo el contenido de la circular ministerial.

* * *

Pero la circular «arremete» con mayor violencia aún contra los benefactores privados: no cabe duda de que los administradores, encargados de las operaciones bélicas contra los hambrientos, ven la principal posición del «enemigo» en los círculos privados de ayuda, en los comedores particulares, etc. El señor Sipiaguin, con una franqueza digna del mayor reconocimiento, explica por qué esta beneficencia privada le quita el sueño al Ministerio del Interior desde hace ya mucho tiempo: «A partir de las malas cosechas de los años 1891 y 1892, y en todas las posteriores calamidades similares —dice la circular—, advirtiéndose con frecuencia que ciertos benefactores, a la par que aportan su ayuda material a la población de las regiones siniestradas, procuran sembrar en ella un sentimiento de descontento contra el orden existente y la incitan a presentar al Gobierno exigencias que no se justifican en absoluto. La satisfacción incompleta de las necesidades y, como una secuela inevitable, las enfermedades y el descalabro económico crean un terreno muy propicio para la agitación anti-gubernamental; individuos sospechosos en el sentido político no tardan

en aprovecharse de ello, y para sus propósitos criminales se cubren con la máscara de la ayuda al prójimo. Por lo general, en cuanto se reciben las primeras noticias sobre la pérdida más o menos considerable de una cosecha, desde todas partes comienzan a afluir a la región afectada individuos cuyo pasado político dista mucho de ser irreprochable, quienes tratan de entablar relación con los representantes de las sociedades e instituciones de beneficencia llegados de las capitales; por ignorancia, estos los aceptan como colaboradores locales, lo cual crea graves dificultades a los intereses del orden y de la administración».

Pero al Gobierno ruso le resulta cada vez más estrecha su propia tierra rusa. En un tiempo se suponía que el único sector que debía ser objeto de medidas especiales de seguridad era la juventud estudiantil. Se estableció en torno a ella la más severa vigilancia; el contacto con esa juventud de personas cuyo pasado político dejaba algo que desear era considerado un grave delito; se sospechaba que cualesquiera oficios que solo tuvieran por finalidad prestar ayuda fraternal abnegaba propósitos antigubernamentales, etc., etc. En esa época —muy reciente— no había en la población otro *sector*, y menos aún una clase social, que ofreciera a los ojos del Gobierno «un terreno muy propicio para la agitación antigubernamental». Pero ya desde mediados de la década del 90 aparece en los comunicados oficiales del Gobierno la mención de otra clase social infinitamente más mísera, que requiere medidas de seguridad especiales: los obreros fabriles. El crecimiento del movimiento obrero obligó a crear sistemas enteros de instituciones para vigilar al nuevo elemento turbulento. En la lista de zonas prohibidas como lugares de residencia de individuos dudosos desde el punto de vista político, a la par de las capitales y ciudades universitarias comenzaron a figurar también centros fabriles, localidades, distritos y hasta provincias industriales enteras.* Para preservarlas de los elementos políticamente sospechosos, son particularmente custodiadas las dos terceras partes de la Rusia europea, en tanto que el tercio restante queda tan saturado de «individuos con un pasado político reprochable»

* Cfr., por ejemplo, la circular secreta, publicada en el número 6 de *Iskra*, sobre las personas desterradas de Petersburgo, en su mayoría escritores, muchas de las cuales jamás habían estado ligadas a actividad política alguna, y menos a problemas «obreros». Sin embargo, se les prohibieron como lugares de residencia no solo las ciudades universitarias, sino también las «localidades fabriles», en tanto que para algunas la prohibición rige *solo* para las localidades fabriles.

que hasta las provincias más apartadas empiezan a mostrarse inquietas.* Ahora resulta que según el autorizado juicio de alguien tan competente como el señor ministro del Interior, hasta la más perdida *aldea* ofrece un «terreno propicio» para la agitación antigubernamental, ya que en esa aldea hay casos de necesidad no del todo satisfecha, enfermedades y descalabro económico. Pero ¿cuántas son las aldeas rusas donde estos «casos» no constituyen un fenómeno permanente? ¿No deberíamos nosotros, los socialdemócratas rusos, aprovechar inmediatamente esa instructiva indicación del señor Sipiaguin acerca del terreno «propicio»? Pues justamente ahora, por un lado, la aldea se interesa por los rumores que de vez en cuando y de alguna manera le llegan sobre las escaramuzas del proletariado de las ciudades y la juventud intelectual contra los esbirros del Gobierno, ocurridas durante los meses de febrero y marzo; por otro lado, ¿acaso cualquier frase referente a las «esencias que no se justifican en absoluto» del mujik, etc., no ofrece un riquísimo programa para una amplia y múltiple agitación?

Debemos aprovechar las valiosas indicaciones del señor Sipiaguin, pero también podemos reírnos un poco a costa de su ingenuidad. Es de una ingenuidad graciosa figurarse que sometiendo la beneficencia privada a la vigilancia y control del gobernador se podrá poner trabas a la influencia que ejercen sobre las aldeas las personas políticamente «sospechosas». Los verdaderos benefactores nunca se propusieron fines políticos, de modo que las nuevas medidas de prohibición y represión caerán en su mayoría sobre quienes menos peligrosos son para el Gobierno. En cuanto a las personas que se propongan abrir los ojos a los campesinos sobre el verdadero significado de las nuevas medidas y la actitud del Gobierno en el problema del hambre en general, no tendrán necesidad, por supuesto, de entrar en contacto con los representantes de la Cruz Roja ni de presentarse ante los señores gobernadores. Por ejemplo, puesto que el ambiente de las empresas industriales ha demostrado ser «terreno propicio», los que querían acercarse al medio industrial no buscaron la vinculación de los gerentes para informarse sobre el régimen existente en esos lugares, ni acudieron tampoco ante los señores inspectores de trabajo a fin de

* Véase, por ejemplo, las cartas publicadas en los números 6 y 7 de *Iskra*, que muestran cómo la efervescencia social y los «actos de solicitud» antigubernamentales han penetrado en ciudades tan bienaventuradas como Penza, Simferópol, Kursk, etc.⁴⁴

44. Lenin, por lo visto, no tenía a mano los ejemplares de *Iskra* y citó de memoria los números 6 y 7. En realidad, la crónica de Simferópol —sobre la manifestación

obtener permiso para organizar reuniones con los obreros. No olvidamos ni por un momento, claro está, que la agitación política entre los campesinos implica dificultades inmensas, tanto más cuanto que no es posible ni racional distraer para ese objetivo fuerzas revolucionarias de las ciudades. Pero tampoco debemos perder de vista que hazañas del Gobierno, tales como poner trabas a la beneficencia privada, eliminan buena parte de esas dificultades y nos quitan de encima la mitad del trabajo.

* * *

No nos detendremos en la «insignificancia» —comparada con la circular que hemos analizado más arriba— que es la circular del mismo ministro acerca del reforzamiento de la vigilancia sobre los conciertos, representaciones teatrales, etc., de beneficencia (cfr. *Iskra*, n.º 9, «Nuevas trabas»).

Tratemos ahora de establecer en qué medida la ayuda del Gobierno, fijada y distribuida de acuerdo con las nuevas disposiciones, responde a las necesidades reales de la población. Los datos al respecto disponibles son en verdad escasísimos. La prensa se encuentra hoy amordazada hasta lo imposible; las voces de los organizadores privados de comedores públicos han sido silenciadas al ser «prohibida» su actividad, y para informar a la sociedad rusa, paralizada por el estupor ante estas nuevas medidas de rigor, solo quedan los comunicados policíaco-oficiales sobre la marcha satisfactoria de la campaña de abastecimiento, algunos artículos del mismo tenor en *Moskovskie Vedomosti* y conversaciones, que se van a conocer de vez en cuando, de algún reportero ocioso con este o aquel Pompadour⁴⁵ que, con voz engolada, expone sus «ideas sobre la unidad de criterio del gobernador de la ciudad, así como de la autoridad unipersonal del gobernador de la ciudad y demás».⁴⁶ Así, *Nóvoe Vremia*, en su número 9195, dice que el gobernador de Sarátov —antes gobernador de Arjánguelsk—, A. P. Engelhardt, recibió a un colaborador del diario local y le manifestó, entre otras cosas, que había reunido personalmente

del 1 de mayo— se publicó en el número 7 y la de Kursk —*Ecos a los sucesos de marzo en Petersburgo y sobre la efervescencia entre los estudiantes y los campesinos*— en el número 8.

45. *Pompadour*: tipo satírico genérico que M. E. Saltikov-Schedrín presentó en su obra *Los Pompadoures y las Pompadoures*. El escritor ruso estigmatizó en esta obra a la alta administración zarista, a los ministros y a los gobernadores. La certera definición de Saltikov-Schedrín ha arraigado en el ruso como sinónimo de despotismo y arbitrariedad burocrática.

46. Lenin cita la obra de M. E. Saltikov-Schedrín *Historia de una ciudad*.

a los mariscales de la nobleza, a los representantes de los consejos de los zemstvos, a los jefes de los mismos y a los delegados de la Cruz Roja, y había procedido a «distribuir las actividades».

«El escorbuto —declaró A. P. Engelhardt—, tal como lo he observado en la provincia de Arjánguelsk, aquí no existe: allí, uno no se puede acercar a un enfermo a menos de cinco pasos, la enfermedad es una verdadera *podredumbre*; en cambio, aquí prevalecen las consecuencias de una fuerte anemia, surgida a causa de las horribles condiciones de la vida doméstica. Aquí, casi los únicos síntomas del escorbuto son los labios blancos y las encías blanquecinas [...]. Con una alimentación apropiada, un enfermo con estos síntomas sana en una semana. Esa alimentación suplementaria es la que precisamente se está entregando ahora. En total, se distribuyen 1000 raciones diarias, aun cuando solo hay inscritos 400 necesitados en extremo.

Además de los enfermos de escorbuto, en toda la región se han registrado solo tres casos de tifus. Es de esperar que el asunto no empeore, pues ya han empezado las obras públicas en todas partes y la población tiene así asegurado el salario».

¡Qué prosperidad! En todo el distrito de Jvalinsk —al que se refiere el señor Pompadour—, hay solo 400 necesitados en extremo (¡los demás, según el criterio de los señores Sipiaguin y Engelhardt, quizá «puedan arreglarse» con 24 puds de cereal al año para toda la familia!), la población ya está abastecida y los enfermos sanan en una semana. Cómo dudar, después de esto, de las palabras de *Moskovskie Vedomosti*, que en un editorial especial (n.º 252) intenta convencernos de que, «según las últimas informaciones provenientes de 12 provincias afectadas por la mala cosecha, *se ha desplegado en ellas una enérgica labor administrativa para organizar la ayuda*. Muchos distritos han sido ya objeto de encuestas, para determinar si en realidad el abastecimiento debe ser considerado insatisfactorio; *se procede a designar administradores de distrito* para el abastecimiento, etc. Por lo que se ve, los funcionarios del Gobierno hacen lo posible para facilitar la ayuda a su debido tiempo y en las proporciones adecuadas».

«Se ha desplegado una enérgica labor» y «[...] solo hay inscritos 400 necesitados en extremo». En el distrito de Jvalinsk la población campesina asciende a 165.000 personas, y solo se reparten mil raciones diarias. La pérdida de la cosecha de centeno de este año en toda la región sureste,

incluida la provincia de Sarátov, es del 34%. En la provincia de Sarátov, del total del área sembrada por los campesinos —un millón y medio de deciatinas—, el 15% sufrió la pérdida de la totalidad de la cosecha —según datos del consejo del zemstvo de la provincia—, y otro 75% tuvo una mala cosecha; los distritos más afectados de la provincia de Sarátov son precisamente el de Jvalinsk y el de Kamishin. Por consiguiente, en general, los campesinos del distrito de Jvalinsk perdieron no menos del 30% del total de la cosecha. Supongamos que la mitad de esta pérdida recae sobre los campesinos acomodados, que con ello no llegan todavía al hambre (tal suposición es algo más que arriesgada, ya que los campesinos acomodados poseen mejores tierras y las trabajan mejor, de manera que siempre sufren menos que los pobres por las pérdidas de la cosecha). Pero aun si se admite esto, resulta que queda todavía un 15% de hambrientos, es decir, alrededor de 25.000 personas. Y se nos ofrece el consuelo de que el escorbuto de Jvalinsk dista mucho de ser como el de Arjánguelsk, que hubo solo tres casos de tifus (¡puestos a mentir, debían hacerlo con un poco más de habilidad!) y que se distribuyen mil raciones (sin duda calculadas y medidas según el sistema de Sipiaguin para combatir... las exageraciones).

En cuanto a los otros «ingresos», que el señor Sipiaguin, en su circular, para no incurrir en exageraciones, se ha empeñado en calcular *tres* veces —al prescribir: primero, que no se considere damnificados los distritos que poseen fuentes de trabajo no agrícola de donde extraer ingresos; segundo, que la norma de 48 puds se reduzca a la mitad, porque el 50% de la población trabajadora «debe» procurarse esos ingresos, y tercero, que también esta última cifra se reduzca de $\frac{1}{3}$ a $\frac{1}{10}$, según sean las condiciones locales—; en cuanto a esos ingresos, decimos, en la provincia de Sarátov han decaído no solo los provenientes de la agricultura, sino también los de otras fuentes de trabajo. «Las consecuencias de las malas cosechas —nos comunica el informe ya mencionado del consejo del zemstvo—, se han reflejado también en los kustares, pues ha disminuido la venta de sus productos. En virtud de estas circunstancias, en los distritos donde las industrias kustares están más desarrolladas *hay crisis*». Ahora bien, entre esos distritos figura uno de los más afectados, el de Kamishin, donde muchos millares de campesinos pobres están ocupados en la fabricación de los famosos lienzos para el hogar (sarpinka). Aun en tiempos normales, las condiciones de trabajo en esta industria, ubicada en aldeas perdidas, eran de lo más escandalosas: trabajaban, por ejemplo,

niños de 6 a 7 años de edad y percibían de 7 a 8 kopeks por día. Es fácil imaginar cuál es la situación allí en una época de tan enorme pérdida de la cosecha y de una crisis especial en la industria kustar.

La mala cosecha de cereales en la provincia de Sarátov, como, por supuesto, en todas las demás provincias afectadas, va acompañada de la escasez de piensos. En los últimos meses (es decir, ¡ya en la segunda mitad del verano!) se ha podido observar el desarrollo extraordinario de diversas epizootias que aumentan la mortandad del ganado. «Según el informe del médico veterinario del distrito de Jvalinsk (tomamos este dato del mismo periódico que resumió el informe del consejo del zemstvo de la provincia, arriba mencionado), al hacer la autopsia de los animales muertos no se encontró en sus estómagos nada más que tierra».

En el «Comunicado del departamento de zemstvos del Ministerio del Interior» sobre la marcha de la campaña de abastecimiento, se dice, entre otras cosas, que de los distritos declarados siniestrados, «solo en dos aldeas del de Jvalinsk se descubrieron, a partir del mes de julio, varios casos de escorbuto epidémico; para combatirlo se aplican los esfuerzos del personal médico local, y se recurre además a la ayuda de dos destacamentos de la Cruz Roja, que según el informe del gobernador (de ese mismo A. P. Engelhardt a quien ya conocemos), actúan con gran éxito; en los demás distritos, a los que se declaró siniestrados desde el punto de vista de las subsistencias de acuerdo con las informaciones en poder del Ministerio hasta el 12 de septiembre, no hubo un solo caso de necesidad aguda de víveres que quedase sin satisfacer, ni se observa la propagación de enfermedades por subalimentación».

Para demostrar el crédito que puede merecer la afirmación de que no hubo casos de necesidad *aguda* de alimentos que quedasen sin satisfacer (;y de necesidad *crónica*, había?), y de que no se observa la propagación de enfermedades, nos limitaremos a comparar los datos de otras dos provincias.

En la provincia de Ufá se declaró siniestrados los distritos de Menzelinsk y Belebéi, y el departamento de zemstvos del Ministerio del Interior informa que el subsidio gubernamental «estrictamente para alimentación» deberá ascender, «de acuerdo con la estimación del gobernador», a 800.000 puds. Mientras tanto, la asamblea extraordinaria de los zemstvos de la provincia de Ufá, convocada para el 27 de agosto con el objeto de examinar los modos de socorrer a las víctimas de la mala cosecha,

determinó las necesidades de esos distritos, en materia de alimentos, en 2,2 millones de puds de cereal, más otro millón para los demás distritos, sin contar los préstamos para la siembra (3,2 millones de puds para la provincia) y para el mantenimiento del ganado (600.000 puds). El subsidio alimentario del Ministerio es, por consiguiente, *una cuarta parte* de lo fijado por el zemstvo.

Otro ejemplo. En la provincia de Viatka, cuando se publicó el informe del departamento de zemstvos, no se había declarado aún siniestrado ningún distrito; sin embargo, ese mismo departamento ya había fijado el préstamo en 782.000 puds. Se trata de la misma cifra que ya había calculado, según el informe de los periódicos, el servicio gubernamental de abastecimiento de la provincia de Viatka en su sesión del 28 de agosto (sobre la base de las resoluciones de las asambleas de distrito realizadas entre el 18 y 25 de agosto). Alrededor del 12 de agosto, *esas mismas asambleas* habían calculado el monto de los préstamos de otra manera, a saber: 1,1 millón de puds para alimentos y 1,4 millón de puds para siembra. ¿De dónde surgió esta diferencia? ¿Qué sucedió entre el 12 y el 28 de agosto? Sucedió que apareció la circular del señor Sipiaguin, del 17 de agosto, relativa a la lucha contra los hambrientos. Por consiguiente, el efecto de la circular fue inmediato, y la pequeña suma de 230.000 puds de cereal fue borrada de los cálculos hechos —tégase bien en cuenta— por las asambleas de los distritos, es decir, por las instituciones que reemplazaron (de acuerdo con la Ley del 12 de junio de 1900) al sospechoso zemstvo; se trata de instituciones integradas por funcionarios en general, y por los jefes de los zemstvos en particular... A este paso, ¿no llegará el día en que los mismos jefes de los zemstvos sean acusados de liberalismo? Todo es posible. Sea como fuera, en *Moskovskie Vedomosti* hemos leído, hace poco, una reprimenda a cierto señor Om., quien se atrevió a proponer en *Priazovski Krai*⁴⁷ que se publicasen en los periódicos las actas de las sesiones celebradas por las instituciones gubernamentales de las provincias para asuntos municipales, ya que se prohíbe a los representantes de la prensa asistir a esas sesiones:

«La finalidad es demasiado transparente: *el funcionario ruso sufre a menudo del temor de aparecer como no liberal*, y la publicidad a veces puede obligarla, aun contra su conciencia, a apoyar alguna empresa liberal fantástica de la municipalidad o del zemstvo. La conjetura no es del todo errada».

47. *Priazovski Krai* [La Región del Azov]: Diario que apareció en Rostov del Don de 1892 a 1916.

¿No convendría someter a una vigilancia especial a los jefes de los zemstvos de Viatka, que demostraron —sin duda, por el temor de aparecer como no liberales— una ligereza imperdonable al «exagerar» las necesidades de abastecimiento?»* Por otra parte, la «empresa liberal fantástica» del zemstvo de Viatka (si el sabio Gobierno ruso no hubiera retirado de su competencia el servicio de abastecimiento) había llegado a proporciones mucho mayores aún en la apreciación de las necesidades. Por de

* He aquí otra muestra de la lucha contra las exageraciones que sostiene el gobernador de Viatka: El gobernador de Viatka, en una «notificación» cursada a las autoridades de los subdistritos, señala la actitud de reserva con que los campesinos acogen el préstamo de alimentos distribuido por el Gobierno y el zemstvo. «Durante mi gira de inspección por la provincia —dice el señor Klingenberg— pude comprobar la actitud reflexiva y prudente que los campesinos adoptan en las circunstancias actuales, temerosos de contraer deudas no justificadas por una necesidad extrema, firmemente decididos a esperar con paciencia la ayuda de Dios para el año venidero y tratando de salir por sus propios medios de las dificultades del momento». Esto infunde al gobernador de la provincia de Viatka la seguridad de que «los rumores sobre la ayuda gratuita del Gobierno y de los zemstvos, sobre una posible exención de deudas y atrasos tributarios, así como las versiones tendientes a exagerar las proporciones de la mala cosecha, no han de perturbar a la tranquila y prudente población de la provincia de Viatka». El gobernador cree preciso advertir a la población campesina «que si durante el control de los subsidios, se comprueba que el amo de una hacienda carente en absoluto de reservas, ha recolectado este año una cantidad de cereales suficiente para alimentar a su familia y asegurar la siembra, pero los ha vendido y empleado el dinero en otros menesteres, ya no podrá contar con ningún préstamo. Según la nueva ley, los préstamos acordados deberán ser reembolsados sin caución solidaria⁴⁸ por el mismo procedimiento por el cual se cobran impuestos directos. En consecuencia, el amo de una hacienda que solicite y reciba un préstamo, deberá tener presente que él y solo él será responsable del pago, que nadie le ayudará en esto y que la cobranza se efectuará rigurosamente, de modo que si llega a haber acumulación de atrasos tributarios, sus bienes muebles podrán ser vendidos y confiscados los inmuebles».

¡Después de esta notificación del gobernador, podemos imaginarnos cómo tratan los jerarcas de los subdistritos a los hambrientos solicitantes de préstamos que no hayan pagado a tiempo los impuestos!

48. En el contexto de una comunidad rural —forma de usufructo mancomunado de la tierra por los campesinos que existía en Rusia—, la caución solidaria se refería a la responsabilidad colectiva obligatoria de los campesinos por el pago puntual y completo de los impuestos y por el cumplimiento de toda clase de prestaciones en favor del Estado y de los terratenientes.

pronto, la asamblea extraordinaria de la provincia, realizada entre el 30 de agosto y el 2 de septiembre, estimó el déficit de cereales en el 17% de la cantidad necesaria, y el de piensos en el 15%. Pero la cantidad necesaria es de 105 millones de puds —la recolección normal es de 134 millones de puds y la del año en curso de 84 millones de puds—. Por consiguiente, el déficit es de *21 millones de puds*. «El número de subdistritos en toda la provincia donde la cosecha de este año ha sido insuficiente, es de 158 sobre un total de 310. Su población suma 1.566.000 almas de uno y otro sexo». Sí, es indudable, «se ha desplegado una enérgica labor de la administración» para disminuir las proporciones reales de las necesidades y para reducir toda la asistencia a los hambrientos a una especie de acrobacia con una mísera beneficencia.

Pero calificarlos de «acróbatas de la beneficencia» sería demasiada lisonja para los administradores agrupados bajo la bandera de la circular de Sipiaguin. Tienen de común con aquellos la mezquindad de su ayuda y la tendencia a inflar la magnitud de esta. Pero los acróbatas de la beneficencia consideran a sus beneficiados, en el peor de los casos, como un juguete que les produce un agradable cosquilleo en su vanidad, mientras que la administración de Sipiaguin los mira como a enemigos, como a individuos que pretenden obtener algo a lo cual no tienen derecho («a presentar al Gobierno exigencias que no se justifican en absoluto») y por lo mismo sujetos a las medidas de represión. Este punto de vista adquiere todo su relieve en el notable «Reglamento Provisional», aprobado por el zar el 15 de septiembre de 1901. Se trata de toda una ley, compuesta de 20 artículos, y contiene tantos aspectos singulares, que no vacilaríamos en incluirla entre los documentos legislativos más importantes de comienzos del siglo XX. Por empezar, el título: «Reglamento Provisional relativo a *la participación* de los habitantes de los lugares afectados por la mala cosecha en los trabajos que se ejecutan por mandato de los departamentos de Vías de Comunicación, Agricultura y Bienes del Estado. ¿Es que estos trabajos están tan repletos de privilegios que la «participación en ellos debe ser considerada un favor especial? Así es, probablemente, porque de lo contrario, el primer artículo de la nueva ley no repetiría: «a los pobladores rurales de las regiones afectadas por la mala cosecha *se les brinda la ocasión de participar* en la ejecución de trabajos», etc.

Pero esos «privilegios» solo son objeto de la segunda parte de la ley; la primera se ocupa de *la organización* de toda la empresa. Las autoridades competentes «determinan los trabajos más adecuados» (art. 2), y al

hacerlo, «se ajustan al orden establecido por la ley» (art. 3 que, a la manera de los capítulos de algunas de las novelas de Dickens, podría titularse: «Artículo de la nueva ley en el que se habla de la necesidad de actuar de acuerdo con las viejas leyes»). Los trabajos se inician, ya sea con fondos del presupuesto o con créditos especiales, y la dirección general de su organización corresponde al ministro del Interior, quien puede designar sus delegados especiales y adjunta al cual, bajo la presidencia del viceministro, se constituye la «Conferencia para asuntos del abastecimiento», integrada por representantes de diversos ministerios. Corresponde a esta Conferencia: a) autorizar las exenciones de la reglamentación existente; b) examinar los proyectos sobre asignación de fondos; c) «fijar las proporciones máximas de remuneración a los obreros, como también las demás condiciones por las cuales se permite a la población participar en las obras mencionadas; d) distribuir las cuadrillas de obreros según las zonas de trabajo, y e) asegurar el traslado de las cuadrillas a los lugares de ejecución de los trabajos». Las resoluciones de dichas conferencias deberán ser aprobadas por el ministro del Interior y, «en los casos pertinentes», por los titulares de otros ministerios. Luego, la indicación de los trabajos y el cálculo del número de habitantes que necesitan de ellos son confiados a los jefes de los zemstvos, quienes deben comunicar todos esos datos a los gobernadores; estos, a su vez, junto con sus dictámenes, los deberán pasar al Ministerio del Interior «y de acuerdo con las instrucciones de éste disponer, por intermedio de los jefes de los zemstvos, el envío de los obreros a los lugares de ejecución de los trabajos [...]».

¡Uf! ¡Por fin hemos logrado dominar por entero la «organización» de la nueva empresa! Ahora nos preguntamos: ¿qué cantidad de lubricante se necesitará para poner en movimiento todas las ruedas de esta voluminosa máquina administrativa, tan típicamente rusa? Imaginen el asunto en concreto: directamente al lado de los que sufren hambre hay un jefe del zemstvo. Por consiguiente, a él le corresponde la iniciativa. Él es quien escribe el papel. ¿A quién? Al gobernador, dice un artículo del reglamento provisional del 15 de septiembre. Pero según la circular del 17 de agosto se creó una «dirección central del distrito para el abastecimiento»; se trata de una dirección especial, cuya función es «concentrar la administración de *todos* los asuntos alimentarios del distrito en manos de un solo funcionario» (circular del 17 de agosto: esta persona debe ser de preferencia el mariscal de la nobleza del distrito). ¿Surge un «contencioso» entre ellos? No importa, pues, como es natural, será solucionado con rapidez

conforme a los admirablemente claros y simples «principios» enunciados en los 6 párrafos del artículo 175 de la «administración general de las provincias» que establece el «orden para la solución de los contenciosos [...] entre las instituciones públicas y los funcionarios». Al fin y al cabo, el papel va a parar al despacho del gobernador, donde se redacta un «dictamen». Luego, todo el expediente es remitido a Petersburgo y sometido a examen de la Conferencia especial. Pero el representante del Ministerio de Vías de Comunicación en la Conferencia no puede decidir sobre la conveniencia o no de trabajos tales como la reparación de caminos en el distrito de Buguruslán, de modo que un nuevo papel viaja de Petersburgo a la provincia y viceversa. Y cuando por fin la cuestión de la conveniencia de los trabajos, etc., etc., se resuelve en principio, solo entonces la Conferencia de Petersburgo abocará a la tarea de «distribuir las cuadrillas de los obreros» entre los distritos de Buzuluk y Buguruslán.

¿Y por qué todo este aparato? ¿Porque la tarea es nueva? Nada de eso. Antes del reglamento provisional del 15 de septiembre, los trabajos públicos podían ser organizados de manera mucho más sencilla, «sobre la base de la legislación vigente», y la circular del 17 de agosto, al referirse a los trabajos públicos realizados por los zemstvos, las autoridades provinciales o los curadores de los institutos de asistencia por el trabajo, no se refiere a la necesidad de una organización especial. Como se ve, la «campana de abastecimiento» del Gobierno consiste en que los departamentos de Petersburgo, durante un mes entero —del 17 de agosto al 15 de septiembre— estuvieron maquinando —y lo han logrado al fin— toda suerte de complicaciones en la tramitación burocrática. Por supuesto que gracias a ello la Conferencia de Petersburgo quedará libre del peligro de incurrir en exageraciones, peligro del cual no están exentos los funcionarios locales, «que temen aparecer como no liberales»...

Pero el quid del nuevo «Reglamento Provisional» reside en las disposiciones legislativas sobre la contratación de los «pobladores rurales» para los trabajos. Cuando estos son ejecutados «fuera del lugar de su residencia», los obreros, en primer lugar, forman arteles especiales «bajo la vigilancia de los jefes de los zemstvos», quienes designan al encargado de velar por el orden; en segundo lugar, los obreros que se incorporan al artel son inscritos en un registro especial, que «para los trabajadores que figuran en él —en el “susodicho”, como se expresa la ley—, en los casos de traslado y por el período de duración de los trabajos, *reemplaza* al documento de identidad que la ley establece, y se conserva, hasta el momento del arribo

al lugar de destino, en poder del funcionario que acompaña en el viaje al contingente de obreros, o, en su ausencia, en poder del responsable del artel, y luego, en manos de la persona que dirige los trabajos».

¿Para qué se necesita sustituir por un registro especial el pasaporte ordinario que pueden obtener gratuitamente todos los campesinos que deseen ausentarse de su lugar de residencia? Para el obrero, ello constituye, por cierto, una restricción, puesto que con su pasaporte individual goza de mucha mayor libertad en la elección de vivienda, en la distribución de su tiempo y en el paso a un trabajo que le resulte más conveniente o más cómodo. De lo que sigue veremos que, sin duda alguna, esto se hizo en forma deliberada, y no solo por amor a las formalidades burocráticas, sino específicamente para imponer restricciones a los obreros y asemejarlos a contingentes de siervos transportados «según inventario», o una especie de «lista de artículos».⁴⁹ Resulta que, por ejemplo, el mantenimiento del «orden debido durante el traslado y entrega (*sic*) de las cuadrillas de obreros a los directores de los trabajos es confiado a funcionarios enviados especialmente por el Ministerio del Interior». Cuanto más nos internamos en el bosque, más leña encontramos. La sustitución de los pasaportes por los registros implica la sustitución de la libertad de traslado por el «traslado y entrega de las cuadrillas». ¿De qué se trata entonces? ¿De cuerdas de forzados? ¿No habrán sido abolidas, tal vez en castigo por las «exageraciones» del hambre, las leyes en virtud de las cuales todo campesino, una vez en posesión de un pasaporte, puede ir adonde quiera y como quiera? ¿O bien viajar por cuenta del fisco es razón suficiente para ser privado de los derechos civiles?

Continuemos. Resulta que quienes administran la distribución de los obreros y la entrega de la paga, así como otros funcionarios del servicio encargado de los trabajos, «por notificación de las autoridades provinciales de las localidades donde han quedado las familias de los obreros, retienen, en caso de ser posible, una parte del salario y lo remiten a quien corresponda, para el sostén de esas familias». Nueva privación de derechos. ¿Cómo se atreven los funcionarios a retener un dinero ganado por los obreros? ¿Cómo se atreven a entrometerse en los asuntos familiares de los obreros y resolver por ellos, como si se tratara de siervos, a quién desean sostener y en qué medida? ¿Y permitirán los obreros que se les retenga, sin su consentimiento, el dinero por ellos ganado? Esta pregunta,

49. Se trata de la *lista de artículos* en la que las autoridades de provincias registraban informaciones detalladas sobre los convictos deportados a Siberia.

probablemente, se la plantearon también los autores del nuevo «reglamento de presidio», pues el artículo de la ley que sigue al citado más arriba dice: «El mantenimiento del orden debido entre los obreros, en los lugares donde se efectúan los trabajos, se encomienda, por disposición del ministro del Interior, a los jefes de los zemstvos locales, a los oficiales del cuerpo especial de gendarmería, a los funcionarios policiales o bien a personas especialmente designadas para ello». Se trata evidentemente de *castigar* a los campesinos con la privación de sus derechos, por su «exageración» de las proporciones del hambre y por «presentar al Gobierno exigencias que no se justifican en absoluto». No basta que, en general, todos los obreros rusos sean objeto de vigilancia de la policía ordinaria, de la policía de las fábricas y la policía secreta; además se prescribe el establecimiento de una vigilancia *especial*. Se podría creer que el Gobierno ha perdido la cabeza de espante ante estas cuadrillas de campesinos hambrientos que son expedidos, transportados y entregados con miles de precauciones.

Prosigamos. «En caso de alteración de la tranquilidad y del orden públicos, inescrupulosidad manifiesta en el trabajo o de incumplimiento de exigencias legítimas de las personas encargadas de la ejecución de las obras y del mantenimiento del orden en ellas, los obreros culpables pueden ser sometidos a un arresto de hasta *tres días sin proceso judicial*, por la sola resolución de los funcionarios mencionados en el artículo 16 (recién citado por nosotros); por negativa reiterada a trabajar, pueden ser *conducidos bajo escolta* al lugar de su residencia habitual, por disposición de dichos funcionarios».

¿Se puede, después de lo expuesto, dar al reglamento provisional del 15 de septiembre otro nombre que el de reglamento provisional de presidio? El castigo sin juicio, desplazamiento bajo custodia... ¡Grandes, muy grandes son la ignorancia y el embrutecimiento en que vive el campesino ruso, pero todo tiene su límite! Además, el hambre permanente y los ininterrumpidos confinamientos de obreros de las ciudades no han podido dejar de producir su efecto. Y nuestro Gobierno, que tanto gusta dedirigir con «reglamentos provisionales»* terminará de todos modos por encontrar la horma de su zapato.

* Se dice mucho que cualquiera puede gobernar estado de sitio mediante. En Europa puede ser necesario declararlo de vez en cuando, pero en lo que a nuestro país respecta,

El «Reglamento Provisional» del 15 de septiembre debe servirnos de motivo para la más amplia agitación en los círculos obreros y entre el campesinado. *Difundamos* su texto, junto con volantes explicativos; organicemos reuniones para la lectura de la ley, y para explicar su contenido en relación con toda la política de «abastecimiento» del Gobierno. Esforcémonos por que cada obrero más o menos consciente, que de un modo u otro vaya a parar a una aldea, entienda a fondo qué es ese «reglamento provisional de presidio» y pueda explicar a todos de qué se trata y qué se debe hacer para librarse del presidio originado por el hambre, la arbitrariedad y la iniquidad.

En cuanto a los magnánimos intelectuales rusos que sueñan con toda clase de arteles y sociedades legales similares, toleradas o estimuladas por el Gobierno, sea este reglamento provisional sobre *los arteles obreros* un constante reproche y una seria advertencia. Reproche, por la confianza ingenua en que la tolerancia o el estímulo del Gobierno eran sinceros, sin ver, detrás del cartel «fomento del trabajo popular», etc., la médula: la servidumbre más abominable. Advertencia, para que en adelante, cuando hablen de los arteles y demás sociedades toleradas por los señores Sipiaguin, no olviden nunca decir toda la verdad sobre los arteles obreros ajustadas al reglamento provisional del 15 de septiembre; y si no se atreven a hablar de *esos* arteles, sería mejor no decir esta boca es mía.

II. ACTITUD FRENTE A LA CRISIS Y EL HAMBRE

Junto con la nueva situación de hambre viene arrastrándose todavía la vieja crisis comercial e industrial, que se ha hecho ya crónica y ha arrojado a la calle a decenas de miles de obreros sin posibilidades de hallar empleo. La tremenda necesidad por que atraviesan pone de relieve la actitud totalmente distinta que tanto el Gobierno como la «sociedad» culta adoptan ante esta necesidad y la de los campesinos. Ni las instituciones públicas ni la prensa han tratado de determinar el número de obreros necesitados y el grado de su necesidad, aunque solo fuera de la manera aproximada con que se calcula la necesidad de los campesinos. No se ha tomado ninguna medida sistemática tendiente a organizar la ayuda a los obreros hambrientos.

el estado de sitio es nuestro estado habitual, complementado aquí y allá por reglamentos provisionales, de acuerdo a los cuales se lleva a cabo toda la política en Rusia.

¿A qué se debe esta diferencia? En nuestra opinión, en modo alguno a que la necesidad de los obreros sea menos visible, o se manifieste en forma menos aguda. Es verdad que los habitantes de las ciudades que no pertenecen a la clase obrera poco saben acerca de las tribulaciones de los obreros fabriles, que viven ahora cada vez más hacinados en sótanos, buhardillas y covachas, están peor alimentados que nunca y dejan en manos del prestamista los últimos restos de sus trastos domésticos. Es verdad que el aumento del número de vagabundos y de mendigos, de concurrentes a los albergues nocturnos, de moradores de cárceles y hospitales, no atrae una atención especial, pues «todos» están habituados a que en una gran urbe se encuentren repletos los albergues nocturnos y toda suerte de antros, refugio de la miseria más desesperada. Es verdad que los obreros desocupados no se arraigan en el lugar de residencia, como los campesinos, y por lo tanto se dispersan por el país en busca de ocupación o son «repatriados» a sus lugares de origen por autoridades temerosas de la concentración de los sin trabajo. Sin embargo, todo aquel que de algún modo se halla vinculado a la vida industrial, ve con sus propios ojos que la desocupación crece sin cesar, cosa que también sabe quién sigue de cerca la vida pública a través de la prensa.

No, las causas de la diferencia señalada son mucho más profundas: hay que buscarlas en el hecho de que el hambre en el campo y la desocupación en las ciudades corresponden a dos tipos completamente distintos de vida económica y se deben a relaciones completamente distintas entre la clase de los explotadores y la de los explotados. En el campo, las relaciones entre estas dos clases resultan, en general, enmarañadas y complicadas en extremo por un cúmulo de formas transitorias, donde la economía agraria se conjuga con la usura, o con el trabajo asalariado, etc., etc. Y con todo, los que pasan hambre no son los obreros agrícolas asalariados, cuyos intereses se contraponen a los intereses de los terratenientes y campesinos acomodados, de modo evidente para todos y comprensible en gran medida para los propios obreros, sino los pequeños campesinos, a quienes se acostumbra a considerar —y que se consideran a sí mismos— patronos independientes, que solo por casualidad caen a veces en una u otra forma de dependencia «temporal». La causa más inmediata del hambre —la mala cosecha— es, a los ojos de la masa, una calamidad puramente espontánea, un castigo de Dios. Y como estas malas cosechas acompañadas de hambre se producen desde tiempos inmemoriales, hace ya tiempo también que la legislación se ha visto obligada a tenerlas en

cuenta. De ahí que existan desde hace ya mucho, principalmente sobre el papel, códigos y más códigos sobre el abastecimiento del pueblo, que prescriben todo un sistema de «medidas». Y aunque estas medidas, sacadas en su mayor parte de la época de la servidumbre y del predominio de la economía natural patriarcal, corresponden muy poco a las necesidades de la época actual, cada nueva situación de hambre pone en movimiento todo el aparato del Gobierno y de los zemstvos. Pero a pesar de los deseos de los poderosos, a este aparato le resulta casi imposible prescindir del concurso más amplio que ofrecen esas odiadas «terceras personas» — los intelectuales— ansiosas de «armar ruido». Por otro lado, la relación del hambre con las malas cosechas y el embrutecimiento del campesino —que no comprende (o lo comprende de una manera en extremo vaga) que solo la creciente explotación del capital, junto con una política rapaz por parte del Gobierno y de los terratenientes, lo han llevado a esta ruina— hacen que los hambrientos se sientan desvalidos y no formulen «exigencias», no digamos exageradas, sino ni siquiera modestísimas.

Cuanta menos conciencia tiene la clase oprimida acerca de su estado de opresión y menos exigente se muestra respecto a los opresores, tanto más suele encontrarse entre las clases pudientes personas inclinadas a la beneficencia, tanto menor es, relativamente, la resistencia que oponen a esa beneficencia los terratenientes locales, directamente interesados en mantener al campesino en la miseria. Si se toma en cuenta este hecho indudable, resultará claro que el aumento de la resistencia de los terratenientes, la intensificación de los clamores sobre la «desmoralización» del mujik y, por último, la adopción, por parte del Gobierno «imbuido» de ese espíritu, de medidas netamente militares contra los hambrientos y contra los benefactores, denotan la total decadencia y descomposición del modo de vida aldeano tradicional, patriarcal, santificado por los siglos y supuestamente estable, con que se embelesaban los eslavófilos⁵⁰ más apasionados,

50. *Eslavófilos*: tendencia del pensamiento social ruso de mediados del siglo XIX; formuló la «teoría» de la vía original del desarrollo histórico de Rusia que debía basarse en el régimen comunal, inherente solo a los eslavos y a la religión ortodoxa. Los eslavófilos consideraban que el desarrollo histórico de Rusia excluía la posibilidad de los cambios revolucionarios, y por eso su actitud ante el movimiento revolucionario, tanto en Rusia como en Occidente, era francamente negativa. Abogaban por la conservación de la autocracia, pensaban que el monarca debía tener en cuenta la opinión pública y proponían convocar el Zemski Sabor (la Duma), compuesto por representantes electos de todos los sectores sociales, pero se oponían a la Constitución y a la limitación formal de la autocracia. En el problema campesino los

los reaccionarios más conscientes y los más ingenuos «populistas» de viejo cuño. A nosotros, los socialdemócratas, nos han acusado siempre: los populistas, de aplicar en forma artificial el concepto de lucha de clases a situaciones que no admiten su aplicación; los reaccionarios, de encender el odio de clase y de azuzar «una parte de la población contra la otra». Sin detenemos a repetir por enésima vez nuestra respuesta a esas acusaciones, solo señalaremos que el Gobierno ruso *nos aventaja a todos* en la apreciación de la profundidad de la lucha de clases y en la energía de las medidas que de esa apreciación se derivan. Todos los que de una manera u otra hayan estado vinculados con la gente que durante los años de hambre fue a «alimentar» a los campesinos (¿y quién de nosotros no lo estuvo?) saben que la movía el más elemental sentimiento humanitario de compasión y de bondad; que era en absoluto ajena a planes «políticos» de cualquier índole; que se mantenía por completo indiferente a la propaganda de las ideas acerca de la lucha de clases; que no la convencían los argumentos de los marxistas en su acalorada polémica contra las concepciones de los populistas sobre el campo. «¿Qué tiene que ver con esto la lucha de clases?», decían. «Los campesinos pasan hambre y hay que prestarles ayuda; eso es todo».

Pero aquellos a quienes los argumentos de los marxistas no pudieron convencer, quizá se dejen persuadir por los «argumentos» del señor ministro del Interior. No, no es que «pasan hambre y eso es todo», advierte a los benefactores; y sin consentimiento previo de las autoridades no se debe prestar ayuda «simplemente», pues ello tiende a desarrollar la desmoralización y da lugar a exigencias nada justificadas. Inmiscuirse en la campaña de abastecimiento significa inmiscuirse en los designios de Dios y de la policía, que aseguran a los señores terratenientes obreros dispuestos a trabajar de forma casi gratuita, así como al fisco, contribuciones obtenidas por la fuerza. Y todo el que lea con atención la circular de Sipiaguin deberá decirse: ¡Sí, en nuestro campo se libra una guerra social y, como en toda guerra, no se puede negar a los beligerantes el derecho a revisar la carga de los buques que se dirigen a puertos enemigos, aunque naveguen al amparo de pabellones neutrales! La diferencia con otras guerras consiste en que aquí una de las partes combatientes, obligada perpetuamente al trabajo y al hambre, ni siquiera combate, sino que solo es vapuleada... por ahora.

eslavófilos eran partidarios de la manumisión de los siervos y de la entrega de la tierra a las comunidades pagando un rescate al terrateniente.

En el dominio de la industria fabril la existencia de esta guerra es indudable desde hace ya tiempo, y resulta innecesario aclarar al benefactor «neutral», por medio de circulares, que no hay que cruzar el río sin sondear primero el vado —es decir, sin permiso de las autoridades y de los señores dueños de fábricas—. Ya en 1885, cuando todavía no existía una agitación socialista perceptible entre los obreros, ni tan siquiera en las provincias centrales, donde los obreros están más cerca del campesinado que en la capital, la crisis industrial cargó de electricidad la atmósfera fabril hasta tal punto que las tormentas estallaban unas tras otras, ora en un lugar, ora en otro. En tales condiciones, la beneficencia está condenada de antemano a la esterilidad, y por ello se reduce a los actos fortuitos y meramente individuales de algunas personas, sin adquirir ni sombra de significación social.

Señalaremos una particularidad más en la actitud de la sociedad hacia las situaciones de hambre. Podemos decir sin exagerar que hasta hace muy poco prevalecía en nuestro país la opinión de que en Rusia todo el régimen económico, e incluso el estatal, solo tiene como base de sustentación *la masa* del campesinado, dueño de la tierra y que la explota por su propia cuenta. Hasta qué punto esta concepción había penetrado aun en los círculos de personas de pensamiento avanzado, muy poco propensas a tragarse el anzuelo de las alabanzas oficiales, lo demuestra con particular relieve a todos el memorable libro de Nikolái, publicado después del hambre de los años 1891-2.⁵¹ La ruina de multitud de haciendas campesinas les pareció a todos un absurdo tal, un salto tan imposible en el vacío, que la necesidad de prestar la más amplia ayuda para «restañar las heridas» de una manera efectiva se convirtió casi en una consigna general. Y otra vez el mismo señor Sipiaguin se toma el trabajo de desvanecer las últimas ilusiones. ¿Sobre qué se sustenta «Rusia», de qué viven las clases agricultoras y las clases industriales y comerciales, si no de la ruina y la miseria del pueblo? ¿Tratar de curar *esa* «herida» de otro modo que en el papel es un crimen de Estado!».

El señor Sipiaguin, sin duda alguna, contribuirá a propagar y reforzar la verdad según la cual, fuera de la lucha de clase del proletariado revolucionario contra todo el régimen capitalista, no existe ni puede existir otro medio de lucha contra la desocupación y las crisis, ni contra las formas de expropiación salvajes, al estilo asiático, y crueles del pequeño

51. Lenin se refiere al libro de Nikolái (N. F. Danielsón) *Ensayos sobre nuestra economía social después de la Reforma*, publicado en 1893 en Petersburgo.

productor que ese proceso ha adoptado en nuestro país. A los amos del Estado capitalista les tienen tan sin cuidado las cuantiosas víctimas del hambre y de las crisis como a la locomotora la suerte de aquellos a quienes aplasta a su paso. Los cadáveres frenan Las ruedas, el tren detiene su marcha, e incluso (si el maquinista actúa con excesiva energía) puede descarrilar, pero a pesar de todo continúa su marcha tras una detención breve o larga. Se oye hablar de la muerte por hambre y de la ruina de decenas y centenares de miles de pequeños agricultores, pero al mismo tiempo escuchamos relatos sobre los progresos de la agricultura nacional, de la exitosa conquista de mercados extranjeros por los terratenientes de Rusia —que enviaron una delegación de agricultores rusos a Inglaterra—, del aumento de la venta de aperos agrícolas perfeccionados, de la difusión de prados cultivados, etc., etc. Para los amos de la agricultura rusa, como para todos los amos capitalistas, la intensificación de la ruina y el hambre solo representa un pequeño alto en el camino, al que apenas prestan atención, a menos de que los hambrientos los *obliguen* a ello. Todo sigue su curso, incluida la especulación en la venta de tierras al sector de *amos* compuesto por los campesinos acomodados.

He aquí, por ejemplo, que el distrito de Buguruslán, provincia de Samara, es declarado distrito «inseguro en cuanto a la cosecha». Esto significa que la ruina y el hambre de la masa campesina han llegado aquí a su punto máximo. Pero la calamidad que azota a las masas no solo no entorpece, sino que, se diría, contribuye a consolidar las posiciones económicas de la minoría burguesa del campesinado. Acerca de ese mismo distrito leemos en una crónica de septiembre de *Russkie Vedomosti*⁵² (n.º 244):

Distrito de Buguruslán, provincia de Samara. El problema candente es el rápido aumento, en toda la zona, del precio de la tierra y la enorme especulación con la misma, provocada por esa alza. No hace más de 15 o 20 años, magníficas tierras de los valles se vendían *a razón de 10 a 15 rublos* la deciatina: hubo localidades, alejadas de las líneas férreas, en las que apenas tres años atrás el precio de 35 rublos por deciatina se consideraba elevado y solo por la mejor tierra, con espléndida finca y mercado, se pagó una vez 60 rublos la deciatina. Ahora, en cambio, por tierra de la

52. *Russkie Vedomosti* [Las Noticias Rusas]: periódico; apareció en Moscú de 1863 a 1918. Portavoz de la intelectualidad liberal moderada. En las décadas del 80 y el 90 colaboraron en el periódico escritores demócratas y se publicaron obras de los populistas liberales. A partir de 1905 fue órgano del ala derecha del Partido Demócrata Constitucionalista.

peor calidad se paga de *50 a 60 rublos*, y los precios de las mejores se han elevado a 80 y hasta 100 rublos por deciatina. La especulación provocada por esta alza de los precios de la tierra es de dos tipos: primero, se trata de la compra de tierras para su reventa inmediata —se han dado casos en que se compró tierras a 40 rublos la deciatina y un año después fueron revendidas a 55 rublos a campesinos de la misma localidad—. En tales casos, venden sus tierras por lo general los terratenientes que no desean o ya no tienen tiempo para dedicarse a los trámites y formalidades que exige la venta de la tierra a los campesinos por intermedio del Banco Campesino; y compran los comerciantes capitalistas *que la revenden a los mujiks del mismo lugar*. Segundo, existe un sinnúmero de intermediarios de toda índole que se ocupan de endosar a campesinos de provincias alejadas —de preferencia ucranianos— las tierras peor situadas, por lo cual reciben del propietario de las mismas *una comisión* nada despreciable —*de 1 a 2 rublos* por deciatina—. De lo dicho se deduce que el objeto principal de la especulación es *el campesino*, y sobre su hambre de tierra se basa toda esta carrera de precios de la tierra, inimaginable e inexplicable por simples causas económicas; es claro que en ello tuvo algo que ver la construcción de líneas férreas, pero no mucho, pues el principal comprador de la tierra sigue siendo aquí el campesinado, para quien los ferrocarriles constituyen un factor que dista mucho de ser el primordial.

Estos tenaces «mujiks emprendedores» que con tanta avidez invierten lo que han «ahorrado» (y rapiñado) en la compra de tierras, terminarán por arruinar también, inevitablemente, a los campesinos poco pudientes que hasta el momento pudieron salvarse del hambre actual.

En tanto que la sociedad burguesa frente a la compra de tierras por los campesinos acomodados como medio de contrarrestar la ruina y el hambre de los campesinos desposeídos, la búsqueda de nuevos mercados es un medio para contrarrestar la crisis y el exceso de productos de la industria en el mercado. La prensa servil (*Nóvoe Vremia*, n.º 9188) se entusiasma ante los éxitos del nuevo intercambio comercial con Persia; se discuten con animación las perspectivas del comercio con Asia Central y en particular con Manchuria. Los magnates de la industria del hierro y otros se frotan las manos regocijados ante las noticias de que se reactiva el tendido de vías férreas. Se ha resuelto construir las siguientes grandes líneas: Petersburgo-Viatka, Bologoe-Siedlce, Oremburgo-Tashkent; el Gobierno garantiza empréstitos por un monto de 37 millones para los ferrocarriles —de las compañías Moscú-Kazán, Lodz y de los ferrocarriles sudorientales—; se proyectan las líneas Moscú-Kishtiril,

Kamishin-Astrajan y del mar Negro. Los campesinos hambrientos y los obreros sin trabajo pueden consolarse: los dineros del fisco —si este los consigue— no serán, por supuesto, gastados «en forma improductiva» en subsidios (cfr. la circular de Sipiaguin); no, afluirán a los bolsillos de ingenieros y contratistas por el estilo de aquellos virtuosos de la defraudación al fisco que por largos años saquearon al tesoro en Nizhni Nóvgorod, durante la construcción del dique de Sórmovo, y que solo ahora han sido condenados, a modo de excepción, en Nizhni Nóvgorod por la Cámara judicial⁵³ de Moscú.*

* Por desgracia, la falta de espacio no nos permite detallar más este proceso, que demostró una vez más cómo mangonean los ingenieros y contratistas. Para nosotros, los rusos, este es el mismo cuento de siempre. El ingeniero Alexándrov, en complicidad con el jefe de la sección de Nizhni Nóvgorod, zona de Kazán, del Ministerio de Vías de Comunicación, Shnakenburg, y son seis contratistas procesadas, *durante tres años* (1893-5) «construyó» para sí y para otros capitales calculados en millares de rublos, presentando al fisco cuentas, nóminas, actas, certificados, etc., de trabajos y compra de material que jamás se había efectuado. Eran ficticios no solo los trabajos, sino también los contratistas: ¡un simple escribiente firmaba por el contratista! El monto de lo escamoteado por toda esta pandilla se puede apreciar por lo siguiente: el ingeniero Alexándrov presentó facturas de los «contratistas» —a quienes se logró poner en el banquillo de los acusados— por valor de *más de doscientos mil* rublos; en dichas facturas, por ejemplo, en lugar de un gasto real de 400 rublos se hacía figurar uno de 4400. El ingeniero Alexándrov según lo declarado por uno de los testigos, derrochaba, ya sea en compañía de mujerzuelas o de sus superiores directos, ingenieros de vías férreas, de 50 a 80 rublos en una sola comida.

Pero lo más interesante es la forma en que se sustanció y terminó este proceso. El jefe de policía a quien un agente de investigaciones denunció el caso, «se negó a tramitarlo» (!). «El asunto —dijo— no es de nuestra competencia, sino de la del Ministerio de Vías de Comunicación», y el agente en cuestión tuvo que dirigirse al fiscal. Es más, el asunto salió a luz solo gracias a que los ladrones riñeron entre sí:

53. *Cámara judicial*: institución de la Justicia zarista creada después de la reforma judicial de 1864; veía las causas especiales civiles y comunes y era instancia de apelación por las causas tramitadas en los tribunales comarcales. La Cámara judicial se instituía para varias provincias.

III. EL TERCER ELEMENTO

La expresión «tercer elemento» o «terceras personas» fue empleada —en 1900, si no nos equivocamos— por el vicegobernador de Samara, señor Kondoídi, en su discurso de apertura de la asamblea provincial del zemstvo de Samara, para designar a las personas «que no pertenecen a la administración ni figuran entre los representantes de los estamentos». Hace ya mucho que el aumento del número y la influencia de tales personas, que están al servicio de los zemstvos en calidad de médicos, técnicos, estadísticos, agrónomos, maestros, etc., atrae la atención de nuestros reaccionarios, quienes también denominan a estas odiadas «terceras personas» como «burócratas de los zemstvos».

En general, es preciso decir que nuestros reaccionarios —entre ellos, claro está, toda la alta burocracia— revelan un excelente olfato político. Son tan hábiles en todo género de experiencias de lucha contra la oposición, contra los «motines» populares, contra los miembros de las sectas religio-

Alexándrov «no entregó su parte» a uno de los escribientes-contratistas. El proceso se prolongó durante *seis años*, por lo que muchos testigos tuvieron tiempo de morir-se y, casi todos, de olvidar lo más importante. Incluso un testigo como el ex jefe de la zona de Kazán de vías de comunicación, Lojtin, *no pudo ser hallado (sic!)*; ¡no se sabía a ciencia cierta si estaba en Kazán o en la ciudad de Yeniseisk, en comisión de servicio! No vaya a creer el lector que se trata de una broma; esto ha sido extraído del informe sobre la vista de la causa.

El que hubiera otros impagos, aparte de los que fueron llevados a juicio, surge con claridad de los dos hechos siguientes: en primer lugar, el mismo virtuoso agente de policía que puse al descubierto el caso ya no sirve en la policía, sino que adquirió una casa en propiedad y vive de la renta que esta le deja. En segundo lugar, el ingeniero Makárov, *jefe de la zona de Kazán de vías de comunicación* —en la época de la construcción del dique de Sórmovo era ayudante del jefe—, hizo lo indecible por disculpar a Alexándrov durante el proceso; llegó a declarar, y cito textualmente, que si en la primavera de 1894 el dique fue arrastrado por el agua, «*tal cosa debía pasar necesariamente*». Según las investigaciones efectuadas por Makárov, ¡Alexándrov lo tenía todo en orden, y ese hombre se distinguía por su experiencia, su celo y su esmero en el trabajo!

Resultado: para Alexándrov, un año de reclusión en una fortaleza; para Shnakenburg, una severa amonestación —¡que no se aplicó debido al manifiesto de 1896!—; los demás fueron absueltos. La demanda civil entablada por el fisco fue denegada. Me imagino cuán satisfechos deben sentirse los Lojtin no hallados y los Makárov que continúan en el servicio.

sas, las sublevaciones y los revolucionarios, que se mantienen siempre «alerta» y comprenden mucho mejor que tantos ingenuos y tantos «honrados carcamales», que la autocracia no tolera *la menor* libertad de acción, ni la honestidad, la independencia de criterio o el orgullo del verdadero saber. Como han asimilado magníficamente ese espíritu servil y burocrático reinante entre los funcionarios rusos, en todo su sistema jerárquico, miran con recelo a todo aquel que no se parezca al Akaki Akákievich⁵⁴ de Gógol o, utilizando una comparación más actual, al hombre enfundado.⁵⁵

En efecto, si las personas que desempeñan tales o cuales funciones públicas deben ser valoradas no por los puestos que ocupan, sino por sus conocimientos y méritos, ¿no conduce ello por lógica irremisible a la libertad de opinión pública y de control público que juzgue esos conocimientos y esos méritos? ¿No tiende a socavar de raíz los privilegios de casta y de jerarquía que son el único sostén de la Rusia autocrática? Véase con qué argumentación expuso su descontento ese mismo señor Kondoídi:

Sucede a veces que los representantes de los estamentos, sin motivos suficientemente verificados dan crédito a las palabras de los intelectuales, aunque estos sean meros empleados a sueldo de los consejos de los zemstvos, solo porque dicen basarse en la ciencia o en las enseñanzas de gente que escribe en periódicos y revistas.

¿Qué les parece? ¿Son simples «empleados a sueldo», y sin embargo se atreven a enseñar a los «representantes de los estamentos»? De paso: los vocales de los zemstvos a quienes se refiere el señor vicegobernador son en realidad miembros de una institución que no es estamental; pero como en nuestro país todo está penetrado del espíritu estamental, y como también los zemstvos, según el nuevo reglamento, han perdido en gran parte su carácter no estamental, se puede afirmar en efecto, para ser breves, que en Rusia hay dos «clases» gobernantes: 1) la administración y 2) los representantes de los estamentos. El tercer elemento no cabe en la monarquía estamental. Y si la insumisa evolución económica, debido

54. Se alude a Akaki Akákievich Bashmachkin, protagonista de la novela del escritor ruso N. V. Gógol *El capote*.

55. *El hombre enfundado*: personaje del cuento homónimo del escritor ruso A. P. Chéjov. Tipo de funcionario de cortas miras, temeroso de toda innovación e iniciativa.

al progreso del capitalismo, socava cada vez más los pilares del régimen estamental y crea una demanda de «intelectuales» cuyo número aumenta cada día, habrá que esperar inevitablemente que el tercer elemento trate de quebrar los estrechos marcos que lo constriñen.

Las ilusiones de las personas que no pertenecen a la administración ni figuran entre los representantes de los estamentos en los zemstvos, son pura fantasía, pero si se toleran en su base las tendencias políticas, esas ilusiones pueden tener también un aspecto nocivo.

Tolerar las «tendencias políticas» no es más que una forma diplomática de admitir que existen. Entre las «ilusiones» se puede involucrar aquí, si se quiere, todos los proyectos que inspiran al médico en interés de la medicina, al estadístico en interés de la estadística, y que prescinden de los intereses de los estamentos gobernantes. Por sí mismas, esas ilusiones son fantasías, pero a la vez, nótese, estimulan el descontento político.

He aquí la tentativa de otro administrador, cabeza de una de las provincias centrales, de esgrimir otro motivo de descontento contra el tercer elemento. Según sus palabras, las actividades del zemstvo de la provincia *a él encomendada*, «se alejan año tras año, cada vez más, de los principios esenciales en que se basa el Reglamento sobre las instituciones de los zemstvos».⁵⁶ Este reglamento establece que los asuntos relativos a las conveniencias y necesidades locales deben ser administrados por la población del lugar; por otro lado, debido a la indiferencia de la mayoría de los propietarios de la tierra frente al derecho que les fue otorgado, «las asambleas de los zemstvos han adquirido un carácter meramente *formal* y los asuntos quedan en manos de los consejos de los zemstvos, cuyo carácter deja mucho que desear». Ello «trajo como consecuencia la creación, junto a dichos consejos, de amplias oficinas y la incorporación al servicio de los zemstvos, de *especialistas* —estadísticos, agrónomos, maestros, médicos sanitarios, etc.—, quienes, conscientes de su *superioridad cultural*, y a veces *intelectual*, sobre los componentes de los zemstvos, comenzaron a manifestar una *independencia de acción cada vez mayor*, en particular a través de la convocatoria de toda clase de *congresos* en las provincias y por el establecimiento de toda clase de órganos deliberativos en los consejos. Como resultado de ello, la administración de los zemstvos ha quedado en manos de personas *que nada tienen que ver con la población local*».

56. Se refiere al «Reglamento sobre las instituciones provinciales y distritales de los zemstvos», ratificado por Alejandro III el 12 de junio de 1890.

Aunque «entre esos individuos hay muchas personas bien intencionadas y merecedoras del mayor respeto, no pueden menos que considerar sus funciones como un medio de subsistencia, razón por la cual las conveniencias y necesidades del lugar pueden interesarles solo en la medida en que de ellas dependa su propio bienestar». «En los asuntos de los zemstvos —en opinión del jefe de la provincia—, *el asalariado no puede sustituir al propietario*». Este argumento puede ser calificado de más astuto o de más franco, según el ángulo desde que se mire. Es más astuto porque no menciona las tendencias políticas e intenta basar su razonamiento solo en los intereses de las conveniencias y necesidades locales. Es más franco, pues contrapone en forma directa al «asalariado» y al propietario. Este es el punto de vista tradicional de los Kit Kítich⁵⁷ rusos, los cuales, al contratar a un «simple maestro», se guían, ante todo y sobre todo, por los precios que fija el mercado para esos servicios profesionales.

Los verdaderos amos de todo son los propietarios —así lo pregona el representante de ese mismo campo del cual parten continuas alabanzas para Rusia— con su poder firme, independiente de todos y situado por encima de las clases, libre —¡gracias a Dios!— del dominio de los intereses egoístas sobre la vida nacional, como vemos en los países occidentales carcomidos por el parlamentarismo. Y como el propietario es el amo, también tiene que serlo en los «asuntos» relacionados con la medicina, la estadística y la instrucción: a nuestro Pompadour no le da reparo sacar esta conclusión que resume el reconocimiento directo de la supremacía política de las clases poseedoras. Pero aún más: no vacila en reconocer —y esto es bien curioso— que esos «especialistas» son conscientes de su superioridad cultural, y a veces intelectual, sobre los componentes de los zemstvos. Sí, en efecto: contra la superioridad intelectual no cabe otro remedio que adoptar medidas severas...

Ahora bien, a nuestra prensa reaccionaria se le ofreció hace poco la ocasión particularmente cómoda para repetir la exigencia de tales medidas severas. La resistencia de los intelectuales a ser tratados como simples asalariados, como vendedores de fuerza de trabajo —y no como ciudadanos que cumplen determinadas funciones públicas—, provocó siempre, de tiempo en tiempo, conflictos de los jerarcas de los consejos de los zemstvos, ora con los médicos que presentaban renunciaciones colectivas a sus cargos, ora con los técnicos, etc. En el último período, los conflictos

57. *Kit Kítich* o *Tit Titich*: personajes de la comedia del escritor ruso A. N. Ostrovski *Pagan justos por pecadores*. Tipo de déspota inculto, salvaje y cerril.

entre dichos consejos y los estadísticos adquirieron el carácter de una verdadera epidemia.

Ya en mayo, *Iskra* (n.º 4) señalaba que las autoridades locales —en Yaroslavl— miraban de reojo desde hacía tiempo la estadística; después de los sucesos de marzo en San Petersburgo, procedieron a una «depuración» de la oficina y propusieron al jefe que en el futuro «solo aceptara estudiantes después de una rigurosa selección, de forma que ni siquiera se pudiese sospechar que alguna vez llegarían a ser personas indignas de confianza». En la crónica titulada «Sedición en Vladímir del Kliazma» (*Iskra*, n.º 5, del mes de junio), se describía el cuadro general de la estadística que había suscitado sospechas y las causas del desagrado que hacia ella sentían el gobernador, los fabricantes y los terratenientes. El despido de los estadísticos de Vladímir por el envío de un telegrama de simpatía a Annenski —apaleado en la plaza de Kazán el 4 de marzo— motivó prácticamente la clausura de la oficina. Los estadísticos de otras ciudades se negaron a trabajar en un zemstvo que no sabía defender los intereses de sus empleados, por lo cual la gendarmería local se vio obligada a intervenir como mediadora entre los estadísticos despedidos y el gobernador. «Un gendarme se presentó en casa de algunos de los estadísticos y les propuso que solicitaran su readmisión, pero la gestión terminó en el fracaso más completo. Por último, en el número de agosto (n.º 7) de *Iskra* se relataba el «incidente ocurrido en el zemstvo de Ekaterinoslav», donde el «baja» señor Rodzianko —presidente del consejo provincial del zemstvo— dejó cesantes a los estadísticos por incumplimiento de la «orden» que obliga a llevar un diario, acción que provocó la renuncia a sus cargos de los demás miembros de la oficina y cartas de protesta de los estadísticos de Járkov —publicadas en ese mismo número de *Iskra*—. Cuanto más se interna uno en el bosque, más leña encuentra. Intervino el baja de Járkov, el señor Gordeenko —también presidente del consejo del zemstvo de la provincia—, y declaró a los estadísticos de «su» zemstvo que no toleraría, «dentro de los muros del Consejo, ninguna asamblea de los empleados sobre problemas no relacionados con el cumplimiento de sus obligaciones». No alcanzaron los estadísticos de Járkov a poner en práctica su intención de exigir la cesantía de un soplón (Antonóvich) que había entre ellos, cuando el Consejo ya había dejado cesante al jefe de la oficina de estadística, cosa que también allí provocó la renuncia de todos los estadísticos.

Hasta qué grado conmovieron estos sucesos a todo el personal en las secciones de estadística de los zemstvos se ve, por ejemplo, en la carta con que los estadísticos de Viatka intentaban argumentar circunstanciadamente su negativa a incorporarse al movimiento, hecho por el cual, con toda justicia, *Iskra* (n.º 9) los llamó «esquiroles de Viatka».

Pero *Iskra*, como es natural, solo informó acerca de algunos conflictos, que ni remotamente eran todos los que se produjeron; según la información de la prensa legal, también los hubo en las provincias de Petersburgo, Olonés, Nizhni Nóvgorod, Táurida y Samara (también consideramos conflictos los casos de cesantías simultáneas de varios estadísticos, pues despertaban gran descontento y agitación). Por el ejemplo siguiente puede apreciarse hasta dónde llegó, en general, el recelo de las autoridades provinciales y su descaro:

El Jefe de la oficina de Táurida, S. M. Blékllov, en el Informe sobre la inspección realizada en el distrito del Dniéper durante mayo y junio de 1901, presentado al Consejo, relata que los trabajos en dicho distrito debieron desarrollarse en condiciones sin precedentes hasta ese momento. Por orden del gobernador se permitió a los inspectores el cumplimiento de sus obligaciones, fueron provistos de los documentos correspondientes y, según órdenes de las autoridades de la provincia, tenían derecho a la colaboración de las autoridades locales. Pese a ello, se vieron rodeados de un recelo excepcional por parte de la policía del distrito, que vigilaba sus pasos pegada a sus talones y les expresaba su desconfianza de la forma más grosera, llegando al extremo —según palabras de un campesino— de que tras los estadísticos iba un policía para preguntar a los campesinos «si aquellos habían estado difundiendo ideas perniciosas contra el Estado y la patria». Según el señor Blékllov, los estadísticos «tropezaban con obstáculos y dificultades, que no solo entorpecían su labor, sino que ofendían gravemente su dignidad personal [...]. A menudo se encontraban en la situación de personas bajo sumario y eran objeto de averiguaciones secretas, que por lo demás todo el mundo conocía; en la situación de personas acerca de las cuales se creía necesario prevenir a todos. De lo expuesto, cada uno podrá deducir la insoportable situación moral en que eran colocados con frecuencia».

¡Excelente ilustración para la historia de los conflictos en la estadística de los zemstvos y para la caracterización de la vigilancia del «tercer elemento» en general!

No es de extrañar que la prensa reaccionaria se lanzara contra estos nuevos «sediciosos». *Moskovskie Vedomosti* publicó un tonante editorial titulado «La huelga de los estadísticos de los zemstvos» (n.º 263, 24 de septiembre) y un artículo especial del señor N. A. Znamenski (n.º 279, 10 de octubre), con el título de «El tercer elemento». El «tercer elemento» se ha «ensoberbecido», dice el periódico, y responde con una «oposición sistemática y con la huelga» a los intentos de implantar «la disciplina necesaria en el trabajo». La culpa de todo es de los liberales de los zemstvos, que han contribuido a relajar a los empleados.

No cabe duda alguna de que cierta ordenación de los trabajos de cálculo y estadística que realizan los zemstvos ha sido emprendida por los hombres más sensatos y juiciosos que los componen, quienes se negaron a permitir *el relajamiento en los servicios a su cargo, ni siquiera bajo* la bandera de la oposición *liberal*. Tanto la oposición como *las huelgas* deben abrirles finalmente los ojos y advertirles con quién tienen que vérselas en la persona de ese *proletariado intelectual que, vagando de una provincia a otra*, se ocupaba no se sabe si de investigaciones estadísticas *o de educar a los adolescentes del lugar en un espíritu democrático-social*.

En todo caso, los «conflictos estadísticos de los zemstvos» son una buena lección para la parte sensata de los integrantes de los zemstvos. Es de esperar que ahora verán con suficiente claridad qué clase de víbora han cobijado en su seno las instituciones de los zemstvos en la persona del «tercer elemento». (*Moskovskie Vedomosti*, n.º 263)

Por nuestra parte, tampoco dudamos que estos clamores y aullidos del fiel cancerbero de la autocracia (es sabido que así se autotituló el «propio» Katkov, quien supo «insuflar» su espíritu por tanto tiempo a *Moskovskie Vedomosti*) «abrirán los ojos» a muchos que aún no entendían bien que la autocracia es incompatible con los intereses del progreso social, con los intereses de la intelectualidad en general y con los intereses de toda verdadera acción social no corrompida por la concusión y la traición.

Para nosotros, los socialdemócratas, este pequeño cuadro que ilustra la cruzada contra el «tercer elemento» y los «conflictos estadísticos de los zemstvos» debe constituir una importante lección. Tiene que fortalecer nuestra fe en el poderío del movimiento obrero que dirigimos, pues observamos que la agitación en la clase revolucionaria de vanguardia se propaga hacia otras clases y capas de la sociedad, y que ya ha conducido no solo a un auge nunca visto del espíritu revolucionario entre los

estudiantes,* sino también al comienzo del despertar de la aldea y a una vigorización de la confianza en sí mismos y de la disposición para la lucha en grupos sociales que, como tales, eran hasta ahora poco receptivos.

En Rusia, la agitación social crece en todo el pueblo, en todas sus clases, y nuestro deber de socialdemócratas revolucionarios consiste en concentrar todos nuestros esfuerzos para saber utilizarla, para explicar a la intelectualidad obrera de vanguardia qué aliado tiene en el campesinado, en los estudiantes, en la intelectualidad en general; para enseñarle a aprovechar los chispazos de protesta social que brotan aquí o allá. Podremos cumplir nuestro papel de combatientes de vanguardia por la libertad solo cuando la clase obrera dirigida por un partido revolucionario militante, sin olvidar ni por un instante su situación específica en la sociedad contemporánea y sus tareas específicas de alcance histórico universal, consistentes en liberar a la humanidad de la esclavitud económica, enarbole al mismo tiempo la bandera de la lucha por *la libertad* de todo el pueblo y atraiga bajo esa bandera a todos aquellos que hoy los señores Sipiaguin, Kondoídi y el resto de esa pandilla empujan con tanto empeño hacia las filas de los descontentos en las más diversas capas de la sociedad.

Para ello es preciso solo que nuestro movimiento asimile ahora no solo la teoría firmemente revolucionaria elaborada por el secular desarrollo del pensamiento europeo, sino también la energía y la experiencia revolucionarias que nos legaron nuestros predecesores de Europa Occidental y de Rusia, en lugar de aceptar servilmente el oportunismo en cualquiera de sus variantes de las que nuestros camaradas de Occidente, que han sufrido relativamente poco su influencia, comienzan ya a desprenderse, y que con tanta fuerza retrasan nuestra marcha hacia la victoria.

Ante el proletariado ruso se plantea ahora la tarea revolucionaria más difícil, pero al mismo tiempo la más prometedora: aplastar al enemigo, al que no pudo vencer la sufrida intelectualidad rusa, y ocupar un puesto en las filas del ejército internacional del socialismo.

* En el momento en que escribimos estas líneas llegan noticias de todas partes acerca de la creciente efervescencia en los medios estudiantiles, de reuniones en Kiev, en Petersburgo y en otras ciudades, de la formación de grupos estudiantiles revolucionarios en Odesa, etc. ¿Tal vez la historia quiera asignar al estudiantado el papel de iniciador en el choque decisivo? Sea como fuere, para vencer en ese choque, es imprescindible el impulso de las masas proletarias, y debemos ocuparnos cuanto antes de elevar su conciencia, su entusiasmo y su organización.

IV. SENDOS DISCURSOS DE DOS MARISCALES DE LA NOBLEZA

«Un hecho tristemente significativo, sin precedentes hasta hoy; innumerables calamidades todavía desconocidas, pronostican a Rusia acontecimientos como ese solo posibles con una desmoralización social tan avanzada como la que experimentamos ahora [...]». Así se expresa *Moskovskie Vedomosti* en su editorial del número 268 (del 29 de septiembre) a raíz del discurso del mariscal de la nobleza de la provincia de Oriol, M. A. Stajóvich, en el congreso misionero celebrado en Oriol —que clausuró sus deliberaciones el 24 de septiembre—. Ahora bien, si la «desmoralización social» ha penetrado ya en la esfera de los mariscales de la nobleza, primeros personajes en los distritos y segundos en las provincias, ¿dónde termina entonces la «pestífera lacra espiritual que se ha apoderado de Rusia»?

¿Qué sucede, pues? Sucede que este señor Stajóvich —el mismo que quería para los nobles de Oriol los cargos de recaudadores del monopolio de bebidas (véase *Zariá*, «Sultos ocasionales»⁵⁸) pronunció un encendido discurso en defensa de la libertad de conciencia, y «en su falta de tacto, por no decir cinismo, llegó a presentar esta proposición»:^{*}

^{*} *Moskovskie Vedomosti*, *ibid.* Pido disculpas al lector por mi simpatía hacia *Moskovskie Vedomosti*. ¡Qué le vamos a hacer! En mi opinión se trata del más atractivo, más consecuente y *más útil* de todos los periódicos políticos de Rusia. Pues no se le puede dar el nombre de política, en el sentido estricto de la palabra, a una literatura que en el mejor de los casos se limita a recoger algunos pequeños hechos interesantes, pero no elaborados, y a lanzar suspiros en lugar de «filosofar». No digo que ello no resulte útil, pero no es política. Del mismo modo que la literatura del corte de *Nóvoe Vremia* no puede ser llamada literatura política en la verdadera acepción de esta palabra, pese a que (o, mejor dicho, debido a que) es excesivamente política. No contiene un programa político determinado ni revela convicciones; posee, eso sí, habilidad para acomodarse al tono y al estado de cosas del momento, para arrastrarse ante los poderosos, cumplir toda orden que emane de ellos y tratar de congraciarse con algo que se asemeje a la opinión pública. *Moskovskie Vedomosti*, en cambio, mantiene su línea y no teme (¡por otra parte, nada tiene que temer!) marchar delante del Gobierno, no teme tocar —algunas veces, con toda franqueza— los puntos más delicados. ¡Es un periódico útil, un colaborador insustituible de la agitación revolucionaria!

58. NdE: pp. 21 y ss. de esta edición.

Nadie como el congreso misionero tiene hoy en Rusia el deber de proclamar la necesidad de libertad de conciencia, la necesidad de abolir todo castigo de orden penal para quien decida separarse de la religión ortodoxa y adoptar o profesar otra. ¡Por eso, propongo al congreso misionero de Oriol que se pronuncie en ese sentido y realice las gestiones pertinentes [...]!

Claro que era ingenuo por parte de *Moskovskie Vedomosti* elevar al señor Stajóvich a la categoría de un Robespierre (¡ese alegre M. A. Stajóvich, a quien hace tanto que conozco, convertido en Robespierre!, escribía en *Nóvoe Vremia* el señor Suvorin, y en verdad resultaba difícil leer su «defensa» sin sonreír) como lo era, a su manera, el señor Stajóvich al proponer a los popes que hicieran «las gestiones pertinentes» para establecer la libertad de conciencia. ¡Es lo mismo que proponer en un congreso de policías que se gestione en favor de la libertad política!

Apenas hace falta agregar, para conocimiento del lector, que «el clero en su conjunto, con el primer prelado a la cabeza», rechazó la proposición del señor Stajóvich «tanto por la esencia misma del informe como por no adecuarse a las tareas del congreso misionero local», luego de escuchar las «muy serias objeciones» de Su Eminencia Nikanor, obispo de Oriol; del profesor de la academia eclesiástica de Kazán, N. I. Ivanovski; del redactor-editor de la revista *Missionérskoe Obozrenie*,⁵⁹ V. M. Skvortsov; de los sacerdotes misioneros tales y cuales, y de los candidatos a profesor de universidad, V. A. Temávtssev y M. A. Novosiólov. Puede decirse: ¡la unión de la «ciencia» y de la Iglesia!

Pero el señor Stajóvich no nos interesa, por supuesto, como modelo de individuo con pensamiento político claro y consecuente, sino como espécimen del más «jovial» noblecito ruso, siempre dispuesto a arrancar un trocito del pastel del presupuesto fiscal. ¡A qué extremos habrá llegado la «desmoralización» que producen en la vida rusa en general, y en nuestra aldea en particular, la arbitrariedad policial y las persecuciones inquisitoriales contra las sectas religiosas para que hasta las piedras levanten su clamor! ¡Para que hasta los mariscales de la nobleza comiencen a abogar con tanto ardor por la libertad de conciencia!

59. *Missionérskoe Obozrenie* [Revista de los Misioneros]: revista teológica mensual, editada por los círculos clericales, que se publicó de 1896 a 1898 en Kiev y de 1899 a 1916 en Petersburgo. La revista agrupaba a los círculos más reaccionarios del clero que se distinguían por el oscurantismo y estaban estrechamente vinculados con la policía. Combatía a los sectarios.

He aquí algunos pequeños ejemplos, extraídos del discurso del señor Stajóvich sobre el orden de las cosas y las monstruosidades que han terminado por indignar aun a los más «joviales».

«Tómese, por ejemplo —dice el orador—, de la biblioteca de la cofradía misionera el prontuario jurídico y se encontrará que un mismo artículo, el 783, tomo II, parte I, incluye entre las obligaciones del jefe de policía rural, además de terminar con los duelos, los pasquines, la ebriedad, la caza furtiva y la promiscuidad en los baños públicos, ¡vigilar las discusiones en que se atacan los dogmas de la fe ortodoxa y en que se incita a los fieles a adoptar otras creencias o al cisma!». En efecto, tal artículo de la ley existe y en él se imponen al jefe de policía rural —además de las ya mencionadas por el orador— muchas otras obligaciones por el estilo. Para la mayoría de los habitantes de las ciudades el artículo será apenas una curiosidad, como lo designó el señor Stajóvich. Pero para el mujik, esta curiosidad acuita una *bitterer Ernst*, o sea, la amarga verdad acerca de los atropellos de que son objeto por parte de los funcionarios inferiores de la policía quienes saben a ciencia cierta que Dios se encuentra muy alto y el zar muy lejos.

Y ahí van algunos ejemplos concretos, que transcribimos junto con la refutación oficial del «arcipreste Piotr Rozhdéstvenski, presidente del Consejo de la Cofradía Ortodoxa de Pedro y Pablo y del Congreso Misionero Diocesana, de Oriol» (*M. V.*, n.º 269, tomado de *Orlovski Véstnik*,⁶⁰ n.º 257):

a) En el informe (del señor Stajóvich) se dice, con referencia a una aldea del distrito de Trubchevsk: «*Con el conocimiento y la anuencia del párroco y de las autoridades, encerraron en la iglesia a varias personas sospechosas de ser shtundistas*,⁶¹ trajeron una mesa, la cubrieron con un mantel limpio y, después de colocar en ella un icono, las fueron acercando una a una y les ordenaron:

— ¡Bésalo!

— No quiero besar a los ídolos...

— ¡Ah! ¡A zurrarle ahora mismo!

Los más débiles volvieron a la fe ortodoxa tras la primera sesión, pero hubo algunos *que aguantaron hasta cuatro veces*».

60. *Orlovski Véstnik* [*El Noticiero de Oriol*]: diario político, social y literario de tendencia liberal moderada; se publicó en Oriol desde 1876 hasta 1918.

61. *Shtundistas*: miembros de una secta religiosa perseguida en la Rusia zarista.

Sin embargo, según los datos oficiales publicados en 1896 en el informe de la Cofradía Ortodoxa de Pedro y Pablo, de Oriol, y según la información verbal facilitada por el párroco O. Perevérzev en el congreso, el citado atropello de la población ortodoxa contra los sectarios de la aldea Liubtsa, distrito de Trubchevsk, se llevó a cabo *por decisión de una asamblea aldeana y en un lugar de la aldea, pero no con la anuencia del párroco, y menos aún en el interior de la iglesia*; además, este lamentable incidente aconteció 18 o 19 años atrás, cuando no había ni asomo de misión en la diócesis de Oriol.

Al reproducir esto, *Moskovskie Vedomosti* dice que el señor Stajóvich citó *solo dos hechos* en su discurso. Es posible. ¡Pero qué hechos! La refutación, basada en los «datos oficiales» —¡suministrados por el jefe de policía rural!—, que contiene el informe de la Cofradía Ortodoxa, *solo acentúa* la brutalidad de los desafueros que indignaron incluso a un «jovial» hijo de la nobleza. En el interior de la iglesia o en «un lugar de la aldea» se llevó a cabo un apaleamiento hace medio año, o hace dieciocho años; esto no cambia el asunto en lo más mínimo (salvo, quizás, en un aspecto: es de dominio público que en los últimos tiempos las persecuciones contra los miembros de sectas religiosas son cada vez más feroces, ¡y el establecimiento de las misiones guarda relación directa con ello!). En cuanto a que el sacerdote del lugar *pudo* estar separado de esos *inquisidores con atuendo campesino*, sería mejor, padre arcipreste, que no se hablara de ello en la prensa.* ¡se reirían de usted! Es claro que el «párroco del lugar» no dio su «consentimiento» para un acto criminal penado por la ley como es el apaleamiento, del mismo modo que la Santa Inquisición jamás castigaba con sus propias manos ni derramaba la sangre de sus víctimas: las dejaba en manos del poder secular o las entregaba a las llamas.

Segundo hecho:

b) En el informe se dice:

«Solo entonces el sacerdote misionero no podrá dar la respuesta que también escuchamos aquí.

* En sus reparos a las correcciones oficiales, el señor Stajóvich escribía: «No sé qué dice el informe oficial de la cofradía, pero afirmo que el sacerdote Perevérzev, luego de delatar en el congreso todos los detalles y de aclarar que las autoridades civiles conocían (*sic!!!*) la sentencia cumplida, a mi pregunta: “Y el padrecito, ¿lo sabía?”, respondió: “También lo sabía”». Los comentarios huelgan.

— *Dice usted, padrecito, que al principio eran 40 familias y que ahora solo quedan 4. ¿Y con las restantes, qué pasó?*

— *Por voluntad divina, han sido confinadas en Trascaucasia y en Siberia».*

Pero, en realidad, en la aldea de Glíbochka, distrito de Trubchevsk, de la que se trata en este caso, según datos que posee la cofradía, los shtundistas eran, en 1898, no *40 familias, sino 40 personas* de uno y otro sexo, incluyendo a 21 niños; y en ese año fueron confinadas en Trascaucasia, por fallo del tribunal de la comarca, solo 7 personas, por tratar de atraer a otras a su secta. En lo que respecta a la frase del sacerdote local —*«han sido confinadas por la gracia de Dios»*—, fue pronunciada de manera casual, en una reunión del congreso celebrada a puertas cerradas, en un momento de libre intercambio de opiniones entre los delegados; más aún, el mencionado sacerdote era persona conocida por todos desde hacía tiempo, y en el congreso demostró ser uno de *los más dignos* pastores misioneros».

¡Esta refutación es sencillamente incomparable! ¡Lo dijo de manera casual, en un momento de libre intercambio de opiniones! Ese es precisamente su interés, porque todos conocemos muy bien el valor que tienen las palabras pronunciadas en forma oficial por personajes oficiales. Y tanto más valor tienen si el padrecito que pronunció esas «cordiales» palabras es «uno de los más dignos pastores misioneros». «Han sido confinadas en Trascaucasia y en Siberia por la gracia de Dios» son palabras magníficas, que deben llegar a ser no menos famosas en su género que la defensa del derecho feudal que el metropolitano Filaret hizo fundándose en las Sagradas Escrituras.

Digamos, ya que nos hemos visto obligados a aludir a Filaret, que sería injusto no mencionar la carta de un «sabio liberal», dirigida a Su Emi-nencia el metropolitano de Járkov, Amvrosio, y que se publicó en la revista *Vera i Rázum*⁶² correspondiente a 1901.* El autor firma: «Honorable ciu-

* Aprovechamos la ocasión para agradecer a nuestro corresponsal, que nos envió un ejemplar de las páginas de esa revista tiradas aparte. Nuestras clases dominantes a menudo no tienen recato en mostrarse *au naturel* en las ediciones especializadas carcelarias, eclesiásticas y otras semejantes. Hace mucho que nosotros, los revolucionarios, deberíamos haber empezado a utilizar sistemáticamente este «rico tesoro» de educación política.

62. *Vera i Rázum* [*Fe y Razón*]: revista quincenal teológica y filosófica publicada de 1884 a 1916 por el seminario conciliar de Járkov. La revista sostenía una posición ultrarreaccionaria y atacaba furiosamente al movimiento democrático y al pensamiento progresista.

dadano, execlesiástico Ieronim Preobrazhenski», y el seudónimo de «sabio (!) liberal» le fue impuesta por la Redacción de la revista, que sin duda quedó espantada ante tamaño «pozo de sabiduría». Nos limitaremos a reproducir algunos pasajes de esa carta, la cual nos enseña, una vez más, que las ideas y la protesta políticas penetran, por caminos invisibles, en círculos incomparablemente más amplios de lo que a veces parece.

Soy ya un anciano, me acerco a los 60 años. En mi tránsito por la vida he visto no pocas desviaciones en el cumplimiento de los deberes eclesiásticos, Y debo confesar que en todos los casos esas desviaciones tenían origen en nuestro clero. En cuanto a los «últimos sucesos», creo que debemos agradecer de todo corazón a nuestro clero actual porque está abriendo los ojos a muchos. Ahora no solo los escribientes de los subdistritos, sino todo el mundo, viejos y jóvenes, ilustrados, semianalfabetos y aun aquellos que apenas saben deletrear, se lanzan a leer al gran escritor de la tierra rusa. Adquieren sus obras a precios elevadísimos —de la edición en el extranjero de *Svobódnoe Slovo*,⁶³ que circulan libremente en todos los países del mundo, salvo en Rusia—, las leen, meditan y, claro está, las conclusiones que extraen no son precisamente favorables al clero. La gran masa humana comienza ya a entender dónde está la verdad y dónde la mentira y a comprobar que nuestro clero dice una cosa y hace otra, y que hasta en sus palabras incurre a menudo en contradicciones. Se podrían decir muchas verdades, pero es sabido que con el clero uno no puede hablar con franqueza, porque en seguida será delatado para que se lo castigue y ejecute [...]. Sin embargo, Cristo atraía no con la violencia y las ejecuciones, sino con la verdad y el amor [...].

En la parte final de su alocución, usted dice: «poseemos una gran fuerza de lucha: el poder autocrático de nuestros piadosísimos soberanos». Eso es otra desfiguración de los hechos, y una vez más nos negamos a creer en sus palabras. Aunque ustedes, el clero *ilustrado*, se esfuerzan por convencernos de que «nuestra fidelidad al poder autocrático data de los tiempos en que nos amamantaba nuestra madre» (de la alocución del actual vicario al investido de obispo), nosotros, *los no ilustrados*, no podemos creer que un niño de un año de edad, así fuese un futuro obispo, pudiera razonar ya acerca del régimen de gobierno y diese preferencia a la autocracia. Después de la fracasada tentativa del patriarca Nikon de representar en Rusia el papel de los papas romanos, que en Occidente

63. *Svobódnoe Slovo* [La Palabra Libre]: editorial que publicaba en el extranjero (Inglaterra, Suiza) obras de León Tolstói prohibidas en Rusia por la censura y folletos dirigidos contra las persecuciones de que hacía objeto el Gobierno del zar a los sectarios. De 1901 a 1905 publicó la revista *Svobódnoe Slovo*.

conjugaban el poder espiritual con el temporal, nuestra Iglesia, en la persona de sus más altos dignatarios —los metropolitas—, se sometió por entero y para siempre al poder de los soberanos, que a veces, tal como sucedió durante el reinado de Pedro el Grande, le dictaban despóticamente sus clases —presión de Pedro el Grande sobre el clero para hacer condenar al zarévich Alexéi—. En el siglo XIX vemos ya en Rusia una perfecta armonía entre el poder temporal y el poder eclesiástico.

En la dura época de Nicolás I, cuando la conciencia social comenzaba a despertar bajo la influencia de los grandes movimientos sociales en Occidente, también entre nosotros destacó a combatientes aislados contra el indignante estado de esclavitud a que se hallaba sometido el pueblo sencillo, pero nuestra Iglesia permaneció indiferente a sus padecimientos. A despecho de los grandes mandamientos de Cristo sobre la fraternidad entre los hombres y el amor al prójimo, ni una sola voz se levantó de entre el clero en defensa del pueblo desventurado, contra la cruel arbitrariedad de los terratenientes; y ello solo porque el Gobierno no se atrevía, por el momento, a meter mano en el derecho feudal, cuya existencia justificó explícitamente Filaret, de Moscú, con los textos bíblicos del Antiguo Testamento. Pero he aquí que estalló la tormenta: Rusia fue vencida y humillada políticamente en Sebastopol.⁶⁴ La derrota puso al descubierto todas las taras de nuestro régimen anterior a la Reforma,⁶⁵

64. Se refiere a la derrota de Rusia en la guerra de Crimea de los años 1853-6.

65. Es decir, hasta la Reforma de 1861. El 19 de febrero de 1861 Alejandro II firmó el *Manifiesto* y el «Reglamento» sobre los campesinos emancipados de la dependencia feudal. La Reforma que abolió la servidumbre en Rusia fue impuesta por todo el curso del desarrollo del país y la creciente amplitud del movimiento campesino contra la explotación feudal. El Gobierno zarista implantó esta Reforma para asegurar en máximo grado los intereses de los terratenientes feudales: se conservó la posesión agraria de los terratenientes y las tierras de los campesinos fueron declaradas propiedad de aquellos. El campesino podía redistribuir un nadiel únicamente según la norma establecida estrictamente por la ley —y con el consentimiento del terrateniente—, pagando un rescate al Gobierno zarista, el cual abonaba previamente la suma establecida a los terratenientes. Para amortizar la «deuda» de los campesinos se les concedió una prórroga de 49 años al 6% de interés anual. Los atrasos en el pago del rescate aumentaban año tras año, siendo una pesada carga para los campesinos. El rescate de los nadies que acreditaba su propiedad era una verdadera expoliación por parte de los terratenientes y el Gobierno zarista.

La Reforma tan solo socavó el viejo sistema de pago en trabajo. Más de 1/3 de la tierra que usufructuaban los campesinos bajo el régimen de servidumbre les fue recortado en favor de los terratenientes al aplicarse la Reforma. Estas tierras recortadas o «recortes», como las llamaban, eran lo mejor de las parcelas campesinas —prados,

y el joven y humano soberano, que debía al poeta Zhukovski la educación de su mente y su voluntad, rompió, antes que nada, las seculares cadenas de la esclavitud. Por una cruel ironía del destino, el texto de la magna acta del 19 de febrero fue encomendado, para su redacción desde el punto de vista cristiano, al mismo Filaret, quien por lo visto se había apresurado a modificar sus ideas respecto a la servidumbre, para así adaptarlas al espíritu de la época. La época de las grandes reformas tampoco pasó en vano para nuestro clero; durante el periodo de Makari —más tarde metropolitano— se realizó una fructífera labor de reestructuración de nuestras instituciones eclesiásticas, se abrió en ellas una ventana, aunque pequeña, para la palabra y la luz. La reacción que sobrevino después del 1 de marzo de 1881,⁶⁶ llevó consigo también al clero los elementos correspondientes al gusto de Pobedonóstsev y Katkov; y mientras los hombres progresistas del país, en los zemstvos y en la sociedad, presentan peticiones en favor de la abolición definitiva de los castigos corporales, la Iglesia guarda silencio y no pronuncia una sola palabra de condena contra los defensores del azote, ese instrumento de indignante humillación del hombre creado a imagen y semejanza de Dios. En vista de lo antedicho, ¿sería injusto suponer que todo nuestro clero, por medio de sus representantes, *en caso de producirse por arriba un cambio de régimen*, glorificará al soberano constitucional, tal como ahora glorifica al monarca autocrático? Pero, entonces, ¿para qué andar con hipocresías, si la fuerza no está en la autocracia, sino en el monarca? Pedro I también fue un autócrata ungido por Dios y, sin embargo, el clero hasta el día de hoy no le tiene mucho afecto; también lo fue Pedro III, que pretendía cortar el cabello e instruir a nuestros sacerdotes. ¡Lástima que no le dieran tiempo para reinar dos o tres años! Pero si el autócrata reinante hoy, Nicolás

abrevaderos, pastos, etc.—, sin los cuales los campesinos no podían dedicarse a la actividad agropecuaria independiente. Según cálculos aproximados, después de la Reforma los nobles tenían 71.500.000 deciatinas de tierras, mientras que los millones y millones de campesinos 33.700.000. Hasta concluir el contrato de rescate, se consideraba a los campesinos «temporalmente dependientes» del terrateniente, a quien debían rendir tributos fructuarios o monetarios.

Lenin calificó la Reforma de 1861 como el primer acto de violencia masiva contra el campesinado en beneficio del capitalismo naciente en la agricultura.

66. El 1 de marzo de 1881 unos militantes del partido La Voluntad del Pueblo (ver nota al pie 35, p. 78), tras varios intentos fallidos, dieron muerte al zar Alejandro II. Los organizadores del atentado fueron detenidos y ejecutados; luego se efectuaron varios procesos. La actividad de La Voluntad del Pueblo cesó. Lo erróneo de la teoría y la táctica y la ausencia de amplios vínculos con las masas populares llevaron al fracaso de la organización, pese a la abnegación y al heroísmo de sus militantes.

II, se dignase manifestar su benevolencia al venerable Lev Nikoláevich (Tolstói), ¿en qué rincón se esconderían ustedes con sus intrigas, intimidaciones y amenazas?

Es inútil que citen el texto de las oraciones que el clero eleva por la salud del zar; ese galimatías ya no convence a nadie. Quien domina en nuestro país es la autocracia: si reciben la orden, compondrán oraciones tres veces más largas y expresivas».

* * *

El segundo discurso, de otro de los mariscales de la nobleza, no logró —por lo que sabemos— ser publicado en nuestros periódicos. Un corresponsal desconocido para la Redacción nos lo envió en agosto, en impresión hectográfica, con el siguiente título escrito a lápiz: *Discurso de uno de los mariscales de la nobleza de distrito, pronunciado en una reunión privada de mariscales de la nobleza para discutir los asuntos estudiantiles*. Transcribimos dicho discurso íntegramente:

Como el tiempo apremia, expresaré en forma de tesis mis consideraciones sobre nuestra reunión de mariscales de la nobleza:

Las causas de los actuales desórdenes son más o menos conocidas. En primer lugar, se deben al desbarajuste general que afecta a todo el régimen estatal, a la dirección oligárquica de la camarilla burocrática, es decir, a la dictadura de la burocracia. Este desbarajuste de la dictadura burocrática gubernamental se revela en el conjunto de la sociedad rusa, de arriba abajo; como un descontento general cuya expresión exterior es la politiquería que abarca a todos los sectores y que no es pasajera o superficial, sino profunda y crónica.

Como es una enfermedad que afecta a toda la sociedad, esa politiquería se refleja en todas sus manifestaciones, funciones e instituciones; por lo tanto, se refleja también, forzosamente, en los establecimientos de enseñanza, con su población más joven y, en consecuencia, más sensible, sometida asimismo al régimen opresivo de la dictadura burocrática.

Aunque reconocemos que la raíz del mal que dio origen a los disturbios estudiantiles es el desorden general del Estado y el malestar general engendrado por ese desorden, no podemos, sin embargo —en virtud de un sentimiento natural y de la necesidad de detener el progreso del mal local—, desentendemos de esos disturbios; es preciso, aunque solo sea desde este lado, esforzarse por reducir las manifestaciones del mal general, terriblemente destructoras, lo mismo que cuando está enfermo todo

el organismo, cuando se trata de un proceso lento, radical, de curación, se adoptan medidas urgentes para hacer desaparecer las complicaciones locales agudas y destructivas de esa enfermedad.

En los establecimientos de enseñanza media y superior, el mal del régimen burocrático se expresa, sobre todo, en la sustitución del desarrollo humano —de la juventud—, de la instrucción del hombre por un adiestramiento de tipo burocrático, que entraña una sistemática opresión de la personalidad humana y de su dignidad. La desconfianza, la indignación, la irritación contra los jefes y los preceptores provocadas por todo esto entre la juventud, se propagan de las escuelas secundarias a las universidades, donde, por desgracia, dada la situación actual de la enseñanza superior, la juventud tropieza con el mismo mal, la misma opresión de la personalidad humana y de su dignidad.

En una palabra, la juventud encuentra en las universidades no el templo del saber, sino una fábrica donde de la impersonal masa estudiantil se elabora el producto burocrático indispensable para las necesidades del Estado.

Este aplastamiento de la persona humana —cuando se convierte a los estudiantes en una masa amorfa y maleable—, que se manifiesta en la presión sistemática, crónica, en la persecución de todo lo que es personal y digno, y a menudo en el empleo de la fuerza bruta, constituye el fundamento de todas las agitaciones estudiantiles, que se prolongan ya decenas de años y amenazan con perpetuarse, cobrando una fuerza cada vez mayor y llevándose consigo las mejores energías de la juventud rusa.

Todo esto lo sabemos, ¿pero qué hacer en las circunstancias actuales? ¿Cómo ayudar en este momento a solucionar la difícil situación que atravesamos, con toda su exasperación, su desgracia y su dolor? ¿Abandonarlo todo, sin haber intentado nada? ¿Abandonar a nuestra juventud a su propia suerte, en manos de la burocracia y de la policía, lavarnos las manos y retirarnos? He ahí, en mi opinión, el problema principal, o sea, cómo remediar esta manifestación aguda de la enfermedad, a la vez que reconocemos su carácter general. Nuestra reunión me recuerda a una multitud de personas bienintencionadas que penetran en una intrincada selva con el propósito de desmontarla y que, al ver el enorme e ímprobo trabajo que les aguarda, se detienen llenas de estupor, en vez de concentrarse en algún punto determinado.

El profesor K. T. nos ha presentado un brillante cuadro general de la situación actual de la Universidad y del estudiantado; señaló la influencia que ejercen en los desquiciados estudiantes diversos factores exteriores

y nocivos, no solo políticos, sino incluso policiales; pero todo ello lo conocíamos más o menos antes, aunque no con tanta claridad.

Como única medida posible, nos indicó la necesidad de demoler radicalmente el régimen actual en todos los establecimientos de enseñanza para sustituirlo por otro nuevo y mejor, pero advirtió a la vez que esta tarea requerirá quizá mucho tiempo. Y si tenemos en cuenta que en el Estado ruso —como en cualquier otro— todo régimen particular está orgánicamente ligado al régimen general, ese tiempo puede prolongarse hasta el infinito.

¿Qué se puede hacer ahora, por lo menos para aliviar el insoportable dolor que nos causa la enfermedad en este momento? ¿A qué paliativo recurrir? Es sabido que los paliativos, cuya finalidad es aliviar momentáneamente al enfermo, suelen ser considerados indispensables. Pero no hemos dado una respuesta al problema; en lugar de ello, por lo que respecta a la juventud estudiantil en general, escuchamos algunos juicios tan imprecisos y endebles que, debo decirlo, oscurecen aún más el problema; incluso resulta difícil reproducirlos de memoria, pero lo intentaré.

Se hablo de las estudiantes; se dijo que les hemos brindado cursos y conferencias, y ellas, ¿cómo nos lo agradecen? ¡Pues participando en los disturbios estudiantiles!

Si hubiésemos obsequiado al bello sexo con flores o costosos adornos, entonces el reproche sería comprensible; pero organizar cursos para mujeres no es una galantería, sino la satisfacción de una necesidad social. Los cursos para mujeres no son un capricho, sino establecimientos de enseñanza superior tan necesarios en la sociedad como las universidades y demás, para el desarrollo superior de la juventud sin distinción de sexo. Por eso existe una completa solidaridad, tanto social como de camaradería, entre los establecimientos educacionales masculinos y femeninos.

Esta solidaridad, a mi juicio, explica enteramente el hecho de que la efervescencia que domina a la juventud en general se haya contagiado también a las estudiantes; se agita toda la juventud estudiantil, vista ropas de varón o de mujer.

Luego se pasó de nuevo al tema de las revueltas estudiantiles y se dijo que no hay que dar rienda suelta a los estudiantes, que sus escándalos hay que reprimirlos por la fuerza; a esto se objetó, a mi parecer con razón, que esos escándalos, en todo caso, no son casuales, sino crónicos, condicionados por causas profundas, y que por tanto no cederán ante la mera acción de medidas punitivas, como ya lo demostró la experiencia anterior. Según mi opinión personal, aún está lejos de ser claro cuál de

las partes es responsable por el escándalo principal de esos escandalosos desórdenes que agitan y matan a nuestros establecimientos de enseñanza; yo no creo en las informaciones oficiales.

Esa es la cuestión, pues a la otra parte nadie la escucha, aunque tampoco se la podría oír: está amordazada (aunque no se ha confirmado plenamente la veracidad de mis palabras acerca de que la administración miente en sus informaciones y que los disturbios son provocados principalmente por ella, por sus desmanes).

Asimismo, se hizo referencia a la influencia de diversas fuerzas revolucionarias exteriores sobre la juventud estudiantil.

Sí, es verdad, esa influencia existe, pero se le atribuye una importancia demasiado grande: los industriales, por ejemplo, en cuyas empresas esta influencia se manifiesta particularmente, también le echan todas las culpas y alegan que si no existiese todo andaría a las mil maravillas. Olvidan o callan la existencia de la explotación legítima e ilegítima de la cual son objeto los obreros, y que al sumirlos en la desventura provoca entre ellos el descontento y luego los desórdenes. De no existir tal explotación, los elementos revolucionarios exteriores tampoco tendrían los numerosos motivos y pretextos gracias a los cuales se inmiscuyen con tanta facilidad en los asuntos de las fábricas. Lo mismo se puede decir, en mi opinión, de nuestros establecimientos de enseñanza, que de templos del saber se han convertido en fábricas de elementos burocráticos.

En la conciencia instintiva del yugo que pesa sobre toda la juventud estudiantil, en el sentimiento general de malestar motivado por ese yugo entre los estudiantes de todos los establecimientos, reside la fuerza del pequeño, pero lúcido, puñado de muchachos a que se refirió el señor profesor, capaz de hipnotizar y empujar en cualquier dirección —ya sea a la huelga o a toda clase de disturbios— a verdaderas multitudes de jóvenes aparentemente nada propensos al desorden. ¡Eso sucede en todas las fábricas!

Recuerdo que se decía, además, que no es recomendable incensar a los estudiantes; que no se les debe expresar simpatía durante los disturbios; que las expresiones de simpatía los incitan a nuevos desmanes, y esto se ilustró con ejemplos, es decir, con diversos casos. Al respecto advertiré, en primer lugar, que en la confusión derivada del cúmulo y de la diversidad de hechos que se producen en los disturbios no es posible tomar como prueba un hecho concreto cualquiera, puesto que se hallarán muchos otros que lo contradigan; solo se puede uno detener en las características generales, que trataré de analizar brevemente.

Los estudiantes, como todos sabemos, distan mucho de haber sido mimados en exceso; lejos de ser incensados (no me refiero a la década del 40), ni siquiera gozaron de particular simpatía por parte de la sociedad. En la época de los desórdenes, la sociedad mantenía al respecto una actitud de perfecta indiferencia, o más que negativa: los acusaba de ser los únicos culpables, sin conocer ni desear conocer las causas que habían originado esos desórdenes (solo se daba crédito a las informaciones gubernamentales, hostiles a los estudiantes, sin dudar de su veracidad; esta es la primera vez, me parece, que la sociedad ha dudado). De modo, pues, que ni hablar cabe de incensación.

Sin esperar apoyo de la sociedad culta en general, ni de los profesores y las autoridades universitarias, los estudiantes decidieron, por último, buscar la simpatía de diversos elementos del pueblo, y ya hemos visto que, finalmente, más o menos lo han logrado; han comenzado a ganar poco a poco la simpatía de la muchedumbre.

Para convencerse de ello, basta recordar la diferencia entre la actitud de la muchedumbre hacia los estudiantes, en la época de los apaleamientos en Ojotni Riad,⁶⁷ y la actitud de ahora. Y ahí está el gran mal: no en la simpatía en general, sino en su parcialidad, en el tinte demagógico que adquiere.

La ausencia de toda simpatía y concurso con la juventud estudiantil por parte de la intelectualidad respetable, así como la desconfianza nacida de ello, arrojan forzosamente a nuestra juventud en brazos de los demagogos y revolucionarios, la convierten en su instrumento, y en su propio seno, inevitablemente, se desarrollan cada vez más los elementos demagógicos, alejándola del desarrollo cultural pacífico y del orden existente —si es que se le puede llamar orden—, y empujándola al campo enemigo.

Debemos culparnos a nosotros mismos si la juventud deja de confiar en nosotros; ¡nada hemos hecho para merecer su confianza!

Estas son las ideas principales que expresaron los asistentes; las restantes, aunque no fueron pocas, creo que no vale la pena recordarlas.

Así pues, termino. Nos habíamos reunido para tratar de hacer algo a fin de calmar las pasiones del momento, para aliviar la dura suerte de nuestra juventud —hoy, y no quién sabe cuándo—, y nos vemos derrotados; de nuevo la juventud tendrá derecho a decir, y dirá, que también

67. *Ojotni Riad*; de *ojota* [caza]: así se llamaba antes de la Revolución una calle comercial de Moscú donde se vendía caza y aves. Los comerciantes de esta calle y sus dependientes participaban activamente en los pogromos organizados por la policía para disolver las asambleas y las manifestaciones estudiantiles.

ahora, como antes, la intelectualidad rusa, pacífica, respetable, no puede —y no desea— prestarle la menor ayuda, salir en su defensa, tratar de comprenderla y aliviar su amarga suerte. El abismo entre nosotros y la juventud será aún mayor y ella se incorporará cada vez más a las filas de los demagogos de toda laya que le tienden la mano.

No hemos sido derrotados porque no se aceptara nuestra propuesta de dirigimos al zar; quizás esta medida sea, en efecto, inoperante —aunque, en mi opinión, tampoco fue bien examinada—; nuestra derrota se debe a que hemos destruido la posibilidad de aplicar cualquier medida en favor de nuestra sufrida juventud, hemos confesado nuestra impotencia y otra vez, igual que antes, nos hemos quedado a oscuras.

¿Qué nos resta por hacer?

¿Lavarnos las manos y pasar de largo?

En esta oscuridad se encierra la terrible y desesperada tragedia de la vida rusa».

No se requiere mucho comentario acerca de este discurso. Pertenecer también, es evidente, a un noble ruso aún lo bastante «jovial» y que por motivos ya sea doctrinarios, ya sea de miserable interés egoísta, se inclina ante el «desarrollo cultural pacífico» del «orden existente» y se indigna contra los «revolucionarios», a quienes confunde con «demagogos». Pero esta indignación, si se la mira más de cerca, es algo parecido al refunfuñar de un anciano —no por la edad, sino por sus concepciones—, dispuesto quizás a reconocer también algo bueno en aquello contra lo cual refunfuña. Al hablar del «orden existente» no puede abstenerse de hacer la salvedad: «Si es que se le puede llamar orden». En su corazón hay no poco rencor contra los desbarajustes de la «dictadura de la burocracia», contra «la persecución sistemática, crónica, de todo lo personal y digno»; no puede dejar de ver que los desmanes provienen, en su mayor parte, de la administración. Es bastante franco como para reconocer su impotencia y lo indecoroso que es «lavarse las manos» ante los males que padece el país. Verdad es que todavía le asusta la «parcialidad» de la simpatía hacia los estudiantes por parte de la «muchedumbre»; su mente aristocrática y refinada se imagina el peligro de la «demagogia», y tal vez hasta el peligro del socialismo —¡pagaremos su franqueza con la nuestra!—. Pero sería poco razonable probar en la piedra de toque del socialismo las concepciones y sentimientos de un mariscal de la nobleza, hartos ya de la despreciable burocracia rusa. No tenemos que emplear ardides, ni

con él ni con nadie; cuando un terrateniente ruso, por ejemplo, clame contra la explotación ilegítima y la miseria de los obreros *fabriles*, no dejaremos de decirle, entre paréntesis: «¡No harías mal, compadre, en mirarte a ti mismo!». ⁶⁸ No le ocultaremos, ni por un instante, que sostenemos y seguiremos sosteniendo el punto de vista de la lucha de clases irreconciliable contra los «amos» de la sociedad moderna. Pero un agrupamiento político no se determina solamente por los objetivos finales, sino también por los inmediatos; no solo por las concepciones de orden general, sino también por la presión de la necesidad práctica inmediata. A todo aquel que comienza a ver con claridad la contradicción entre el «desarrollo cultural» del país y el «régimen opresivo de la dictadura burocrática», tarde o temprano la propia vida lo llevará a la conclusión de que esa contradicción es insoluble sin suprimir la autocracia. Y cuando llegue a esta conclusión, ayudará necesariamente —continuará refunfuñando, pero ayudará— al partido que sea capaz de poner en marcha contra la autocracia una fuerza temible no solo a sus propios ojos, sino a los ojos de todos y de cada uno. ¡Para llegar a ser un partido así, la socialdemocracia, repetimos, debe depurarse de toda la inmundicia oportunista y, bajo la bandera de la teoría revolucionaria, apoyándose en la clase más revolucionaria, dirigir su propaganda y su actividad en materia de organización a todas las clases de la población!

En cuanto a los mariscales de la nobleza, les diremos a manera de despedida: ¡hasta la vista, señores, aliados nuestros de mañana!

68. Palabras de la fábula *El espejo y la mona*, del fabulista ruso I. A. Krilov.

El comienzo de las manifestaciones

Iskra, n.º 13 (diciembre de 1901)

Hace dos semanas, al conmemorar el vigesimoquinto aniversario de la primera manifestación revolucionario-social en Rusia, que tuvo lugar el 6 de diciembre de 1876 en la Plaza de Kazán, en Petersburgo, destacábamos el magno ascenso de las manifestaciones a comienzos del año que acaba. Decíamos que los manifestantes deben presentar una consigna política más concreta que la de «Tierra y libertad» (1876)⁶⁹ y una reivindicación más amplia que la de «abolición del Reglamento Provisional» (1901). Esa consigna debe ser la *libertad política*, esa reivindicación de todo el pueblo debe ser *la exigencia de que se convoque a los representantes del pueblo*.

Y vemos ya que las manifestaciones se reanudan con los motivos más diversos en Nizhni Nóvgorod, en Moscú y en Járkov. La efervescencia crece en todas partes y se hace más imperioso cada día encauzarla en un torrente único *contra la autocracia*, que siembra por doquier la arbitrariedad, la opresión y la violencia. El 7 de noviembre tuvo lugar en Nizhni Nóvgorod una manifestación, pequeña, pero que transcurrió felizmente, con motivo de la despedida a Máximo Gorki. Este escritor, famoso en toda Europa y cuya única arma ha sido la palabra libre —como dijo atinadamente un orador durante la manifestación— es desterrado de su ciudad natal, sin formación de causa, por el Gobierno autocrático. Los jenízaros le acusan de haber ejercido una mala influencia sobre nosotros —dijo el orador en nombre de todos los rusos que aspiran, por poco que sea, a la luz y la libertad—, mas nosotros declaramos que ha sido una buena influencia. Los esbirros cometen excesos en secreto, pero nosotros denunciaremos sus excesos y los haremos del dominio público. ¡En nuestro país se golpea a los obreros que defienden su derecho a una vida

69. En aquel tiempo actuaba con el lema «Tierra y libertad» una organización clandestina del mismo nombre, fundada por los populistas en Rusia, en 1876. Los adeptos de Tierra y Libertad, considerando al campesinado como la principal fuerza revolucionaria en Rusia, intentaron alzar a los campesinos contra el zarismo. Desplegaron su labor revolucionaria en varias provincias de Rusia. En 1879 se formó en el seno de Tierra y Libertad una fracción que consideraba el terrorismo como el principal medio de lucha contra el zarismo. En el congreso celebrado aquel mismo año en Vorónezh, Tierra y Libertad [*Zemliá i Volia*] se dividió en dos organizaciones: La Voluntad del Pueblo [*Naródnaya Volia*] y Reparto Negro [*Chorni Peredel*].

mejor, en nuestro país se golpea a los estudiantes que protestan contra la arbitrariedad, en nuestro país se ahoga toda palabra honrada y audaz! La manifestación, en la que participaron también obreros, terminó con la exclamación solemne de un estudiante: «¡Caerá la arbitrariedad y se alzará el pueblo, poderoso, libre y fuerte!».

En Moscú esperaban a Gorki en la estación centenares de estudiantes, y la policía, asustada, lo *detuvo* en el vagón a mitad de camino, le prohibió entrar en Moscú —a pesar de la autorización especial que se le había concedido antes— y obligó a que se trasladase directamente del ferrocarril de Nizhni Nóvgorod al de Kursk. La manifestación con motivo del destierro de Gorki no tuvo éxito, pero el día 18, sin preparación alguna, se celebró una pequeña manifestación de estudiantes y «elementos extraños» —como dicen nuestros ministros— ante la casa del gobernador general por haber sido prohibida una velada en honor de N. A. Dobroliúbov, de cuya muerte se cumplieron 40 años el 17 de noviembre. El representante del poder autocrático en Moscú fue silbado por personas para las cuales, como para toda la Rusia instruida y pensante, es caro el nombre de este escritor, que odiaba apasionadamente la arbitrariedad y ansiaba apasionadamente la insurrección popular contra los «turcos interiores»: contra el Gobierno autocrático. El Comité Ejecutivo de las organizaciones estudiantiles de Moscú ha señalado con razón en su boletín del 23 de noviembre que esta manifestación no preparada es un síntoma claro de descontento y de protesta.

La manifestación de Járkov, suscitada por asuntos estudiantiles, se transformó ya en una verdadera refriega callejera en la que participaron no solo estudiantes. La experiencia del año pasado no ha sido inútil para ellos. Han visto que solo el apoyo del pueblo —y, principalmente, el apoyo de los obreros— puede asegurarles el éxito, y que para conseguir este apoyo deben luchar no solamente por la libertad académica (estudiantil), sino por *la libertad de todo el pueblo*, por *la libertad política*. El Consejo de la Unión de Organizaciones Estudiantiles de Járkov había expresado ya claramente esta idea en su proclama de octubre. Mas también los estudiantes de Petersburgo, Moscú, Kiev, Riga y Odesa, como se ve por sus hojas y proclamas, han empezado a comprender todo lo «absurdo de las ilusiones» de la libertad académica mientras exista la esclavitud extrema del pueblo. El abyecto discurso del general Vannovski en Moscú, quien desmintió los «rumores» de que hubiera prometido algo en otra ocasión; la inaudita insolencia de un polizone de Petersburgo, que

detuvo a un estudiante en el Instituto Electrotécnico para arrebatarse una carta que le había entregado un mensajero; el salvaje apaleamiento de los estudiantes de Yaroslavl por la policía en la calle y en la comisaría; estos y miles de otros hechos clamaban, llamando a luchar, luchar y luchar contra todo el régimen autocrático. Lo ocurrido con los estudiantes de veterinaria de Járkov colmó la paciencia. Los estudiantes de primer año pidieron por escrito la destitución del profesor Laguermark, quejándose de su actitud burocrática y de su insoportable grosería, ¡que llegaba a veces a arrojar el programa al rostro de los estudiantes! El Gobierno, sin examinar el asunto, respondió expulsando del instituto a todos los alumnos de primer año. Y por si fuera poco, los difamó en su comunicado, declarando que exigían el derecho de designar a los profesores. Entonces se alzaron todos los estudiantes de Járkov y decidieron declarar la huelga y organizar una manifestación. Del 28 de noviembre al 2 de diciembre, Járkov se convirtió por segunda vez en este año en campo de batalla de los «turcos interiores» contra el pueblo, que protestaba por las arbitrariedades de la autocracia. De una parte, gritos de «¡Abajo la autocracia! ¡Viva la libertad!». De otra, sablazos, latigazos y caballos que pisoteaban a la multitud. La policía y los cosacos, que apalearon despiadadamente a todos y cada uno, sin hacer distinciones de sexo ni de edad, vencieron a los manifestantes inermes y ahora celebran su triunfo...

¿Será posible que les dejemos triunfar?

¡Obreros! Conocéis demasiado bien la fuerza enemiga que hace escarnio del pueblo ruso. Esa fuerza enemiga os ata de pies y manos en vuestra lucha cotidiana contra los patronos por una vida mejor y por la dignidad humana. Esa fuerza enemiga apresa a centenares y miles de vuestros mejores camaradas, los arroja a las cárceles y al destierro y, como si se mofara de ellos, los declara «individuos de mala conducta». Esa fuerza enemiga disparó el 7 de mayo contra los obreros de la fábrica de Obújov, en Petersburgo —los cuales se habían alzado al grito de «¡necesitamos la libertad!»—, y después montó una farsa judicial para enviar a presidio a los héroes que no habían asesinado las balas. Esta fuerza enemiga, que apalea hoy a los estudiantes, se lanzará mañana contra vosotros para apalearos con redoblada ferocidad. ¡No perdáis tiempo! ¡Recordad que debéis apoyar toda protesta y toda lucha contra los jenízaros del Gobierno autocrático! Procurad por todos los medios llegar a un acuerdo con los estudiantes que se manifiestan; organizad círculos para la rápida difusión

de noticias y distribución de manifiestos; explicad a todos y cada uno que os alzáis a la lucha por la libertad de todo el pueblo.

¡Cuando aquí y allá empieza a arder el fuego de la inclinación popular y de la lucha abierta, hace falta en primer lugar, y sobre todo, una fuerte corriente de aire fresco para que ese fuego pueda transformarse en una gran llama!

Acerca del presupuesto del Estado

Iskra, n.º 15 (enero de 1902)

Como de costumbre, nuestros periódicos han publicado el informe sobre el presupuesto de ingresos y gastos del Estado para 1902, elevado al soberano por el ministro de Hacienda. Como de costumbre —según asegura el ministro—, todo marcha felizmente: «las finanzas se encuentran en una situación muy favorable», el presupuesto «se mantiene en constante equilibrio», «la instalación de vías férreas continúa desarrollándose con éxito», ¡e incluso «se opera un aumento constante del bienestar del pueblo»! No es extraño que en nuestro país haya tan poco interés por los problemas de la hacienda pública, pese a toda su importancia: ese interés se ve embotado por las loas oficiales de rigor; cada uno sabe que el papel aguanta todo, que «de todos modos» al público «no se le permite pasar» detrás de los bastidores de los malabarismos financieros oficiales.

Pero esta vez salta a la vista la siguiente circunstancia: el prestidigitador, con la destreza habitual, muestra al público sus manos vacías y, realizando movimientos con ellas, presenta —una tras otra— las monedas de oro. El público aplaude. Pero el prestidigitador, no obstante, comienza a defenderse con extremado ardor y a asegurar, casi con lágrimas en los ojos, que no está haciendo trampa, que no hay déficit, que en su cuenta el debe es menor que el haber. El público ruso está tan bien adiestrado respecto a la conducta que se debe observar en los lugares públicos que, sin saber por qué, se siente un tanto incómodo, y solo unos pocos murmuran para su coleteo el proverbio francés «quien se excusa, se acusa».

Veamos cómo «se excusa» nuestro Witte. El exorbitante gasto de casi dos mil millones de rublos (1.946 millones) solo fue cubierto por completo gracias a los 144 millones extraídos de la famosa «liquidez» del Tesoro, en tanto que dicha liquidez fue completada con el empréstito del año pasado, de 127 millones de rublos al 4 por ciento de interés —el empréstito total fue de 148 millones de rublos, pero 21 millones aún no han sido colocados—. ¿De modo que hay un déficit cubierto por un empréstito? De ninguna manera, nos asegura el mago, «el empréstito no se lanzó porque fuera necesario cubrir gastos no previstos en el presupuesto» —ya que, una vez cubiertos, quedaban todavía «enteramente disponibles» 114 millones de rublos—, sino porque se deseaba construir nuevas vías férreas. ¡Muy bien, señor Witte! Sin embargo, primero, con

esta explicación usted no refuta la existencia del déficit, porque aun con 114 millones de rublos «enteramente disponibles» no se puede cubrir un gasto de 144 millones. Segundo, esa liquidez (de 114 millones) comprendía los 63 millones de rublos excedentes sobre las previsiones de los ingresos ordinarios de 1901, y hace tiempo que nuestra prensa llama la atención sobre el hecho de que usted *reduce artificialmente* los renglones de ingresos para inflar de manera ficticia la «liquidez» y aumentar incesantemente los impuestos.

El año pasado, por ejemplo, aumentaron los derechos de timbre —nueva ley de timbre—; subió el precio del vodka producido por el Estado —de 7 rublos a 7 rublos y 60 kopeks el vedró—; se mantuvo el aumento de los derechos de aduana —decidido en 1900, con carácter presuntamente «provisional», con motivo de la guerra con China⁷⁰—, etc. Tercero, mientras ensalza usted «el papel civilizador» de los ferrocarriles, guarda modesto silencio acerca de la costumbre puramente rusa y nada civilizada de *robar al fisco* durante la construcción de las vías férreas, ¡sin hablar ya de la escandalosa explotación de que son objeto los obreros y los hambrientos campesinos por parte de los contratistas! Por ejemplo, un diario ruso informaba hace poco de que el coste de la construcción del ferrocarril siberiano fue calculado primero en 350 millones de rublos, pero que en realidad asciende a 780 millones de rublos, y que el total llegará probablemente a superar los *1.000 millones* —*Iskra* ya dijo algo sobre la magnitud de los robos cometidos en las obras del Transiberiano; véase el número 2⁷¹—. En cuanto a los ingresos, señor Witte, sus cálculos son correctos, sin omisiones; ¡pero pruebe a presentar las cuentas financieras sobre *la magnitud real de los gastos*!

Después, no hay que olvidar que la construcción de ferrocarriles en 1902 se emprendió en parte por los objetivos militares de nuestro Gobierno «amante de la paz» —la gran línea férrea Bologoe-Siedlce, con una extensión de más de 1.000 verstas— y en parte por la absoluta necesidad

70. Se refiere a la intervención de las potencias imperialistas (Alemania, Japón, Italia, Inglaterra, EE. UU., Francia, la Rusia zarista y Austria-Hungría) en China, emprendida para sofocar la insurrección antimperialista de los bóxers en los años 1899-1901 [pp. 9 y ss. de esta edición].

71. En el número 2 de *Iskra*, de febrero de 1901, en la sección *De nuestra vida social*, se insertó el suelto «En el “gran Ferrocarril Siberiano” (Carta de Siberia)», en el que se describía el ambiente de soborno y corrupción en las obras del ferrocarril hasta Vladivostok.

de prestar alguna «ayuda» a la deprimida industria, en cuyos asuntos está directamente interesado el Banco del Estado. Este no solo otorgó generosos créditos a varias empresas inestables, sino que, de hecho, tomó a muchas de ellas bajo su pleno control. ¡La bancarrota de las empresas industriales amenazaba con provocar la del Estado! Por último, no olvidemos que el continuo aumento de la suma de los empréstitos y del montante de los impuestos se produce bajo la administración del «genial» Witte, a pesar de que todos los capitales de las cajas de ahorro se utilizan íntegramente para apoyar el crédito del Estado. Ahora bien, estos capitales ya son superiores a 800 millones de rublos. Piensen en eso y comprenderán que Witte administra la economía en forma rapaz, que la autocracia va a la bancarrota de un modo lento, pero seguro, porque no es posible aumentar indefinidamente los impuestos y porque no siempre podrá la burguesía francesa acudir en ayuda del zar ruso.

Contra esta acusación de haber aumentado la deuda pública, Witte se defiende con argumentos que mueven a risa. Compara el debe y el «haber», compara la suma de empréstitos del Estado en 1892 y en 1902 con el coste de los ferrocarriles estatales en esos mismos años, y llega a la conclusión de que ha disminuido la deuda «neta». Pero poseemos todavía otros bienes: «fortalezas y buques de guerra» (¡que me aspen si no dice así el informe!), puertos y fábricas del Estado, capítulos de tributos y bosques. ¡Magnífico, señor Witte! ¿Pero usted no se da cuenta de que se parece al comerciante que, enjuiciado por quiebra, trata de justificarse ante los hombres que están a punto de realizar un inventario de sus bienes? Mientras una empresa tenga una situación sólida, a nadie se le ocurrirá exigirle una garantía especial para concederle un crédito. Desde luego, nadie pone en duda que el pueblo ruso posee muchos «bienes», pero cuanto más grande es ese haber, mayor es la culpa de quienes, a pesar de la abundancia, dirigen la economía solo multiplicando los empréstitos y aumentando los impuestos. Usted demuestra una sola cosa: el pueblo debe expulsar cuanto antes a los hombres que con tanta rapacidad disponen de sus bienes. En rigor Turquía era, hasta ahora, el único país europeo que presentaba bienes especiales del Estado como garantía de sus empréstitos públicos. Y ello conducía, naturalmente, a que *los acreedores extranjeros impusieran su control* sobre la forma de administrar los bienes que debían garantizar la devolución del dinero que habían prestado. La economía de la «gran potencia rusa» bajo el control de los

representantes de Rothschild y de Bleichroder: ¡qué brillante perspectiva nos ofrece usted, señor Witte!*

No hablemos ya de que ningún banquero aceptaría como garantía fortalezas y buques de guerra, ni de que esto no representa una ventaja, sino un inconveniente en nuestra economía nacional. Los ferrocarriles mismos solo pueden servir de garantía cuando dan beneficio. Pero del informe de Witte se deduce que, hasta ahora, todos los ferrocarriles rusos han dado pérdidas. Solo en 1900 se cubrió el déficit en el Transiberiano y se obtuvo «un pequeño beneficio neto», tan pequeño que Witte prefiere guardar un modesto silencio acerca de su suma. Calla también que en los primeros dos tercios de 1901 los ingresos de los ferrocarriles de la Rusia europea bajaron, como consecuencia de la crisis. ¿Cuál sería el balance de nuestra economía ferroviaria si se tomaran en cuenta no solo las cifras oficiales del dinero entregado para la construcción, sino también las sumas reales del dinero robado durante la misma? ¿No es tiempo ya de poner este patrimonio realmente valioso en manos más seguras?

En cuanto a la crisis industrial, claro está, Witte se refiere a ella en el tono más tranquilizador: «Una pausa» que «sin duda alguna no afectará la prosperidad general de la industria, y al término de cierto lapso vendrá probablemente (!!) un nuevo período de reanimación industrial». ¡Menudo consuelo para los millones de obreros que sufren las consecuencias del paro y de la disminución del salario! En la partida de los gastos del Estado será inútil buscar la menor referencia a los millones y decenas de millones que el fisco ha dilapidado para sostener, directa o indirectamente, a las empresas industriales «afectadas» por la crisis. Y que en este aspecto no se han detenido ni ante sumas gigantescas lo prueba la información periodística de que la cuantía global de los créditos entregados por el Banco del Estado, desde el 1 de enero de 1899 hasta el 1 de enero de 1901, aumentó de 250 a 449 millones de rublos, en tanto que la de los créditos industriales pasó de 8,7 a 38,8 millones de rublos. Ni siquiera la pérdida de 4 millones de rublos sobre esos préstamos industriales causó la menor dificultad al Tesoro. ¡En cuanto a los obreros que sacrificaron

* El propio Witte se dio cuenta de la torpeza de sus argumentos sobre «los bienes», y por eso, en otra parte de su informe, trata de «corregirse» declarando que el aumento del valor de los bienes del Estado «no tiene mayor importancia en relación con los compromisos del Tesoro ruso, ya que el crédito de Rusia no necesita garantías especiales». ¡Claro! ¡Pero de todos modos, la nómina detallada de esas garantías especiales queda hecha, por si las moscas!

en el altar de los «éxitos industriales» no el contenido de sus bolsillos, sino su vida y la de los millones de seres a los que sustentan con su salario, el Estado los ayudó enviándolos «gratuitamente», por millares y millares, de las ciudades industriales a las aldeas hambrientas!

Witte procura evitar por completo la palabra «hambre», asegurando en su informe que las «dolorosas consecuencias de la mala cosecha [...] serán atenuadas mediante una generosa ayuda a los necesitados». Esta ayuda generosa, según sus propias palabras, es de 20 millones de rublos, mientras que las pérdidas de cereales por la mala cosecha se estiman en 250 millones de rublos —esto está calculado al precio muy bajo de 50 kopeks el pud, pero comparándolo con los años de buena cosecha—. ¿Verdad que es una ayuda realmente «generosa»? Aun si se admite que solo la mitad de las pérdidas recae sobre los campesinos pobres, resultará que después de todo habíamos subestimado la mezquindad del Gobierno ruso cuando señalamos (a propósito de la circular de Sipiaguin, véase *Iskra*, n.º 9 [«La lucha contra los hambrientos», pp. 73 y ss. de esta edición]) que reduce los créditos *a una quinta parte* de lo que debieran ser. El zar ruso es generoso, pero no para ayudar al mujik, sino para disponer medidas policiales contra quienes desean de veras ayudar a los hambrientos. También es generoso al derrochar millones para arrancar un pedazo de China, lo más suculento posible. En dos años —informa Witte— se han invertido en la guerra con China 80 millones de rublos de los gastos extraordinarios; *además*, sumas muy importantes *a cuenta del presupuesto ordinario*. ¡En total, probablemente, *un centenar de millones de rublos*, si no más! El obrero sin trabajo y el mujik hambriento pueden consolarse con que, en cambio, Manchuria será nuestra...

La falta de espacio nos obliga a tocar brevemente las otras partes del informe. Witte también se defiende de la acusación de mezquindad en los gastos para instrucción pública: a los 36 millones de rublos previstos en el presupuesto de ese Ministerio agrega los gastos para enseñanza de los demás departamentos y «alcanza» así la suma de 75 millones de rublos. Pero aun esta cifra —de exactitud dudosa— es misérrima para toda Rusia, y no representa ni el cinco por ciento del presupuesto. La circunstancia de que «nuestro presupuesto del Estado se estructura con preferencia sobre la base de un sistema de contribución indirecta» es considerada por Witte como una ventaja, y repite los manidos argumentos burgueses acerca de la posibilidad de «conmensurar, de acuerdo con el grado de bienestar, el consumo de los artículos gravados con impuestos».

Pero en realidad, como se sabe, la contribución indirecta, que recae sobre los artículos de consumo popular se caracteriza por su excepcional injusticia, pues descarga todo su peso sobre los pobres, mientras que crea un privilegio para los ricos. Cuanto más pobre es un hombre, mayor es la parte de su ingreso que entrega al Estado en forma de impuestos indirectos. Las masas que poseen poco o nada constituyen las nueve décimas partes de la población, consumen las nueve décimas partes de los productos gravados con impuestos y pagan las nueve décimas partes de los impuestos indirectos, mientras que del total de la renta nacional solo reciben unas dos o tres décimas partes.

Como conclusión, una «minucia» interesante. ¿En qué capítulos sufrieron mayor aumento los gastos de 1901 a 1902? La suma total de gastos aumentó de 1.788 a 1.946 millones de rublos, es decir, en menos de un décimo. Al mismo tiempo, los gastos aumentaron *casi en un cuarto* en dos capítulos: «el mantenimiento de los miembros de la familia imperial» de —9,8 a 12,8 millones de rublos— y [...] «el mantenimiento del cuerpo especial de gendarmes» —de 3,96 a 4,94 millones de rublos—. He ahí la respuesta a la pregunta: ¿cuáles son las más apremiantes «necesidades del pueblo ruso»? ¡Qué conmovedora «unión» la del zar con los gendarmes!

La agitación política y el «punto de vista de clase»

Iskra, n.º 16 (febrero de 1902)

Comencemos con un ejemplo.

Los lectores quizá recuerden el alboroto que provocó en el congreso de misioneros el informe de M. A. Stajóvich, mariscal de la nobleza de la provincia de Oriol, sobre la necesidad de que la ley reconozca *la libertad de conciencia*. La prensa conservadora, con *Moskovskie Vedomosti* a la cabeza, descarga rayos y centellas contra el señor Stajóvich. Ya no sabe cómo injuriarlo, y llega casi a acusar de alta traición a todos los nobles de la provincia de Oriol por haber reelegido al señor Stajóvich como mariscal de la nobleza. Esta reelección es, en efecto, un hecho aleccionador que adquiere, hasta cierto punto, el carácter de una protesta de la nobleza contra la arbitrariedad y los desmanes policiales.

Stajóvich, asegura *Mosk. Véd.*, «más que mariscal de la nobleza, es Misha Stajóvich, hombre jovial y divertido, parlanchín, alma de las tertulias [...]» (1901, n.º 348). Tanto peor para ustedes, señores defensores del garrote. Si hasta los terratenientes jacareros hablan ya de la libertad de conciencia, significa que son en verdad incontables las infamias que cometen nuestros popes de común acuerdo con nuestra policía. «¿Qué le importan a nuestra frívola e intelectual turba, que genera y aplaude a los señores Stajóvich, lo que tenemos de más sagrado, la fe ortodoxa y los fervientes sentimientos que esta nos inspira? [...]». Una vez más: tanto peor para ustedes, señores defensores de la autocracia, de la ortodoxia, del carácter nacional. ¡Vaya un orden de cosas el de nuestra autocracia policial si hasta a la religión la ha impregnado de espíritu carcelario en tal grado que los «Stajóvich» —carentes por completo de convicciones firmes en materia religiosa, pero interesados, como veremos más adelante, en afianzar la religión— son ganados por la más completa indiferencia, cuando no por el odio, hacia la ortodoxia, ese pregonado santuario «nacional»! «¡Califican nuestra fe de extravío!! Se burlan de nosotros porque, gracias a ese “extravío”, tememos y rehuimos el pecado; porque cumplimos con resignación nuestros deberes, por pesados que sean; porque encontramos fuerzas y ánimo para soportar la desgracia y las privaciones y nos apartamos del orgullo en los aciertos y en la felicidad [...]». ¡Conque de eso se trata! ¡La sacrosanta ortodoxia es cara porque enseña a soportar

la desgracia «con resignación»! ¡Cuán provechosa, en efecto, resulta esta santidad para las clases dominantes! Cuando una sociedad está organizada de tal modo que una minoría insignificante disfruta de la riqueza y del poder, mientras las masas sufren continuas «privaciones» y cargan con las «obligaciones penosas», es muy natural que los explotadores simpatizen con la religión, que enseña a soportar «con resignación» el infierno en la tierra a cambio de un presunto paraíso celestial. En el ardor de su celo, *Mosk. Véd.* se va de la lengua, y se va hasta tal punto que, *sin querer, dice la verdad*. Escuchen: «Ni siquiera sospechan que, gracias a ese mismo “extravío”, ellos, los Stajóvich, comen hasta la saciedad, duermen tranquilos y viven alegremente».

¡Santa verdad! Justamente gracias a la gran difusión de los «extravíos» religiosos entre las masas populares, «duermen tranquilos» los Stajóvich, los Oblómov⁷² y todos nuestros capitalistas que viven del trabajo de esas masas, y también el propio *Mosk. Véd.* Pero cuanto más se difunda la instrucción en el pueblo, cuanto más sean reemplazados los prejuicios religiosos por la conciencia socialista, tanto más cercano estará el día de la victoria proletaria que liberará de su esclavitud a todas las clases oprimidas en la sociedad moderna.

Pero, habiéndosele ido la lengua en un punto, *Mosk. Véd.* esquivó con suma facilidad otra cuestión interesante. Es evidente que se equivoca cuando supone que los Stajóvich «no sospechan» la mencionada importancia de la religión y que solo por ligereza exigen reformas liberales. ¡Semejante explicación de una orientación política hostil ya es pasarse de ingenuidad infantil! Que el señor Stajóvich ha sido, en este caso precisamente, el portavoz de toda una tendencia liberal lo ha demostrado, mejor que nadie, el propio *Mosk. Véd.* De otro modo, ¿qué objeto había en desatar toda esa campaña contra un solo informe? ¿Por qué haber hablado no de Stajóvich, sino de *los* Stajóvich, de la «turba intelectual»?

Este error de *Mosk. Véd.* es, sin duda, un error interesado. *Mosk. Véd.*, se entiende, más por falta de deseo que por ignorancia, no aplica el punto de vista de clase al análisis del liberalismo, tan odiado por él. De la falta de deseo no vale la pena ni siquiera hablar. En cuanto al hecho de no saber hacerlo, tiene para nosotros un gran interés general, por cuanto de

72. *Oblómov*: protagonista de la novela homónima del escritor ruso I. A. Goncharov; terrateniente por antonomasia que se distinguía por la abulia más completa, la inactividad y la pereza extrema.

este pecado no están exentos muchos revolucionarios y socialistas. De él pecan también los autores de la carta publicada en el n.º 12 de *Iskra*,⁷³ que nos acusan de habernos alejado del «punto de vista» de clase por el hecho de que tratamos de seguir atentamente en nuestro periódico todas las manifestaciones de descontento y de protesta de los liberales; y también los autores de *Proletárskaya Borbá*⁷⁴ y de algunos folletos de la *Biblioteca Socialdemócrata*,⁷⁵ que se imaginan que nuestra autocracia es una dominación autocrática de la burguesía; y los Martínov, que nos llaman a dejar de lado la amplia y múltiple campaña —es decir, la más vasta agitación política— contra la autocracia para dedicarnos preferentemente a la lucha por las reformas económicas —dar algo «positivo» a la clase obrera, presentar en su nombre «exigencias concretas» de medidas legislativas y administrativas, «que prometen determinados resultados palpables»—; y los Nadezhdin, que preguntan con estupor, a propósito de nuestras correspondencias referentes a los conflictos estadísticos: «pero, por Dios, ¿no será para los zemstvos este órgano?».

Todos esos socialistas se olvidan que los intereses de la autocracia coinciden solamente en determinadas circunstancias y solo con determinados intereses de las clases poseedoras, y además, frecuentemente, no con los intereses de *todas* estas clases en general, sino con los intereses de algunas de sus capas. Los intereses de otras capas de la burguesía, como también

73. NdE: se refiere a la *Carta conjunta* escrita por un grupo anónimo de socialdemócratas rusos. Para una mayor profundización, ver el capítulo 6 de *Lenin redescubierto* (Ediciones Extáticas, 2024).

74. La colección *Proletárskaya Borbá* [*La lucha proletaria*], editada por el «Grupo Socialdemócrata de los Urales, se imprimió en 1899 en la imprenta de la asociación. Los autores de esta recopilación, colocados en la posición de «economicistas», negaban a la clase obrera la necesidad de fundar un partido político independiente, considerando que la revolución política podría realizarse por el camino de la huelga general, sin una organización y preparación previa de las masas y sin una insurrección armada.

75. *Biblioteca Obrera Socialdemócrata*: serie de folletos editada en 1900-1 por un grupo de socialdemócratas de Petersburgo y Vilno. Formado en el verano de 1900, el grupo Biblioteca obrera socialdemócrata se planteaba el objetivo de trasladar el centro de gravedad de la agitación socialdemócrata de la lucha económica a la política mediante la edición de los correspondientes folletos. Delatado por un provocador, el grupo Biblioteca obrera socialdemócrata fue liquidado por la policía en la noche del 29 al 30 de enero [12 de febrero] de 1901: todos sus miembros comprometidos fueron detenidos.

los intereses de *toda* la burguesía, en su acepción más amplia, de todo el desarrollo del capitalismo en general, engendran necesariamente una oposición liberal a la autocracia. Si, por ejemplo, la autocracia garantiza a la burguesía la posibilidad de aplicar las formas más groseras de explotación, por otro lado, pone mil obstáculos a un amplio desarrollo de fuerzas productivas y a la difusión de la instrucción, con lo cual levanta contra ella no solo a la pequeña, sino también, a veces, a la gran burguesía; si la autocracia es para la burguesía, una garantía (?) de protección contra el socialismo, por otro lado, esta protección, ante la falta de derechos de la población, se transforma necesariamente en arbitrariedad policial de tal naturaleza, que indigna a todos y a cada uno. ¿Cuál es el resultado de estas tendencias opuestas? ¿Cuál es la correlación entre la mentalidad o la tendencia conservadora y la liberal? Eso no puede ser deducido de un par de tesis generales, eso depende de todas las particularidades de la coyuntura política social del momento. Para definirla es preciso conocer en detalle esa coyuntura, seguir con atención todo choque entre no importa qué capa social y el gobierno. Es precisamente en virtud del «punto de vista de clase» que a un socialdemócrata no le está permitido permanecer indiferente ante el descontento y las protestas de los «Stajóvich».

Los socialistas antes mencionados, con sus razonamientos y su conducta, ponen de manifiesto su indiferencia frente al liberalismo, revelan con ello su incompreensión de los principios fundamentales del *Manifiesto comunista*, este «evangelio» de la socialdemocracia internacional. Recordad, por ejemplo, el pasaje donde se dice que la propia burguesía, a través de sus luchas por el poder, a través de los choques entre las diferentes capas y grupos que la componen, etc., proporciona los elementos para la educación política del proletariado. Solo en los países libres en el plano político tiene el proletariado fácil acceso a esos elementos (y aun así, solo en parte). En la Rusia esclava los socialdemócratas debemos trabajar activamente para suministrar a la clase obrera esos «elementos», es decir, debemos *asumir nosotros mismos* la tarea de realizar la agitación política general, la campaña nacional de denuncias contra la autocracia. Y esta tarea se impone sobre todo en los períodos de efervescencia política. Es preciso tener en cuenta que en un año de reanimación política el proletariado puede aprender más, en cuanto a educación revolucionaria, que en varios años de calma. Por esta razón, la tendencia de esos socialistas a *reducir* —consciente o inconscientemente— la envergadura y el contenido de la agitación política, es particularmente nociva.

Recuerden también el pasaje en el que se dice que los comunistas deben apoyar *todo* movimiento revolucionario contra el régimen existente. Estas palabras son entendidas a menudo de un modo demasiado estrecho, al no hacerlas extensivas al apoyo a la oposición liberal. No se debe olvidar, empero, que hay épocas en las que todo conflicto con el Gobierno en el terreno de los intereses sociales progresistas, por insignificante que sea, puede, en determinadas condiciones —*y nuestro apoyo es una de esas condiciones*—, convertirse en incendio general. Basta recordar el grandioso movimiento social que surgió en Rusia del choque entre los estudiantes y el Gobierno en torno a reivindicaciones relativas a la enseñanza, o bien, en Francia, la colisión entre todos los elementos progresistas y la camarilla militar por un proceso urdido sobre la base de testimonios falsos.⁷⁶ He ahí por qué es nuestro deber inmediato explicar al proletariado, ampliar y, mediante la participación activa de los obreros, apoyar toda protesta liberal y democrática, sea originada por un conflicto de los funcionarios del zemstvo con el Ministerio del Interior, de los nobles con el departamento de la ortodoxia policial, de los estadísticos con los Pompadour,⁷⁷ de los campesinos con los «funcionarios de los zemstvos», de los miembros de sectas religiosas con la policía rural, etc., etc. Quienes fruncen despectivamente la nariz ante la insignificancia de algunos de estos choques o ante la «vana esperanza» de convertirlos en incendio general, no comprenden que la agitación política, en todas sus formas, es precisamente un foco en el que coinciden los intereses esenciales de la educación política del proletariado y los intereses esenciales de todo el desarrollo social, así como de todo el pueblo, es decir, de todos los

76. Lenin se refiere al «caso Dreyfus», oficial judío del Estado Mayor General francés, acusado falsamente de espionaje y alta traición y condenado por un tribunal militar en 1894 a cadena perpetua. La condena de Dreyfus, inspirada por la casta militar reaccionaria, fue aprovechada por los círculos reaccionarios de Francia para fomentar el antisemitismo y atacar el régimen republicano y las libertades democráticas. En 1898, los socialistas y la intelectualidad progresista —Jean Jaurès, Emile Zola, Anatole France y otros— promovieron una campana por la revisión del proceso Dreyfus. La lucha en torno a este asunto adquirió un carácter marcadamente político y dividió al país en dos bandos: los republicanos y demócratas, por un lado, y el bloque de monárquicos, clericales, antisemitas y nacionalistas, por otro. En 1899, bajo la presión de la opinión pública, Dreyfus fue indultado y puesto en libertad; en 1906, por fallo del tribunal de casación, fue declarado inocente y reintegrado al ejército.

77. NdE: ver nota al pie 45, p. 102.

elementos democráticos que lo componen. Es nuestro deber manifiesto intervenir en todo problema vinculado con los liberales, definir nuestra actitud socialdemócrata con relación a él, tomar medidas para que el proletariado participe activamente en su solución y obligue a resolverlo según le convenga. Quienes se abstienen de esa intervención, en la práctica —cualesquiera que sean sus intenciones— se doblegan ante el liberalismo, entregándole la tarea de la educación política de los obreros, cediendo la hegemonía de la lucha política a elementos que, en última instancia, son cabecillas de la democracia burguesa.

El carácter de clase del movimiento socialdemócrata no debe expresarse limitando nuestras tareas al nivel de las necesidades directas e inmediatas de un movimiento «puramente obrero», sino dirigiendo todos los aspectos y manifestaciones de la magna lucha emancipadora del proletariado, la única clase realmente revolucionaria de la sociedad contemporánea. La socialdemocracia debe extender constante y firmemente la acción del movimiento obrero a todas las esferas de la vida social y política de la sociedad actual. No solo debe dirigir la lucha económica de los obreros, sino también la lucha política del proletariado, no debe perder de vista ni por un instante nuestro objetivo final; debe siempre propagar, defender de las deformaciones y desarrollar la ideología proletaria, que es la doctrina del socialismo científico, o sea, el marxismo. Debemos luchar sin descanso contra toda ideología burguesa, por muy brillante y moderno que sea el ropaje con que se vista. Los socialistas mencionados más arriba se apartan además del punto de vista «de clase» en la medida en que permanecen indiferentes a la tarea de luchar contra la «crítica al marxismo». Solo los ciegos pueden dejar de ver que si esta «crítica» prendió en Rusia con más rapidez que en ninguna parte, y que si su acogida fue más triunfal entre los publicistas liberales rusos, es precisamente porque constituye uno de los elementos de la democracia burguesa —ahora ya conscientemente burguesa— en formación en Rusia.

Con respecto a la lucha política en particular, justamente el «punto de vista de clase» exige que el proletariado *empuje* hacia adelante todo movimiento democrático. La diferencia entre las reivindicaciones políticas de la democracia obrera y las de la democracia burguesa no es de principio, sino de grado. En la lucha por la liberación económica, por la revolución socialista, el proletariado se halla sobre una base diferente de principio y permanece solo (el pequeño productor acudirá en su ayuda únicamente en la medida en que pase o se disponga a pasar a las filas del

proletariado). En cambio, en la lucha por la liberación política tenemos muchos aliados, a los cuales no podemos tratar con indiferencia. Pero mientras nuestros aliados de la democracia burguesa, al luchar por reformas liberales, mirarán siempre hacia atrás, procurando apañárselas para poder, como en el pasado, «comer hasta la saciedad, dormir tranquilos y vivir alegremente» a costa de otros, el proletariado seguirá adelante hasta el final, sin volver la cabeza. Cuando ciertos señores R. N. S. (autor del prefacio al memorando de Witte)⁷⁸ regateen con el Gobierno sobre los derechos de un zemstvo investido de poder o sobre una constitución, nosotros lucharemos por la república democrática. Pero no olvidaremos una cosa: para empujar a otro, hay que tener siempre la mano puesta sobre su hombro. El Partido del proletariado debe saber asir a todo liberal en el momento mismo en que se disponga a avanzar una pulgada y obligarlo a avanzar un pie. Y si se resiste a marchar, adelante, avanzaremos sin él y por encima de él.

78. Se refiere al memorando confidencial de S. V. Witte, ministro de Hacienda, al zar, publicado con el título *La autocracia y los zemstvos*, con prólogo de R. N. S. —pseudónimo de P. B. Struve—, por la Redacción de la revista *Zariá* en Stuttgart, en 1901. En el memorando de Witte, muy hostil a los zemstvos, se procuraba demostrar la incompatibilidad de la existencia del zemstvo con la autocracia y se aducían muchos datos evidenciadores de que, desde la institución de los zemstvos, el Gobierno zarista venía aplicando constantemente una política de limitación y merma de los derechos de estos organismos.

Síntomas de bancarrota

Iskra, n.º 17 (febrero de 1902)

Ha transcurrido solamente un año desde el día en que la bala de Karpóvich, al matar a Bogolépov,⁷⁹ desbrozó el camino al «nuevo rumbo» en el terreno de la política universitaria del Gobierno. En el transcurso de este año hemos observado de manera consecuente el extraordinario crecimiento de la indignación social, el extraordinario tono de afabilidad en los discursos de nuestros gobernantes, el apasionamiento de la sociedad —demasiado habitual, desgraciadamente— por estos nuevos discursos, apasionamiento que ha abarcado también a cierta parte de los estudiantes, y, por último, tras el cumplimiento de las pomposas promesas de Vannovski, una nueva explosión de la protesta estudiantil. Para quienes en la primavera pasada esperaban una «nueva era» y creían en serio que el sargento zarista haría realidad, aunque solo fuera en una dosis pequeña, las esperanzas de los estudiantes y de la sociedad; en una palabra, para los liberales rusos, debe estar claro ahora hasta qué punto carecían de razón al otorgar una vez más un crédito al Gobierno, qué pocos fundamentos había para detener en primavera el movimiento en favor de las reformas, que iba adquiriendo formas impresionantes, y dejarse adormecer por los dulces cantos de las sirenas gubernamentales. Después de haber quedado incumplida la promesa de reincorporar a las universidades a todos los represaliados del año pasado; después de haberse lanzado un reto, con nuevas medidas reaccionarias, a cuantos reclamaban una reforma efectiva del sistema docente; después de una serie de nuevas represiones a puñetazos contra los manifestantes que exigían al bancarrotero fraudulento el cumplimiento de los compromisos que había contraído; después de todo eso, el Gobierno de la «solicitud cordial» publica un Reglamento Provisional sobre las organizaciones estudiantiles,⁸⁰ concebido como una

79. El 14 [27] de febrero de 1901, el eserista Karpóvich disparó contra el ministro de Instrucción Pública Bogolépov en señal de protesta contra la cruel represión de que eran objeto los estudiantes revolucionarios. Para sustituir a Bogolépov, que falleció de las heridas, se designó al general Vannovski. Los liberales burgueses acogieron este nombramiento como el comienzo de una especie de «nuevo rumbo» del Gobierno zarista respecto a los estudiantes.

80. Se trata del *Reglamento Provisional de la organización de instituciones estudiantiles en los establecimientos de enseñanza superior dependientes del Ministerio de Instrucción Pública*, aprobado el 22 de diciembre [4 de enero] de 1901 por el ministro de Instrucción Pública Vannovski. Descontentos por el Reglamento Provisional, que

medida de «apaciguamiento», y... en vez del «apaciguamiento», ante él aparece el cuadro de un incendio general de «desórdenes», que abarca de nuevo todos los centros de enseñanza.

Nosotros, los revolucionarios, no hemos creído ni un solo momento en la seriedad de las reformas prometidas por Vannovski. Hemos repetido una y otra vez a los liberales que las circulares del «cordial» general y los rescritos de Nicolás Obmánov⁸¹ no eran más que una nueva manifestación de la misma política liberal que la autocracia ha dominado tan a la perfección en cuarenta años de lucha contra el «enemigo interior», es decir, contra todos los elementos progresistas de Rusia. Pusimos en guardia a los liberales contra los «sueños vanos» en que empezaron a creer después de los primeros pasos del Gobierno en el espíritu del «nuevo rumbo», denunciarnos toda la falsedad evidente de las promesas del Gobierno y dijimos a la sociedad: si tu adversario está aturrido por el primer embate serio, no te canses de asestarle nuevos golpes, redobla su fuerza y su frecuencia... La caricatura de derecho de organización que se ofrece ahora a los estudiantes bajo la forma del Reglamento Provisional fue prevista por los revolucionarios desde que empezó a hablarse de este nuevo regalo del Gobierno. Sabíamos lo que se podía y debía esperar de la autocracia y de sus conatos reformadores. Sabíamos que Vannovski no «apaciguaría» nada ni a nadie, que no satisfaría alguna esperanza progresista y que los «desórdenes» se reanudarían inevitablemente de una u otra forma.

Ha transcurrido un año y la sociedad se encuentra en el mismo punto muerto. Los establecimientos de enseñanza superior habituales en un Estado bien organizado se niegan otra vez a funcionar. Decenas de miles de

colocaba sus organizaciones bajo la vigilancia permanente de la administración, los estudiantes protestaron contra este nuevo acto de arbitrariedad del Gobierno negándose a reconocer dicho texto. Los profesores liberales también protestaron contra el Reglamento Provisional, el cual les imponía funciones de vigilancia policiaca respecto a los estudiantes.

81. *Nikolái (Nika-Milusha) Obmánov*: personaje del folletín de A. V. Amfiteátrov *Los señores Obmánov*, insertado en el periódico liberal moderado *Rossia [Rusia]* el 13 [26] de enero de 1902. En el folletín se daba, de forma velada, una caracterización satírica de los últimos zares de la dinastía Románov: Nicolás I, Alejandro II, Alejandro III y su consorte María Fiódorovna, así como del emperador Nicolás II. Por insertar el folletín, el periódico fue clausurado y Amfiteátrov confinado en Minusinsk. El folletín *Los señores Obmánov* se difundió ampliamente por Rusia en ediciones clandestinas y copias manuscritas.

jóvenes han vuelto a ser sacados de su cauce habitual y ante la sociedad se plantea de nuevo la misma cuestión: «Y después, ¿qué?».

Una mayoría considerable de los estudiantes se niega a aceptar el Reglamento Provisional y las organizaciones autorizadas por él. Los profesores expresan, en forma más categórica de lo que es costumbre en ellos, su evidente descontento con esta dádiva del Gobierno. Y, verdaderamente, no hace falta ser un revolucionario, no hace falta ser un radical para reconocer que esta «reforma» —valga la palabra—, lejos de dar a los estudiantes algo que se parezca a la libertad, no sirve en absoluto para llevar a la vida universitaria la menor tranquilidad. ¿No está claro a simple vista que con este Reglamento Provisional se crea de antemano toda una serie de motivos para choques entre los estudiantes y las autoridades? ¿No es evidente que la aprobación de este Reglamento amenaza con convertir cada asamblea, convocada *legalmente* con el fin más pacífico, en punto de partida de nuevos «desórdenes»? ¿Se puede dudar, por ejemplo, de que la inspección, que desempeña funciones policíacas, deberá eternamente, con su presidencia en las asambleas, irritar a unos, provocar la protesta de otros y aterrorizar y cerrar la boca a los demás? ¿Y no está claro, acaso, que los estudiantes rusos no tolerarán que el contenido de los debates en dichas asambleas sea determinado groseramente por «el arbitrio» de las autoridades?

Y, sin embargo, el «derecho» de reunión y de organización otorgado por el Gobierno en la forma absurda en que aparece en el Reglamento Provisional es el máximo que puede dar la autocracia a los estudiantes sin dejar de ser autocracia. Cualquier paso adelante en esa dirección equivaldría a una alteración suicida del equilibrio en que se asientan las relaciones del poder con los «súbditos». O resignarse con este máximo posible para el Gobierno, o acentuar el carácter *político, revolucionario* de su protesta: tal es el dilema ante el que se encuentran los estudiantes. Y la mayoría de ellos adopta la segunda decisión. La nota revolucionaria suena con más fuerza que nunca en los llamamientos y resoluciones estudiantiles. La política de alternar las represiones salvajes con los besos de Judas surte su efecto y radicaliza a la masa estudiantil.

Sí, los estudiantes han resuelto de uno u otro modo el problema planteado ante ellos y han declarado que están dispuestos a empujar de nuevo las armas que habían dejado a un lado —bajo la influencia de las canciones adormecedoras—. Ahora bien, ¿qué está dispuesta a hacer la

sociedad que parece haber dormitado al son de estas canciones traicioneras? ¿Por qué sigue callando y «simpatizando en silencio»? ¿Por qué no se oye hablar nada de *su* protesta, de *su* apoyo activo a las agitaciones reanudadas? ¿Será posible que esté dispuesta a esperar «tranquilamente» la llegada de los ineluctables fenómenos trágicos que han acompañado hasta ahora todo movimiento estudiantil? ¿Será posible que piense limitarse al despreciable papel de contador de las víctimas de la lucha y de espectador pasivo de sus aterradores cuadros? ¿Por qué no se oye la voz de «los padres» en tanto que «los hijos» declaran sin equívocos su propósito de ofrendar nuevas víctimas en el altar de la libertad rusa? ¿Por qué no apoya nuestra sociedad a los estudiantes, por lo menos, como les han apoyado ya los obreros? Es sabido que no son los hijos y hermanos de los proletarios los que estudian en los establecimientos de enseñanza superior. Y, sin embargo, los obreros de Kiev, de Járkov y de Ekaterinoslav han expresado ya públicamente sus simpatías a los que protestan, a pesar de la serie de «medidas preventivas» de las autoridades policíacas y a pesar de sus amenazas de emplear la fuerza armada contra los manifestantes. ¿Será posible que esta manifestación del idealismo revolucionario del proletariado ruso no influya en la conducta de la sociedad, vital y directamente interesada en el destino de los estudiantes, y no la impulse a una protesta enérgica?

Los «desórdenes» estudiantiles de este año empiezan bajo presagios bastante propicios. Tienen aseguradas las simpatías de «la muchedumbre», de «la calle». Sería un error criminal que la sociedad liberal no hiciera todos los esfuerzos para, con un apoyo *oportuno* a los estudiantes, desmoralizar, definitivamente al Gobierno y arrancarle concesiones auténticas.

El futuro inmediato mostrará hasta qué punto es capaz nuestra sociedad liberal de desempeñar ese papel. De la solución de este problema depende en grado considerable el desenlace del actual movimiento estudiantil. Pero cualquiera sea ese desenlace, una cosa es indudable: la repetición de los desórdenes estudiantiles generales tras un período tan corto de tranquilidad es un síntoma de la bancarrota política del régimen actual. Desde hace tres años no puede encarrilarse la vida universitaria, las clases se dan con intermitencias, una rueda del mecanismo del Estado deja de funcionar y, después de girar impotente durante algún tiempo, vuelve a pararse para largo. Y hoy está fuera de toda duda que en los límites del actual régimen político no hay remedios que puedan curar radicalmente este mal. El finado Bogolépov intentó salvar a la patria con un

remedio «heroico» tomado del arsenal de la medicina antediluviana, de los tiempos de Nicolás I.⁸² Conocemos el resultado que dio ese remedio. Es evidente que en *esa* dirección no se puede dar un paso más. Ahora ha sufrido un fiasco la política de coqueteo con los estudiantes. Pero aparte de la violencia y del coqueteo no hay un tercer camino. Y cada nueva manifestación de esta bancarrota indudable del régimen actual carcomerá sus puntales más profundamente cada día, privando al Gobierno, a la vista de los filisteos indiferentes, de toda autoridad, multiplicando el número de personas que adquieren conciencia de que es necesario luchar contra él.

Sí, la bancarrota de la autocracia es indudable y se apresura a informar de ello a todo el mundo. ¡No es, acaso, una declaración de bancarrota la proclamación del estado de «prevención reforzada» en un buen tercio del Imperio y la promulgación simultánea por las autoridades locales de todos los confines de Rusia de «disposiciones obligatorias», que prohíben, bajo la amenaza de castigos acrecentados, actos no permitidos ya por las leyes rusas? Se presupone que, por su propia esencia, toda regía excepcional que suspende la vigencia de las leyes generales actúa en límites determinados de tiempo y de lugar. Se presupone que las condiciones excepcionales requieren la aplicación temporal de medidas excepcionales en determinado lugar para restablecer el equilibrio en el cual sea posible la vigencia sin obstáculos de las leyes generales. Así razonan los representantes del régimen actual. Hace ya más de veinte años que se promulgó el reglamento sobre la prevención reforzada. Veinte años de vigencia del mismo en los centros principales del Imperio no han conducido al «apaciguamiento» del país, al restablecimiento del orden público. Después de veinte años de usar este fuerte remedio, resulta que la enfermedad de la «deslealtad», contra la que fue creado, se ha propagado tan lejos y ha echado raíces tan profundas que se hace necesario extender su uso a las ciudades y centros fabriles de alguna importancia. ¡No es eso una bancarrota, declarada públicamente por el propio bancarrotero? Los defensores convencidos del régimen actual —que los hay, sin duda— deben pensar con horror en que la población se acostumbra poco a poco a este remedio fuerte y se hace insensible a la inyección de nuevas dosis.

82. El reinado de Nicolás I (1825-55) se distinguió por la saña con que sofocó no solo las acciones revolucionarias, sino el menor destello de pensamiento independiente; Nicolás I trató de implantar en todos los dominios de la vida social el espíritu soldadesco, la obediencia indiscutible a los jefes y los métodos cuarteleros.

Mas al mismo tiempo, ya al margen de la voluntad del Gobierno, se pone en claro la bancarrota de su política *económica*. La economía rapaz de la autocracia se asentaba en la monstruosa explotación de los campesinos. Esta economía presuponía, como consecuencia ineludible, los períodos de hambre de los campesinos de uno u otro lugar, repetidos de tiempo en tiempo. En esos momentos, el Estado rapaz intentaba aparecer ante la población en el brillante papel de solícito sostén del pueblo por él desvalijado. Desde 1891, los períodos de hambre han adquirido proporciones gigantescas por el número de víctimas, y desde 1897 se suceden casi sin interrupción. En 1892 Tolstói decía con cáustica mordacidad que «el parásito se propone alimentar a la planta de cuyos jugos se nutre».⁸³ Se trataba, en efecto, de una idea absurda. Hoy los tiempos han cambiado, y al transformarse los períodos de hambre en estado normal de la aldea, nuestro parásito no tanto da vueltas a la idea utópica de alimentar a los campesinos expoliados como declara crimen de alta traición esa misma idea. El objetivo ha sido alcanzado: la grandiosa hambre actual transcurre en medio de un silencio sepulcral, sin precedentes incluso en nuestro país. No se oyen los gemidos de los campesinos hambrientos, no se ve ningún intento de iniciativa de la sociedad en la lucha contra el hambre, los periódicos silencian lo que ocurre en el campo. Es un silencio envidiable, pero ¿no sienten los señores Sipiaguin que esta tranquilidad recuerda extraordinariamente la calma que precede a la tormenta?

El régimen estatal, que se ha asentado tradicionalmente en el apoyo pasivo de millones de campesinos, ha conducido a estos últimos a una situación en la que, año tras año, no están en condiciones de alimentarse. Esta bancarrota *social* de la monarquía de los señores Obmánov no es menos aleccionadora que su bancarrota *política*.

¿Cuándo llegará, al fin, la liquidación de los asuntos de nuestro bancarrotero fraudulento? ¿Cuánto logrará vivir aun remendando día tras día los desgarrones de su presupuesto político y financiero con la piel arrancada del cuerpo vivo del pueblo? Dependerá de muchos factores que la moratoria que conceda la historia a nuestro bancarrotero dure más o menos; pero uno de los factores más importantes será el grado de actividad revolucionaria que revelen quienes han tomado conciencia de la completa bancarrota del régimen actual. Su descomposición ha ido muy lejos y se ha adelantado considerablemente a *la movilización política* de

83. Lenin cita el artículo de L. N. Tolstói *Sobre el hambre*.

los elementos sociales llamados a ser sus sepultureros. Esta movilización política la efectuará con mayor seguridad que nadie la socialdemocracia revolucionaria, única capaz de asestar a la autocracia un golpe mortal. El nuevo choque de los estudiantes con el Gobierno nos brinda a todos la posibilidad, y nos impone la obligación, de acelerar esta movilización de todas las fuerzas sociales hostiles a la autocracia. En la vida política, la historia cuenta como años los meses de tiempo de guerra. Y el tiempo que vivimos es, verdaderamente, tiempo de guerra.

De la vida económica de Rusia: las cajas de ahorro

Iskra, n.º 17 (febrero de 1902)

En los últimos tiempos, las cajas de ahorro son uno de los motivos predilectos para los panegíricos. Con la particularidad de que son aprovechadas no solo por los señores Witte, sino también por los «críticos». Los David y los Hertz, los Chernov y los Bulgákov, los Prokopóvich y los Totomiánt: en una palabra, todos los partidarios de la «crítica del marxismo» en boga —por no hablar de respetables profesores como los Kablukov y los Kárishev— claman en diversos tonos y con diversas voces: «¡Esos ortodoxos hablan de concentración del capital! Pero ahí tienen las cajas de ahorro, ya por sí solas son una prueba de la descentralización del capital. ¡Hablan del aumento de la miseria! Pero lo que en realidad vemos es el crecimiento de los pequeños ahorros populares».

Tomemos los datos oficiales acerca de las cajas de ahorro rusas en 1899,⁸⁴ que alguien tuvo la gentileza de enviarnos, y examinémoslos con atención. En 1899, en toda Rusia había 4.781 cajas de ahorro del Estado, incluidas 3.718 en las oficinas de Correos y Telégrafos y 84 en fábricas. En cinco años —de 1895 a 1899— la cantidad de cajas de ahorro aumentó en 1.189, o sea, en una tercera parte. En ese mismo período el número de depositantes aumentó de 1.664.000 a 3.145.000, es decir, en casi un millón y medio o en un 89%, y el monto de los depósitos se elevó de 330 millones de rublos a 608 millones, o sea, en 278 millones o en el 84%. Según parece, hubo un crecimiento enorme de los «ahorros populares».

Pero aquí salta a la vista la siguiente circunstancia: por los documentos publicados sobre las cajas de ahorro se sabe que durante la década del ochenta y comienzos de la del noventa fue en *los años del hambre*, es decir, en 1891 y 1892, cuando el monto de los depósitos creció *más rápidamente*. Esto, por una parte. Por la otra, sabemos que durante todo este período en general, las décadas del ochenta y del noventa tomadas en su conjunto, el aumento de los «ahorros populares» se vio acompañado por un proceso asombrosamente acelerado y agudo de empobrecimiento, ruina y hambre de los campesinos. Para comprender cómo pueden

84. Lenin se refiere al *Informe de las cajas de ahorro del Estado correspondiente al año 1899*, editado por la Dirección de Cajas de Ahorro del Estado (no se indica el año de la edición).

coexistir estos fenómenos contradictorios, basta recordar que la fundamental característica de la vida económica de Rusia durante este período es *el crecimiento de la economía monetaria*. Por sí mismo, el aumento de los depósitos en las cajas de ahorro no indica, en modo alguno, un crecimiento de los ahorros «populares» en general, sino únicamente un aumento —y a veces simplemente una concentración en los establecimientos centrales— de los «ahorros» *monetarios*. Entre los campesinos, por ejemplo, al operarse el paso de la economía natural a la monetaria, es perfectamente posible que *aumenten* los ahorros en dinero *a la vez que disminuye* el monto de los ahorros «populares». El campesino chapado a la antigua guardaba sus ahorros en la alcancía,⁸⁵ cuando se trataba de dinero, pero la mayor parte de lo ahorrado consistía en trigo, forrajes, lienzo, lena y otros objetos «especie». En la actualidad, el campesino arruinado o en vías de arruinarse no tiene ahorros en especie ni en metálico, y la insignificante minoría de los campesinos que se enriquecen atesora ahorros monetarios y comienza a entregarlos a las cajas de ahorro del Estado. De este modo, resulta perfectamente explicable que paralelamente a la extensión del hambre haya un incremento de los depósitos, lo que no indica una elevación del bienestar del pueblo, sino un desplazamiento del viejo campesino independiente por la nueva burguesía rural, o sea, por los campesinos acomodados, que no pueden mantener sus haciendas sin contratar peones o jornaleros.

Una interesante confirmación indirecta de lo dicho son los datos sobre la distribución de los depositantes por ocupaciones. Estos datos conciernen a los poseedores de cerca de 3 millones (2.942.000) de cartillas por un total de 545 millones de rublos de depósitos. El promedio de los depósitos es de 185 rublos; como ven, esa suma muestra con claridad que entre los depositantes predominan los que constituyen la ínfima minoría del pueblo ruso, los «afortunados», poseedores de bienes heredados o adquiridos por ellos mismos. Los depositantes más fuertes pertenecen al clero: 46 millones de rublos correspondientes a 137.000 cartillas, o sea, un promedio de 333 rublos por cartilla. Salvar las almas de los feligreses no parece ser mal negocio... Vienen después *los propietarios de tierras*: 9 millones de rublos para 36.000 cartillas, lo que da un promedio de 268 rublos por cartilla; los siguen *los comerciantes*: 59 millones de rublos y 268.000 cartillas, o sea, un promedio de 222 rublos por cartilla; después los oficiales, 219 rublos por cuenta, y los funcionarios civiles,

85. NdE: pieza tradicional de alfarería utilizada a modo de hucha.

202 rublos. La «agricultura y otras ocupaciones rurales» apenas van en sexto lugar: 640.000 cuentas por un total de 126 millones de rublos, lo que representa 197 rublos por cartilla; después están los «empleados de establecimientos privados»: un promedio de 190 rublos; «otras ocupaciones»: 186 rublos; oficios urbanos: 159 rublos; «servicio doméstico», 143 rublos; *trabajo en fábricas*: 136 rublos, y, en último lugar, «grados subalternos del ejército»: 86 rublos.

Así, ¡los obreros fabriles ocupan realmente el *último* lugar en cuanto al monto de los ahorros, sin contar a los soldados, mantenidos por el erario! Hasta los criados tienen un promedio de ahorros más alto —143 rublos por cartilla frente a 136— y un número considerablemente mayor de depositantes. A saber: los servidores domésticos tienen 333.000 cartillas por una suma de 48 millones de rublos, en tanto que los obreros fabriles poseen 157.000 cartillas con un total de 21 millones de rublos. ¡El proletariado, que crea toda la riqueza de nuestra aristocracia y de nuestros magnates, se encuentra en peores condiciones que los criados de estos! Del total de obreros fabriles rusos —cuyo número se eleva a no menos de dos millones—, solo una *sexta* parte⁸⁶ aproximadamente puede efectuar depósitos, siquiera sea por sumas modestísimas, en las cajas de ahorro, y ello a pesar de que todos los ingresos de los obreros son en dinero y de que con frecuencia deben mantener a familiares que viven en la aldea, por lo cual en su mayor parte esos depósitos no son «ahorros» en el sentido propio de la palabra, sino simplemente sumas *apartadas* hasta la siguiente remesa a los familiares, etc. Sin hablar ya de que, probablemente, la rúbrica «trabajo en fábricas» incluye también empleados de oficina, contra maestres y capataces; en una palabra, gente que nada tiene de obreros de verdad.

En lo referente a los campesinos, si se considera que aparecen comprendidos principalmente en la rúbrica «agricultura y otras ocupaciones rurales», el promedio de ahorro entre ellos es, como hemos visto, más alto incluso que el de los empleados en establecimientos privados y supera con mucho el ahorro medio de los «oficios urbanos» —nombre que se da probablemente al tendero, al artesano, al portero, etc.—. Es evidente que estos 640.000 campesinos —sobre un total de 10 millones de hogares o familias— con 126 millones de rublos depositados en las cajas de

86. Lenin comete una inexactitud al realizar el cálculo que suaviza involuntariamente su argumento: 157.000 no son una *sexta*, sino una *duodécima parte* aproximadamente de 2.000.000 de obreros fabriles.

ahorro pertenecen exclusivamente a *la burguesía campesina*. Solo a estos campesinos, y tal vez también a los que tienen estrecha vinculación con ellos, se refieren los datos sobre el progreso de la agricultura, difusión de la maquinaria, mejoras en el cultivo de la tierra, elevación del nivel de vida, etc., que los señores Witte oponen a los socialistas para demostrar el «avance del bienestar del pueblo», y los señores liberados (y los «críticos») para refutar el «dogma marxista» sobre la ruina y la decadencia de la pequeña producción agrícola. Estos señores no advierten —o fingen no advertir— que la decadencia de la pequeña producción se expresa precisamente en que entre los pequeños productores se destaca un número insignificante de gente enriquecida a costa de la ruina de las masas.

Todavía más interesantes son los datos acerca de la distribución del número global de depositantes según el monto de los depósitos. En cifras redondas, esta clasificación es la siguiente: de tres millones de depositantes, un millón posee depósitos *inferiores a 25 rublos*. Reúnen un total de 7 millones de rublos —sobre 545 millones, ¡lo que representa 12 kopeks por cada 10 rublos de la suma total de los depósitos!—. El volumen medio de estos depósitos es de *siete rublos*. Por lo tanto, los depositantes realmente modestos, que constituyen la tercera parte del número total, poseen solo $\frac{1}{83}$ de los depósitos. Les siguen los depositantes que tienen de 25 a 100 rublos; estos constituyen la quinta parte del total (600.000) y poseen, juntos, 36 millones de rublos, es decir, una media de 55 cada uno. Si unimos estos dos grupos, tendremos que *más de la mitad* de los depositantes (1.600.000) poseen solo 42 millones de rublos, o sea, $\frac{1}{12}$ del total de 545. Del resto, los depositantes acaudalados, un millón, poseen de 100 a 500 rublos, con un total de 209 millones de rublos y un promedio de 223 rublos por persona; 400.000 titulares de cartillas tienen más de 500 rublos cada uno, un total de 293 millones de rublos y un promedio de 762 por depositante. Por consiguiente, estas personas, manifestamente ya ricas y que constituyen menos de $\frac{1}{7}$ del total de depositantes, poseen *más de la mitad* (54%) de todo el capital.

Como se ve, *la concentración del capital* en la sociedad actual y la miseria de la masa de la población se revelan con enorme fuerza incluso en una institución especialmente destinada al «hermano menor», al sector pobre de la población, ya que el monto de los depósitos para las cajas de ahorro está limitado por ley a 1.000 rublos. Y remarquemos que esta concentración de bienes, inherente a toda sociedad capitalista, es todavía más fuerte en los países adelantados, no obstante la mayor «democratización»

de sus cajas de ahorro. Así, por ejemplo, en Francia existían a fecha de 31 de diciembre de 1899 diez millones y medio de cuentas en las cajas de ahorro, con un total de 4.337 millones de francos —el valor del franco es de un poco menos de 40 kopeks—. Esto supone un promedio de 412 francos, más o menos 160 rublos, por cartilla, es decir, *menos* del depósito promedio en las cajas de ahorro de Rusia. El número de pequeños depositantes en Francia es también relativamente mayor que en Rusia: casi una tercera parte de los depositantes (3,3 millones) tiene cuentas inferiores a 20 francos (8 rublos), siendo el promedio de 13 francos (5 rublos). Estos depositantes poseen solo 35 millones de francos del total de 4.337 millones, o sea, $\frac{1}{125}$. Los que tienen hasta 1.00 francos constituyen un poco más de la mitad de la cifra total (5,3 millones) y poseen 143 millones de francos, es decir, $\frac{1}{33}$ del total de los depósitos. Por el contrario, los depositantes con 1.000 y más francos (400 y más rublos), que constituyen *menos de la quinta parte* (18,5%) del total, concentran en sus manos *más de las dos terceras partes* (68,7%) del montante global de depósitos, a saber, 2.979 millones de francos sobre 4.337 millones.

El lector tiene ahora a la vista, por consiguiente, algunos elementos de información para poder juzgar de los razonamientos de nuestros «críticos». Uno y el mismo hecho —el enorme incremento de los depósitos en las cajas de ahorro y el aumento, en particular, del número de pequeños depositantes— es interpretado de diferente modo. El «crítico del marxismo» dice: crece el bienestar del pueblo, se acentúa la descentralización del capital. El socialista afirma: lo que se produce es una transformación de los ahorros «en especie» en ahorros en dinero, un aumento del número de campesinos acomodados que pasan a formar parte de la burguesía y que convierten sus ahorros en capital. Pero crece también, y a un ritmo inconmensurablemente más rápido, el número de campesinos empujados a las filas del proletariado, que vive de la venta de su fuerza de trabajo y entrega a las cajas de ahorro, aunque sea temporalmente, una pequeña parte de sus minúsculos ingresos. El gran número de pequeños depositantes demuestra precisamente cuán numerosos son los pobres en la sociedad capitalista, ya que la parte de estos pequeños depositantes en la suma global de 105 depósitos es ínfima.

Cabe preguntarse: ¿en qué se distingue el «crítico» del burgués más adocenado?

Prosigamos. Veamos cómo se emplean los capitales de las cajas de ahorro y para qué propósitos. En Rusia sirven, ante todo, para reforzar el poderío del Estado militar y policiaco-burgués. El Gobierno zarista —como ya señalamos en el artículo editorial publicado en el número 15 de *Iskra*⁸⁷— dispone de estos capitales tan arbitrariamente como de los otros bienes del patrimonio del pueblo que caen en sus manos. «Toma prestados» con toda tranquilidad cientos de millones de estos capitales para financiar sus expediciones a China, para conceder subvenciones a los capitalistas y terratenientes, rearmar a las tropas, ampliar la escuadra, etc. Así, por ejemplo, en 1899, de los 679 millones de rublos depositados en las cajas de ahorro, 613 millones aparecían invertidos en títulos del modo siguiente: 230 millones en empréstitos del Estado, 215 millones en títulos hipotecarios de los bancos de crédito agrícola y 168 millones en títulos de la deuda ferroviaria.

El Tesoro público hace una «operación» muy lucrativa: primero, cubre todos los gastos de las cajas de ahorro y obtiene un beneficio neto, hasta ahora acreditado al fondo de reserva de las cajas de ahorro; segundo, *obliga* a los depositantes a cubrir los déficits de nuestra hacienda —es decir, los obliga a prestar dinero al Tesoro público—. De 1894 a 1899 los depósitos de dinero en las cajas de ahorro ascendieron a una media de 250 millones de rublos por año, y los fondos retirados a 200 millones. Eso significa que por medio de empréstitos se obtienen *cincuenta millones* anuales para zurcir los desgarrones en la bolsa del Tesoro público, que no saquean solo los holgazanes. ¡Por qué temer el déficit que pueda producirse con la malversación de dinero en las guerras, en subvenciones a los lacayos de palacio, a los terratenientes y fabricantes! ¡Con los «ahorros populares» se puede cubrir siempre una buena suma!

Digamos, entre paréntesis, que el Tesoro público puede llevar a cabo este buen negocio en parte porque reduce constantemente los intereses abonados por los depósitos en dinero, más bajos que los abonados por los títulos. Así, por ejemplo, en 1894 el tipo de interés sobre los depósitos en dinero era del 4,12%, y sobre los títulos, del 4,34%, en 1899, del 3,92% y del 4,02%, respectivamente. La rebaja de la tasa de interés es, como se sabe, un fenómeno común a todos los países capitalistas, y muestra del modo más visible y evidente el crecimiento del gran capital y *de la gran producción en detrimento de la pequeña*, ya que la tasa de interés

87. NdE: se refiere al artículo «Acerca del presupuesto del Estado», el cual se puede consultar en la presente edición, pp. 149 y ss.

se determina en última instancia por la relación entre la suma global del beneficio y el monto total de capital invertido en la producción. Tampoco es posible silenciar el hecho de que el Tesoro público intensifica de continuo la explotación de los empleados de Correos y Telégrafos: antes se ocupaban solo del correo; más tarde se les añadió el telégrafo; ahora se les ha cargado, además, con las operaciones de recibo y pago de los ahorros —recordemos que de 4.781 cajas, 3.718 funcionan en las oficinas de Correos y Telégrafos—. Una tremenda intensificación de sus tareas y la prolongación de la jornada de trabajo: he ahí lo que ello significa para la masa de los pequeños empleados de Correos y Telégrafos. En cuanto a su remuneración, el Tesoro público se muestra tan cicatero como el más mezquino kulak: los empleados de las categorías más bajas, los principiantes, perciben sueldos literalmente de *hambre*, y a partir de ellos hay establecido un interminable escalonamiento jerárquico con aumentos que llegan hasta veinticinco y cincuenta kopeks, con la particularidad de que les espera una ínfima pensión después de cuarenta o cincuenta años de calvario, perspectiva que necesariamente atará con cadenas más fuertes todavía a este auténtico «proletariado burocrático».

Pero volvamos al uso que se hace de los capitales de las cajas de ahorro. Ya vimos que las cajas colocan —por voluntad del Gobierno ruso— 115 millones de rublos en títulos hipotecarios de los bancos de crédito agrícola y 168 millones en títulos de la deuda ferroviaria. Esto ha dado pie a una nueva manifestación, muy corriente en los últimos años, de la profundidad burguesa... quiero decir, «crítica» de pensamiento. En esencia —nos dicen los Bernstein, los Hertz, los Chernov, los Bulgákov y otros por el estilo—, esto significa que los pequeños depositantes se convierten en *propietarios de los ferrocarriles y en titulares de hipotecas* sobre la tierra. En realidad, dicen, incluso empresas tan puramente capitalistas y gigantes como los ferrocarriles y los bancos van descentralizándose cada vez más; se dividen, pasan a manos de los pequeños propietarios mediante la adquisición por estos de acciones, obligaciones, títulos hipotecarios, etc.; en realidad, aumenta el número de poseedores, de propietarios, pero esos estrechos marxistas se aferran a la anticuada teoría de la concentración y de la depauperación. Si, por ejemplo, los obreros fabriles rusos poseen, según los datos estadísticos, 157.000 cuentas en las cajas de ahorro, con un total de 21 millones de rublos, de ellos unos 5 millones están colocados en títulos de deuda ferroviaria y unos 8 millones en hipotecas de bancos de crédito agrícola. Por lo tanto, los obreros fabriles rusos resultan

ser dueños de ferrocarriles por un valor de cinco millones de rublos y propietarios de tierras por un valor de ocho millones. ¡Ahí tienen, para que sigan hablando del proletariado! Así pues, son los obreros quienes explotan a los terratenientes, ya que perciben una pequeña porción de la renta, es decir, una pequeña porción de la plusvalía, en concepto de intereses sobre los títulos hipotecarios.

Sí, esa es, en efecto, la línea de razonamiento propia de los modernos críticos del marxismo... ¿Y saben una cosa? Tal vez esté dispuesto a aceptar esa opinión tan difundida de que se debe saludar a la «crítica», pues ha venido a remover una doctrina que, según se dice, se estaba estancando; estoy dispuesto a aceptarla, pero con una condición. Los socialistas franceses refinaron en su tiempo sus dotes propagandísticas y de agitación analizando los sofismas de Bastiat, y los alemanes hicieron lo mismo mediante el desembrollo de los sofismas de Schulze-Delitzsch; a nosotros, los rusos, al parecer, nos ha cabido en suerte, al menos *hasta ahora*, la sola compañía de los «críticos». Pues bien, yo estaría dispuesto a gritar «¡viva la crítica!», *con la condición* de que nosotros, los socialistas, introdujésemos *lo más ampliamente posible*, en nuestra propaganda y *agitación entre las masas*, el análisis de todos los sofismas burgueses de la «crítica» de moda. ¿Están de acuerdo con esta condición? ¡Pues trato hecho! A propósito, nuestra burguesía guarda más el silencio, prefiriendo la protección de los arcángeles del zar⁸⁸ a la de los teóricos burgueses, y para nosotros será muy cómodo tomar a los «críticos» como «abogados del diablo».

Por medio de las cajas de ahorro participa en las grandes empresas un número cada vez mayor de obreros y pequeños productores. Este hecho es indudable. Pero no demuestra el aumento del número de propietarios, sino 1) la creciente socialización del trabajo en la sociedad capitalista y 2) la creciente sumisión de la pequeña producción a la grande. Tomen al depositante ruso modesto. Quienes poseen hasta 100 rublos son, como vimos, más de la mitad, exactamente 1.618.000, con un capital total de 42 millones de rublos, o sea, un promedio de 26 rublos por depositante. Quiere decir que este depositante «posee» ferrocarriles por valor de unos 6 rublos y «tierras» por valor de unos 9. ¿Significa ello que se convierta en «poseedor» o «propietario»? No, sigue siendo proletario, sigue viéndose obligado a vender su fuerza de trabajo, es decir, a trabajar como esclavo

88. *Arcángeles del zar*: Nombre que se les daba a los agentes de la policía secreta en la época zarista.

de quienes poseen los medios de producción. Su «participación» en «los ferrocarriles y los bancos» solo demuestra que el capitalismo entrelaza cada vez más estrechamente a los diferentes miembros de la sociedad y a las diferentes clases. La interdependencia entre los diversos productores era ínfima en la economía patriarcal; hoy es cada vez mayor. El trabajo se socializa cada vez más, y las empresas son cada día menos «privadas», aunque permanecen, a pesar de ello, *casi íntegramente* en manos privadas.

Mediante su participación en las grandes empresas, los pequeños depositantes *se entrelazan*, indudablemente, con ellas. ¿Quién se beneficia de este entrelazamiento? El gran capital, que extiende sus operaciones pagando al pequeño depositante no más —y con frecuencia menos— que a cualquier acreedor, y es tanto *más independiente* de los pequeños depositantes cuanto *más pequeños* son estos y más dispersos se encuentran. Ya hemos visto que la parte correspondiente a los pequeños depositantes, incluso en el capital de las cajas de ahorro, es minúscula. ¿Hasta qué punto será ínfima en el capital de los magnates de los ferrocarriles y de los bancos? Al entregar a estos magnates sus migajas, el pequeño depositante cae en *una nueva dependencia* con respecto al gran capital. Ni pensar en que pueda llegar a disponer de este gran capital; su «beneficio» es irrisorio (26 rublos al 4 por ciento, esto es, ¡un rublo por año!). En cambio, en caso de quiebra, lo pierde absolutamente todo, hasta sus míseras migajas. La abundancia de estos pequeños depositantes no significa la descentralización del gran capital, sino *el reforzamiento del poder* de este, pues pasan a su disposición hasta las más ínfimas migajas del ahorro «popular». Con su participación en las grandes empresas, el pequeño depositante no pasa a ser más independiente, sino *más dependiente* del gran propietario.

Del aumento del número de pequeños depositantes no se deduce la conclusión filistea tranquilizadora de que crece el número de poseedores, sino la conclusión revolucionaria de que se intensifica la dependencia de los pequeños con respecto a los grandes, de que se acentúa la contradicción entre el carácter cada vez más socializado de las empresas y el mantenimiento de la propiedad privada sobre los medios de producción. Cuanto más se desarrollan las cajas de ahorro, tanto más interesados están los pequeños depositantes en la victoria socialista del proletariado, la única que puede convertirlos en auténticos «copartícipes» y administradores de la riqueza social.

Carta a los miembros de los zemstvos

Iskra, n.º 18 (marzo de 1902)

Exponemos el texto íntegro de la carta reproducida en hectógrafo y dirigida a los miembros de los zemstvos, que circuló de mano en mano durante la última sesión de las asambleas del zemstvo y que, *lamentablemente*, solo llegó a nuestras manos en estos últimos días:

Muy señor nuestro:

Las duras condiciones en que hoy se encuentran Rusia, el pueblo ruso y los zemstvos rusos, nos mueven a dirigimos a usted, excelentísimo señor, con la presente carta, en la confianza de que los pensamientos y las intenciones expuestos en ella habrán de encontrar simpatía por parte de usted.

La larga serie de deplorables e indignantes hechos de que hemos sido testigos mudos durante los últimos tiempos agobian, como una nube sombría, la conciencia social, y toda persona instruida se formula de manera tajante esta fatídica pregunta: ¿es posible seguir inactivo políticamente y contribuir, permaneciendo pasivo, a la ruina y corrupción crecientes de la patria?

Las crónicas malas cosechas y las insoportables cargas que constituyen los pagos de rescate y los impuestos indirectos han arruinado literalmente al pueblo, condenándolo a la degeneración física.

La virtual privación de cualquier señal de administración autónoma local a los campesinos, la mezquina tutela de los representantes oficiales y oficiosos del «poder fuerte» y la artificiosa asfixia intelectual en que los guardianes no invitados de los «principios tradicionales y legales del país» mantienen al pueblo debilitan su vigor espiritual, su iniciativa y sus energías.

Las fuerzas productivas del país son dilapidadas de modo escandaloso por los negociantes nativos y extranjeros, con la benevolente cooperación de aventureros que juegan con los destinos de la patria. En vano se esfuerza el «benéfico Gobierno» en sustituir la lucha viva y sistemática de los grupos económicos del país, por medio de una serie de medidas contradictorias y apresuradas. El «patrocinio» y la «fiscalización» son impotentes ante los funestos presagios de la bancarrota económica y financiera de Rusia: las crisis agraria, industrial y financiera son el flagrante resultado de la política de azar y aventuras. La prensa está reprimida y privada de la posibilidad de arrojar luz, aunque solo sea sobre una parte de los crímenes cometidos a toda hora por los defensores del orden contra la

libertad y el honor de los ciudadanos rusos. Solo la arbitrariedad, estúpida y brutal, levanta imperativa su voz y reina sobre los inmensos espacios del arruinado, humillado y ultrajado suelo patrio, sin encontrar en parte alguna respuesta adecuada.

Ante tal estado de cosas es muy natural la sistemática desconfianza del Gobierno hacia la más leve manifestación de iniciativa privada o pública, hacia la actividad de toda clase de asociaciones públicas y en particular hacia las instituciones de los zemstvos, piedra angular sobre la que la Rusia de la década del sesenta esperaba ver el establecimiento de un nuevo reino. Las instituciones de los zemstvos han sido condenadas a una muerte lenta por la burocracia triunfante, y no pasa año sin que se aseste un nuevo golpe a su actividad vital, a su significación y autoridad ante los ojos de la sociedad y del pueblo, que casi no acierta a distinguir entre los zemstvos y la administración oficial. Las asambleas de zemstvo han sido transformadas en reuniones burocráticas estamentales, a pesar de las protestas claramente expresadas de todos los grupos progresistas del país, y han perdido toda ligazón con la masa del pueblo ruso. Los consejos de los zemstvos pasan a ser apéndices de las oficinas del gobernador, y al perder independencia van adquiriendo, poco a poco, todos los defectos de las oficinas del Estado. Las asambleas electorales de los zemstvos son rebajadas a una especie de farsa. El reducido número de electores y su división en grupos estamentales, al despojar a las asambleas de la posibilidad de servir como medios de expresión, en las personas de los vocales elegidos, de los distintos intereses sociales, las convierten en campo de batalla de mezquinas y personales ambiciones.

El campo de atribuciones de las instituciones de los zemstvos va achicándose de manera gradual, pero constante. Las cuestiones del abastecimiento han sido sustraídas a su competencia. En materia de estimaciones estadísticas, los zemstvos se han transformado en ejecutores de las disposiciones administrativas. En la esfera de la instrucción pública, su papel ha quedado reducido casi a cero. El reglamento médico elaborado por el ministerio de Goremikin no ha sido formalmente derogado, y sigue pendiendo como la espada de Damocles sobre la competencia de los zemstvos en materia de servicio médico. Se ha esfumado, al parecer, el negro fantasma de las instrucciones a los consejos escolares. Pero nada garantiza a los zemstvos contra la reaparición de este espectro, encarnado ya en una ley, que significará la muerte definitiva de las escuelas públicas de los zemstvos. Las relaciones entre las instituciones de los zemstvos de las diferentes provincias, cuya necesidad ha llegado a ser proverbial, tropiezan con nuevas dificultades derivadas de la última circular del Ministerio del Interior sobre esta cuestión. Cada paso que dan los zemstvos

a título de institución pública está impedido por una telaraña de numerosas circulares de los diversos ministros, y para llevar a la práctica tales o cuales medidas, los miembros de los zemstvos tienen que perder mucho tiempo, energía e ingenio en el ingrato trabajo de desembrollar dicha telaraña. El famoso artículo 87 de los Estatutos de los zemstvos, y en particular su cláusula segunda, pone toda la actividad del zemstvo bajo la supervisión del gobernador. Cada vez son más frecuentes las inspecciones de los consejos de los zemstvos por los gobernadores; el Gobierno los fiscaliza sin andarse con rodeos, por medio de los miembros permanentes de la administración provincial para los zemstvos. Con la promulgación de la ley que limita el derecho de los zemstvos a fijar impuesto, el Gobierno ha reconocido abiertamente su extrema desconfianza hacia lo que constituye la prerrogativa fundamental de esas instituciones, es decir, el derecho de imposición. Merced a la injerencia del Departamento de Policía se separa de las actividades de los zemstvos, por la violencia, a sus mejores colaboradores, elegidos o retribuidos. Probablemente, en un futuro próximo adquirirán fuerza de ley los proyectos ministeriales de fiscalización de las operaciones financieras de los zemstvos por los funcionarios del Control estatal y de la reglamentación de la actividad de sus comisiones consultivas.

Las instancias de los zemstvos, lejos de ser atendidas, ni siquiera se examinan según las reglas establecidas al efecto, y son rechazadas despectivamente por el poder unipersonal de los ministros. En tales condiciones, resulta imposible trabajar en los zemstvos con fe sincera en la utilidad de esta labor. Y ahora asistimos a un proceso de creciente empobrecimiento del medio de los zemstvos, particularmente de sus órganos ejecutivos, los consejos. Se marchan de los zemstvos las personas entregadas con fervor a la causa de estas instituciones, pero que han perdido la fe en la eficacia de su trabajo en la actual situación. Y vienen a sustituirlas miembros de formación nueva, oportunistas que tiemblan cobardemente ante el buen nombre y la apariencia exterior, de las instituciones de los zemstvos, y que humillan definitivamente la dignidad de estos, arrastrándose con grotesco servilismo ante la administración. Resultado de todo ello es la descomposición interna de los zemstvos, mucho peor que la destrucción formal de su administración autónoma local. Si el Gobierno atentase abiertamente contra la idea misma de los zemstvos, podría provocar una vasta conmoción de la opinión pública, cosa que tanto teme la burocracia. Pero lo que presenciamos es una destrucción camuflada del principio de la administración autónoma local, que, por desgracia, no tropieza con resistencia organizada.

En este estado de cosas, la relativa insignificancia de los resultados materiales de la labor de los zemstvos no está compensada en absoluto por su importancia educativa, y el trabajo de casi cuarenta años realizado por sus instituciones en cuanto al desarrollo del civismo, de la conciencia social y de la iniciativa, puede perderse sin dejar rastro para el futuro inmediato. Desde este punto de vista, la actitud de espera tranquila, pasiva, de los oportunistas de los zemstvos solo contribuye a la muerte estéril y sin gloria de la gran idea de estas instituciones. Para sacarlas del callejón sin salida en que las ha metido el sistema de tutela gubernamental, no hay otro camino que el de luchar enérgicamente contra la estúpida creencia de que el estudio de problemas que rebasan los marcos de la mezquindad de la vida local significa un peligro para el pueblo. Los zemstvos tienen que luchar contra este espantajo, que desde luego no amenaza al pueblo ni a la seguridad del Estado, contra este pensamiento cuyo absurdo reconocen cínicamente sus mismos defensores (véase la nota confidencial de Witte, *La autocracia y los zemstvos*),⁸⁹ mediante la discusión franca y audaz, en sus asambleas, de los problemas que afectan a todo el Estado y que se hallan estrechamente relacionados con las necesidades e intereses de la población local. Y cuanto mayor sea la variedad, la plenitud y la energía con que las asambleas de los zemstvos estudien este tipo de problemas, con mayor claridad se revelará que la discusión pública de los males del pueblo no amenaza a este con el desastre, sino que, por el contrario, lo ahuyenta; que el yugo que hoy pesa sobre la prensa solo favorece a los enemigos del pueblo; que el imperio policíaco sobre el pensamiento y la palabra no puede crear ciudadanos honestos; que la ley y la libertad no son incompatibles entre sí. El esclarecimiento público de semejantes problemas, planteado simultáneamente en las asambleas de los zemstvos de algunas provincias, despertará, sin duda, la más honda simpatía por parte de todas las capas del pueblo y provocará una vigorosa remoción de la conciencia social. Pero si los zemstvos no reaccionan de alguna manera ante la crítica situación actual de Rusia, es evidente que los señores Sipiaguin y Witte, después de haberlos despojado de su papel de representantes de los intereses del trabajo, no vacilarán en ponerlos en «consonancia» con el régimen general de las instituciones del Imperio. Que formas adoptara esta «consonancia» es cosa que ni podríamos llegar a imaginar, dada la sagacidad y la inventiva de los actuales gobernantes del país. Bastaría, en efecto, la insolencia del señor ministro del Interior y su asombroso desdén hacia el «principal» estamento del Imperio para investir a sus elegidos —los mariscales de la nobleza— del abyecto papel

89. NdE: ver nota al pie 78, p. 160.

de espías encargados de fiscalizar a los conferenciantes y el contenido de las disertaciones destinadas al pueblo.

Por todas las anteriores consideraciones, entendemos que seguir permaneciendo inactivos y resignarnos humildemente a todos los experimentos a que son sometidos por la burocracia los zemstvos y toda Rusia no solo significa una especie de suicidio, sino además un grave crimen contra nuestra patria. Cuán infundada y necia es la táctica del oportunismo —esta venta de la «primogenitura» por un «plato de lentejas»— nos lo demuestra sobradamente la realidad: la burocracia autocrática, después de haberse apropiado de la primogenitura, nos priva ahora, además, del «plato de lentejas». Uno tras otro, se nos ha ido despojando de casi todos nuestros derechos civiles, y los cuarenta años transcurridos desde el comienzo de las «magnas reformas» nos han llevado de vuelta al mismo punto en que nos encontrábamos al iniciar aquellas reformas, cuarenta años atrás. ¿Nos queda acaso mucho que perder? ¿Cómo justificar y explicar nuestro futuro silencio, sino por la oprobiosa cobardía y la total falta de conciencia de nuestros deberes como ciudadanos?

Como ciudadanos rusos, y, lo que es más importante, de los de «arriba», estamos obligados a defender los derechos del pueblo ruso, a ofrecer la debida respuesta a la burocracia autocrática, la cual pretende aplastar hasta el más leve indicio de libertad e independencia en la vida del pueblo y a convertirlo en un esclavo sumiso. Como dirigentes de los zemstvos, estamos obligados en particular a defender los derechos de sus instituciones, a salvaguardarlas contra el despotismo y la opresión de la burocracia, a abogar por su derecho a la autonomía y a la amplia satisfacción de las necesidades de todas las capas del pueblo.

Dejemos, pues, de guardar sumiso silencio, como un escolar sorprendido en falta; demostremos de una vez que somos ciudadanos mayores de edad y sabemos reclamar lo que por derecho nos pertenece, nuestro derecho de «primogenitura», nuestros derechos civiles.

La burocracia autocrática nunca concede nada voluntariamente, sino solo lo que se la obliga a conceder, aunque luego aparente, al hacerlo, que renuncia a sus «derechos» solo por magnanimidad. Y cuando por acaso concede más de lo que se ve obligada a conceder, en el acto se apresura a retirar todas las concesiones excesivas, como ocurrió con nuestras «magnas reformas». El gobierno no se preocupó por los obreros hasta que no vio frente a él un serio «movimiento obrero» en forma de manifestaciones de masas de muchos miles de trabajadores; entonces se apresuró a elaborar una «legislación obrera», bastante hipócrita por cierto, pero destinada, a pesar de todo, a satisfacer algunas de las reivindicaciones de

los obreros y a apaciguar a estas amenazadoras masas. Durante decenas de años el gobierno deformó a nuestra juventud estudiosa, a nuestros hermanos, hermanas e hijos, no toleró ni la más leve crítica al «sistema escolar» que había establecido y aplastó ferozmente los «desórdenes» estudiantiles.

Pero he aquí que estos «desórdenes» se convirtieron en una huelga de masas, la máquina académica se paralizó, la burocracia se sintió poseída de pronto por un cálido sentimiento de «cordial solicitud» hacia la juventud estudiosa y las mismas reivindicaciones que ayer solo encontraban como respuesta los latigazos de los cosacos son proclamadas hoy como el programa de gobierno para la «reforma escolar».

Es cierto que también en esta metamorfosis hay una parte apreciable de hipocresía, pero sin embargo... Sin embargo, no cabe la menor duda de que la «burocracia» se ha visto obligada a reconocer abiertamente y a hacer concesiones bastante sustanciales a la opinión pública. Y nosotros, como toda la sociedad rusa, como todo el pueblo ruso, solo podemos contar con el reconocimiento y la efectividad de nuestros derechos siempre que sepamos exigir estos derechos audaz y abiertamente, todos unidos y con gran tenacidad.

Por todas estas consideraciones, hemos resuelto dirigirle la presente carta a usted, muy respetable señor, y a muchos otros miembros de los zemstvos de todas las provincias, con el ruego de que en la presente sesión de las asambleas provinciales de zemstvo preste su apoyo al planteamiento, discusión y adopción de las decisiones correspondientes sobre los siguientes problemas:

I. Revisión de los Estatutos de las instituciones de los zemstvos y su modificación en el siguiente sentido:

a) conceder derechos electorales iguales a todos los grupos de la población, sin ningún género de distinciones estamentales, a condición de rebajar considerablemente el censo electoral de propiedad; b) excluir de los zemstvos a los representantes estamentales como tales; c) eximir a los zemstvos, en todos sus actos, de la tutela de la administración, así como concederles plena autonomía en todos los asuntos locales, a condición de que se sometan a las leyes del país sobre las mismas bases que todas las demás personas e instituciones; d) ampliar la competencia de los zemstvos, concediéndoles plena autonomía en lo que concierne a la totalidad de los intereses y necesidades locales, siempre que no lesionen los intereses del Estado en su conjunto; e) derogar la ley que limita el derecho de los zemstvos a fijar impuestos; f) conceder a los zemstvos los más amplios derechos para la difusión de la instrucción pública por

todos los medios posibles; además, aparte de los aspectos económicos en esta materia, debe otorgarse a los zemstvos el derecho de controlar el aspecto educativo y mejorarlo, amén de suprimir el reglamento médico mencionado más arriba, que amenaza al servicio médico de los zemstvos; g) restituir a los zemstvos sus atribuciones concernientes al abastecimiento y concederles plena autonomía en la organización y realización de su labor estadística; h) todos los asuntos de los zemstvos han de correr exclusivamente a cargo de las personas elegidas de los mismos, quienes no deberán estar sujetas a ratificación, por parte de la administración, y menos aún ser nombradas al margen de la voluntad de las asambleas de los zemstvos; i) conceder a los zemstvos el derecho a designar sus empleados, exclusivamente de acuerdo con su criterio, sin la sanción de la administración; j) reconocer a los zemstvos su derecho a discutir libremente todas las cuestiones de Estado que a su vez tengan relación con los intereses y necesidades locales; además, las solicitudes y peticiones presentadas por los zemstvos deben ser examinadas obligatoriamente por las instancias gubernamentales superiores dentro de determinado plazo; k) conceder a todos los zemstvos el derecho a relacionarse entre sí y a organizar congresos de representantes para discutir problemas que conciernan a todos los zemstvos o a algunos de ellos.

II. Revisión y modificación del Reglamento acerca de los campesinos, en el sentido de la total equiparación de sus derechos con los de los demás estamentos.

III. Revisión del sistema fiscal en el sentido de igualar las cargas mediante la introducción de un impuesto progresivo de rentas, eximir de toda gravación determinados ingresos mínimos.

Sería también muy de desear que en las asambleas de los zemstvos se plantearan y debatieran las cuestiones siguientes:

IV. Restablecimiento de los tribunales de justicia de paz en todos los lugares y derogación de todas las leyes que limiten la competencia de los tribunales de jurados.

V. Concesión de una más amplia libertad de prensa, necesidad de suprimir la censura previa, modificación del reglamento de la censura en el sentido de una indicación concreta y precisa de lo que se puede y lo que no se puede publicar, eliminación de la arbitrariedad administrativa en materia de censura y transmisión de todos los casos de delitos de prensa a la competencia exclusiva de los tribunales ordinarios en audiencia pública según las disposiciones judiciales generales.

VI. Revisión de las leyes y disposiciones ministeriales existentes en cuanto a las medidas de protección de la seguridad del Estado, eliminación de la «fiscalización» administrativa secreta en este dominio y vista pública de todas las causas de esta clase por las instituciones judiciales normales.

Confiamos en que usted no rehusará, en su asamblea de provincia, a plantear las cuestiones generales señaladas, y tenemos el honor de rogarle que se sirva informar, en la medida de la posible, de la decisión que pudiera ser tomada por la asamblea a todos los otros zemstvos, por medio de los vocales a quienes conozca. Confiamos, asimismo, que en la mayor parte de los zemstvos se encuentre el número suficiente de personas audaces y enérgicas, capaces de hacer adaptar estas reivindicaciones en las asambleas. Y si todos presentamos nuestras legítimas exigencias de un modo unánime, de forma abierta y categórica, la burocracia se verá obligada a ceder, como cede siempre cuando se encuentra frente a una fuerza unida y consciente.

Un grupo de veteranos de los zemstvos

Esta es una carta muy instructiva. Demuestra cómo la vida misma obliga, incluso a gente poco apta para la lucha y absorbida sobre todo por el pequeño trabajo práctico, a pronunciarse *contra* el Gobierno autocrático. Si comparamos esta carta con una obra como, por ejemplo, el prólogo del señor R. N. S. al memorando de Witte, la primera produce, a mi juicio, mejor impresión.

Es cierto que la carta no contiene «amplias» síntesis políticas, pero hay que tener en cuenta que sus autores no formulan declaraciones «programáticas», sino que expresan un modesto consejo de cómo comenzar la labor de agitación *en la práctica*. No hay que buscar en ellos «vuelo del pensamiento», ni siquiera para hablar francamente de la libertad política; pero tampoco hay frases acerca de personalidades cercanas al trono que pudieren tal vez influir sobre el zar. No ensalzan con falsedad la «obra» de Alejandro II, sino que, al contrario, se trasluce la ironía respecto de las «magnas reformas» —entre comillas—. Y los autores de la carta encuentran la franqueza y la valentía necesarias para rebelarse con decisión contra los «miembros oportunistas de los zemstvos», sin temor a declarar la guerra a la «oprobiosa cobardía» y sin congraciarse con los liberales especialmente atrasados.

Ignoramos hasta ahora qué éxito habrá alcanzado el llamamiento de estos veteranos de los zemstvos, pero su iniciativa nos parece, desde luego,

merecedora de pleno apoyo. La reanimación del movimiento de los zemstvos durante estos últimos tiempos constituye, en general, un fenómeno extraordinariamente interesante. Los autores de la carta muestran ellos mismos cómo se ha ido extendiendo el movimiento, iniciado por los obreros, que luego abarcó a los estudiantes y ahora engloba a los miembros de los zemstvos. Estos tres elementos sociales se disponen así, en adecuada sucesión, según el orden decreciente de su fuerza numérica, su dinamismo social, su radicalismo social y político y su firmeza revolucionaria.

Tanto peor para nuestro enemigo. Cuanto menos revolucionarios son los elementos que se levantan contra él, mejor para nosotros, adversarios incondicionales de la autocracia y de todo el régimen económico actual.

Envíenos nuestros saludos a los nuevos descontentos, y, por consiguiente, a nuestros nuevos aliados. Ayudémoslos.

Como ven, son pobres: solo pueden expresarse con un volante mucho peor editado que los de los obreros y los estudiantes. Nosotros somos ricos. Lo publicaremos. Daremos publicidad a esta nueva bofetada a los zares Obmánov.⁹⁰ Esta bofetada es tanto más interesante cuanto más «respetables» son las personas que la descargan...

Como ven, son débiles: tienen tan pocos nexos con el pueblo que su carta circula de mano en mano, lo mismo que la copia de una carta particular. Nosotros somos fuertes. Podemos y debemos hacer llegar esta carta «al pueblo» y, ante todo, al proletariado, que está dispuesto a la lucha y que ya ha comenzado la lucha por la libertad de todo el pueblo.

Como ven, son tímidos: solo ahora comienzan a desplegar su agitación profesional en torno de los zemstvos. Nosotros somos más audaces que ellos. Nuestros obreros han superado ya la «fase» —fase que les fue impuesta— de la sola agitación profesional-económica. Démosles un ejemplo de cómo se debe luchar. Pues si los obreros han luchado por una reivindicación como la derogación del Reglamento Provisional —para expresar con ello su protesta contra la autocracia—, puede ser también un motivo no menos importante este agravio oficial a la que, por menuada que sea, constituye una ¡«*administración autónoma local*»!

Pero al llegar aquí nos salen al paso todos los partidarios del «economicismo» públicos y encubiertos, conscientes e inconscientes. ¿A quién

90. NdT: se hace aquí un juego de palabras con Obmánov, que significa «estafador»

conviene que los obreros apoyen a los miembros de los zemstvos? —se nos pregunta—. ¿Solo a estos? ¿Solo a las personas que se sienten descontentas simplemente, tal vez, porque el Gobierno mima más a los empresarios industriales que a los agrario? ¿No será a la burguesía únicamente, cuyos deseos no van más allá de la «viva lucha de los grupos económicos del país»?

¿A quién? Ante todo y sobre todo *a la propia clase obrera*. Esta, «la única clase verdaderamente revolucionaria» de la sociedad actual, en la práctica no sería revolucionaria si no aprovechara todo pretexto para asestar nuevos golpes a su acérrimo enemigo. Y las palabras de nuestras declaraciones y programas sobre la agitación y la lucha política serían letra muerta si dejásemos escapar los casos favorables para la lucha, en que comienzan a reñir con este enemigo hasta sus aliados de ayer —de la década del sesenta— y en parte los de hoy —los miembros oportunistas de los zemstvos y los terratenientes feudales—.

Sigamos con atención la vida de los zemstvos, el crecimiento y la ampliación —o la caída y el reflujo— de la nueva ola de protesta. Esforcémonos por hacer que la clase obrera conozca mejor la historia de los zemstvos, las concesiones hechas por el Gobierno a la comunidad en la década del sesenta, los mentirosos discursos de los zares y su táctica: primero dar un «plato de lentejas» en vez del «derecho de primogenitura», para después, apoyándose en este «derecho» conservado por ellos, quitar también el plato de lentejas. Que los obreros aprendan a discernir esta tradicional táctica policiaca en todas y cada una de sus expresiones. Este discernimiento también es necesario para nuestra lucha por *nuestro* «derecho de primogenitura», por la libertad de lucha del proletariado contra *toda* opresión económica y social. Enseñemos a los obreros, con conferencias en las reuniones de círculos, lo que son los zemstvos y sus relaciones con el Gobierno; difundamos volantes sobre las protestas de los zemstvos; preparémonos para que, a la menor vejación que sufra la gente honesta de los zemstvos por parte del Gobierno zarista, el proletariado pueda responder con manifestaciones contra los gobernadores Pompadour, los je-nízaros y los censores-jesuitas. El partido del proletariado debe aprender a perseguir y acosar a todo lacayo de la autocracia por toda violencia o exceso contra cualquier capa social, contra cualquier nacionalidad o raza.

Aventurerismo revolucionario: primera parte

Iskra, n.º 23 (agosto de 1902)

Vivimos tiempos turbulentos, en los que la historia de Rusia avanza con botas de siete leguas y cada año significa, a veces, más que decenios en períodos pacíficos. Se hace el balance de medio siglo de la época posterior a la Reforma campesina y se asientan los cimientos de las estructuras sociopolíticas que habrán de determinar durante largo tiempo el destino de todo el país. El movimiento revolucionario sigue creciendo con celebridad sorprendente y «nuestras tendencias» sazonan —y se agotan— con rapidez extraordinaria. Las tendencias que disponen de sólidas bases en el régimen clasista de un país capitalista en tan rápido desarrollo como Rusia encuentran «su sitio» casi en el acto y buscan a las clases afines. Un ejemplo: la evolución del señor Struve. Los obreros revolucionarios proponían, hace solo año y medio, que se le «arrancase la careta» de marxista; ahora, él mismo actúa ya sin careta como jefe (¿o lacayo?) de los terratenientes liberales, que se enorgullecen de su arraigo y sensatez. Por el contrario, las tendencias que expresan únicamente la volubilidad tradicional de las opiniones sustentadas por los sectores intelectuales intermedios e indefinidos tratan de remplazar el acercamiento a determinadas clases con declaraciones tanto más ruidosas cuanto mayor es el estruendo de los acontecimientos. «Alborotamos, amigo, alborotamos»: tal es la consigna de muchas personas de espíritu revolucionario, arrastradas por el torbellino de los acontecimientos y carentes de bases teóricas y sociales.

A tales tendencias «ruidosas» pertenecen también los socialrevolucionarios, cuya fisonomía se dibuja con claridad creciente, y es hora ya de que el proletariado examine con atención esta fisonomía y comprenda de un modo exacto qué representan en realidad quienes persiguen su amistad con tanta mayor insistencia cuanto más evidente se hace su imposibilidad de sobrevivir como corriente especial, sin acercarse de lleno a la verdadera clase social revolucionaria.

Circunstancias de tres tipos han contribuido más que nada a descubrir la fisonomía autentica de los socialrevolucionarios. Primero, la división entre la socialdemocracia revolucionaria y el oportunismo, que levanta cabeza bajo la bandera de la «crítica del marxismo». Segundo, el asesinato de Sipiaguin por Balmáshev y el nuevo viraje de algunos revolucionarios

hacia el terrorismo. Tercero y principal, el novísimo movimiento entre el campesinado, que ha obligado a quienes están acostumbrados a nadar entre dos aguas y carecen de todo programa a manifestarse *post factum* con algo, al menos, que se parezca a un programa. Analicemos estas tres circunstancias, haciendo la salvedad que en un artículo periodístico solo podremos abordar someramente los puntos fundamentales de la argumentación y que quizás la exponamos con mayor detenimiento en un artículo para alguna revista o folleto.

Los socialrevolucionarios han hecho una declaración teórica de principios solo en el número 2 de *Véstnik Russkoi Revoliutsii*,⁹¹ en un editorial no firmado y titulado «El crecimiento mundial y la crisis del socialismo». Aconsejamos con insistencia este artículo a cuantos quieran tener una idea clara de la versatilidad y de la más absoluta carencia de principios en el terreno de la teoría, así como del arte de encubrirlas con un torrente de palabras. Todo el contenido de este artículo, notable en grado sumo, puede expresarse en dos palabras. El socialismo ha crecido y se ha convertido en una fuerza mundial, el socialismo —entiéndase, el marxismo— se escinde ahora a consecuencia de la guerra de los revolucionarios («ortodoxos») contra los oportunistas («críticos»). «Como es natural», los socialrevolucionarios jamás hemos simpatizado con el oportunismo, pero saltamos de gozo con motivo de la «crítica» que nos ha librado del dogma; también nosotros emprendemos la revisión de ese dogma, y aunque todavía no hemos mostrado absolutamente ninguna crítica —a excepción de la oportunista burguesa—, aunque todavía no hemos revisado nada en absoluto, esta libertad nuestra respecto de la teoría debe sernos reconocida como un mérito intencionado. Aún con más motivo debe reconocérsenos el mérito de que, como personas que somos libres de toda teoría, defendamos a capa y espada la unión general y condenemos con fervor toda discusión teórica de principios. «Una organización revolucionaria sería —nos asegura muy en serio V. R. R. en la página 127 del número 2— renunciaría a resolver los problemas en litigio de la teoría social, que siempre desunen, lo que, como es natural, no debe impedir a los teóricos buscarles solución». O dicho más claro: dejemos que el escritor escriba y que el lector lea y, mientras tanto, alegrémonos nosotros con motivo de ese lugar vacío liberado.

91. *Véstnik Russkoi Revoliutsii* [*El Mensajero de la Revolución Rusa*]: revista clandestina que se editó en el extranjero (París-Ginebra) en los años 1901-5; aparecieron cuatro números. Desde el número 2, órgano teórico del partido eserista.

No es necesario, por supuesto, analizar en serio esta teoría del apartamiento del socialismo —con motivo de las discusiones en sí—. A nuestro juicio, la crisis del socialismo obliga a los socialistas más o menos serios a redoblar precisamente la atención por la teoría, a adaptar de modo más resuelto y con rigor una posición determinada, deslindarse con mayor decisión de los elementos vacilantes e inseguros. En cambio, a juicio de los socialrevolucionarios, puesto que «incluso entre los alemanes» hay escisión y disensión, el propio Dios nos ordena a los rusos que estemos orgullosos de no saber adónde vamos. A nuestro parecer, la carencia de teoría niega derecho de existencia a una tendencia revolucionaria y, tarde o temprano, la condena de manera ineluctable a la bancarrota política. En cambio, a juicio de los socialrevolucionarios, carecer de teoría es una cosa muy buena, especialmente cómoda «para la unificación». Como ven, no podremos entendernos con ellos, ni ellos con nosotros, pues hablamos lenguajes distintos. Solo hay una esperanza: que les haga entrar en razón el señor Struve, quien habla también —aunque con mayor seriedad— de suprimir los dogmas y de que «nuestra» misión, como la misión de toda burguesía que se dirige al proletariado, no consiste en desunir, sino en unir. ¿Verán algún día los socialrevolucionarios, con la ayuda del señor Struve, lo que *significa de verdad* su posición de librarse del socialismo para unirse y desunirse por haberse librado del socialismo?

Pasemos al segundo punto, al problema del terrorismo. Los socialrevolucionarios se afanan por defender el terrorismo, cuya inutilidad ha demostrado de modo tan patente la experiencia del movimiento revolucionario ruso, declarando que solo lo admiten acompañado de la labor entre las masas y que, por ello, no les atañen los argumentos que los socialdemócratas rusos han esgrimido para refutar la conveniencia —y la han refutado para largo— de este método de lucha. Se repite algo muy parecido a su actitud ante la «crítica». No somos oportunistas, gritan los socialrevolucionarios; pero, al mismo tiempo, relegan al olvido el dogma del socialismo proletario, tomando por base únicamente la crítica oportunista y ninguna otra. No repetimos los errores de los terroristas, no distraemos a nadie de la labor entre las masas, aseguran los socialrevolucionarios; pero, al mismo tiempo, recomiendan celosamente al Partido actos como el asesinato de Sipiaguin por Balmáshev, aunque todo el mundo sabe y ve muy bien que este acto no ha tenido —ni podía tener, por la forma en que ha sido realizado— ninguna relación con las masas, que quienes lo han cometido no confiaban ni contaban con ningún

apoyo o acción concreta de la multitud. Los socialrevolucionarios no advierten ingenuamente que su inclinación al terrorismo está unida con el más estrecho vínculo causal al hecho de haberse encontrado desde el primer momento, y de seguir encontrándose, al margen del movimiento obrero, sin tratar siquiera de convertirse en el partido de una clase revolucionaria que sostiene su lucha de clase. Los votos fervorosos obligan con mucha frecuencia a ponerse en guardia y desconfiar de la veracidad de lo que necesita un condimento picante. Y cuando leo las aseveraciones de los socialrevolucionarios de que con el terrorismo no relegan la labor entre las masas, recuerdo con frecuencia estas palabras: ¿cómo no se cansan de jurar? Porque quienes hacen esas afirmaciones se han apartado ya, y siguen apartándose, del movimiento obrero socialdemócrata —que de veras pone en pie a las masas—, asiéndose a retazos de teorías, cualesquiera que sean.

La octavilla publicada el 3 de abril de 1902 por el partido de los socialrevolucionarios⁹² puede servir de magnífica ilustración a cuanto queda dicho. Es la fuente más auténtica, más viva y más cercana a los propugnadores de la acción directa. En esta octavilla, «el planteamiento del problema de la lucha terrorista» «coincide plenamente» también «con la concepción del partido», según el valioso testimonio de *Revoliutsiónnaya Rossía* (n.º 7, p. 24).*

La octavilla del 3 de abril copia con exactitud admirable la estampa de la «novísima» argumentación de los terroristas. Lo primero que salta a la

* A decir verdad, *Revoliutsiónnaya Rossía* hace también ciertos equilibrios al hablar de este punto. Por una parte, «coincide plenamente»; por otra, insinúa «exageraciones». Por un lado, declara que esta octavilla es obra solo de «un grupo» de «socialrevolucionarios». Por otro, nos encontramos ante *el hecho* de que lleva la siguiente firma: «Edición del *partido* de los socialrevolucionarios»; y, además, repite el epígrafe de *Revoliutsiónnaya Rossía* —«En la lucha adquirirás tu derecho»—. Comprendemos que a *Revoliutsiónnaya Rossía* le desagrada abordar un punto tan delicado; sin embargo, consideramos sencillamente indecoroso jugar al escondite en tales casos. A la socialdemocracia revolucionaria le desagradó también la existencia del «economismo», pero lo desenmascaró públicamente sin intentar jamás desorientar a nadie.

92. Lenin se refiere a la proclama *A todos los súbditos del zar de Rusia*, editada el 3 de abril de 1902 en la imprenta del partido eserista, y al comentario sobre esta proclama, aparecido en el número 7 del periódico *Revoliutsiónnaya Rossía*, en junio de 1902, en la sección *Actividades del Partido*.

vista son estas palabras: «no exhortamos a practicar el terrorismo en lugar de la labor entre las masas, sino precisamente a realizar esa labor de manera simultánea». Y saltan a la vista porque han sido compuestas con caracteres el triple de grandes que el resto del texto —procedimiento repetido también, como es natural, por *Revoliutsiónnaya Rossia*—. ¡Es tan sencillo, en efecto! Basta con poner en negrita «no reemplazando, sino agregando» para que pierdan en el acto su valor todos los argumentos de los socialdemócratas, todas las enseñanzas de la historia. Pero prueben a leer toda la octavilla y verán que el juramento en negrillas invoca en vano el nombre de las masas. ¡El día en que «el pueblo obrero salga de las tinieblas» y «la potente ola popular haga pedazos las puertas de hierro» «no llegará, ¡ay! (textualmente: ¡ay!), tan pronto, y es terrible pensar cuántas víctimas costará!»! ¿Es que las palabras «no llegará, ¡ay!, tan pronto» no expresan incompreensión absoluta del movimiento de masas y desconfianza en él? ¿Es que este argumento no ha sido inventado adrede para burlarse de que el pueblo obrero se ponga ya en pie? Y, por último, aun en el caso de que este manido argumento tuviera tanto fundamento como absurdo es en realidad, de él dimanaría con singular relieve la inutilidad del terrorismo, pues *sin* el pueblo obrero nada pueden, nada a ciencia cierta, las bombas de cualquier tipo.

Mas escuchen lo que sigue: «Cada golpe terrorista parece arrebatar a la autocracia una parte de su fuerza y transferir (!) toda esta fuerza (!) a los luchadores por la libertad [...]. Y cuanto más sea practicado el terrorismo de manera sistemática (!), es evidente que la balanza se inclinará finalmente a nuestro favor». Sí, sí, es evidente para todos que nos encontramos ante el mayor de los prejuicios terroristas en su forma más burda: ¡el asesinato político «transfiere la fuerza» por sí solo! Ahí tienen, de una parte, la teoría de la transferencia de la fuerza, y de otra, «no reemplazando, sino agregando...». ¿Cómo no se cansan de jurar?

Pero esto no es más que el comienzo. Lo gordo vendrá después. «¿Contra quién disparar?», pregunta el partido de los socialrevolucionarios. Y responde: contra los ministros, y no contra el zar, pues «el zar no llevará las cosas al extremo» (¿cómo lo han sabido!?) y, además, «esto es más fácil» (¡así se dice textualmente!): «ningún ministro puede parapetarse en palacio como en una fortaleza». Y esta argumentación termina con el siguiente razonamiento, digno ser immortalizado como modelo de «teoría» de los socialrevolucionarios: «Contra la multitud, la autocracia tiene a los soldados; contra las organizaciones revolucionarias, a la policía secreta

y uniformada; pero ¿qué podrá salvarla (¿a quién?, ¿a la autocracia? ¡el autor, sin darse cuenta, ha identificado ya a la autocracia con el ministro, contra quien es fácil disparar!) [...] de individuos aislados o de pequeños grupos que se preparan constantemente para el ataque, incluso en secreto los unos de los otros (!!), y atacan? No hay fuerza que valga contra la calidad de incapturable. Por tanto, nuestra tarea es clara: eliminar a todo verdugo autocrático y autoritario por el único procedimiento que la autocracia nos ha dejado (!): la muerte». Por muchas montañas de papel que escriban los socialrevolucionarios asegurando que con su prédica del terrorismo no relegan ni desorganizan la labor entre las masas, no podrán refutar con torrentes de palabras el hecho de que precisamente la octavilla citada expresa con exactitud la verdadera psicología del terrorista contemporáneo. La teoría de la transferencia de la fuerza se completa de manera lógica con la teoría de la calidad de incapturable, teoría que pone definitivamente cabeza abajo no solo toda la experiencia del pasado, sino todo el sentido común. Que la «multitud» es la única «esperanza» de la revolución y que contra la policía solo puede luchar una organización revolucionaria que dirija —de hecho, y no de palabra— a esa multitud son cosas tan elementales que da vergüenza demostrarlas. Y solo la gente que lo ha olvidado todo y no ha aprendido absolutamente nada es capaz de resolver la cuestión «al revés», llegando al fabuloso y absurdo disparate de que a la autocracia pueden «salvarla» de la multitud los soldados, y de las organizaciones revolucionarias la policía, ¡¡pero *nada la salvará* de los individuos sueltos que se dediquen a cazar ministros!!

Este fabuloso razonamiento que —estamos seguros de ello— se hará célebre, en modo alguno es una simple curiosidad. Alecciona también porque pone al desnudo, al llevarlo con audacia hasta el absurdo, el error fundamental de los terroristas y el error común de los «economicistas» —¿quizás haya que decir ya: de los exportavoces del finado «economicismo»?—. Este error consiste, como hemos indicado ya muchas veces, en *no comprender* el defecto principal de nuestro movimiento. Debido al desarrollo del movimiento a velocidad extraordinaria, los dirigentes se han rezagado de las masas y las organizaciones revolucionarias no han crecido en la misma proporción que la actividad revolucionaria del proletariado, resultando incapaces de colocarse a la cabeza y dirigir a las masas. Ninguna persona de buena fe que conozca, por poco que sea, el movimiento duda hoy de que haya tal desproporción. Y como esto es así, también es evidente que los actuales terroristas son verdaderos «economicistas» al

revés, ya que caen en el extremo opuesto, tan insensato como el otro. Exhortar al terrorismo, a que individuos sueltos y grupos que no se conocen entre sí organicen atentados contra ministros cuando los revolucionarios *carecen* de fuerzas y medios *suficientes* para dirigir a las masas, que se ponen ya en pie, significa *de por sí* no solo interrumpir la labor entre las masas, sino desorganizarla de manera directa. En la octavilla del 3 de abril leemos que nosotros, los revolucionarios, «estamos acostumbrados a apiñarnos tímidamente en un tropel, e incluso (*Nota bene*) el espíritu nuevo y audaz que se viene dejando sentir durante los dos o tres años últimos ha dado, por ahora, mayor impulso al estado de ánimo de la multitud que al de los individuos». En estas palabras hay mucha verdad revelada sin proponérselo sus autores. Y precisamente esta verdad es un ataque demoledor contra los predicadores del terrorismo. Todo socialista que piensa extrae de esta verdad la siguiente conclusión: hay que actuar en tropel con mayor energía, audacia y unanimidad. Pero los socialrevolucionarios deducen: ¡«dispara, individuo incapturable, pues el tropel, ¡ay!, no llegará tan pronto, y, además, están los soldados para hacerle frente!»». ¡Señores, esto ya no tiene la menor sensatez!

En la octavilla tampoco falta la teoría del terrorismo excitativo. «Cada desafío del héroe despierta en todos nosotros el espíritu de lucha e intrepidez», nos dicen. Sin embargo, sabemos por lo pasado y vemos por lo presente que *solo* las nuevas formas del movimiento de masas o el despertar de nuevos sectores de la masa a la lucha independiente despiertan de verdad *en todos* el espíritu de lucha e intrepidez. En cambio, los desafíos, precisamente porque no pasan de ser *desafíos* de los Balmáshev, causan solo de momento una sensación efímera y llevan a la larga incluso a la apatía, a la espera pasiva del *desafío* siguiente. Se nos asegura más adelante que «cada relámpago de terrorismo da luz a la inteligencia», lo cual no advertimos, lamentablemente, en el Partido Social-Revolucionario, que preconiza el terrorismo. Se nos ofrece una teoría de la labor minúscula y de las grandes obras. «Quien tenga más fuerzas y mayores posibilidades y decisión no debe darse por satisfecho con la labor minúscula (!), debe buscar y entregarse a grandes obras: la propaganda del terrorismo entre las masas (!), la preparación de complicadas (¡se ha olvidado ya la teoría de la calidad e incapturable!) [...] empresas terroristas». ¿Verdad que resulta inteligente a maravilla? Entregar la vida de un revolucionario para vengarse del canalla Sipiaguin y sustituirlo por el canalla Pleve es una gran obra. Pero preparar, *por ejemplo*, a las masas para una manifestación

armada es una labor minúscula. *Revoliutsiónnaya Rossía* explica esto en su número 8, al declarar que de las manifestaciones armadas «es fácil hablar y escribir como de algo perteneciente a un futuro lejano e impreciso»; «pero todas estas peroratas han tenido hasta ahora un carácter solo teórico». ¡Qué bien conocemos este lenguaje de quienes se sienten libres de las incomodidades que implican las firmes convicciones socialistas y de la gravosa experiencia de todos los movimientos populares, cualesquiera que sean! Esas personas confunden lo tangible y lo sensacional inmediato de los resultados con su importancia práctica. Para ellos, la exigencia de sustentar con firmeza el criterio de clase y velar por el carácter de masas del movimiento es «teorización imprecisa». La precisión consiste, según ellos, en seguir con servilismo cada viraje del estado de ánimo y... y, como consecuencia, ser impotente sin remedio ante cada viraje. Empiezan las manifestaciones y esa gente se deshace en frases sangrientas y habla del comienzo del fin. Se interrumpen las manifestaciones y entonces nos desanimamos y gritamos a todo correr: «el pueblo, ¡ay!, aún tardará...». Una nueva infamia de los verdugos zaristas y exigimos que se nos indique el medio «preciso» que sirva de *respuesta* exhaustiva precisamente a esa violencia de los verdugos, un medio que «transfiera la fuerza» en el acto, ¡y prometemos con orgullo dicha transferencia! Esa gente no comprende que la promesa de «transferir» la fuerza es, ya de por sí, aventurerismo político, y que este aventurerismo depende de su carencia de principios.

La socialdemocracia pondrá siempre en guardia contra el aventurerismo y denunciará sin piedad las ilusiones, que terminan de manera ineluctable en el más completo desengaño. Debemos tener presente que un partido revolucionario es digno de este nombre solo cuando dirige *de verdad* el movimiento de una clase revolucionaria. Debemos tener presente que todo movimiento popular adquiere formas infinitamente diversas, elabora sin cesar nuevas formas y abandona las viejas, creando variantes o nuevas combinaciones de las formas viejas y nuevas. Y es deber nuestro participar de manera activa en este proceso de elaboración de métodos y medios de lucha. Cuando arreció el movimiento estudiantil, llamamos al obrero en ayuda del estudiante (*Iskra*, n.º 2),⁹³ sin atrevemos a predecir las formas de las manifestaciones, sin prometer que de ellas dimanarían la transferencia inmediata de la fuerza, el alumbramiento de la inteligencia la calidad especial de incapturable. Cuando se estabilizaron las manifestaciones, llamamos a organizarlas y a armar a las masas, dimos

93. NdE: se puede consultar en la presente edición, pp. 15 y ss.

la tarea de preparar la insurrección del pueblo. Sin negar en principio lo más mínimo la violencia y el terrorismo, exigimos que se trabajara en la preparación de formas de violencia que previesen y asegurasen la participación directa de las masas. No cerramos los ojos ante la dificultad de esta tarea, pero trabajaremos con firmeza y tenacidad para cumplirla, sin que nos turben las objeciones de que es «un futuro lejano e impreciso». Sí, señores, somos también partidarios de las futuras formas del movimiento, y no solo de las pasadas. Preferimos el largo y difícil trabajo en lo que tiene porvenir y no la «fácil» repetición de lo que ha sido ya condenado por el pasado. Arrancaremos siempre la careta a quienes hablan sin cesar de la guerra contra los esquemas del dogma, pero se limitan, de hecho, a repetir los lugares comunes de las teorías más vetustas y dañinas de la transferencia de la fuerza, de la diferencia entre la labor grande y la minúscula y, como es natural, de la teoría del desafío y del combate singular. «De la misma manera que los jefes decidían antaño en un combate singular las batallas de los pueblos, los terroristas conquistarán la libertad para Rusia en combate singular con la autocracia»: así termina la octavilla del 3 de abril. Y basta con publicar *semejantes* frases para verlas refutadas.

Quienes realizan de verdad su labor revolucionaria en ligazón con la lucha de clase del proletariado saben, ven y sienten perfectamente cuán numerosas son las demandas directas e inmediatas del proletariado —y de los sectores del pueblo capaces de apoyarle— todavía sin satisfacer. Saben que, en muchísimos lugares, en zonas inmensas, los obreros pugnan literalmente por lanzarse a la lucha, y sus impulsos se pierden en vano por la insuficiencia de publicaciones y de dirigentes, por la falta de fuerzas y medios en las organizaciones revolucionarias. Y nos encontramos —vemos que nos encontramos— en el maldito círculo vicioso que tanto tiempo gravitó sobre la revolución rusa como un sino fatal. De un lado, se pierde en vano el ímpetu revolucionario de la multitud poco ilustrada y organizada. De otro lado, se pierden en vano los disparos de los «individuos incapturables», que pierden la fe en la posibilidad de cerrar filas, de trabajar hombro con hombro con la masa.

¡Pero la cosa aún puede remediarse plenamente, camaradas! La pérdida de fe en la verdadera causa no es más que una rara excepción. La fascinación por el terrorismo no es más que un estado de ánimo efímero. ¡Cerraremos más estrechamente las filas socialdemócratas y fundiremos en un todo la organización combativa de los revolucionarios y el heroísmo masivo del proletariado ruso!

Proyecto de una nueva ley sobre las huelgas

Iskra, n.º 24 (septiembre de 1902)

Ha llegado a nuestro poder un nuevo documento confidencial: el memorando del Ministerio de Hacienda «sobre la revisión de los artículos de la ley que castigan las huelgas y las rescisiones de los contratos de trabajo, y sobre la conveniencia de crear organizaciones obreras de ayuda mutua». Por la extensión del memorando, y ante la necesidad de darlo a conocer a las más amplias capas de la clase obrera, lo editamos en folleto especial.⁹⁴ Por el momento, resumiremos aquí el contenido de este interesante documento e indicaremos su importancia.

El memorando comienza con un breve esbozo de la historia de nuestra legislación fabril, señala las leyes del 3 de junio de 1886 y del 2 de junio de 1897⁹⁵ y pasa luego al problema de la abolición de las sanciones penales por abandono del trabajo y por huelga. El Ministerio de Hacienda entiende que la amenaza de detención o cárcel por abandono voluntario del trabajo por un solo obrero o por cesación del trabajo concertada por muchos obreros, no logra el propósito buscado. La experiencia ha demostrado que estos medios no garantizan el mantenimiento del orden público; que esta amenaza no hace más que irritar a los obreros, convencidos de la injusticia de la ley. Aplicar tales leyes resulta muy difícil a causa del extremado agobio que entraña formar cientos y a veces miles de expedientes por abandono del trabajo, y también a causa de que para

94. Lenin tiene en cuenta el folleto *La autocracia y las huelgas. Memorando del Ministerio de Hacienda sobre la autorización de las huelgas*, editado en 1902 en Ginebra por la Liga de la Socialdemocracia Revolucionaria Rusa en el Extranjero.

95. *Ley del 3 [15] de junio de 1886 (Reglas sobre la inspección de los establecimientos de la industria fabril y sobre las relaciones mutuas de fabricantes y obreros)*: fue aprobada bajo la influencia del movimiento obrero en las provincias de Moscú, Vladimir y Yaroslavl, y sobre todo de la famosa huelga de 1885 en la fábrica de Morózov. Lo principal de la ley consistía en cierta limitación de la arbitrariedad de los fabricantes e industriales al multar a los obreros —de ahí que se conozca como «la ley de multas»—.

La *Ley del 2 [14] de junio de 1897 (sobre la duración y distribución de la jornada laboral en los establecimientos de la industria fabril)* introdujo, por primera vez en la historia de Rusia, la limitación legislativa de la jornada de trabajo para una parte de los obreros de la gran industria; como la Ley del 3 de junio de 1886, fue promulgada bajo la influencia del movimiento obrero de los años 90 del siglo XIX, principalmente de las grandes huelgas de los obreros de Petersburgo en los años 1895-6.

el patrono es muy desventajoso quedarse sin obreros si los encarcelan por declararse en huelga. Considerar la huelga como un delito provoca una injerencia demasiado celosa por parte de la policía, injerencia que ocasiona a los patronos más daños que beneficios; mayores dificultades y molestias que facilidades. El memorando propone abolir todas las penas por abandono no autorizado individual de la fábrica y por huelga pacífica —que no lleven aparejada violencia ni infracción del orden público, etc.—. Siguiendo el ejemplo de las leyes extranjeras, las penas deben ser impuestas solo por «violencias, amenazas o *difamaciones* (!) cometidas por el patrono o los obreros contra la persona o los bienes de otro, y que tengan por finalidad, contra las libres y legítimas intenciones de este, obligarle o impedirle» que efectúe su trabajo en tales o cuales condiciones. En otras palabras, en vez de las sanciones penales por huelga, se proponen sanciones penales por interferir «a los que desean trabajar».

En lo que concierne a las sociedades de ayuda mutua, el Ministerio de Hacienda se lamenta de la arbitrariedad administrativa en este asunto —que se manifiesta especialmente en Moscú, donde la sociedad de obreros de las fábricas de construcciones mecánicas⁹⁶ llegó incluso a expresar su pretensión de «actuar como mediadora» entre los obreros y la administración— y exige la adopción, por vía legislativa, de un reglamento adecuado para este tipo de sociedades y facilidades para su organización.

No cabe, pues, la menor duda de que el espíritu general que preside este nuevo memorando del Ministerio de Hacienda es liberal, y que su punto central es la propuesta de abolir las sanciones penales por huelga. No nos detendremos a analizar en detalle el contenido de todo el «proyecto

96. *La Sociedad de Obreros Mecánicos* (oficialmente Sociedad de Ayuda Mutua de los Obreros en la Industria Mecánica) surgió en mayo de 1901 en Moscú con el concurso de la policía secreta: sus estatutos fueron aprobados por el gobernador general de Moscú el 14 [27] de febrero de 1902. La creación de la Sociedad fue uno de los intentos de implantar el «socialismo policíaco» (zubatovismo) para apartar a los obreros de la lucha revolucionaria. El coqueteo demagógico de la policía con los obreros, y en particular los intentos de los agentes de Zubátov —cabecillas de la Sociedad de Obreros Mecánicos— de arrogarse el derecho a mediar en los conflictos entre los patronos y los obreros, provocaron el descontento de los fabricantes e industriales de Moscú y las protestas del Ministerio de Hacienda, el cual reflejaba sus intereses. A partir de 1903, bajo la influencia del creciente movimiento obrero, el papel de la Sociedad, igual que el de las demás organizaciones zubatovianas, se redujo a la nada. [NdE: sobre el zubatovismo, ver el siguiente artículo]

de ley» —esto podrá hacerse más cómodamente después que se publique el texto íntegro del memorando—, pero llamaremos la atención del lector hacia el carácter y el significado de este liberalismo. La propuesta de conceder a los obreros cierta libertad de huelga y cierta libertad de organización no es una novedad no solo entre nuestras publicaciones liberales, sino tampoco entre las disposiciones de las comisiones oficiales o gubernamentales. A comienzos de la década del 60, la comisión Stackelberg, después de haber revisado los estatutos fabril y artesanal, propuso instituir cámaras de trabajo, compuestas por representantes electos de los obreros y de los patronos, y conceder a los primeros cierta libertad de organización. En la década del 80, la comisión designada para elaborar el proyecto de nuevo código penal propuso la abolición de las sanciones penales por huelga. Pero el actual proyecto del Ministerio de Hacienda difiere en forma sustancial de los anteriores, y esta diferencia constituye un importantísimo signo de la época, aun cuando las propuestas del nuevo proyecto queden en letra muerta, como todas las precedentes. Esa diferencia sustancial consiste en que el nuevo proyecto se caracteriza por tener mucha más «fundamentación»: se advierte en él no solo la voz de unos cuantos teóricos e ideólogos de vanguardia de la burguesía, sino también la de toda una capa de industriales prácticos. Esto ya no es solamente el liberalismo de funcionarios y profesores «humanos», sino el liberalismo patrio, doméstico, de los comerciantes e industriales moscovitas. Diré con franqueza que esto colma mi corazón de alto orgullo patriótico: el liberalismo de tres kopeks del comerciante significa mucho más que el liberalismo de quince kopeks del funcionario oficial. Y lo más interesante del memorando no son los nauseabundos razonamientos acerca de la libertad de contrato y de la utilidad del Estado, sino las consideraciones prácticas que los fabricantes que se traslucen a través de la argumentación jurídica tradicional.

«¡Es intolerable! ¡Estamos hartos! ¡No te metas en esto!»: he aquí lo que el fabricante ruso dice a la policía rusa por boca del autor del memorando ministerial. Escuchen, en efecto, los siguientes razonamientos:

Según la opinión de las autoridades policiales, que encuentran apoyo en la imprecisión e incoherencia de la ley vigente, toda huelga es considerada no como un fenómeno económico natural, sino infaliblemente como una infracción del orden público y la tranquilidad pública. Sin embargo, si se adoptase una actitud más serena ante la cesación del trabajo en fábricas, y no se identificara a las huelgas con la infracción del orden

público, resultaría mucho más fácil establecer las verdaderas causas de estos fenómenos, distinguir las razones legítimas y justas de los pretextos ilegítimos e infundados y tomar las medidas adecuadas para un arreglo amigable entre las partes. Con semejante orden, más normal, solo se tomarían medidas de interdicción y de represión en presencia de testimonios convincentes de la existencia de desórdenes.

La policía no examina las causas de una huelga, sino que *solo* se preocupa de ponerle fin recurriendo a dos métodos: u obligando a los obreros a reanudar el trabajo —mediante detenciones, deportaciones, etc., «hasta el empleo de la fuerza militar»—, o incitando a los patronos a ceder. «No se puede decir que alguno de estos dos métodos sea bueno» para los señores fabricantes: el primero «siembra la irritación entre los obreros»; el segundo «refuerza en los obreros la convicción, en alto grado perniciosa, de que la huelga es el mejor medio para lograr la satisfacción de sus deseos en todos los casos».

La historia de las huelgas producidas durante los últimos diez años nos ofrece muchos ejemplos de los males resultantes de la tendencia a aplastar rápidamente y a cualquier precio las complicaciones que surgen. Las detenciones llevadas a cabo con apresuramiento han provocado a veces una oleada tal de cólera entre los obreros que hasta ese momento permanecían completamente tranquilos, que se hacía menester la intervención de los cosacos, después de lo cual, por supuesto, no se podía hablar de satisfacer siquiera las reivindicaciones legítimas de los huelguistas. Por otra parte, los casos en que las exigencias ilegítimas de los obreros eran satisfechas rápidamente por medio de la acción ejercida sobre los patronos provocaban de manera inevitable huelgas análogas en otros establecimientos industriales, en las que se hacía necesario aplicar no ya el sistema de concesiones, sino la fuerza militar, cosa en absoluto incomprensible para los obreros y que les infunde la convicción de que las autoridades se comportan con ellos de modo injusto y arbitrario [...].

Que la policía satisfaga alguna que otra vez las reclamaciones, ilegítimas incluso, de los obreros por medio de la presión ejercida sobre los patronos es, desde luego, una fantasía de los señores capitalistas, quienes quieren decir que a veces ellos mismos, regateando con los huelguistas, les concederían menos de lo que se ven obligados a dar bajo la presión del espectro amenazador de la «violación del orden y la tranquilidad públicos». El memorando tira una pulla al Ministerio del Interior, que, en su circular del 12 de agosto de 1897, «emitida sin previo acuerdo con el

Ministerio de Hacienda» (¡ahí está el quid de la cuestión!), prescribe imponer detenciones y deportaciones en toda huelga, considerando todos los casos relacionados con huelgas una infracción del orden público. «Las altas autoridades administrativas —prosigue el memorando, expresando las quejas de los fabricantes— van todavía más allá (que la ley) y atribuyen importancia estatal a *todos* [cursiva en el original] los casos de huelga [...]. Pero en el fondo, toda huelga —siempre y cuando, claro está, no vaya acompañada por violencias— es un fenómeno puramente económico, muy natural y que no pone en peligro el orden ni la tranquilidad públicos. En tales casos, la protección de esta última debe expresarse en formas parecidas a las que se aplican con motivo de las fiestas populares, solemnidades, espectáculos públicos y otros casos de este género».

Es el lenguaje de los auténticos liberales manchesterianos,⁹⁷ que consideran la lucha entre el capital y el trabajo un fenómeno puramente natural, equiparan con notable franqueza el «comercio de mercancías» y el «comercio de trabajo» —en otro lugar del memorando—, reclaman la no injerencia del Estado y le asignan el papel de vigilante nocturno (y diurno). Y cabe destacar que quienes han obligado a los fabricantes rusos a adoptar este punto de vista liberal no han sido otros que nuestros obreros. El movimiento obrero se ha extendido tanto que las huelgas se han convertido realmente en un «fenómeno económico natural». La lucha de los obreros ha tomado formas tan tenaces, que la intervención del Estado policíaco, que prohíbe cualquier expresión de esta lucha, comienza a ser verdaderamente dañina no solo para los obreros —para quienes siempre lo ha sido, por supuesto—, sino también para los propios fabricantes, en favor de los cuales tenía lugar esa intervención. En la práctica los obreros privaron de toda su fuerza a las prohibiciones policíacas, pero la policía continuaba —como no podía ser de otra manera en un Estado autocrático— interviniendo y, al percatarse de su impotencia, iba de un extremo a otro: tan pronto recurría a la fuerza militar como a las concesiones, las

97. *Manchesterianos o librecambistas*: representantes de una corriente de la economía política burguesa que exige la libertad de comercio y la no intervención del Estado en la actividad económica privada; surgió en Inglaterra a finales del siglo XVIII, y entre 1830 y 1840 la burguesía industrial de Manchester fue su baluarte. La «escuela manchesteriana» estaba encabezada por Cobden y Bright. En sus obras Adam Smith y David Ricardo fundamentaron teóricamente esta tendencia. En la época del capital premonopolista el librecambio, además de en Inglaterra, encontró terreno también en Alemania, Francia, Rusia y otros países capitalistas.

brutales represiones y el coqueteo. Cuanto menos valor tenía la injerencia policiaca, más sentían los fabricantes *la arbitrariedad* de la policía y más se inclinaban a pensar que *no les convenía* apoyar esa arbitrariedad. El conflicto entre cierta parte de los grandes industriales y la omnipotencia policiaca se agudizaba cada vez más, tomando formas especialmente graves en Moscú, donde el sistema de coqueteo con los obreros había prosperado de forma especialmente exuberante. El memorando se queja abiertamente de las autoridades administrativas de Moscú, quienes llevaban a cabo un juego peligroso con los coloquios realizados con los obreros y con la sociedad obrera de ayuda mutua en la industria de construcciones mecánicas. Para atraer a los obreros, fue necesario reconocer al consejo de esta sociedad cierto derecho de mediación, ante lo que los fabricantes se rebelaron en el acto. «Al principio, este consejo —dice el memorando bajo el dictado de los fabricantes— se dirigía a los funcionarios de la Inspección de Trabajo, pero después, viendo que estos no reconocían la competencia de mediador que se había atribuido sin autorización, el consejo comenzó a dirigirse al jefe de la policía, quien no solo acepta las solicitudes presentadas, sino que les da curso legal, sancionando así el derecho que el consejo se había arrogado». Los fabricantes protestan contra las disposiciones administrativas privadas y exigen que se legisle un nuevo sistema.

Es cierto que el liberalismo de los fabricantes no se sale, hasta ahora, de un marco profesional muy estrecho, y que su hostilidad hacia la arbitrariedad policiaca se limita a ciertos excesos desventajosos para ellos, sin atacar las raíces del autoritarismo burocrático. Pero el desarrollo económico de Rusia y del mundo entero, al agudizar los antagonismos de clase entre los países capitalistas, se encargará de incrementar esta hostilidad, de ampliar los motivos que la impulsan y de profundizarla. La fuerza del proletariado reside precisamente en que su número y cohesión aumentan en virtud del desarrollo económico, en tanto que en el seno de la pequeña y la gran burguesía se acentúan cada vez más la disparidad y la división de intereses. Para tener en cuenta esta superioridad «natural» del proletariado, la socialdemocracia debe seguir con atención todos los choques de intereses entre las clases dominantes y aprovecharlos no solo con el fin de obtener ventajas de orden práctico en favor de unas u otras capas de la clase obrera, sino también para ilustrar a toda la clase obrera y sacar enseñanzas útiles de cada nuevo episodio político y social.

El beneficio práctico que para los obreros representa la modificación de la ley propuesta por los fabricantes liberales es demasiado evidente para que sea necesario abundar sobre este punto. Se trata de una indudable concesión a la creciente fuerza, del abandono por el adversario de una de sus posiciones, ya casi conquistada de hecho por el proletariado y que los jefes más perspicaces del ejército enemigo no quieren seguir defendiendo. Esta concesión no es muy grande, eso es evidente, pero, en primer lugar, sería ridículo pensar siquiera en la posibilidad de una *verdadera* libertad, en la libertad de huelga cuando no existe libertad política. La policía sigue conservando el derecho de efectuar detenciones y deportaciones sin proceso judicial, y lo tendrá mientras exista la autocracia. Mas conservar este derecho significa conservar las nueve décimas partes de todas las trapisondas, desmanes y arbitrariedades policíacas que comienzan a repugnar ya incluso a los fabricantes. En segundo lugar, en el estrecho ámbito de la legislación propiamente industrial, el Ministerio de Hacienda da igualmente un tímido paso adelante, remedando el proyecto de ley alemán que los obreros alemanes llamaron proyecto de ley «de trabajos forzados»⁹⁸ y conservando sanciones *especiales* «por violencias, amenazas y difamaciones» que estén en relación con los contratos de trabajo, ¡cómo si no existieran leyes penales *generales* para castigar estos actos! Pero los obreros rusos sabrán aprovechar también esta pequeña concesión para fortalecer sus posiciones, para vigorizar y ampliar su grandiosa lucha por emancipar a la humanidad trabajadora de la esclavitud asalariada.

En cuanto a la útil enseñanza que nos brinda el memorando, debemos señalar ante todo que la protesta de los fabricantes contra la ley medieval sobre huelgas nos muestra, a la luz de un pequeño ejemplo particular, la discordancia general existente entre los intereses de la burguesía en desarrollo y los del absolutismo en decadencia. Quienes, como los socialrevolucionarios, siguen cerrando todavía hoy los ojos, con pusilánime

98. Se trata del llamado proyecto de ley «presidiario» [*Zuchthausvorlage*], presentado en 1899 en el Reichstag alemán a instancias de los círculos patronales y del emperador Guillermo II. El proyecto de ley amenazaba con penas de uno a cinco años de reclusión o multa de hasta 1.000 marcos a quienes «mediante la violencia, la amenaza, la ofensa al honor y la afrenta» contribuyesen a la participación de los obreros en sindicatos y acuerdos, los incitasen a la huelga o intentasen oponerse al esquiolaje. Bajo la presión del movimiento obrero, el proyecto de ley «presidiario» fue rechazado en el Reichstag el 20 de noviembre de 1899 por los votos de los partidos de izquierda y de centro.

actitud, ante los elementos de oposición *burguesa* en Rusia y repiten, a la manera antigua, que los «intereses» (¡así, en general!) de la burguesía rusa están satisfechos, debieran reflexionar sobre eso. Resulta que el autoritarismo policíaco entra en colisión ora con unos ora con otros intereses incluso de las capas de la burguesía que la policía zarista *protege* de un modo más directo, y para las que todo lo que sea aflojar la brida puesta al proletariado *amenaza directamente* con pérdidas materiales.

Resulta que un movimiento auténticamente revolucionario desorganiza al Gobierno, no solo en forma directa, por el hecho de que ilustra, anima y cohesiona a las masas explotadas, sino también indirecta, minando el terreno de las leyes caducas, quitando la fe en la autocracia aun a quienes parece que debieran ser sus secuaces incondicionales, multiplicando las «riñas de familia» entre sus acólitos y reemplazando en el campo enemigo la unidad y firmeza por las discordias y las vacilaciones. Pero para alcanzar tales resultados se requiere una condición que nuestros socialrevolucionarios no han podido asimilar jamás: para ello es necesario que el movimiento sea auténticamente revolucionario, es decir, que despierte a una nueva vida a capas cada vez más amplias de la clase realmente revolucionaria, que transforme realmente la fisonomía política y espiritual de esta clase, y por su intermedio, la de cuantos estén en contacto con ella. Si los socialrevolucionarios asimilasen esta verdad, entenderán el daño práctico que causa su insuficiencia ideológica y su falta de principios en los problemas fundamentales del socialismo; comprenderán que quienes predicán que la autocracia tiene soldados para enfrentar a la muchedumbre y policía para enfrentar a las organizaciones, pero que en cambio los terroristas aislados que balean a ministros y gobernadores son inasibles, no desorganizan a las fuerzas del Gobierno sino a las fuerzas revolucionarias.

El nuevo «paso» dado por el departamento de fabricantes encierra, además, otra fructífera enseñanza. Consiste en que hace falta saber aprovechar en la práctica todo liberalismo, incluso el liberalismo de tres kopeks, y al mismo tiempo «estar alerta» para que este liberalismo no corrompa a las masas populares con su falso planteamiento de los problemas. Un ejemplo de ello es el señor Struve; nuestra polémica con él podríamos titularla así: «Cómo los liberales quieren enseñara los obreros, y cómo los obreros deben enseñar a los liberales». Al comenzar a publicar en el número 4 de *Osvobozhdenie*⁹⁹ el memorando que examinamos, el señor

99. *Osvobozhdenie* [Liberación]: revista quincenal que se editó en el extranjero desde el 18 de junio [1 de julio] de 1902 hasta el 5 [18] de octubre de 1905 bajo la

Struve dice, entre otras cosas, que el nuevo proyecto es una expresión de la «razón estatal», razón que difícilmente podría franquear el muro de la arbitrariedad y la estupidez. Esto no es así, señor Struve. No fue la «razón estatal» la que promovió el nuevo proyecto de ley sobre las huelgas: fueron los fabricantes. Este proyecto no apareció porque el Estado «reconociera» los principios fundamentales del derecho civil —el principio burgués de la «libertad e igualdad» de patronos y obreros—, sino porque la derogación de las sanciones por huelgas *beneficiaba a los fabricantes*. Las formulaciones jurídicas y las motivaciones plenamente probatorias que ofrece ahora el «mismo» Ministerio de Hacienda (*Osv.*, n.º 4, p. 50), existían hace ya mucho, muchísimo tiempo, tanto en las publicaciones rusas como en los trabajos de comisiones gubernamentales; pero todo ello permaneció encarpado hasta que hablaron *los dueños de la industria*, a quienes los obreros les *han demostrado en la práctica* lo absurdo de las viejas leyes. Si subrayamos la importancia decisiva de las ventajas de los fabricantes y del interés de los fabricantes, no es porque creamos que esto debilita la importancia de las disposiciones del Gobierno; al contrario, ya hemos dicho que vemos en ello un reforzamiento de su importancia. Pero en su lucha contra todo el régimen actual, el proletariado debe aprender ante todo a encarar las cosas con lucidez y franqueza, a descubrir los verdaderos móviles de las «grandes acciones del Estado» y a desenmascarar constantemente esas falsas y grandilocuentes frases sobre la «razón estatal», etc., que los hábiles funcionarios policíacos promueven por cálculo y los doctos liberales por miopía.

A continuación, el señor Struve aconseja a los obreros ser «moderados» en su campaña de agitación por la abolición de las sanciones por huelga. «Cuanto más moderada sea (esta agitación) en cuanto a sus formas —predica el señor Struve—, mayor será su importancia». Los obreros deberían agradecer como es debido al exsocialista por tales consejos. Es

dirección de P. B. Struve. Nacida en las entrañas del movimiento opositor de los zemstvos, *Osvobozhdenie* era de hecho un órgano clandestino de la burguesía liberal rusa y preconizaba consecuentemente las ideas del liberalismo monárquico moderado. En 1903 se formó en torno a la revista la Unión de Liberación, que quedó constituida en enero de 1904 y existió hasta octubre de 1905. Junto con los constitucionalistas de los zemstvos, los adeptos de *Osvobozhdenie* formaron el núcleo del Partido Demócrata Constitucionalista, principal partido burgués en Rusia, fundado en octubre de 1905.

la tradicional sabiduría a lo Molchalin¹⁰⁰ de los liberales: predicar moderación en el momento mismo en que el Gobierno está a punto de vacilar, por cualquier problema concreto. Hay que ser más moderados para no impedir la realización de la reforma iniciada, para no asustar, para aprovechar el momento propicio en que se ha dado ya el primer paso (¡el memorando ya está listo!) y en que el reconocimiento de la necesidad de las reformas por tal o cual departamento da «una prueba irrefutable (?), tanto para el propio Gobierno como para la sociedad (!), de la justicia y oportunidad» (?) de estas reformas. Así discurre el señor Struve sobre el proyecto que examinamos, y así han razonado siempre los liberales rusos. Pero la socialdemocracia no razona así. Fíjense que, hasta entre los propios fabricantes, algunos han comenzado a entender que las formas europeas de la lucha de clases son mejores que la arbitrariedad asiática de la policía. Nuestra empecinada lucha ha obligado a los propios fabricantes a dudar de la omnipotencia de los esbirros de la autocracia. ¡Adelante, pues, con más audacia! Difundan más ampliamente la agradable nueva de la inseguridad que reina en el campo enemigo y aprovechen hasta su menor vacilación no para «moderar» a lo Molchalin las exigencias, sino, por el contrario, para aumentarlas. A cuenta de la deuda que el Gobierno ha contraído con el pueblo quieren pagarles un kopek por cada cien rublos. Pues bien, aprovechen ese kopek para exigir, alzando cada día más la voz, el pago de la deuda íntegra, para desacreditar definitivamente al Gobierno, para preparar nuestras fuerzas con vistas a asestarle el golpe *decisivo*.

100. *Molchalin*: funcionario, personaje de la comedia del escritor ruso A. S. Griboédov. La desgracia de tener demasiado ingenio; sinónimo de adulación, obediencia y servilismo ante los jefes.

Lucha política y politiquería

Iskra, n.º 26 (octubre de 1902)

Lo menos que se puede reprochar a la política interior del Gobierno ruso es, por lo visto, falta de decisión y determinación. La lucha contra el enemigo interno se encuentra en su apogeo. Nunca habían estado tan abarrotados las fortalezas, los castillos, los presidios, las prevenciones y hasta las casas y apartamentos particulares provisionalmente convertidos en prisiones. Falta sitio para encerrar a todos los detenidos; si no se organizan «expediciones» extraordinarias, resulta imposible trasladar a Siberia, con los «convoyes» habituales, a todos los deportados; no se cuenta con fuerzas ni medios suficientes para someter al mismo régimen a todos los presos, a los que la desenfrenada arbitrariedad de las autoridades locales, desconcertadas y abroqueladas en el despotismo, solivianta y empuja a la protesta, a la lucha y a las huelgas de hambre. Por su parte, las máximas autoridades dejan que la morralla ajuste las cuentas a los enemigos internos ya atrapados y siguen empeñadas en «mejorar» y reorganizar la policía, con vistas a la sucesiva lucha contra las raíces y las ramificaciones. Se trata de una verdadera guerra, de una guerra abierta que masas cada vez mayores de rusos medios no solo observan, sino que sienten repercutir en ellos de manera más o menos directa. Tras la vanguardia de los escuadrones volantes de la policía y de la gendarmería, avanza, lenta pero incontenible, la pesada máquina legislativa. Tomemos las leyes del mes pasado: entre ellas saltan a la vista los nuevos ukases que rematan los últimos vestigios de las libertades de Finlandia, y tal vez también la extensa ley sobre las mutualidades de la nobleza. La primera de estas medidas socava por completo la independencia de los tribunales y del Senado finlandeses, permitiendo al gobernador general conocerlo todo y manejarlo todo, es decir, convirtiendo de hecho a Finlandia en una de tantas provincias rusas humilladas y carentes de derechos. Desde ahora, señala la policíaco-oficial *Finlánskaya Gazeta*,¹⁰¹ hay esperanzas de lograr la actividad «armónica» de todos los organismos locales... Ya no sé si interpretar estas palabras como una mofa malévola contra el

101. *Finlánskaya Gazeta* [*La gaceta finlandesa*]: órgano oficial del Gobierno zarista; apareció en Helsingfors de 1900 a 1917, editado por la administración del gobernador general de Finlandia. Preconizaba la política rusificadora y de nación dominante del zarismo.

adversario inerte al que se acaba de asestar el golpe más infame y brutal o como un melifluo vaniloquio a lo Judasito Golovliov.¹⁰²

La segunda de las leyes mencionadas es un nuevo engendro de esa misma Conferencia especial para asuntos de la nobleza que ya obsequió a la patria con el saqueo de las tierras de Siberia —«implantación de la gran propiedad agraria en Siberia»—. ¹⁰³ En estos tiempos de dura crisis comercial e industrial y de total depauperación del campo, en que el hambre, la subalimentación y la miseria azotan a millones de obreros y campesinos, no se podía imaginar, desde luego, mejor utilización del dinero del pueblo que el emplearlo en dar limosnas a los infelices señores terratenientes de la nobleza. Primero, el Gobierno entregará a cada mutualidad de la nobleza determinada suma extraordinaria (¡«a discreción de Su Majestad el Emperador»!) y, segundo, durante diez años, contribuirá con una cantidad igual a la que reúnan los propios nobles locales. La mutualidad socorrerá a quienes tengan dificultades para abonar los intereses del préstamo, Los señores nobles pueden contraer deudas sin empacho, ya que les señalan un camino tan fácil para pagarlas con dinero sustraído de los bolsillos del pueblo.

Y para resumir deliberadamente esta política de persecuciones, violencia y saqueo, para generalizarla y consagrarla, ahí están los discursos del zar dirigidos a los nobles, a los miembros de los zemstvos, a los campesinos y a los obreros —en Kursk y San Petersburgo—. El zar agradeció a los nobles sus buenos y leales servicios y les prometió velar infatigablemente por el fortalecimiento de la gran propiedad agraria «que constituye el baluarte tradicional del orden y de la fuerza moral de Rusia». A los miembros de los zemstvos el zar no les dijo nada del baluarte ni de la fuerza moral de Rusia ni de los buenos y leales servicios. Se limitó a manifestarles de manera escueta y clara que su «misión es la ordenación local en la esfera de las necesidades económicas», y que solo si tenían presente, solo si cumplían con éxito esta misión, podrían contar con su benevolencia. Era una respuesta bien concreta a las tímidas aspiraciones constitucionales de los miembros de los zemstvos, una advertencia directa —o, más exactamente, un reto—, una amenaza de retirarles la

102. NdE: ver nota al pie 18, p. 40.

103. Lenin alude a la *Ley del 8 [21] de junio de 1901 (sobre la adjudicación de tierras del Estado a particulares en Siberia)*, ley que ofrecía grandes ventajas a los hidalgos terratenientes. Lenin hizo un análisis y evaluación detallados de esta ley en el artículo «Los señores feudales en acción» [NdE: ver pp. 67 y ss. de esta edición].

«benevolencia» a poco que traspasasen los límites correspondientes a la «ordenación local en la esfera de las necesidades económicas».

A los campesinos el zar los amonestó ya abiertamente por los «desórdenes» y «saqueos de haciendas», calificando de «merecido castigo» las bestiales palizas y torturas infligidas a los mujiks llevados al motín por el hambre y la desesperación, y recordándoles las palabras de Alejandro III, que mandó «obedecer a los mariscales de la nobleza». Por último, a los obreros les habló ni «más ni menos que de los «enemigos», de los enemigos *suyos*, del zar, que también deben ser enemigos de los obreros.

Así pues, los nobles son los leales servidores y el baluarte tradicional del orden. Los miembros —¿o los nobles?— de los zemstvos se han hecho acreedores a una advertencia. Los campesinos, a una reprimenda y al mandato de obedecer a los nobles. Y a los obreros se les plantea tajantemente la cuestión de los enemigos. Aleccionadores discursos. Es instructivo cotejarlos, y sería muy conveniente que, por medio de proclamas, octavillas y charlas en los círculos y en las reuniones, se dieran a conocer al mayor número posible de personas los textos exactos y el verdadero alcance de estos discursos. Unas sencillas notas aclaratorias del texto de estos discursos constituirían un magnífico material para la agitación entre la parte más ignorante de las capas menos desarrolladas de la clase obrera, de los pequeños comerciantes y fabricantes, así como del campesinado. Pero no solo al pueblo «ignorante», sino a muchos hombres cultos e ilustrados de Rusia no les vendría mal meditar debidamente los discursos del zar, sobre todo a los de filiación liberal, en general, y a la gente de los zemstvos, en particular. No es frecuente oír de labios de testas coronadas un reconocimiento, confirmación y declaración de guerra interna expresados de manera tan clara: de una guerra entre diversas clases de la población, una guerra contra los enemigos internos. El claro reconocimiento de que estamos en guerra es un remedio excelente contra todas las formas de politiquería, es decir, contra los intentos de esfumar, eludir, extinguir la guerra, o los de recortar y minimizar su carácter.

Esta politiquería a que nos referimos se manifiesta tanto por parte del Gobierno como por parte de la oposición pacífica, e incluso, a veces, por parte de revolucionarios —es verdad que en este último caso adopta una forma especial, diferente de las anteriores—. Por parte del Gobierno se trata de un consciente coqueteo, soborno y corrupción; en una palabra,

del sistema que ha recibido el nombre de «zubatovismo».¹⁰⁴ Prometer reformas más o menos amplias, no estar dispuesto a cumplir más que una parte minúscula de lo prometido y exigir que a cambio se renuncie a la lucha política: tal es la esencia del zubatovismo. Hasta algunos miembros de los zemstvos se dan cuenta ahora que las conversaciones mantenidas por el ministro del Interior, señor Pleve, con el señor D. N. Shípov, presidente del consejo del zemstvo de Moscú, señalan el comienzo del «zubatovismo en los zemstvos». Pleve promete adoptar una actitud «más favorable» para con los zemstvos (cfr. *Osvobozhdenie*, n.º 7), promete convocar para principios del año entrante una conferencia de presidentes de los consejos de los zemstvos al objeto de «resolver todos los problemas concernientes al ordenamiento de sus instituciones» y exige a cambio que los miembros de los zemstvos «no hablen de representación en las máximas instituciones de gobierno». Al parecer, el planteamiento es clarísimo: la promesa es de lo más vaga, mientras que la exigencia, en caso de cumplirse, haría irrealizables los anhelos de los zemstvos. Contra este fraude político, estos juegos de manos y esta perversión no cabe más que un recurso: denunciar implacablemente a los tramposos y librar una lucha política resuelta —es decir, en las condiciones de Rusia, una lucha *revolucionaria*— contra el absolutismo policíaco. Pero, a juzgar por *Osvobozhdenie*, la gente de los zemstvos todavía no está a la altura de esta tarea. Contestan a la politiquería con politiquería, y su revista se muestra de lo más vacilante. En el número 7 de *Osvobozhdenie* resalta sobre todo esa falta de firmeza, ya que en él opinan sobre dicho problema, además de la Redacción, algunos colaboradores con los que aquella se encuentra en menor o mayor desacuerdo. En el editorial, el criterio

104. *Zubatovismo*: política de «socialismo policíaco» que consistió en crear en los años 1901-3, por iniciativa del coronel de la gendarmería S. V. Zubátov, jefe de la sección de policía de Moscú, organizaciones obreras legales con objeto de apartar a los obreros de la lucha política contra la autocracia. V. K. Pleve, ministro del Interior, apoyó esta actividad. Los zubatovianos se esforzaban en dirigir el movimiento obrero por el cauce de las demandas económicas restringidas e inculcar a los obreros la idea de que el Gobierno estaba dispuesto a satisfacer estas demandas. La primera organización zubatoviana se fundó en Moscú, en mayo de 1901, con el nombre de Sociedad de Ayuda Mutua de los Obreros en la Industria Mecánica. Organizaciones zubatovianas se crearon asimismo en Minsk, Odesa, Vilno, Kiev y otras ciudades. Los socialdemócratas revolucionarios, a la vez que denunciaban el carácter reaccionario del zubatovismo, utilizaron las organizaciones obreras legales para incorporar a la lucha contra la autocracia a vastos sectores de la clase obrera.

de que las promesas formuladas por Plevé encierran una trampa y son zubatovismo aparece simplemente como juicio personal de alguna gente de los zemstvos, y a continuación se expone la opinión de otros que «se inclinan a seguir las indicaciones del señor ministro» (!!). La Redacción no piensa ni por asomo emprender una campaña contra el zubatovismo de los zemstvos.

Había puesto en guardia a los miembros de los zemstvos contra las «concesiones» al Gobierno (en los números 5 y 6), pero no censura de manera categórica al señor Shípov y Cía., quienes, acatando los consejos del viejo zorro policíaco, eliminaron del programa del congreso de primavera de los zemstvos el punto 4 —que señalaba la necesidad de incluir a representantes electivos de los zemstvos en la Conferencia especial para las necesidades de las industrias agrícolas—. En el editorial, la Redacción no concluye que el zemstvo ha sufrido una humillación porque algunos de sus miembros mordieron el infame cebo policíaco, sino que el hecho mismo de que el Gobierno haya sostenido conversaciones con aquel «demuestra que el zemstvo es ya un organismo “representativo”» (!! y que el «congreso» prometido por el señor Plevé (tenía entendido que este habló solamente de «conferencia») «es deseable en cualquier caso», pues «no podrá menos de aclarar las relaciones entre los zemstvos y el Gobierno». La Redacción «está firmemente convencida de que los miembros de los zemstvos sabrán conducirse en el congreso como lo que deben ser, como representantes del pueblo, y no como auxiliares de los ministros para asuntos económicos». Si para emitir un juicio nos atenemos a este editorial de la Redacción, cabe, por el contrario, estar firmemente convencidos de que esos miembros se comportarán una vez más como «auxiliares» del departamento de policía, como resultaron ser el señor Shípov y Cía., hasta que otra corriente de los zemstvos los desplace o los haga cambiar.

De la politiquería del editorial descansa uno a placer ante otros artículos de colaboradores: el del señor Antón Stáritski y, más aún, el del señor T., vocal de un zemstvo. El primero considera que el señor Shípov y Cía. han dado «un paso en falso» y aconseja a los miembros de los zemstvos que «no se apresuren a creer que cualquier congreso que pueda formalizar el señor Plevé los confirmará en su derecho de primogenitura», que no muerdan el anzuelo y que no politiqueen. La Redacción apostilla: «En general, estamos de acuerdo con el autor de este artículo», opinando

por lo visto que, en particular, no se puede censurar la politiquería de manera tan unilateral.*

El segundo colaborador se rebela abiertamente contra toda la posición de *Osvobozhdenie*, ataca su indeterminación e indecisión, censura la hipocresía de ciertas frases —como aquella en que se habla de la «anarquía popular»— declara que «no hay que conformarse con paliativos y es necesario decidirse a llegar hasta el fin», que «hay que acabar con los serviles paliativos de la oposición legal [...] sin reparar en sacrificios» y que «a menos de que nos transformemos en revolucionarios, [la gente de los zemstvos] no podremos contribuir con nada esencial a la emancipación política de Rusia». Aplaudimos con toda el alma los planteamientos honrados y contundentes del señor vocal del zemstvo y aconsejamos encarecidamente su lectura a cuantos se interesan por el problema que venimos tratando. El señor vocal confirma *en todo y por todo* el juicio que emitimos en *Iskra* acerca del programa de *Osvobozhdenie*.¹⁰⁵ Más aún, su artículo demuestra no solo lo correcto de nuestro punto de vista, sino también lo oportuno de nuestra enérgica denuncia de las posiciones ambiguas del liberalismo. Vemos ahora que dentro mismo de los zemstvos hay personas a quienes repugna todo titubeo y a quienes debemos esforzarnos especialmente por respaldar, criticando implacablemente ese titubeo desde nuestro punto de vista.

Como es natural, el director de *Osvobozhdenie* no está de acuerdo con el señor vocal T. y, respetuosamente, pero con firmeza, hace constar: «Hay muchas cosas que nosotros vemos de otra manera...». ¡No faltaría más! ¿Y cuáles son las objeciones de la Redacción? Pueden reducirse a dos puntos esenciales: en primer lugar, el señor Struve prefiere «por principio» las vías pacíficas, a diferencia, según cree, de ciertos revolucionarios; y en segundo lugar, acusa a estos de falta de tolerancia. Examinemos estas objeciones.

* En el número 8 de *Osvobozhdenie*, que acabamos de recibir, nos encontramos ya con una condenación más decidida de la politiquería y del paso en falso del señor Shípov. ¡Enhorabuena! ¿Quizá lo ocurrido con este respetable personaje empuje a la Redacción a buscar las raíces de la «politiquería» en sus conceptos básicos acerca de la relación entre el liberalismo y las tendencias revolucionaria?

105. Se alude a *El programa de los liberales rusos*, editorial del número 23 de *Iskra*, del 1 de agosto de 1902, escrito por L. Márkov.

En el artículo titulado *Con motivo de un reproche*, el señor Struve, bajo la firma de «Red.», cita el que publiqué en el número 2-3 de *Zariá*¹⁰⁶ («Los perseguidores de los zemstvos y los Aníbal del liberalismo»). Naturalmente, le causaron especial desagrado las siguientes palabras: «Si el pueblo, aunque solo fuese una vez, diese una buena lección al Gobierno», esto llegaría a tener una «gigantesca importancia histórica». El señor Struve, en efecto, rechaza resuelta e incondicionalmente que la revolución violenta sea preferible a la reforma pacífica. Los más decididos revolucionarios rusos, dice, prefirieron, por principio, la vía pacífica, y ninguna doctrina podrá sofocar esta gloriosa tradición.

Es difícil imaginar algo más falso y forzado que este razonamiento. ¿Acaso no comprende el señor Struve que el esclavo insurrecto tiene derecho a decir que sería preferible la paz con el esclavista, en tanto que el esclavo que ha renunciado a rebelarse cae en una hipocresía oprobiosa, cuando repite esas mismas palabras? «Por desgracia o por suerte, en Rusia aún no han madurado los elementos de la revolución», dice el señor Struve, y las palabras «por suerte» lo delatan.

Por lo que se refiere a las gloriosas tradiciones del pensamiento revolucionario, más le valdría al señor Struve guardar silencio. A nosotros nos basta con remitirnos a las famosas palabras con que termina el *Manifiesto comunista*. Y nos basta con recordar que treinta años después del *Manifiesto*, cuando los obreros alemanes se vieron privados de una pequeña parte de los derechos que jamás disfrutó el pueblo ruso, Engels dio a Dühring la siguiente réplica:

Para el señor Dühring la violencia es la maldad absoluta: para él, el primer acto de fuerza es el pecado original, y todo su alegato se reduce a un sermón jeremíaco sobre el contagio de toda la historia, hasta nuestros días, con el pecado original, y sobre el infame falseamiento de todas las leyes naturales y sociales por ese poder satánico que es la violencia. Pero en cuanto a que la violencia también desempeña en la historia un papel muy distinto, un papel revolucionario, o, para decirlo con las palabras de Marx, el papel de comadrona de toda sociedad antigua que lleva en sus entrañas otra nueva, de instrumento por medio del cual vence el

106. *Zariá* [*La Aurora*]: revista político-científica marxista, editada legalmente en 1901-2 en Stuttgart por la Redacción de *Iskra*. Solo aparecieron cuatro números (tres entregas). *Zariá* criticó el revisionismo ruso e internacional y defendió los fundamentos teóricos del marxismo.

movimiento social y saltan hechas añicos las formas políticas fosilizadas y muertas, el señor Dühring no nos dice ni una palabra. Únicamente reconoce, entre suspiros y gemidos, que acaso para derrocar el régimen de explotación no haya más remedio que recurrir a la violencia: desgraciadamente, añade, pues el empleo de la violencia desmoraliza siempre a quien la emplea. ¡Y nos dice esto, a pesar del alto vuelo moral y espiritual que ha sido siempre la consecuencia de toda revolución triunfante! Y nos lo dice en Alemania, donde un choque violento —que puede imponerse al pueblo— tendría, cuando menos, la ventaja de desterrar de la conciencia nacional ese servilismo que se ha apoderado de ella desde la humillación de la Guerra de los Treinta Años.¹⁰⁷ ¡Y este modo de pensar sin savia y sin fuerza, propio de un sermoneador, es el que pretende imponerse al partido más revolucionario que conoce la historia!¹⁰⁸

Pasemos ahora al segundo punto, el que se refiere a la tolerancia. En las relaciones entre tendencias distintas, nos alecciona melifluamente el señor Struve —al igual que muchos socialrevolucionarios y gente de la calle—, son imprescindibles la «comprensión mutua», la «absoluta franqueza» y una «gran tolerancia». Ahora bien —le preguntamos—, ¿qué se le va a hacer si nuestra absoluta franqueza les parece a ustedes una falta de tolerancia? Si nosotros encontramos, por ejemplo, que en *Osvobozhdenie* hay una diestra y una siniestra, dañina y traidora, ¿no nos obliga nuestra absoluta franqueza a luchar implacablemente contra la siniestra? ¿No nos obliga esa absoluta franqueza a combatir el aventurerismo (y la politiquería) de los socialrevolucionarios, cuando dan pruebas de él tanto en los problemas teóricos del socialismo como, en toda su táctica, con respecto a la lucha de clases? ¿Hay siquiera el menor rastro de buen sentido político en la exigencia de que se desmoche y se afloje esta lucha en aras de lo que gustan de llamar tolerancia precisamente aquellos mismos con los cuales se brega?

¡Ya es hora de que abandonen, señores, esas postizas exhibiciones de ingenuidad! ¡Es hora de comprender la sencilla verdad de que la unión verdadera —no de palabra— en la lucha contra el enemigo común no se logra con politiquería, ni con lo que el difunto Stepniak llamaba autolimitación y autocultamiento, ni con la mentira convencional del mutuo

107. *La Guerra de los Treinta Años (1618-1648)*: guerra europea provocada por las pugnas entre protestantes y católicos. El principal teatro de guerra fue Alemania, objeto del saqueo militar y de las pretensiones anexionistas de los beligerantes.

108. Véase F. Engels., *Anti-Dühring*, sección II, cap. IV. «Teorías de la violencia».

reconocimiento diplomático, sino participando realmente en la lucha, mediante una efectiva unidad de lucha! Cuando entre los socialdemócratas alemanes la pugna contra la reacción policiaco-militar y clerical-feudal confluía realmente con la de algún partido verdadero que se apoyaba en determinada clase del pueblo —por ejemplo, la burguesía liberal—, la unidad de acción cuajaba sin fraseología sobre el mutuo reconocimiento. Huelga reconocer lo que está a la vista de todos y todos pueden palpar: ¡a nadie le pedimos que reconozca el movimiento obrero! Solo quienes confunden la política con la politiquería pueden pensar que el «tono» de la polémica es capaz de impedir una auténtica alianza política. Pero mientras solo nos encontremos con frases evasivas en lugar de una participación efectiva en nuestra lucha, con una táctica aventurera en lugar de un acercamiento efectivo a nuestra lucha por parte de una u otra capa o clase social, ningún torrente verbal, ya sea de palabras amenazantes o plañideras, nos acercará un ápice al «mutuo reconocimiento».

Nuevos acontecimientos y viejos problemas

Iskra, n.º 29 (diciembre de 1902)

Por lo visto, la breve «calma» que ha distinguido el medio año último o los tres trimestres últimos de nuestro movimiento revolucionario —en comparación con el rápido e impetuoso desarrollo precedente al mismo— empieza a tocar a su fin. Por fugaz que haya sido esta calma, por evidente que haya sido para todo observador atento y avisado que la ausencia (durante ese corto tiempo) de manifestaciones abiertas de la indignación masiva de los obreros no significa en modo alguno que haya cesado el crecimiento de esa indignación en profundidad y en extensión, entre nuestra intelectualidad de espíritu revolucionario —que, con frecuencia, no tiene una sólida ligazón con la clase obrera ni firmes principios de convicciones socialistas definidas— han empezado no obstante a dejarse oír, de una parte, numerosas voces de desaliento y falta de fe en el movimiento obrero de masas, y, de otra, voces en favor de que se «reincida en la vieja táctica de atentados políticos como método de lucha política necesario y obligatorio en la actualidad. Durante los pocos meses transcurridos desde las manifestaciones de la temporada pasada se ha formado ya en nuestro país el «partido» de los «socialrevolucionarios», que habla a plena voz de la impresión desalentadora de las manifestaciones; de que «el pueblo, ¡ay!, no se levantará tan pronto», de que es fácil, *naturalmente*, hablar y escribir de armar a las masas, pero que ahora hay que emprender la «acción individual», sin rehuir la imperiosa necesidad del terror individual con manidas invocaciones a una misma tarea, a una tarea exclusiva (¡aburrida y «carente de interés» para un intelectual libre de la fe «dogmática» en el movimiento obrero!): la tarea de hacer agitación entre las masas del proletariado y de organizar el embate masivo.

Pero estalla en Rostov del Don una de las huelgas¹⁰⁹ más corrientes y «habituales», a primera vista, y origina unos acontecimientos que muestran paladinamente toda la insensatez y toda la nocividad del intento hecho por los socialrevolucionarios de restaurar el movimiento de La Voluntad del Pueblo con todos sus errores teóricos y tácticos. La huelga, que abarca a muchos miles de obreros y que tiene su origen en reivindicaciones de carácter puramente económico, se transforma con rapidez en un acontecimiento político, a pesar de participar en ella un número insuficiente

109. Se trata de la huelga de Rostov del Don que tuvo lugar en noviembre de 1902.

en extremo de fuerzas revolucionarias organizadas. La muchedumbre popular —que, según testimonio de algunos participantes, llega a 20.000 o 30.000 personas— celebra asambleas políticas que asombran por su seriedad y organización, en las que se leen y comentan con avidez proclamas socialdemócratas, se pronuncian discursos políticos, se explican a los representantes más fortuitos y menos preparados del pueblo trabajador las verdades más elementales del socialismo y de la lucha política, se dan lecciones prácticas y «concretas» de comportamiento con los soldados y se enseña cómo dirigirse a estos. La administración de las empresas y la policía pierden la cabeza (¿tal vez, en parte, por su inseguridad en las tropas?) y resultan impotentes para impedir que durante varios días se efectúen reuniones políticas de masas al aire libre, como no se habían visto en Rusia. Y cuando, por último, se recurre a la fuerza militar, la multitud opone encarnizada resistencia, y el asesinato de un camarada sirve de motivo para una manifestación política al día siguiente ante su cadáver... Por lo demás, los socialrevolucionarios comprenden las cosas, probablemente, de otro modo y, a su juicio, habría sido quizás «más conveniente» que los seis camaradas asesinados en Rostov hubiesen dado su vida por atentar contra tales o cuales energúmenos de la policía.

Nosotros, en cambio, creemos que tales movimientos de masas ligados al crecimiento, evidente para todos, de la conciencia política y de la actividad revolucionaria de la clase obrera son los únicos que merecen el nombre de actos *auténticamente revolucionarios* y los únicos capaces de infundir verdadero aliento a quienes luchan por la revolución rusa. No vemos aquí la famosa «acción individual», cuyo nexos con las masas consiste tan solo en declaraciones verbales, en hacer públicas las condenas a muerte, etc. Vemos una acción efectiva de la multitud, y la falta de organización, la no preparación y la espontaneidad de esta acción nos recuerdan cuán torpe es exagerar nuestras fuerzas revolucionarias, cuán criminal es despreciar la tarea de llevar a esta multitud, que lucha de verdad ante nuestros ojos, una organización y una preparación cada vez mayores. La única tarea digna de un revolucionario no consiste en dar, por medio de unos disparos, motivo para la excitación, elementos para la agitación y el pensamiento político; consiste en aprender a elaborar, utilizar y tomar en sus manos el material que proporciona en cantidad más que suficiente la vida rusa. Los socialrevolucionarios no se cansan de alabar lo grande que es la influencia «agitadora» de los asesinatos políticos, de los que tanto se cuchichea en los salones de los liberales y en las

tabernas del pueblo sencillo. A ellos no les cuesta nada (¡para algo están emancipados de todos los dogmas estrechos de una teoría socialista más o menos definida!) sustituir —o, aunque solo sea, completar— la educación política del proletariado con el *sensacionalismo* político. Nosotros consideramos, por el contrario, que *solo* pueden tener influencia real y seriamente «agitadora» (excitante), y no solo excitante, sino también —y esto es mucho más importante— educativa, los acontecimientos en los que la protagonista es la propia masa y que son originados por su estado de ánimo, sin estar escenificados «con fines especiales» por una u otra organización. Opinamos que un centenar de regicidios jamás producirán la influencia excitante y educativa que ejerce la sola participación de decenas de miles de obreros en asambleas en las que se examinan sus intereses vitales y el nexo entre la política y dichos intereses; la influencia que ejerce esta participación en la lucha, que *pone en pie* realmente a nuevos y nuevos sectores «bisoños» del proletariado, alzándolos a una vida más consciente, a una lucha revolucionaria más amplia.

Se nos habla de la desorganización del Gobierno —obligado a reemplazar a los señores Sipiaguin por los señores Pleve y a «reclutar» a su servicio a los más viles rufianes—, pero nosotros estamos convencidos de que *sacrificar* a un solo revolucionario, aunque sea por diez canallas, significa únicamente desorganizar nuestras propias filas, ya de por sí tan escasas que no pueden atender a toda la labor que les «exigen» los obreros. Opinamos que la verdadera desorganización del Gobierno se consigue solo cuando las amplias masas, realmente organizadas por la propia lucha, obligan a este a desconcertarse; cuando la legitimidad de las reivindicaciones de los componentes avanzados de la clase obrera es esclarecida ante la multitud en la calle y comienza a ser esclarecida incluso entre una parte de las tropas llamadas a «pacificar»; cuando a las acciones militares contra decenas de miles de hombres del pueblo precede la vacilación de las autoridades que carecen de toda posibilidad real de determinar adónde conducirán esas acciones militares; cuando la multitud ve y reconoce en los muertos en el campo de la guerra civil a sus camaradas, a sus compañeros, y acumula nuevas reservas de odio y el deseo de una lucha más resuelta contra el enemigo. Entonces no es ya un canalla, sino todo el régimen actual el que aparece como enemigo del pueblo contra el cual se juran las autoridades locales y las de Petersburgo, la policía, los cosacos y el ejército, sin hablar ya de los gendarmes y de los tribunales,

que son el complemento y la coronación, como siempre, de toda insurrección popular.

Sí, insurrección. Por lejos que esté de la «verdadera» insurrección el comienzo de este movimiento, aparentemente huelguístico, en una lejana ciudad de provincia, su prosecución y su final hacen pensar, quiérase o no, en la insurrección. Lo ordinario del motivo de la huelga y el carácter nimio de las reivindicaciones presentadas por los obreros acentúan con particular vigor la poderosa fuerza de la solidaridad del proletariado, que ha visto de golpe que la lucha de los obreros ferroviarios es su propia causa común; la disposición del proletariado a aceptar las ideas políticas, la prédica política y su decisión de defender con su pecho, en combate abierto con las tropas, el derecho a una vida libre y al libre desarrollo, derecho que es ya patrimonio común y elemental de todos los obreros que piensan. Tenía mil veces razón el Comité del Don, que en la proclama reproducida íntegramente más abajo hablaba «a todos los ciudadanos» de la huelga de Rostov como de uno de los episodios que conducen al ascenso general del movimiento obrero ruso bajo la reivindicación de libertad política. En los acontecimientos de este género observamos clara y efectivamente cómo la insurrección armada de todo el pueblo contra el Gobierno autocrático madura no solo como idea en los cerebros y en los programas de los revolucionarios, sino también como el paso *siguiente*, inevitable, práctico y natural del propio movimiento, como resultado de la creciente indignación, de la creciente experiencia y de la creciente audacia de las masas, que están recibiendo de la realidad rusa lecciones tan valiosas y una educación tan magnífica.

He dicho paso inevitable y natural, pero me apresuro a hacer reserva: *solo a condición* de que no consintamos apartarnos ni un paso de la tarea, que se nos echa encima, que pende sobre nosotros, de ayudar a estas masas que se alzan ya y de ponerlas en pie con mayor audacia y unanimidad, de proporcionarles no dos, sino decenas de oradores callejeros y de dirigentes, y de crear una verdadera organización de combate, capaz de orientar a las masas, y no una pretendida «organización de combate» que orienta, si es que orienta, a unas personas incapturables. Esta tarea es difícil, ni que decir tiene; pero podemos con perfecto derecho modificar las palabras de Marx, tan a menudo y con tanto desacierto repetidas en los últimos tiempos, y decir: «Cada paso de un movimiento *real* vale más que una docena» de atentados y acciones individuales, y es más

importante que cientos de organizaciones y «partidos» exclusivamente intelectuales.¹¹⁰

A la par que la batalla de Rostov, pasan al primer plano de los hechos políticos de los últimos tiempos las condenas a trabajos forzados impuestas a manifestantes. El Gobierno ha decidido intimidar por todos los medios, desde el látigo hasta los trabajos forzados. Pero ¡qué magnífica ha sido la respuesta de los obreros, cuyos discursos ante el tribunal reproducimos más abajo!¹¹¹ ¡Qué aleccionadora es esta respuesta para todos los que han alborotado tanto a propósito de la influencia desalentadora de las manifestaciones, no con el fin de estimular la ulterior labor en esa misma dirección, sino con miras a predicar la famosa acción individual! Estos discursos son un admirable comentario, salido de lo más hondo del proletariado, a acontecimientos como los de Rostov y, a la vez, una magnífica declaración (una «confesión pública», diría yo, si esto no fuese un término específicamente policíaco) que infunde ilimitado aliento a la prolonga da y ardua labor de asegurar pasos «reales» del movimiento. Es admirable en estos discursos la exposición sencilla y verdaderamente exacta de cómo se realiza la transición de los hechos más cotidianos, repetidos *a decenas y centenares de millones*, de «opresión, miseria, esclavitud, humillaciones y explotación» de los obreros en la sociedad contemporánea al despertar de su conciencia, al crecimiento de su «indignación», a la manifestación revolucionaria de esta indignación (he puesto entre comillas las expresiones que *he tenido* que emplear para

110. NdE: téngase en cuenta la importancia de que Lenin haga uso de las palabras de Marx en su carta a W. Bracke, del 5 de mayo de 1875, cuando unos meses antes, en su polémica con *Rabóchee Delo* recogida en el *¿Qué hacer?*, había alertado sobre el peligro de emplear el *dictum* de Marx sin atender al estado de dispersión teórica del movimiento ruso. Lenin pivota sobre esa cita para combatir dos formas complementarias de practicismo.

111. Se refiere a los discursos pronunciados ante el tribunal por P. A. Zalómov, A. I. Bíkov, M. I. Samilin y G. E. Mijáilov, obreros de Nizhni Nóvgorod, procesados por haber participado en las manifestaciones del 1 y 5 de mayo de 1902. Por este expediente fueron encausados 23 manifestantes; el tribunal condenó a 13 de ellos a confinamiento perpetuo en Siberia. En un principio, el Comité de Nizhni Nóvgorod del POSDR imprimió los discursos en una hoja. En el ejemplar de la hoja enviada a la redacción de *Iskra*, Lenin escogió el título *Los obreros de Nizhni Nóvgorod ante el tribunal*. El texto de la hoja con la introducción de Lenin se reprodujo en el número 29 de *Iskra*, del 1 de diciembre de 1902, y fue editado como separata de dicho número.

caracterizar los discursos de los obreros de Nizhni Nóvgorod, pues son las mismas famosas palabras de Marx de las últimas páginas del primer tomo de *El Capital*, que han suscitado por parte de los «críticos», oportunistas, revisionistas, etc., tantas ruidosas y vanas tentativas de refutar a los socialdemócratas y acusarles de no querer la verdad).

Precisamente porque estos discursos los han pronunciado obreros sencillos, en modo alguno avanzados por su grado de desarrollo, e incluso no como miembros de una organización determinada, sino como hombres de la multitud; precisamente porque han insistido no en sus convicciones personales, sino en los hechos de la vida de cada proletario o semiproletario de Rusia, producen una impresión tan alentadora sus conclusiones: «Por eso hemos ido conscientemente a la manifestación contra el Gobierno autocrático». El carácter corriente y «masivo» de estos hechos, de los que dichos obreros han deducido esta conclusión, es la garantía de que a esta misma conclusión pueden llegar, y llegarán, inevitablemente, miles, decenas y centenares de miles, si sabemos proseguir, ampliar y consolidar la influencia revolucionaria (socialdemócrata) sistemática, firme desde el punto de vista de los principios y ejercida en todos los aspectos sobre ellos. Estamos dispuestos a ir a trabajos forzados por luchar contra la esclavitud política y económica, ya que hemos sentido los aires de la libertad, han dicho cuatro obreros de Nizhni Nóvgorod. Estamos dispuestos a ir a la muerte, les han respondido miles de voces en Rostov, conquistando por espacio de unos cuantos días la libertad de reuniones políticas y rechazando toda una serie de ataques militares a la multitud inerme.

Con este signo, vencerás: es lo que nos queda por decir a los que tienen ojos para ver y oídos para oír.

Zubatovianos de Moscú en Petersburgo

Iskra, n.º 31 (enero de 1903)

En *Moskovskie Vedomosti* (n.º 345, del 15 de diciembre de 1902) aparece una *Carta al editor* del obrero F. A. Slépov, que reproducimos *íntegra* más abajo. En primer lugar, queremos alentar a nuestro muy honorable «colega», el señor Gringmut, director del periódico que publica tan interesante documento. El señor Gringmut necesita sin duda que le den ánimos, ya que estos últimos tiempos su eficientísima actividad encaminada a reunir (y divulgar) textos para la agitación revolucionaria ha decrecido y palidecido un tanto... se nota menos entusiasmo. ¡Hay que esforzarse más, colega! En segundo lugar, hoy es de suma importancia para los obreros de Petersburgo el que puedan seguir cada paso del zubatovismo, recoger con más regularidad información, difundirla más ampliamente y explicarla con pelos y señales a todo y a cada uno, para que vean como los obreros que se han amistado con soplones departen ahora con generales de ayer, hoy y mañana, con damas de la alta sociedad y con intelectuales «auténticamente rusos».

He aquí la carta en cuestión, en la que intercalamos entre paréntesis algunos comentarios:

Muy señor mío: le ruego tenga a bien publicar en *Mosk. Vedomosti*, periódico tan respetado por la gente auténticamente rusa, lo siguiente:

«El 10 de este mes se celebró en Petersburgo, en los locales de *Rússkoe Sobranie*,¹¹² una reunión del Consejo de dicha entidad, dedicada exclusivamente a problemas relacionados con las condiciones de vida de los obreros fabriles rusos.

Entre los representantes más destacados de la sociedad de Petersburgo que asistieron a esta reunión figuraban: el general K. V. Komarov, exayudante del gobernador general de Varsovia; el inspector general A. V. Vaslliev; el coronel A. P. Vereténnikov; el conde Apraxin; el conde A. P. Ignátiev, exgobernador general de Kiev; el conde P. A. Goleníshev Kutúzov; el general Zabudski; el almirante Nazímov; Nikolái Viacheslávich von Pleve; I. P. Jruschov, miembro del Consejo adjunto al Ministerio de Instrucción Pública; el profesor Zolotariov, del Estado Mayor General;

112. *Rússkoe Sobranie* [*La Asociación Rusa*] de la que se habla en la carta de F. Slépov, obrero zubatoviano moscovita, era una sociedad de Petersburgo que agrupaba a altos funcionarios e intelectuales reaccionarios y que prestaba apoyo a Zubátov.

V. S. Krivenko; el conde N. F. Heiden; el general Demiánenkov; el arcipreste Ornatski y otros representantes de la Iglesia. Asistieron también damas de la alta sociedad de Petersburgo y, en representación de la municipalidad, el alcalde Leliánov y el vocal Dejteriov. La prensa estaba representada por V. V. Komarov, director de *Svet*,¹¹³ V. L. Velichko, director de *Russki Véstnik*,¹¹⁴ Siromiátnikov, colaborador de *Nóvoe Vremia*; K. K. Sluchevski, exdirector de *Pravítelstvenni Véstnik*,¹¹⁵ Leikin, director-editor de la revista *Oskolki*,¹¹⁶ el pintor Karazin, y otros.

Se abrió la reunión con la lectura de un informe sobre la situación de los obreros de la industria fabril, a cargo del obrero I. S. Sokolov (acerca de él, véase el número 30 de *Iskra*, donde se da una lista más completa de los obreros zubatovianos de Petersburgo, tomada de *Svet —Red.*¹¹⁷). El informante explicó principalmente la situación actual de la clase obrera en las ciudades industriales, sus necesidades materiales y espirituales, su afán por aprender, etc. (¿Lástima que no se haya publicado el informe del señor Sokolov! Sería interesante ver cómo se las arregló para “explicar” el afán de los obreros por aprender, sin aludir a la persecución policíaca de que es objeto ese afán —*Red.*).

Acto seguido, representantes de los obreros de Moscú (¿No sería más exacto decir: representantes de la policía secreta de Moscú? ¿No fue con dinero de la policía con el que viajaron a Petersburgo usted y sus amigos, señor Slépov? —*Red.*), entre los cuales figuraba yo, tuvimos también el honor de asistir a la reunión de *Rússkoe Sobranie* y de informar a la honorable asamblea acerca del estado de cosas en el mundo obrero de Moscú. En nuestro informe empezamos por expresar, en nombre de los obreros rusos, nuestro profundo agradecimiento a los miembros de *Rússkoe Sobranie* por permitir que sus representantes expusieran la situación en que se encuentra actualmente la clase obrera en Rusia. Luego solicitamos a los representantes de la alta sociedad de Rusia que atendieran seriamente

113. *Svet* [*Luz*]: diario nacionalista burgués; se publicó en Petersburgo desde 1882 hasta 1917.

114. *Russki Véstnik* [*El Mensajero Ruso*]: revista política y literaria, apareció de 1856 a 1906. Al principio la orientación de la revista fue liberal; a partir de la década del 60 del siglo XIX se convirtió en órgano de la reacción feudal.

115. *Pravítelstvenni Véstnik* [*Boletín del Gobierno*]: diario, órgano oficial del Gobierno zarista; apareció en Petersburgo de 1869 a 1917.

116. *Oskolki* [*Esquirlas*]: empezó a salir en 1881; al principio como revista humorística de tipo ramplón, después como semanario ilustrado dirigido por N. A. Leikin.

117. Aquí y más adelante los comentarios a la carta, todos entre paréntesis, los hace la Redacción de *Iskra*.

a la instrucción de los obreros rusos (¡Naturalmente! ¡De las clases altas hay que esperar la instrucción de los obreros... a latigazos, seguramente! —*Red.*), la cual dista mucho de ser satisfactoria, hecho este del que se aprovecha con éxito gente malintencionada para hacer propaganda del socialismo (si a los *socialistas* les trae cuenta la insuficiencia de instrucción, ¿por qué es *el gobierno* el que cierra las escuelas para obreros y las salas de lectura? ¡Hay algo aquí que no encaja, señor Slépov! —*Red.*), lo cual perjudica no solo a los obreros, sino a todo el Estado ruso. Después, procuramos fijar la atención de la honorable asamblea en la frialdad con que los fabricantes moscovitas han acogido la idea de los obreros de Moscú de agruparse en una gran familia, estrechamente unida, para crear sus mutualidades, tan importantes para librarlos de la penuria que les agobia. A este respecto, solicitamos a los miembros de la honorable asamblea plantear ante los círculos gubernamentales la concesión de un crédito para las mutualidades obreras (véase en el número 29 de *Iskra* el discurso pronunciado ante el tribunal por el obrero Samilin, de Nizhni Nóvgorod, acerca de su detención por asistir a un círculo de economía. ¡Ahí tienen su instrucción y sus mutualidades! —*Red.*). No cabe duda que el socorrer a los obreros en sus necesidades materiales sería la mejor refutación que se pueda dar a la propaganda malintencionada que se hace entre ellos (¿Acaso el señor Slépov —¡vaya apellido [*slepói* = ciego] más acertado que le tocó en suerte!— cree en serio que un obrero consciente dejará de aspirar a la libertad a cambio de míseras limosnas? En cuanto a “socorrer en sus necesidades materiales” a *la masa* ignorante e inconsciente, eso no está en manos siquiera de los más altos protectores de los zubatovianos, ya que para ello hay que empezar por cambiar todo el régimen social basado en el despojo de las masas —*Red.*). Estos falsos “*benefactores*” de los obreros suelen decirles que solo podrán mejorar su vida por medio de motines, de disturbios de la resistencia a las autoridades, etc. Para desgracia nuestra, a veces estas instigaciones hacen mella, como todo el mundo sabe. La mejora pacífica del modo de vida de los obreros es la mejor manera de dar un mentís a los agitadores. A continuación, tuvimos el honor de informar a la honorable asamblea de que en Moscú, a pesar de los elevados porcentajes del paro forzoso, la propaganda socialista no ha logrado en los últimos tiempos éxito alguno (¡Pero si acabamos de enterarnos de las innumerables detenciones llevadas a cabo en Moscú! ¿Qué necesidad había de practicar detenciones, y a quién hubo que detener, si la propaganda no tiene éxito? —*Red.*), precisamente porque los obreros ya empiezan a organizarse, tienen su Mutualidad y su Sociedad de Consumidores y porque las autoridades han puesto ya su solícita atención en las necesidades de los obreros, brindándoles la posibilidad de organizar conferencias sobre temas de cultura

general, etc. Además de lo dicho hasta aquí, informarnos también a la asamblea de casos ocurridos en Moscú, en los que nosotros intervinimos como mediadores en la reconciliación entre obreros y fabricantes, y no solo pusimos fin a los desórdenes, sino que inclusive evitamos algunos que hubieran podido estallar, como, por ejemplo, en las fábricas Haken-tal, Hnos. Bromley y Dobrov-Nabholtz.

Nos referimos también a la huelga de la fábrica metalúrgica Goujon, donde los obreros de los talleres de laminado y de clavos, aunque suspendieron el trabajo, solo gracias a nuestra intervención no llegaron a provocar desórdenes, y los obreros reanudaron el trabajo atendiendo nuestros consejos de compañeros (en ocasión de cada huelga, los obreros oyen ya bastantes consejos “de compañeros” de esta índole, tanto por boca de la policía como de los inspectores de trabajo, quienes siempre les instan a que “reanuden el trabajo”. Estos no son consejos de compañeros, sino policíacos —*Red.*).

Los miembros de *Rússkoe Sobranie* escucharon benévola-mente (¿Tendría gracia que no escucharan con benevolencia a unos obreros que ayudan a la policía en sus faenas! —*Red.*) nuestros informes, y muchos de ellos manifestaron que era necesario reflexionar seriamente sobre el problema de los obreros y darles posibilidades y medios para sustraerse a la influencia de la doctrina socialista (¿Interesante cuadro: generales y curas, soplones de Zubátov y escritores fieles al espíritu policíaco, reunidos para “ayudar” al obrero a sustraerse a la influencia de la doctrina socialista! Y también, por cierto, para ayudar a prender a los obreros incautos que piquen en el anzuelo —*Red.*), dejándolos actuar con autonomía, bajo el control de la legislación oficial y la dirección del sector de los intelectuales que de verdad aman a su patria y aspiran a verla próspera y feliz (¿Hermosa autonomía, bajo control policíaco! No, los obreros exigen ya una autonomía que suponga libertad respecto a la policía y libertad para elegir como dirigentes a los intelectuales en quienes ellos, los obreros, tienen confianza —*Red.*). V. V. Komarov, A. V. Vasíliev, el coronel Vereténnikov, el señor Dejteriov, el pintor Karazin, el duque D. P. Golitsin y muchos otros se refirieron con palabras extraordinariamente calurosas al problema de los obreros. Se expresó la idea de que era necesario instituir consejos especiales de entre los obreros, dirigidos por un consejo central y cuya función se ría beneficiosa en el sentido de prevenir los malentendidos que pudieran surgir entre obreros e industriales. Como dijo el señor Dejteriov, es algo que debería aceptarse, puesto que la muchedumbre nunca sabe actuar conscientemente y son los propios obreros quienes mejor pueden influir sobre ella, y como ejemplo citó instituciones del mismo tipo que existen en Francia y cumplen con éxito el cometido señalado más

arriba. (Sí, los consejos de obreros actúan con éxito en Francia y en toda Europa. Esto es verdad. Pero actúan con éxito porque los obreros disfrutan allí de libertad política, tienen sus asociaciones, sus periódicos y sus representantes electos en los parlamentos. ¿Acaso el señor Dejeriov cree que los obreros de Petersburgo son tan ingenuos como para ignorar estos hechos? —*Red.*). También el asunto del crédito del Gobierno para las mutualidades de los obreros fue acogido con simpatía por los miembros de *Rússkoe Sobranie*. La reunión concluyó con el acuerdo de que se eligiera una comisión especial para examinar las medidas pertinentes al respecto. Confiamos, señor director, en que usted también, como hombre auténticamente ruso, dará muestras de simpatía hacia nosotros, los obreros, y permitirá que lo que precede sea publicado en su periódico, con el fin de que nuestros mejores hombres se unan todos para luchar juntos contra los enemigos de la patria, que introducen la discordia en las masas populares, siembran la simiente de luchas intestinas y minan la lealtad a los preceptos de la tradición, consagrados por los siglos, al respeto y la veneración al poder supremo. Estamos firmemente convencidos de que también en Rusia hay gente dispuesta a dedicar sus fuerzas al servicio de la patria, ofrendar en el altar patrio sus energías y aptitudes y, en estrecha comunión, levantar en Rusia una barrera infranqueable ante la mentira y el mal».

F. A. Slépov, obrero

¡Forzosamente tenía que destaparse al final el señor Slépov! Toda la ayuda a las necesidades de los obreros, toda la simpatía por parte del Gobierno, quedan reducidas, a la postre, a una sola cosa: con gente reclutada en el propio medio obrero, formar grupos para luchar contra el socialismo. Esto sí que es verdad. Y a los obreros les interesará mucho enterarse de que, además del látigo y la cárcel, la deportación y el presidio, los señores obreros zubatovianos tratarán de inculcarles el «respeto y la veneración al poder supremo». En las asambleas públicas ningún obrero con buen sentido dirá lo que piensa: esto equivaldría a entregarse directamente en manos de la policía. Pero por medio de *nuestros* periódicos, de *nuestras* hojas y de *nuestras* reuniones podemos y debemos lograr que la nueva campaña zubatoviana redunde por entero en beneficio del socialismo.

La autocracia vacila...

Iskra, n.º 35 (marzo de 1903)

La autocracia vacila. El propio autócrata lo reconoce públicamente ante el pueblo. Tal es la inmensa significación del manifiesto zarista del 26 de febrero, y ninguna frase convencional, ninguna de las reservas y subterfugios de que está abarrotado el manifiesto, puede alterar el significado histórico del paso que se ha dado.

El zar comienza a la antigua usanza —*de momento, todavía* a la antigua usanza—: «por la gracia de Dios...», y termina con una frase mitad cobarde y mitad hipócrita, recabando la ayuda de quienes gozan de *la confianza pública*. El propio zar se da cuenta de que lejos quedan ya los tiempos en que podía sostenerse en Rusia un gobierno por la gracia de Dios y de que de hoy en adelante el único gobierno estable que puede haber en Rusia es un gobierno *por la voluntad del pueblo*.

El zar renueva su sagrado voto de conservar los pilares seculares del Estado ruso. Traducido del lenguaje oficial al ruso, esto quiere decir: conservar la autocracia. Alejandro III lo proclamó con franqueza un día, sin andarse con rodeos —en el manifiesto del 29 de abril de 1881—, cuando el movimiento revolucionado declinaba. Hoy, cuando resuena cada vez más alto e imponente el grito de combate: «¡Abajo la autocracia!», Nicolás II prefiere encubrir su declaración con una pequeña hoja de parra e invocar pudorosamente a su inolvidable progenitor. ¡Estúpida y despreciable estratagema! El problema está planteado abiertamente y se ventila ya en la calle: es el ser o no ser de la autocracia. Y toda promesa de «reformas» —¡si se las puede llamar «reformas»!— que comience con una promesa de mantener la autocracia es una mentira escandalosa, una burla al pueblo ruso. Pero no hay mejor ocasión para desenmascarar al poder gubernamental ante el pueblo, que la que ofrece ese mismo poder cuando se dirige a todo el pueblo con falsas e hipócritas promesas.

El zar habla —cubriéndose una vez más con la hoja de parra— del movimiento revolucionario y se queja de que los «disturbios» impiden laborar por el mejoramiento del bienestar del pueblo, agitan las mentes, apartan al pueblo del trabajo productivo, arruinan a fuerzas tan caras al corazón del zar, arruinan a las fuerzas jóvenes, de las cuales necesita la patria. Y precisamente *porque* quienes se echan a perder participando en el movimiento revolucionario son tan caros al corazón del soberano, *por*

eso el zar promete acto seguido reprimir severamente cuanto se aparte de la marcha normal de la vida pública; es decir, castigar ferozmente la libre expresión, la participación en huelgas obreras y en manifestaciones populares.

Con esto basta. Basta y sobra. El jesuítico discurso habla por sí mismo. Nosotros solo nos atrevemos a expresar la convicción de que esa «palabra del zar», al resonar por todos los rincones y ámbitos de Rusia, obrará como la más espléndida propaganda en favor de las reivindicaciones revolucionarias. En quien conserve todavía aunque solo sea un ápice de honor, la palabra del zar solo puede provocar una respuesta: *exigir* la liberación inmediata e incondicional de *todos* los que, con proceso o sin proceso, después o antes de la sentencia, sufren prisión, confinamiento o arresto por motivos políticos o religiosos, por haber participado en huelgas u ofrecido resistencia a la autoridad.

Hemos visto la hipocresía del lenguaje en que habla el zar. Veamos ahora *de qué* habla.

Principalmente, de tres cosas. En primer lugar, de la tolerancia de cultos. Deberán confirmarse y refrendarse nuestras leyes fundamentales que garantizan la libertad del culto de todas las creencias. Pero la religión ortodoxa seguirá siendo religión dominante. En segundo lugar, el zar habla de revisar las leyes relacionadas con el estamento rural, de que intervengan en esta revisión personas que gocen de la confianza pública y de que todos los súbditos trabajen conjuntamente por el fortalecimiento de los principios morales en la familia, la escuela y la vida social. En tercer lugar, habla de facilitar a los campesinos la salida de sus comunidades y de eximirlos de la gravosa caución solidaria.¹¹⁸

A las tres declaraciones, promesas y propuestas de Nicolás II, la socialdemocracia rusa contesta con tres reivindicaciones que ha planteado desde largo tiempo atrás, defendido siempre y difundido con todas sus energías y que hoy es necesario confirmar con especial insistencia en relación con el manifiesto del zar y como respuesta a él.

Exigimos, en primer lugar, el reconocimiento inmediato e incondicional por la ley de la libertad de reunión y de prensa, y la amnistía para todos los «políticos» y para todos los miembros de sectas religiosas. Mientras esto no se haga, cuanto se diga sobre la tolerancia y sobre la libertad de

118. NdE: ver nota al pie 48, p. 107.

cultos seguirá siendo una despreciable diversión y una mentira indigna. Mientras no se proclame ya la libertad de reunión, de expresión y de prensa, no desaparecerá la oprobiosa inquisición rusa que proscribe las creencias, las opiniones y las doctrinas no sancionadas por el Estado. ¡Abajo la censura! ¡Abajo la protección de la iglesia «dominante» por la policía y la gendarmería! El proletariado consciente de Rusia luchará por estas reivindicaciones hasta la última gota de sangre.

En segundo lugar, exigimos la convocatoria de una Asamblea Constituyente de todo el pueblo, que deberá ser elegida por todos los ciudadanos sin excepción e instituir en Rusia la forma electiva de gobierno. ¡Basta ya de jugar a las conferencias locales, a los parlamentos de terratenientes adjuntos a los gobernadores, al gobierno representativo de los señores mariscales (¿y tal vez también delegados?) de la nobleza! ¡Ya la omnipotente burocracia se ha divertido bastante, como el gato con el ratón, con todo género de zemstvos, tan pronto soltándolos como acariciándolos con sus aterciopeladas patitas! ¡Mientras no se convoque una asamblea de diputados de todo el pueblo, seguirán siendo mentiras y más mentiras todas las palabras acerca de la confianza en la sociedad, acerca de los principios morales de la vida social! Hasta entonces, no se debilitará la lucha de la clase obrera rusa contra la autocracia rusa.

En tercer lugar, exigimos que la ley reconozca inmediata e incondicionalmente la plena igualdad de derechos de los campesinos con los demás estamentos y la constitución de *comités campesinos* para acabar con todos los vestigios de la servidumbre en el campo, para la adopción de serias medidas destinadas a mejorar la situación del campesinado.

La falta de derechos de los campesinos, que representan las nueve décimas partes de la población de Rusia, no se puede tolerar ni un día más. La privación de derechos de los campesinos pesa también sobre toda la clase obrera y sobre todo el país; sobre ella se asienta todo lo que la vida rusa tiene de asiático; esa es la causa de que pasen sin dejar huella —o *con daño para los campesinos*— las múltiples y diversas conferencias y comisiones. También ahora quiere el zar salir del paso con las consabidas «conferencias» de funcionarios y nobles, y habla incluso de «poder fuerte» para dirigir la actividad de las fuerzas locales. Los campesinos saben bien, por el ejemplo de los jefes de los zemstvos,¹¹⁹ lo que significa ese «poder fuerte». No en vano tuvieron que pagar la benevolencia de los

119. NdE: Ver nota al pie 30, p. 65.

comités de nobles¹²⁰ con cuarenta años de penuria, miseria y hambre constante. Los campesinos comprenderán ahora que toda «reforma» y toda mejora quedarán en engaño a menos que *los propios campesinos* se encarguen de implantarlas. Comprenderán —y nosotros les ayudaremos a comprenderlo— que únicamente *los comités campesinos* podrán acabar de modo real no solo con la caución solidaria, sino con todos y cada uno de los restos de la prestación personal y del régimen de la servidumbre, que en pleno siglo XX siguen oprimiendo a millones de personas. A los obreros urbanos les basta con la libertad de reunión y la libertad de prensa: ¡¡ya sabremos utilizar estas libertades!! Pero para los campesinos, diseminados por rincones perdidos, embrutecidos y bestializados, eso no basta, y los obreros deben ayudarles, deben hacerles comprender que seguirán siendo, inevitablemente, míseros esclavos mientras no tomen su destino en sus propias manos, mientras no impongan, como primera y fundamental medida, la constitución de *comités campesinos* para la emancipación efectiva y no ilusoria del campesinado.

Desde hace mucho tiempo, la gente inteligente y experimentada se dio cuenta de que en una época revolucionaria no hay momento más peligroso para el Gobierno que aquel en que comienza a ceder, en que empieza a vacilar. La vida política rusa de los últimos años lo confirma clamorosamente. El Gobierno se mostró vacilante con respecto al movimiento obrero, al poner en marcha el zubatovismo, y quedó en ridículo porque prestó muy buen servicio a la agitación revolucionaria. El Gobierno quiso hacer concesiones en el problema de los estudiantes y se puso en ridículo, haciendo avanzar a pasos agigantados el proceso

120. Se refiere a los *comités de nobles* instituidos en 1858 con el fin de preparar los proyectos de reforma para abolir la servidumbre.

En Rusia el régimen de la servidumbre fue abolido en 1861. El Gobierno zarista implantó esta Reforma para asegurar en máximo grado los intereses de los terratenientes feudales: se conservó la posesión agraria de los terratenientes y las tierras de los campesinos fueron declaradas propiedad de aquellos. El campesino podía recibir un nadiel únicamente según la norma establecida por la ley —y con el consentimiento del terrateniente—, pagando un rescate. Los campesinos pagaban este rescate al Gobierno zarista, que a su vez abonaba al terrateniente una suma convenida. Para amortizar la «deuda» de los campesinos se les concedió una prórroga de 49 años. Además, los intereses que se cobraban a los campesinos y los atrasos en el pago del rescate eran una pesada carga para su hacienda, carga que aumentaba de año en año. El rescate de las parcelas constituyó una verdadera expoliación de los campesinos por los terratenientes y el Gobierno zarista.

revolucionario estudiantil. El Gobierno repite ahora los mismos métodos en vastas proporciones, aplicándolos a todos los problemas de la política interna, con lo cual, inevitablemente, volverá a llevarse un chasco, facilitando, vigorizando y haciendo desarrollarse el asalto revolucionario a la autocracia.

* * *

Todavía nos queda por ver el problema práctico de cómo utilizar para la agitación el manifiesto del zar del 26 de febrero. Hace ya tiempo que los socialdemócratas rusos dieron al problema de los medios de lucha esta respuesta: organización y agitación, y no les hicieron perder aplomo las burlas de la gente simplista que encontraba esto algo «indefinido» y consideraba que los únicos medios de lucha «definidos» eran los tiros. Pues bien, en momentos como los actuales, en que inesperadamente surge ante nosotros un motivo tan propicio y que reclama con tanta insistencia la tensión de todas las fuerzas para agitar a todo el pueblo, en momentos así se siente de manera especial el retraso con que marchamos en esto, siempre en esto y únicamente en esto: en la organización y en la capacidad para desplegar rápidamente la agitación.

¡Pero recuperaremos el tiempo perdido, y no nos limitaremos a recuperarlo!

En primer lugar, debemos contestar al manifiesto del 26 de febrero con hojas de las organizaciones centrales y locales. Si antes las hojas que se publicaban en todo el país sumaban decenas de miles de ejemplares, ahora deberán difundirse por millones, para que todo el pueblo se entere de la respuesta que el proletariado consciente de Rusia da al mensaje del zar al pueblo, para que todos vean cuáles son nuestras reivindicaciones prácticas concretas, en contraste con el discurso del zar *sobre el mismo tema*.

Segundo, no debemos consentir que las asambleas legales y bienintencionadas de los miembros de los zemstvos, de nobles, de comerciantes y de profesores, etc., etc., sean las únicas que contesten, con respetuosa solemnidad, al manifiesto del 26 de febrero. Tampoco debemos estimar suficientes las respuestas que den al manifiesto en sus hojas las organizaciones de la socialdemocracia. *Cada círculo, cada reunión obrera* deberá elaborar su propia respuesta, en la que, formal y solemnemente, se ratifiquen las demandas socialdemócratas. Y las resoluciones de estas reuniones obreras —y, de ser posible, también de las campesinas— deberán

publicarse en hojas locales y comunicarse a nuestros periódicos. Todo el mundo debe saber que nosotros solo consideramos como respuesta del pueblo la que den los mismos obreros y campesinos. Y que todos los círculos deben prepararse desde ahora para apoyar *con la fuerza* nuestras reivindicaciones fundamentales.

Tercero, no debemos tolerar que en ninguna asamblea se aprueben sin resistencia mensajes de gratitud dirigidos al zar. ¡Bastante tiempo han falsificado ya nuestros señores liberales la opinión del pueblo ruso! ¡Bastante han mentido no diciendo lo que piensan ellos mismos, ni lo que opina la parte del pueblo que piensa por su cuenta y está dispuesta a luchar! Debemos esforzarnos por penetrar en sus asambleas para expresar allí con la mayor amplitud pública y francamente, nuestras opiniones, nuestra protesta contra la servil gratitud, nuestra *verdadera* respuesta al zar, dándola a conocer mediante la difusión de nuestras hojas y, de ser posible, por medio de discursos públicos pronunciados en tales asambleas —aunque los señores que las presidan traten de cortarnos la palabra—.

Por último, debemos esforzarnos por llevar también a la calle la respuesta de los obreros, por hacer públicas nuestras reivindicaciones a través de manifestaciones, por patentizar abiertamente el número y la fuerza de los obreros, su grado de conciencia y su decisión. ¡Que la próxima celebración del Primero de Mayo sea a la vez que una proclamación general de nuestras reivindicaciones proletarias una respuesta especial y definida al manifiesto del 26 de febrero!

La era de las reformas

Iskra, n.º 46 (agosto de 1903)

Sí, estamos atravesando, sin duda, una era de reformas, por extrañas que resulten estas palabras aplicadas a la Rusia actual. Hay un estancamiento en todas las esferas de la política interior, a excepción de las relacionadas con la lucha contra el enemigo interno, y, a pesar de esto —mejor dicho, precisamente por esto—, asistimos a tentativas continuas e incesantes de reformas, atentados contra las reformas en el dominio de las relaciones político-sociales más delicadas, en torno a las cuales es más aguda la lucha. El proletariado, que despierta a una vida consciente de clase, viene actuando desde hace ya bastante como el enemigo verdadero, principal, como el único enemigo irreconciliable de nuestra autocracia policíaca. Y con un enemigo así, como clase social de vanguardia, no es posible luchar solo con la violencia, aunque sea la más despiadada, la más organizada y aunque abarque todos los aspectos de la vida social. Semejante enemigo obliga a que se cuente con él y a hacer concesiones, siempre insinceras, siempre incompletas, a menudo totalmente falsas y aparentes, de ordinario acompañadas de una serie de añagazas más o menos sutilmente encubiertas, pero, no obstante, concesiones y reformas que inauguran toda una era. No son, claro está, reformas que representen la línea descendente del desarrollo político; cuando ha pasado la crisis, ha amainado la tempestad, y los que han quedado dueños de la situación emprenden la realización de su programa o, también sucede así, la aplicación del programa legado por sus adversarios. No, son reformas siguiendo una línea ascendente, cuando masas cada vez más extensas se incorporan a la lucha, cuando la crisis solo se acerca, cuando cada escaramuza, poniendo fuera de combate a centenares, hace surgir miles de nuevos luchadores, más enardecidos, más audaces y más preparados.

Tales reformas son siempre anuncio y preludio de la revolución. Entre ellas figuran, sin duda, las últimas medidas del Gobierno zarista, en parte aplicadas ya y en parte solo en ciernes: el proyecto de ley sobre las sociedades de ayuda mutua de los obreros —proyecto no publicado por el Gobierno y conocido tan solo a través de las informaciones de la revista burguesa liberal *Osvobozhdenie*— y las leyes sobre accidentes de trabajo y sobre los delegados de fábrica. Nuestro propósito es detenernos hoy con más detalle en esta última ley.

La esencia de la nueva ley consiste en que los obreros, en determinadas condiciones, pueden obtener el derecho de representación en sus relaciones con los patronos, el derecho a cierta organización embrionaria. El ejercicio de estos derechos va unido a una increíble cantidad de autorizaciones, restricciones e impedimentos por parte de la policía. En efecto, hay que tener en cuenta ante todo que, con arreglo a la nueva ley, el derecho de representación de los obreros está condicionado por el acuerdo y la iniciativa de las direcciones de las fábricas y por la autorización de los departamentos oficiales de industria y minas. El derecho de representación *pueden* concederlo a los obreros los dueños de las fábricas, pero estos no están obligados a ello por la ley; además, el Departamento de Industria, por las consideraciones que crea convenientes e incluso sin basarse en consideración alguna, puede no permitir la representación obrera, aunque medie una gestión a favor de esta por parte del fabricante. Por tanto, desde el comienzo mismo, la representación de *los obreros* se deja por entero e incondicionalmente, sin apelación, a merced *de los patronos y de la policía*. Cuando los patronos y la policía lo estimen pertinente y deseable, pueden instituir —sobre bases muy restringidas— la representación obrera: tal es, en esencia, la reforma. La ley, dicho sea entre paréntesis, no menciona para nada la representación de los obreros en las fábricas del Estado: en las fábricas particulares los representantes de los obreros *pueden* resultar en manos de la policía nuevos agentes, nuevos lacayos de los fabricantes; en cuanto a las fábricas del Estado, ¡siempre hay suficiente número de agentes y lacayos! En este sector la policía no exige reformas, o sea que aquí la reforma no es necesaria.

Además, a la representación misma de los obreros se le da una forma monstruosamente desfigurada. Los obreros son separados, divididos en *categorías*; las normas sobre cómo clasificar a los obreros en categorías son aprobadas por *el gobernador*, como *todas las normas en general* referentes a la organización de la representación con arreglo a la nueva ley. Los fabricantes y la policía pueden formar, y desde luego formarán, las categorías de modo que dificulten de mil maneras la solidaridad y la unión de los obreros, provocando y fomentando las discordias no solo entre las profesiones o entre los gremios, sino también entre los obreros de distintas naciones, de distintos sexos, de distintas edades, de distinta cualificación, de distinto nivel de salario, etc., etc. La representación de los obreros puede ser y es útil para estos exclusivamente allí donde se unen formando una masa compacta, pues la única fuente de fuerza de

los esclavos asalariados de nuestra civilización, oprimidos, subyugados y agobiados por el trabajo, es su unión, su organización y su solidaridad. La autocracia zarista quiere otorgar a los obreros una representación *tal* y en unas condiciones *tales* que los *desunan* a todo trance y, por lo mismo, los debiliten.

Las categorías clasificadas por la policía deberán elegir, sobre la base de detalladas normas policíacas, a *los candidatos* a delegados, tantos como mande elegir aquella. La dirección de la fábrica confirmará a uno de los candidatos a su propio arbitrio y el gobernador siempre tiene derecho a destituir al delegado «que no cumpla —como se dice en la ley— su misión».

¡No es muy astuta que digamos toda esta mecánica policíaca! La «misión» de los delegados consiste, evidentemente, en ser útiles a la policía y serviles ante ella; la ley nada dice de esto, pues tales condiciones no se publican: *se amañan*. Amañar esto es aún más sencillo cuando el jefe de la policía local, el gobernador, obtiene el derecho irrevocable a destituir al delegado que no les sirva. Insistimos: ¿No sería más exacto denominar lacayo de los fabricantes a semejante delegado de fábrica? La policía puede decidir la elección de un gran número de candidatos, de los cuales uno solo es confirmado; por ejemplo, se mandará elegir diez o cinco candidatos a cada categoría, supongamos con entre 50 y 100 personas. ¿No se podrá a veces convertir esta lista de candidatos elegidos en una lista de personas que deben ser sometidas a vigilancia especial e incluso detenidas? Antes solo formaban esas listas los confidentes, pero ahora *tal vez* las formen a veces incluso los propios obreros. Para la policía no hay nada de peligroso o de inconveniente en que existan listas de candidatos, pues siempre confirmarán la elección del peor o no confirmarán nadie, sino que exigirán nuevas elecciones.

Con el propósito de que los delegados de fábrica cumplan su «misión» policíaca, la nueva ley —como la mayoría de las leyes rusas— hasta se ha pasado de la raya. Los candidatos deben tener no menos de 25 años. El proyecto inicial proponía como edad límite los 21 años; las altas esferas gubernamentales han estimado más prudente y sensato, desde el punto de vista de los intereses del Estado, elevar la edad cuatro años para eliminar de antemano el «elemento más inquieto del personal de las fábricas» que, «según datos del Departamento de Policía, son los individuos de 17 a 20 años de edad» (los motivos en que basaba su explicación el Ministerio de

Hacienda han sido publicados en *Véstnik Finánsov*¹²¹ en texto reducido y en *Osvobozhdenie* sin reducciones). Es más, las direcciones de las fábricas y la policía pueden en cada caso concreto —es decir, para cada empresa— exigir que, en primer término, se establezca un límite más alto de edad y, en segundo, una mayor antigüedad del obrero en la empresa. Es posible, por ejemplo, que se exija ¡no menos de 40 años de edad y no menos de 15 años de servicio en la fábrica para tener derecho a ser elegido como candidato al puesto de delegado! Por lo visto, no han pensado en ello los autores de la ley, que con tanto celo han protegido los intereses de la policía: en tales condiciones, ¿accederán de buen grado los obreros a ocupar este «puesto» de delegado? Pues el delegado estará casi tan a merced de la arbitrariedad de la policía como cualquier capataz rural. El delegado puede ser transformado en un simple ordenanza que transmita a los obreros órdenes e instrucciones de los jefes de las fábricas. A los delegados se les exigirá, sin duda, que presten simplemente servicios de confidentes y faciliten informes acerca de las asambleas de las diversas categorías, de cuya convocatoria y de cuyo orden están encargados ellos mismos. Entretanto, la ley, que prescribe normas para dispensar del trabajo a los delegados a fin de que puedan cumplir sus obligaciones, guarda modesto silencio sobre si estos percibirán o no dietas y de quién. ¿Es que los autores de la ley piensan que los delegados dispensados del trabajo no exigirán que les pague la fábrica por este tiempo «libre»? ¿Es que, por voluntad de los fabricantes y de los gobernadores, van a ser delegados nada más que por la cara bonita de estos fieles amigos de los obreros?

El propósito de convertir a los delegados en lacayos de los fabricantes se percibe con particular claridad leyendo el punto tercero de la nueva ley: los delegados son reconocidos como representantes autorizados de las categorías respectivas para hacer solicitudes exclusivamente en los asuntos concernientes al *cumplimiento* de las condiciones en que se contrata a los trabajadores. ¡Los delegados *no tienen ni siquiera derecho a hablar de la modificación* de estas condiciones! Buenos «representantes autorizados» de los obreros, ni que decir tiene. Esta disposición es absurda incluso desde el punto de vista de los propios autores de la ley, que han querido facilitar el «esclarecimiento de los verdaderos deseos y necesidades de los

121. *Véstnik Finánsov, Promishlennosti y Torgovli* [*Boletín de las Finanzas, la Industria y el Comercio*]: semanario del Ministerio de Hacienda de la Rusia zarista; apareció en Petersburgo desde noviembre de 1883 hasta 1917. En la revista se publicaban disposiciones del Gobierno, artículos y resúmenes económicos.

obreros [...], en particular en unos momentos en que ya han surgido descontentos y revueltas». En el noventa por ciento de los casos los disturbios se deben precisamente a la exigencia de *modificar* las condiciones en las que se contrata la mano de obra, y el impedimento de que los delegados intervengan en este asunto equivale a reducir su papel a cero. Los autores de la ley se han embrollado en una de las innumerables contradicciones de la autocracia, porque conceder a los delegados obreros —a delegados verdaderos y no a unos designados con el permiso de la policía— el derecho de exigir la modificación de las condiciones en que se contrata la mano de obra equivaldría a otorgar la libertad de palabra y la inviolabilidad personal.

Huelga decir que no se puede reconocer a los delegados de fábrica como auténticos delegados obreros. El delegado debe ser elegido solo por los obreros, sin confirmación alguna de la policía. El delegado debe ser destituido en cuanto los obreros que lo han elegido le den un voto de desconfianza. El delegado debe rendir cuentas de su gestión en las asambleas de los obreros cada vez que estos lo exijan. Pero según nuestra ley, solo al delegado se le autoriza a reunir a los obreros de la categoría que lo ha elegido, y además en el lugar y en el momento que lo indique la dirección de la empresa. O sea, que el delegado puede no convocar una reunión y la dirección de la empresa puede no facilitar local ni tiempo. Sería mejor, quizá, no hablar para nada de representación obrera, en vez de irritar a los obreros con semejante sombra de representación.

Las reuniones obreras infunden tal espanto —y un espanto legítimo— a la autocracia que prohíbe a rajatabla las asambleas conjuntas de distintas categorías. «Para examinar los asuntos relativos a varias categorías —dispone la nueva ley— se reunirán exclusivamente los delegados de dichas categorías». Para los capitalistas y para el Gobierno policíaco que los defiende esto sería, en efecto, muy ventajoso: formar pequeñas categorías de contraamaestres, empleados y obreros altamente retribuidos y categorías de peones y simples obreros, ambas grandes por el número de sus componentes, y permitir solo las asambleas de delegados de las distintas categorías. Pero semejante cálculo ha sido hecho *sin contar con el dueño*: el dueño de sus destinos es el proletariado consciente, que rechazará con desprecio estos sórdidos cuchitriles policíacos en los que se le quiere enclastrar. Los obreros se reunirán juntos para examinar sus necesidades y llevarán a efecto reuniones clandestinas de sus verdaderos delegados, de los delegados socialdemócratas, a pesar de todas las prohibiciones.

Pero si esta lamentable reforma impregna hasta tal punto de un espíritu policíaco y delator los embriones de la representación obrera, ¿no convendría que los obreros conscientes se abstengan en absoluto de toda participación en las elecciones de delegados de fábrica o en las asambleas de las «categorías»? Creemos que no sería conveniente. Abstenerse de la participación activa en la vida política contemporánea, por repelente que esta sea, es la táctica de los anarquistas y no de los socialdemócratas. Nosotros sabremos, debemos saber desplegar una amplia lucha obrera contra cada vil embrollo de la nueva ley, contra cada superchería policíaca basada en la nueva ley, y esta lucha ha de despertar a los obreros más atrasados, ha de desarrollar la conciencia política de todos los participantes en la «representación» obrera de Rusia, ideada a la medida de policías, gendarmes y confidentes. Las asambleas zubatovianas corrompían mucho más y de un modo mucho más directo a los obreros de lo que los corromperán sus delegados serviles ante los poderes públicos, y sin embargo, nosotros enviamos a aquellas asambleas a obreros conscientes, que aprendieron ellos mismos y enseñaron a otros, y toda esa epopeya zubatoviana terminó con el fracaso más estrepitoso, haciendo mucho más en beneficio de la socialdemocracia que en beneficio de la autocracia: lo ocurrido en Odesa¹²² no deja lugar a dudas al respecto.

La autocracia comienza a hablar de asambleas obreras. Aprovechémonos de esto para desplegar la más amplia propaganda y agitación de las reivindicaciones socialdemócratas de plena libertad de reunión y de manifestación. La autocracia comienza a hablar de elecciones; aprovechémonos de esto para dar a conocer a las masas obreras la significación de las elecciones, todos los sistemas electorales, todos los chanchullos a que recurre la policía en las elecciones. Que este conocimiento lo adquieran no solo a través de los libros y de las conversaciones, sino en la práctica: a través del ejemplo de las elecciones en Rusia, amañadas por la policía,

122. Lenin se refiere a la huelga general política que se realizó en Odesa, en julio de 1903, y que fue un eslabón de las huelgas políticas de masas, que en el verano de ese año abarcaron casi todo el sur de Rusia. La organización local de Zubátov, que gozaba de cierta influencia entre los obreros, trató de impedir que la huelga se transformara en un movimiento político, pero su maniobra fue desenmascarada por los obreros. La dirección del movimiento huelguístico estaba concentrada en el Comité socialdemócrata de Odesa, que desempeñó un importante papel en labor de dar al movimiento un carácter general, con reivindicaciones políticas netamente expresadas.

participando en estas elecciones,* los obreros conscientes prepararán masas cada vez más extensas para llevar a cabo la agitación electoral, para la celebración de reuniones, para la defensa de sus reivindicaciones en las asambleas y ante los delegados de fábrica, para organizar el control permanente de la actividad de estos delegados. La autocracia habla de representación obrera. Aprovechémonos de esto para difundir justas ideas sobre la verdadera representación. Solo puede representar a los obreros *una asociación obrera* libre que abarque a muchas fábricas y a muchas ciudades. La representación por fábricas, la representación de los obreros en cada fábrica por separado, no puede satisfacer a estos ni siquiera en Occidente, ni siquiera en los Estados libres. En Alemania, por ejemplo, los jefes del Partido Obrero Socialdemócrata se han pronunciado más de una vez contra la representación fabril. Lo cual es comprensible, pues la opresión del capital es demasiado fuerte y el derecho a despedir a los obreros —ese sacrosanto derecho de la libre contratación capitalista— debilitará *siempre* la representación de los obreros en cada fábrica aislada. Solo la asociación obrera que aglutine a los obreros de muchas fábricas y de muchas localidades suprime la dependencia de los representantes obreros respecto de cada fabricante. Solo la asociación obrera garantiza todos los medios de lucha que son posibles en la sociedad capitalista. Pero las asociaciones obreras libres son concebibles únicamente con *libertad política*, a condición de que exista la inviolabilidad personal, la libertad de reunión y manifestación y la libertad de elegir diputados a la Asamblea Nacional.

Sin libertad política, todas las formas de representación obrera serán puro engaño, el proletariado seguirá en la cárcel, en las tinieblas, sin el aire y el espacio necesarios para la lucha por su plena emancipación. En esta cárcel el Gobierno abre ahora un pequeño resquicio en vez de una ventana. Pero un resquicio tal que reporte más ventajas a los gendarmes y a los confidentes, guardianes de los reclusos en prisión, que a los propios reclusos. ¡Y una reforma así los verdugos del pueblo ruso quieren presentarla como un acto bienhechor del Gobierno zarista! Pero la clase obrera rusa, valiéndose de este resquicio, cobrará nuevas fuerzas para la lucha, derribará todos los muros de la maldita cárcel de Rusia y conquistará la libre representación de clase en un Estado democrático burgués.

* Naturalmente, de ningún modo hay que elegir de delegados de fábrica a obreros organizados: es preciso presentar como candidatos a obreros de la masa desorganizada.

Índice

NOTA EDITORIAL	3
GLOSARIO	5
LA GUERRA CON CHINA	9
EL ALISTAMIENTO FORZOSO DE 183 ESTUDIANTES	15
SUETOS OCASIONALES	21
I. Golpea duro, pero no mates	21
II. ¿Para qué apresurar las vicisitudes de los tiempos?	35
III. Una estadística objetiva	42
UNA NUEVA MASACRE	47
UNA CONFESIÓN VALIOSA	53
LAS ENSEÑANZAS DE LA CRISIS	61
LOS SEÑORES FEUDALES EN ACCIÓN	67
LA LUCHA CONTRA LOS HAMBRIENTOS	73
UN REGLAMENTO DE PRESIDIOS Y CONDENAS A TRABAJOS FORZADOS	81
LA PROTESTA DEL PUEBLO FINLANDÉS	87
ANÁLISIS DE LA SITUACIÓN INTERIOR	93
I. El hambre	93
II. Actitud frente a la crisis y el hambre	113
III. El tercer elemento	121
IV. Sendos discursos de dos mariscales de la nobleza	129
EL COMIENZO DE LAS MANIFESTACIONES	145
ACERCA DEL PRESUPUESTO DEL ESTADO	149
LA AGITACIÓN POLÍTICA Y EL «PUNTO DE VISTA DE CLASE»	155
SÍNTOMAS DE BANCARROTA	163

DE LA VIDA ECONÓMICA DE RUSIA: LAS CAJAS DE AHORRO	171
CARTA A LOS MIEMBROS DE LOS ZEMSTVOS	181
AVENTURERISMO REVOLUCIONARIO: PRIMERA PARTE	191
PROYECTO DE UNA NUEVA LEY SOBRE LAS HUELGAS	201
LUCHA POLÍTICA Y POLITIQUERÍA	211
NUEVOS ACONTECIMIENTOS Y VIEJOS PROBLEMAS	221
ZUBATOVIANOS DE MOSCÚ EN PETERSBURGO	227
LA AUTOCRACIA VACILA...	233
LA ERA DE LAS REFORMAS	239